

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA "SAN PABLO"
DEPARTAMENTO DE CULTURA Y ARTE

Ciencia Cultura^y

VOL. 28 Nº 53 DICIEMBRE AÑO 2024

ARTÍCULOS Y ESTUDIOS
IDEAS Y PENSAMIENTOS

En este número:
"Guerra del Chaco: fin de una generación"



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA "SAN PABLO"

Ciencia y Cultura

VOL. 28

Nº 53

DICIEMBRE

AÑO 2024

R. P. José Fuentes Cano

RECTOR NACIONAL

Mónica Daza Ondarza

VICERRECTORA ACADÉMICA NACIONAL

Ximena Peres Arenas

RECTORA DE SEDE LA PAZ

Yolanda Ferreira Arza

DIRECTORA ACADÉMICA DE SEDE LA PAZ

Alejandra Echazú Conitzer

DIRECTORA DEL DEPARTAMENTO DE CULTURA Y ARTE

Directora

Alejandra Echazú Conitzer

Comité Editorial

Alejandra Echazú Conitzer
aechazu@ucb.edu.bo
Universidad Católica Boliviana
“San Pablo”

Rafael Bertón Salinas
rberton@ucb.edu.bo
Universidad Católica Boliviana
“San Pablo”

Liliana Carrillo Valenzuela
lilicarrillov@gmail.com
Editora

Arte de la tapa

Franz Ballesteros S. con base en una
fotografía de su bisabuelo Víctor
Saravía Rivera, combatiente en la
Guerra del Chaco. Archivo familia
Saravía.

Diagramación e impresión

Editora Presencia SRL.

E-mail

cienciayculturaucb@gmail.com
Diciembre de 2024
La Paz – Bolivia

Consejo editorial

Rodrigo Gutiérrez Viñuales
Universidad de Granada (España)
rgutierr@ugr.es

Umberto Bonomo
Pontificia Universidad Católica de Chile
(Chile)
ubonomo@uc.cl

Edmundo Paz Soldán
Cornell University (EEUU)
jep29@cornell.edu

María de los Ángeles Fernández Flecha
Pontificia Universidad Católica del Perú
(Perú)
mfernandez@pucp.edu.pe

Editores académicos invitados

Rafael Bertón Salinas
rberton@ucb.edu.bo
Paola Revilla Orías
previlla@ucb.edu.bo

CONTENIDO

Presentación	7
Introducción	9

Artículos y estudios

Entre el espacio y el sufrimiento: la producción pictórico-espacial de Cecilio Guzmán de Rojas durante la Guerra del Chaco (1932-1935) <i>Federico Ignacio Fort</i>	15
--	----

Hilda Mundy, periodista de guerra <i>Virginia Ayllón</i>	47
---	----

Contra nadie en la batalla: representación del enemigo en <i>Sangre de mestizos</i> <i>Gabriel Mamani Magne</i>	69
--	----

“Siempre he procurado que sepas dónde estoy”: el Chaco en el género epistolar <i>Alejandra Echazú Conitzer</i>	89
---	----

La música de la Guerra del Chaco y la revista <i>La Semana Gráfica</i> <i>Jenny Cárdenas Villanueva</i>	117
--	-----

Fe y esperanza: estudio sobre el accionar de los capellanes católicos en la Guerra del Chaco

Airton L. Chambi Ocaña

135

Ángeles en la retaguardia: las “madrinas” de guerra en la campaña del Chaco, 1932-1935

Luis Fernando Aruquiya Chino

157

La Guerra del Chaco y la posmemoria entre los jóvenes con educación superior residentes en La Paz

Rodrigo Burgoa Terceros y Amanda Alurralde Mariën

117

Ideas y pensamientos

Alegorías y aledaños de la Guerra del Chaco

Alan Castro Riveros

219

Confesiones de un soldado en el Chaco: un análisis de las notas (críticas) de guerra del Tcnl. Carlos Soria Galvarro

Ignacio Rodrigo Vera de Rada

241

La isla en pozo: una lectura de arena y agua

Rafael Bertón

257

De Boquerón a la Revolución Nacional: el legado militar y político de Clemente Inofuentes

Carlos Ricardo Crespo Torrico

265

Ensayos visuales

La mirada de las mil yardas: los retratos del Prof. Raúl Bravo Portocarrero
Tatiana Suarez Patiño y Juan Gabriel Morales Medrano 287

Recursos gráficos en un libro de la Guerra del Chaco
Santusa Marca Morales 295

Testimonios

Memorias de guerra: Víctor Saravia y María Ledo
Franz Ballesteros Saravia 307

Doctora Elía Chopitea, Mayor de Sanidad en campaña
Oscar Manuel Córdova Sánchez 323

Dos hermanos en el frente
Pablo Montenegro Ernst 324

Soldado Pablo Huanca
Omar Huanca Hermoso 326

Medallas, heroísmo y la complejidad del nacionalismo boliviano en la Guerra del Chaco
Luciana Nazareth López 327

Los jóvenes soldados Callizaya <i>Eusebia Callizaya Torrez</i>	330
<hr/>	
Tres pasos al frente: el peso de la gloria y el silencio <i>Sara Fernanda Torrez Maidana</i>	331
<hr/>	
Batallón en el campo de guerra <i>Omar Huanca Hermoso</i>	333
<hr/>	
El infierno verde: breve análisis de las consecuencias de la Guerra del Chaco en la familia boliviana <i>María de los Ángeles Barrón Campos</i>	334
<hr/>	
Rómulo Claire Patiño, combatiente del Chaco <i>Ignacio Vera de Rada</i>	336
<hr/>	
Niños voluntarios <i>Carla Jiménez Casablanca</i>	337
<hr/>	
La historia de la Virgen de Charagua, “prisionera y deportada” <i>Jaime Vargas Herrera</i>	339
Convocatoria Ciencia y Cultura 54	343

Presentación

La Guerra del Chaco se inscribe en la historia militar no solo de los países en contienda, Bolivia y Paraguay, sino, incluso a nivel mundial. El conflicto bélico ha dejado una profunda huella en la memoria colectiva, la producción cultural y las transformaciones sociales de la región. A punto de cumplirse 90 años del fin de las hostilidades, la revista *Ciencia y Cultura* presenta en su número 53 un análisis exhaustivo y multifacético de la guerra que marcó la historia boliviana.

La Guerra del Chaco, librada entre Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935, es considerada la primera guerra moderna en América Latina, pues combinó tácticas heredadas de la Primera Guerra Mundial, como las trincheras y las estrategias de desgaste, con innovaciones tecnológicas y logísticas que prefiguraron la Segunda Guerra Mundial, como el uso de artillería pesada, aviación militar avanzada y armamento sofisticado.

Este conflicto representó un desafío logístico monumental, especialmente en un entorno hostil como el del Chaco Boreal, caracterizado por su clima extremo y la escasez de agua. Ambos bandos enfrentaron no solo al enemigo, sino también a las inclemencias del terreno, que a menudo causaban tantas bajas como el combate mismo.

El impacto de la guerra fue profundo y duradero. En el ámbito cultural, inspiró obras literarias, cinematográficas y artísticas que exploraron los horrores del conflicto y la resistencia humana. Socialmente, significó un punto de inflexión en la organización política y militar de ambos países, dando lugar a movimientos que transformarían sus estructuras internas en los años siguientes.

Con el acercamiento del 90º aniversario del fin de esta contienda, es imprescindible reflexionar sobre sus múltiples aristas. En su número 53, la revista *Ciencia y Cultura* presenta un análisis interdisciplinario que trasciende la dimensión militar y política del conflicto, explorando también sus profundas repercusiones en la memoria colectiva, la identidad nacional y la producción cultural de la región. Este enfoque integral ofrece una perspectiva más rica y compleja sobre un episodio que dejó una huella imborrable en la historia del continente.

Agradecemos a los académicos por sus estudios sobre el tema y también a los descendientes de excombatientes que aportaron con testimonios, documentos

y fotografías, atendiendo la convocatoria de *Ciencia y Cultura* para mantener viva esta valiosa memoria histórica.

Esperamos que esta edición trascienda su propósito como espacio de reflexión académica y se convierta en un testimonio vivo de nuestra historia, fomentando el diálogo sobre las lecciones que la Guerra del Chaco aún puede ofrecer al presente y al futuro. Expresamos nuestro profundo agradecimiento a todos los autores y colaboradores por sus valiosas contribuciones, que han hecho posible esta obra colectiva.

El Comité Editorial

Introducción

El 17 de julio de 1935 moría el expresidente boliviano Daniel Salamanca, bajo cuyo mandato se había iniciado la Guerra del Chaco, conflicto bélico que enfrentó a Bolivia y Paraguay por casi tres años. Al día siguiente, camino a Villamontes en Puesto Merino, se encontraron los comandantes de los ejércitos en disputa: el paraguayo Félix Estigarribia y el boliviano Enrique Peñaranda, ambos generales. Esta fue la primera de tres reuniones que tuvieron hasta acordar el cese de hostilidades. Aquel 18 de julio, tras el saludo y las palabras de rigor, Estigarribia ofreció a Peñaranda la pistola que lo había acompañado durante la campaña. El comandante boliviano, que llegaría a ser presidente del país en 1940, aceptó el arma con un apretón de manos con su par paraguayo. Este momento marcó el fin de una guerra que dejó más de 90.000 muertos, heridos y mutilados, además de innumerables vidas afectadas por el sufrimiento de los años de enfrentamiento. El proceso de paz culminó el 21 de julio de 1938 con la firma del Tratado de Paz, Amistad y Límites entre ambos países.

Los discursos nacionalistas, contemporáneos y posteriores a la guerra a lo largo de todo el siglo XX, exaltaron y justificaron el sacrificio y la propia muerte de la población bajo la consigna del “deber patriótico”. Se homenajeó a quienes fueron consagrados como héroes y se erigieron monumentos a la memoria de los combatientes. No obstante, el trauma del horror vivido era innegable en los sobrevivientes, en sus familiares, y su huella aún perdura en la memoria colectiva del país. Esto nos recuerda que las memorias de la Guerra del Chaco están hechas de vivencias humanas, marcadas por la osadía y la valentía, pero también por el dolor, el cansancio, la sed, el miedo y la desesperación.

El número 53 de la revista *Ciencia y Cultura*: “Guerra del Chaco: fin de una generación” surgió como una invitación para ir más allá de las narrativas cívico-nacionalistas; para explorar, desde múltiples enfoques, las complejas memorias y miradas que la guerra despertó y que aún despierta en los bolivianos. En este sentido, se llamó al rescate de testimonios, reflexiones y análisis que permitan entender no solo el dolor que vivieron las generaciones que experimentaron la guerra, sino, también, aquello que sigue resonando en el presente.

La convocatoria propuso a la comunidad académica, de estudiantes y profesionales, a presentar trabajos que aborden el suceso histórico que nos concierne desde diversas disciplinas. El objetivo es crear un espacio de reflexión crítica

y multifocal de un conflicto que marcó el devenir de la historia boliviana y paraguaya. Las contribuciones que presentamos a continuación abarcan una amplia gama de perspectivas que buscan comprender y hacer visibles diferentes facetas de esta guerra.

La sección de artículos y estudios arbitrados reúne contribuciones de investigadores con diferentes niveles de formación y trayectorias, sobre el conflicto armado y sus secuelas. Airton Chambi analiza el papel de los capellanes católicos en el Chaco y conecta con la propuesta de Jaime Vargas, quien reflexiona sobre la devoción a la Virgen de Charagua, nombrada Generala del Chaco. Por su parte, Rodrigo Burgoa y Amanda Alurralde, docente el primero y estudiante la segunda, ambos de la U.C.B., comparten sus criterios sobre la que llaman “posmemoria” de la guerra entre jóvenes universitarios paceños, estableciendo vínculos con otros trabajos realizados por sus compañeras de la misma casa de estudios. Entre estos, María de los Ángeles Barrón revive la memoria de su abuelo en el “infierno verde”; Luciana Nazareth López examina críticamente los efectos de la narrativa nacionalista que, a menudo, busca ocultar el dolor bajo el peso de medallas y homenajes; y Sara Torrez aborda el impacto del trauma psicológico en los excombatientes y el silencio discreto en que muchas familias trataron de mantenerlo en los años posteriores a la guerra. Estos textos, producidos en el marco de la materia Historia de Bolivia II, reflejan el compromiso de la universidad en la formación de un pensamiento crítico que trascienda la historia memorística. Ampliando el espectro a estudiantes de otras universidades, Luis Fernando Aruquipa presenta un artículo sobre las madrinas de guerra, aportando una perspectiva fresca y comprometida.

Brilla por la singularidad de sus fuentes, material de alto valor afectivo e histórico, el texto de Alejandra Echazú, quien nos sumerge en la correspondencia íntima e inédita entre Yolanda Bedregal y sus amigos poetas y artistas en el frente de batalla. Por su parte, Virginia Ayllón rescata la experiencia de Laura Villanueva, más conocida como Hilda Mundy, y su trabajo periodístico durante la guerra. Ayllón nos presenta el estilo irónico y anárquico de la escritora, desafiante de las narrativas convencionales de aquellos años.

Puesto que la memoria de la guerra no se limita a las palabras escritas, sino que ha dejado huella en imagen, Federico Ignacio Fort explora el dolor del conflicto a través de la obra pictórica de Cecilio Guzmán de Rojas. Santusa Marca también se detiene en los recursos gráficos de la guerra atendiendo el trabajo de pintores y fotógrafos que aparecen en *Homenaje a la sección de hierro. Campaña del Chaco*, libro publicado en 1935 y que forma parte de la Colección Familia

Arauco en el Archivo de La Paz. Tatiana Suárez y Juan Gabriel Morales por su parte analizan cinco retratos de Raúl Bravo Portocarrero, mostrando el antes y el después de la guerra en la expresión de este destacado personaje.

En la sección denominada “Ideas y pensamientos”, Alan Castro reflexiona sobre el imaginario alegórico del Chaco, subrayando la relación entre imagen y escritura en la construcción de horizontes históricos. Las composiciones musicales son recuperadas por Jenny Cárdenas, quien analiza boleros, cuecas y huayños creados durante y después del conflicto, recordándonos que se trata de formas particulares de resistencia y memoria.

Desde el ámbito literario, Gabriel Mamani Magne se adentra en *Sangre de mestizos* (1936) de Augusto Céspedes, quien propuso la figura del “soldado mestizo” como símbolo de unidad nacional, precursor de una conciencia revolucionaria que se dejaría ver con fuerza en 1952. Rafael Bertón por su parte, revisita el cuento “El pozo” del mismo autor, contrastándolo con “La isla en peso” de Virgilio Piñera para destacar el eco de aislamiento y opresión que se percibe en ambos. En la misma sección, Carlos Crespo explora el vínculo entre el ejercicio militar durante la guerra y la propuesta política de la Revolución Nacional a través de la experiencia del militar y político Clemente Inofuentes; mientras que Ignacio Vera Rada aporta notas críticas a las confesiones del teniente Carlos Soria Galvarro.

Este número de *Ciencia y Cultura* cierra con una sección de testimonios invaluable, pocos sin duda entre los cientos que atraviesan nuestras historias familiares: los recuerdos de la familia Saravia, recuperados por su bisnieto Franz Ballesteros; aquellos de la familia Montenegro Soria que vio a sus jóvenes hijos Wálter y René partir al frente y aquí son recuperados por su descendiente, el sociólogo Pablo Montenegro. Las páginas de esta entrega vienen hilvanadas con hermosas fotografías de distinta fuente, de los años de la guerra o posteriores a ella.

Sirva este esfuerzo de memoria para traer al presente la experiencia de nuestros abuelos y abuelas, asumiendo la responsabilidad comprometida de no tolerar escenarios similares ni glorificar la violencia que los engendró.

La Paz, 16 de noviembre de 2024

Paola Revilla Orías, historiadora
Rafael Bertón Salinas, literato
Docentes de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”

Artículos y estudios



"Chaco trágico, angustia y flora doliente de los hombres"
Cecilio Guzmán de Rojas
(Fotografía: Fundación Simón I. Patiño)

Entre el espacio y el sufrimiento: la producción pictórico-espacial de Cecilio Guzmán de Rojas durante la Guerra del Chaco (1932-1935)

Between Space and Suffering: the Pictorial-Spatial Production of Cecilio Guzmán de Rojas during the Chaco War (1932-1935)

*Federico Ignacio Fort**

Resumen**

Este artículo analiza la producción pictórica de Cecilio Guzmán de Rojas durante la Guerra del Chaco. En ese sentido, sostenemos que la misma ha oficiado no solamente como una manera de “representar” la guerra sino como una forma de producir activamente la espacialidad del conflicto. En la obra del pintor potosino, dicha espacialidad se compuso a la par de un determinado estudio del entorno material del Chaco, así como de la expresión de un pathos sufriente, expresado éste en los rostros y cuerpos de los combatientes.

* Lic. y Prof. en Sociología (UBA), Mag. en “Comunicación y Cultura” (UBA) y becario doctoral del CONICET (IDAES/UNSAM).

Contacto: federicoignaciofort@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4905-4002>

** El presente texto se enmarca en una investigación doctoral en curso, financiada, en una primera parte, por una beca doctoral de la Universidad de Buenos Aires (2020-2023) y en la segunda (2024-2026) por una beca de “finalización de doctorado” otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). La investigación se propone estudiar cómo se han construido, visualmente, determinados paisajes nacionales, en Bolivia, entre 1925 a 1935. En este sentido, la investigación se centra en el análisis de films, fotografías, pinturas e ilustraciones que han sido producidas, ya sea desde la estatalidad boliviana o bien alentadas por esta última. En otras palabras, se busca identificar y analizar ciertos imaginarios paisajísticos que han circulado en los años mencionados y observar sus implicancias para la construcción de la nación boliviana.

Palabras clave: Guerra del Chaco; espacio; sufrimiento; Guzmán de Rojas; pathos; pintura.

Abstract

This article analyzes the pictorial production of Cecilio Guzmán de Rojas during the Chaco War. In this regard, we argue that his work not only served as a means to ‘represent’ the war but also as a way to actively produce the spatiality of the conflict. In the work of the Potosí painter, this spatiality was shaped alongside a particular study of the material environment of the Chaco, as well as the expression of a suffering pathos, manifested in the faces and bodies of the combatants.

Keywords: Chaco War; space; suffering; Guzmán de Rojas; pathos; paint.

1. Introducción

La Guerra del Chaco ha significado un momento de inflexión para la sociedad boliviana en su conjunto: no solo por las consecuencias económicas, políticas y territoriales que trajo aparejadas, sino por el impacto de la misma en los imaginarios nacionales (Anderson, 1993). La gran efervescencia que se puede observar en los años previos (1925-1932), merced a la cual la “generación del centenario” (Stefanoni, 2014) construyó un imaginario nacional vinculado a la identidad andina, la modernidad y la reimaginación del pasado tiwanakota (Fort, 2021, 2022; Paz Moscoso, 2019b), entra en crisis con el estallido de la contienda. ¿Cómo imaginar un territorio que, pese a los variados intentos respecto a su “integración” (García Jordán, 2015), resultaba profundamente extraño para la estatalidad y la nacionalidad boliviana?, ¿qué hacer con él?, ¿cómo insertarlo en los imaginarios nacionales de una Bolivia fundamentalmente “andina”? En definitiva, ¿qué implicó el traumático resurgimiento de esta, incluso ya avanzado el primer tercio del siglo XX, *terra incognita* (Combès, 2023, p. 17) para la nacionalidad boliviana?

Podemos encontrar una posible respuesta a dichos interrogantes en las profusas producciones visuales que, en la mano de variados artistas bolivianos, se han producido en el campo de batalla¹. Por ejemplo, en otros textos hemos visto cómo, desde la fotografía, el cochabambino Rodolfo Torrico Zamudio

1 Como destaca Querejazu Leyton (2008), varios artistas bolivianos, entre los que se encuentran, además de Guzmán de Rojas, Arturo Borda, Arturo Reque Meruvia, Raúl Prada y Gil Coímbra, fueron movilizados al frente y elaboraron una vasta producción visual. A ellos debemos sumar otros artistas, como Emiliano Luján, Miguel Alandía Pantoja, Néstor Paz Galarza o Jorge Torres Donoso.

produjo una determinada visualidad del conflicto (Fort, 2023). Sin embargo, nuestra intención en esta oportunidad es abocarnos al estudio de la producción pictórica de Cecilio Guzmán de Rojas durante la guerra². Analizaremos, puntualmente, la construcción de una determinada espacialidad en dicho corpus de imágenes, entendiendo que la misma se compuso a la par de un determinado estudio del entorno material, así como de la expresión de un *pathos* sufriente –que se visibiliza en los rostros y cuerpos– en las pinturas y dibujos del artista. Nuestra hipótesis es que, conjunto a una construcción espacial que redundaba en “vistas cortas” y fragmentadas, podemos también observar, en algunas de sus imágenes, una hibridación tanática entre el entorno natural chaqueño y el sufrimiento de los cuerpos.

De esta forma, el vitalismo y el telurismo que caracterizaron a gran parte de la obra del pintor potosino, en donde la naturaleza andina –y elementos tiwanakotas–, en su relación con el cuerpo humano, era imaginada como fuente de vida (por ejemplo, en *El beso del ídolo* o *El triunfo de la naturaleza*), se ve puesta en crisis en sus producciones de la guerra. En ellas, la naturaleza del llano chaqueño se vuelve hostil y los cuerpos se muestran agonizantes. Ahora bien, antes de adentrarnos específicamente en nuestro objeto, veamos sucintamente las diferentes perspectivas que existen en lo que hace al estudio de la representación visual de eventos bélicos.

2. Antecedentes

El campo de estudios sobre la representación de guerras, masacres o genocidios³ (Burucúa y Kwiatkowski, 2014; Didi-Huberman, 2004) es vasto. En particular, en el caso de estudios que abordan producciones visuales de guerras del siglo XX, la bibliografía suele enfocarse en la fotografía⁴, en tanto ésta es considerada, a partir del siglo XIX, como el soporte por excelencia de la imagen en la modernidad (a lo que luego se sumará el cine), dejando de lado a otras representaciones pictóricas, como las que pretendemos abordar nosotros⁵.

2 Agradezco profundamente a Noreen Guzmán de Rojas, nieta de Cecilio, por su autorización para el uso de las imágenes de su abuelo en el marco de este artículo.

3 Sin embargo, es preciso destacar que estos acontecimientos, como las masacres o genocidios, revisten una especificidad que requieren diferentes precauciones para su abordaje.

4 La relación entre fotografía y guerra se vio inaugurada en la Guerra de Crimea (1853-1856). Este conflicto marcó un cambio en la forma en la que las guerras eran mostradas hasta entonces: la tarea de los fotógrafos en ella implicó convertirla en un espectáculo para adaptarla a los nuevos hábitos de consumo popular (Keller, 2013, p. 10).

5 En ese campo se encuentran, por ejemplo, los clásicos textos de Sontag (2002, 2004), a los que se suma una larga lista de autores, como Butler (2010, pp. 95-145), Berger (2017, pp. 47-49), Meijide (2017), Sánchez Durá (2002), García Varas (2013), entre muchos otros.

No obstante, también existen textos que exploran no solo la “representación” sino también el uso y circulación de diversas imágenes en eventos bélicos, los cuales no se restringen únicamente a la fotografía⁶. Ejemplo acabado de ello es la compilación presentada en Fleckner (2020): en donde se estudia a las imágenes como “hacedoras de historia”. Por ejemplo, uno de los casos de la importancia del uso de las imágenes en las guerras, más allá de su afán representativo, que se referencia en dicha publicación, es un bosquejo hecho por Napoleón –respecto a los movimientos tácticos de la batalla de Austerlitz (1806). En ese caso, el autor observa que el dibujo oficia como “un elocuente testimonio tanto de la conmoción psíquica como física de quien está dibujando el choque de las energías hostiles que precisamente el estilo gestual característico de su bosquejo vuelve a trazar casi a la manera de un sismógrafo” (Fleckner, 2020, p. 20). Si bien en nuestro caso estudiamos no sólo bocetos sino también obras acabadas, nos interesa pensar las imágenes en el sentido subrayado por Fleckner,⁷ es decir, como producciones visuales que generaron determinados efectos, más allá de la “representación” de la guerra.

Ahora bien, si nos centramos en estudios que aborden la producción de imágenes respecto a guerras en Latinoamérica durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, el campo es limitado. Uno de los trabajos más importantes es el de Díaz-Duhalde (2015) quién no solo se restringe a estudiar la fotografía, sino la “cultura visual” en torno a la guerra contra el Paraguay (1864-1870). A ello se pueden agregar, centrados particularmente en la fotografía también de dicha guerra, los aportes de Cuarterolo (1995), Marini (2021) y Strassera y Sánchez Durán (2018). Esta tendencia al estudio del vínculo entre fotografía y guerra también se evidencia en la bibliografía que explora las producciones visuales de la Guerra del Chaco (Dalla-Corte Caballero, 2006, 2010, 2016; Díaz-Duhalde, 2022; Querejazu Leyton, 2017). Sin embargo, en lo que hace al estudio de materiales pictóricos no existe un campo bibliográfico conformado.

Dicha cuestión llama la atención, dado que una gran cantidad de artistas fueron movilizados al frente. Con excepción del trabajo de Contreras Bustamante (2001) o el estudio introductorio de Querejazu Leyton (2008), no hallamos otras reflexiones que atiendan a la vasta producción pictórica durante el conflicto que enfrentó a Bolivia y Paraguay. En este marco, es nuestro interés aportar al debate sobre un aspecto sensiblemente soslayado de la contienda bélica.

6 Como, por ejemplo, el estudio de pinturas, bocetos, tapices, grabados, afiches o esculturas.

7 En esta dirección, también es útil mencionar el aporte de Benyo (2021), quien, a partir de la teoría del Bildakt de Horst Bredekamp (2017) –y las contribuciones de este último respecto al peso de la imagen en diversos conflictos bélicos–, problematiza el vínculo entre imagen y stásis, centrándose puntualmente, en guerras civiles.

En definitiva, la Guerra del Chaco suele ser pensada como un periodo bisagra, que o bien precede o bien antecede a años posteriores, pero no como un suceso que merezca ser estudiado en sí mismo como productor de visualidades: a esto último intentamos aportar en nuestro escrito.

3. Modo de abordaje

Para aproximarnos a las imágenes de Guzmán de Rojas, prescindimos de un abordaje semiótico, el cual –como se observa en las críticas realizadas a la cultura visual (Mitchell, 2009, 2016, 2017) o la *Bildwissenschaft* (Boehm, 2006, 2011)– suele reducir a las imágenes a la égida del signo lingüístico. Además de ello, la semiótica se revela fructífera para el estudio de la circulación y la recepción de determinadas imágenes –analizando la producción de diversos significados en dicha esfera (Rose, 2016, p. 109)– fenómeno que, en nuestro caso, no resulta de interés. Por el contrario, antes que estudiar la circulación que han tenido las imágenes de Guzmán de Rojas, nos interesa plantear la pregunta por cómo estas producciones han recreado el espacio de la guerra: es decir, nuestro interrogante se instala en la vinculación entre las imágenes y la producción de una determinada espacialidad. En este sentido, también evitamos abordar a estas imágenes desde otras perspectivas clásicas como la historia del arte: campo que, si bien presenta varios enfoques para el estudio de obras artísticas, muchas veces conlleva ciertos formalismos, los cuales no resultan fructíferos a nuestros intereses.

Como hemos señalado en los antecedentes, nos parece acertado entender a las imágenes como agentes activos y no, meramente, en su faz representativa. En este sentido, nuestra perspectiva parte de los estudios de la cultura visual crítica (Mitchell, 2009, 2017), por el hecho de que permite reflexionar sobre cómo las imágenes producen lo social:

una concepción dialéctica de la cultura visual no puede quedarse contenta con una definición de su objeto como “la construcción social del campo visual” sino que debe insistir en explorar la versión quiástica de esta proposición, la construcción visual del campo social. No se trata sólo de que vemos del modo en que lo hacemos porque somos animales sociales, sino también de que nuestros compromisos sociales toman las formas que toman porque somos animales que ven (Mitchell, 2017, p. 428).

Asimismo, y aunque son campos claramente diferenciados, nuestros supuestos sobre el “poder de las imágenes” (Freedberg, 1992) se basan en los aportes de la *Bildwissenschaft*, partiendo de Bredekamp y su teoría del acto icónico (2017), pero también de Fleckner (2020). En definitiva, entendemos a las imágenes

como productoras de visualidades que conforman realidades sociales. Es en ese sentido que nos aproximamos a las producciones de Guzmán de Rojas. En otras palabras, nuestro abordaje implica concebir al campo de la visualidad no como una esfera que se reduce al discurso lingüístico, sino que lo icónico, por derecho propio, es productor de diversas “realidades” sociales y, particularmente en nuestro escrito, de espacios. En el caso que nos ocupa, la producción de imágenes de los artistas bolivianos, a los que debemos sumar a las fotografías de Torrico Zamudio, pero también los aportes de Luis Bazoberry y Mario Camacho, cuyos films sobre la guerra fueron una forma de producir visualmente el conflicto. Dicha dimensión visual no sólo permite, en la actualidad, seguir construyendo la memoria del conflicto, sino que permitió a los artistas movilizados al frente, mientras los hechos se consumaban, mostrar y construir el espacio y el dolor de la guerra.

4. Sobre Cecilio Guzmán de Rojas

Uno de los artistas bolivianos más importantes de la primera mitad del siglo XX, en lo que hace a la pintura, fue Cecilio Guzmán de Rojas (1900-1950). Desde el comienzo de su carrera, sus obras rompieron con los cánones retratistas, paisajísticos y naturalistas que primaban en la pintura de su país. Sus temas, a partir de su regreso a Bolivia en 1929 –luego de una etapa de aprendizaje y perfeccionamiento técnico en Inglaterra, Francia y España–, se volcaron a un particular tratamiento de la cuestión indígena, teniendo como protagonista al cuerpo y facciones faciales, así como también variados elementos de la iconografía tiwanakota (Paz Moscoso, 2019a). Su pintura reconfiguró los imaginarios nacionales en torno al indigenismo, aportando un fuerte componente de misticismo telúrico (Zárate, 2017), donde el paisaje adquirió centralidad en tanto tierra mítica, origen de la nación boliviana.

En lo que hace a la Guerra del Chaco, Cecilio Guzmán de Rojas –si bien no hay un consenso acabado sobre su llegada– estuvo en el frente “un tiempo limitado durante 1933. Pues de hecho en 1934 expuso sus obras en La Paz y Buenos Aires” (Querejazu Leyton, 2008, p. 12). Como detalla Zárate (2017), retomando una cita del escritor Wilson Mendieta Pacheco, “el soldado Guzmán de Rojas, aparte de su fusil, lleva en su modesto equipaje papeles, pinceles, cuadernillos, material de pintura, lápices, y tintas [...]” (p. 26). Esta descripción no es menor: en una guerra ya avanzada, si consideramos que su ingreso al conflicto fue en 1933, cuando diversas enfermedades, deshidratación, malnutrición y demás horrores habían causado ya grandes estragos en las tropas, ¿qué sentido tenía, para la estatalidad boliviana, llevar artistas a la

guerra que, junto a sus armas, porten un pequeño “estudio” artístico? Este interés se explica en función de que el Estado boliviano estaba interesado, particularmente, en producir imágenes del conflicto que abonen ciertos imaginarios nacionales a la par de la construcción de una visualidad triunfalista.

No obstante, cuestión que también se puede vislumbrar en las fotografías de Torrico Zamudio y Bazoberry y las obras del resto de los pintores, dicho interés estatal no implicó que los artistas hayan producido una visualidad burdamente triunfalista de los acontecimientos, reproduciendo mecánicamente la pretendida política visual oficialista. A excepción de las postales de Roland Kühnle, las imágenes producidas guardan cierta distancia, cuando no crítica, respecto al tono nacionalista buscado por la estatalidad.

Justamente, entendemos que las producciones pictóricas de Guzmán de Rojas durante la guerra pueden dividirse en dos grandes series que construyen el espacio de la guerra, las cuales están lejos de ser triunfalistas. En la primera de ellas, las acuarelas y dibujos intentan producir una determinada espacialidad ligada al entorno natural del Chaco, mientras que, en la segunda serie, a partir de una revelación del sufrimiento de los cuerpos, se construye un “espacio de la representación”⁸ (Harvey, 2021, p. 15) de los afectos vividos durante el evento bélico. En este sentido, ambas series generan una simbiosis fundamental para pensar cómo fue mostrada la guerra por el artista potosino. En lo que sigue, nos dedicaremos al estudio de ello.

5. El espacio, breve aproximación teórica

Como destaca Harvey (2021), Henri Lefebvre afirma la existencia de una división tripartita del espacio: la “práctica espacial”, la “representación del espacio” y los “espacios de la representación” (Lefebvre, 2013, p. 92). Aunque las indicaciones de Lefebvre afirman que las representaciones del espacio –o “espacio concebido”– tienden hacia “un sistema de signos verbales” (2013, p. 97), las cuales estarían dominadas por el discurso científico y tecnócrata de una sociedad, Harvey sitúa también a cierto tipo de imágenes en este registro. Por ejemplo, diagramas, mapas, dibujos técnicos son formas determinadas de representación espacial.

No obstante, las imágenes “artísticas”, y demás prácticas estéticas, parecen estar situadas en los “espacios de la representación”, lo que guardaría, al mismo tiempo, cierta analogía con lo que Ernst Cassirer llama “espacio simbólico”

⁸ En lo que sigue, cuestionaremos la idea de “representación” que Harvey utiliza en su definición espacial. Aquí nos remitimos al término simplemente por una cuestión práctica.

(Harvey, 2021, p.13). Este tipo de imágenes implica que “también podemos tratar de representar la forma en que este espacio es vivido emotiva y afectivamente, así como materialmente, por medio de imágenes poéticas, composiciones fotográficas, reconstrucciones artísticas, etc.” (Harvey, 2021, p.15). De hecho, Lefebvre define a los espacios de la representación como “el espacio vivido a través de las imágenes y los símbolos que lo acompañan [...] Recubre el espacio físico utilizando simbólicamente sus objetos” (Lefebvre, 2013, p.98). Sostenemos que es en este sentido que operaron las imágenes producidas por Cecilio Guzmán de Rojas –pero también las del resto de los artistas– durante la Guerra del Chaco.

Sin embargo, también sabemos –como los mencionados aportes desde la cultura visual o la *Bildwissenschaft* advierten– que las imágenes no solo representan “espacios” sino que los construyen activamente. No obstante, nos parece interesante seguir las indicaciones de Harvey y Lefebvre para reflexionar sobre las producciones pictóricas de Cecilio Guzmán de Rojas, dado que, aunque los autores no abandonan la cuestión de la “representación”, sí afirman que el espacio se constituye tripartitamente –entre su materialidad y producción, su representación y los espacios de la representación– en una tensión dialéctica. Dichas dimensiones se solapan e influyen activamente unas a otras, pese a que, dependiendo de la materialidad estudiada, sea una la que pueda ser preponderante. En otras palabras, sostenemos que, pese a lo desafortunado de la terminología para nuestros fines, los niveles “representativos” configuran y crean activamente al espacio.

Esta manera de entender a las imágenes activamente como productoras de espacios, nos resulta conveniente. En ese sentido, Harvey da un ejemplo concreto sobre cómo la triada espacial le ayuda a reflexionar sobre “obras de arte”, entendiendo que, aunque ubiquemos a estas últimas, analíticamente, en los “espacios de la representación”, siempre se debe entender al espacio en función de una dialéctica constitutiva:

una pintura como *El grito* de Edvard Munch es un objeto material, pero funciona desde la situación de un estado psíquico (espacio de representación o espacio vivido de Lefebvre) e intenta, mediante un conjunto particular de códigos de representación (la representación del espacio o espacio concebido), cobrar una forma física (el espacio material de la imagen abierto a nuestra experiencia física real) que nos dice algo sobre las cualidades del espacio vivido entonces por Munch (Harvey, 2021, p. 16).

En esta dirección, creemos que las dos series de imágenes que detectamos en la producción de Guzmán de Rojas pueden enmarcarse en estas coordenadas.

Por un lado, una primera serie de acuarelas y bocetos que se destinan, principalmente, a construir el espacio chaqueño en su directa relación con el entorno natural, obviando la presencia humana. Allí encontramos dibujos de troncos de árboles o de plantas del entorno, bocetos de tiendas de campaña, campamentos, artillería, pilas de chatarra, a los que se agregan, por último, acuarelas de nidos de ametralladoras o de la vegetación chaqueña. Es decir, obras en donde las imágenes producen los espacios en los cuales se daba la cotidianeidad de la guerra, sin recrear, necesariamente, los espacios de batalla. Por otro lado, en la segunda serie, se observa un estudio de los cuerpos y rostros sufrientes de los combatientes. En esta última se aprecia, con mayor claridad, la dimensión de los “espacios de la representación”, es decir, son imágenes que apuntan a mostrar cómo el “espacio es vivido emotiva y afectivamente, así como materialmente” (Harvey, 2021, p. 15). Comencemos, entonces, refiriéndonos a la primera de las series, para luego analizar la segunda de ellas.

6. Nuestro análisis. El espacio del Chaco

La primera característica de los espacios pintados por Guzmán de Rojas⁹ es que no resultan en vistas amplias, sino que, a excepción de una de las pinturas, redundan en vistas cortas¹⁰. El interés del artista no pareciera estar puesto en la construcción de una amplitud espacial, lo que se asemejaría más a una construcción paisajística (Cortés-Rocca, 2011, p. 107; Tell, 2019, p. 34), sino en espacios densamente cargados con elementos que impiden su apertura. El ejemplo más acabado de ello es la acuarela de la fig. 1: la densidad de la vegetación forma una suerte de “pared verde” sobre el fondo de la composición que corta abruptamente la visual del horizonte. A ello se suma, de por sí, la escasa profundidad que alcanza la perspectiva en el cuadro, formando así un espacio aplanado que, en vez de expandirse paulatinamente hacia el fondo de la composición, se abalanza hacia el primer plano.

Dichas vistas cortas se conjugan, como vemos en *Laguna con árboles y Pahuichi*¹¹ (fig. 2), con una fragmentación del espacio chaqueño¹². En *Laguna con árboles*, Guzmán de Rojas hace hincapié en el tronco de un árbol que se despliega en

9 Es interesante observar que las acuarelas “paisajísticas” de Guzmán de Rojas del espacio chaqueño sólo encuentran continuidad en otras del mismo estilo realizadas por Raúl G. Prada. Por el contrario, no hallamos otras imágenes o pinturas típicamente paisajísticas realizadas por los diferentes artistas bolivianos movilizados al frente.

10 Por “vistas cortas” nos referimos a una suerte de “plano” que, en vez de abarcar una vasta extensión territorial y profundidad de campo, se resume en lo contrario: una vista que se corta abruptamente por, por ejemplo, la densa vegetación y que, además, no logra mostrar la amplitud espacial del entorno.

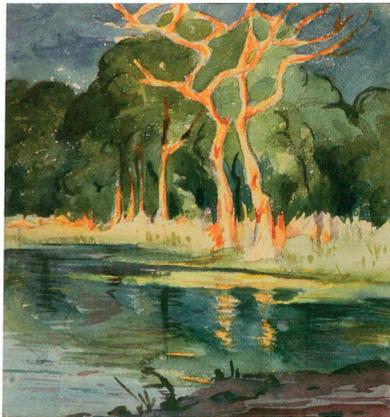
11 El “pahuichi” es una típica casa rural con, generalmente, techo a dos aguas y paredes de barro y paja.

12 Este tipo de espacialidad también se observa en la producción fotográfica de Torrico Zamudio y Bazoberry (Fort, 2023).

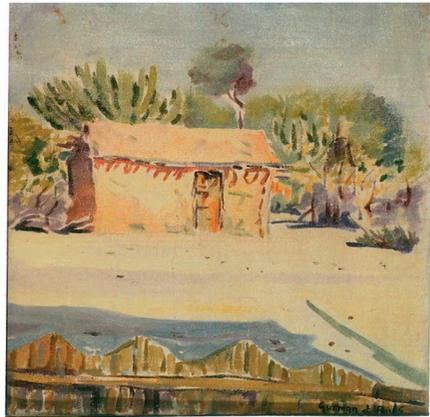
el centro de la composición, mientras que en *Pahuichi*, en una típica casa rural del Chaco. En rigor, este tipo de composiciones no buscan solo producir el entorno natural de la región sino “escudriñar” ciertos elementos y detalles que lo componen. En otros términos, la sugerente fragmentación espacial en estas pinturas persigue una finalidad en concreto: conocer y aprehender, a través de la imagen, el extraño entorno en donde se desarrollaba el conflicto.



Fig. 1. *Chaco*, 1934 (Fundación Simón I. Patiño, 2008, p. 66).



Laguna con árboles • Acuarela



Pahuichi • Acuarela

Fig. 2. A la izquierda, *Laguna con árboles*. A la derecha, *Pahuichi* (Fundación Simón I. Patiño, 2008, p. 64).

Esta forma de diseccionar el entorno chaqueño encuentra su punto máximo en los tres bocetos que Guzmán de Rojas dedicó a la vegetación. En ellos no observamos ni siquiera especímenes completos, sino determinadas partes de los mismos: un tronco de un árbol, que comienza en la base del mismo, pero se interrumpe inmediatamente antes de llegar a su copa, y dos dibujos de las hojas de una espinosa planta, siendo que, incluso, el primero de ellos es de un trazo débil, menos definido que el segundo (fig.3).

En este sentido, Guzmán de Rojas no se detiene en escenas de combate ni busca poner el énfasis en el conflicto armado. Antes de ello, el artista se preocupa por comprender el espacio que está habitando. Esta relación, entre imagen y “comprensión” no es menor; autores como Bredekamp (2019) han resaltado, por ejemplo, el lugar que ocupan las imágenes, en tanto “proceso de pensamiento” (Moxey, 2009, p. 17) en, por ejemplo, los apuntes de Charles Darwin. Si bien la producción de imágenes de los artistas que estamos estudiando no se relacionan específicamente con la producción de conocimiento científico, sí creemos que la misma ha oficiado como un medio para la comprensión del entorno¹³. Es, en definitiva, una producción espacial a partir de la imagen que, a la vez que se crea, estudia el espacio material del Chaco. No se trata, como Harvey parece plantear mecánicamente, de que estas imágenes busquen un “reflejo apropiado, sino preciso, de las realidades materiales” (2021, p.15) que rodeaban a Rojas. Sin embargo, es innegable que estos bocetos refieren a dicha realidad material, aunque, en nuestros términos, la referencialidad de la imagen respecto al entorno material no implica una relación mimética sino instituyente. Es como si para este pintor se hubiera vuelto necesario el estudio en detalle de la vegetación chaqueña, la cual se presentaba extraña, para poder, de esta forma, crear e imaginar el espacio en donde se libraba la cotidianidad de la guerra.

Estas producciones no deben ser consideradas, únicamente, como “artísticas”, sino como elementos que, primero, han buscado conocer el espacio chaqueño a la vez que lo producían. Mientras que, en segundo lugar, también han servido a una *habitación* de los artistas respecto del espacio material en el cual se libró la contienda: producir el espacio en imágenes, como afirma Lefebvre (2013), es también “recubrir el espacio físico”. En el marco, además, de una contienda bélica, ello resulta crucial, en el sentido en que la producción de imágenes es, asimismo, una forma de “elaborar” experiencias sumamente traumáticas: ¿qué sentido tenía, si no, en medio de las deleznable condiciones que azota-

13 Además está decir que estos bocetos efectivamente sirvieron al artista como un “estudio” que luego, posiblemente, se transformó en pinturas más complejas.

ban al ejército boliviano, realizar dibujos de troncos, chozas o de la vegetación chaqueña?

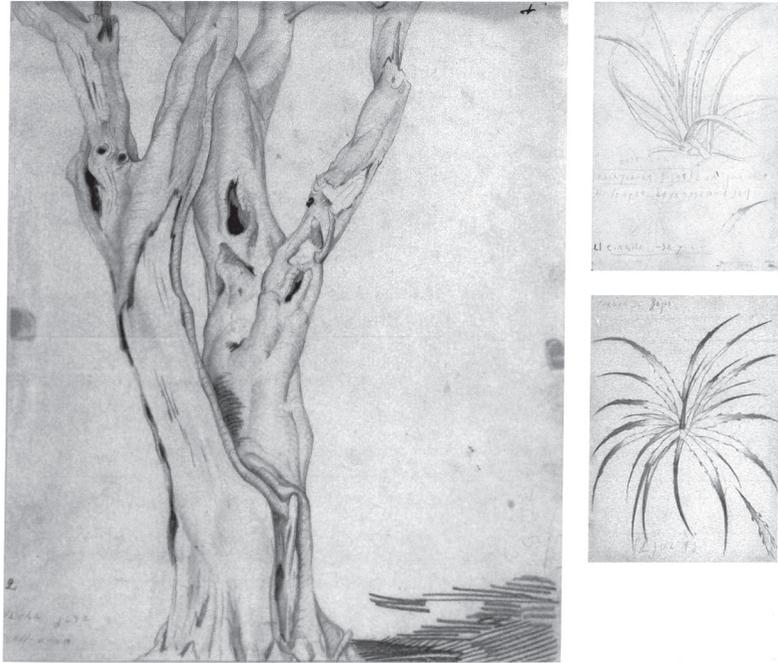


Fig. 3. Bocetos de tronco y plantas de la flora chaqueña realizados por Cecilio Guzmán de Rojas (Fundación Simón I. Patiño, 2008, p. 48).

Nos permitimos hacer un breve paréntesis aquí para referirnos a las producciones de Raúl G. Prada, dado que la mencionada forma de diseccionar el espacio chaqueño también se repite en algunos de sus bocetos. De los dibujos que giran en torno a la vegetación se desprende su particular atención a las formas y líneas de los troncos de árboles propios del entorno chaqueño, como el algarrobillo o el motacú. Asombra el nivel de detalle y consistencia de sus trazos, realizados con gran seguridad. Es interesante que este tipo de dibujos, tanto de Guzmán de Rojas como de Prada, construyen una espacialidad que se abstrae tanto de la guerra como del entorno físico: ya siquiera se muestra a esos árboles o plantas en un “ambiente natural” determinado, sino que se los sustrae para examinarlos en detalle, así como un botánico dibuja la flora con minuciosidad.

Con ello nos referimos a que estas ilustraciones atomizan a ciertos elementos del espacio material y los fijan en un espacio “vacío”. Es decir, antes de construir con ellos una unidad totalizadora, a la manera de un paisaje –que brindaría una impresión de vista del entorno– estos dibujos nos muestran el grado

primario de un pensamiento del espacio chaqueño: “estadio embrionario” que no necesariamente culminará en un paisaje acabado. En el caso de Prada, estos dibujos incluso llegan hasta el estudio de una parte de un tronco, como vemos en la imagen de abajo a la derecha de la fig.4, en donde la robustez del mismo, sus fisuras, cavidades, así como también la curvatura de sus líneas son el centro de atención.

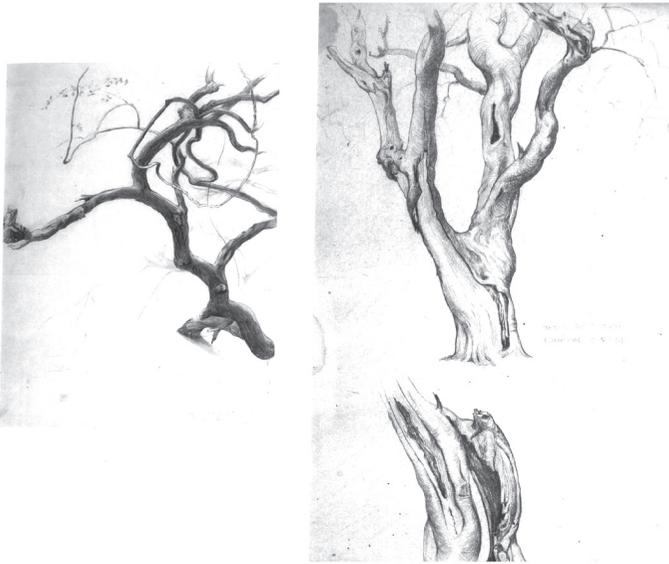


Fig. 4. Bocetos de árboles de Raúl G. Prada (Fundación Simón I. Patiño, 2008, p. 81).

Ahora bien, esta atomización e interés de estos artistas por los elementos que componían el espacio material del Chaco, no sólo se restringe al plano vegetal. También observamos, volviendo al caso de Guzmán de Rojas, una particular atención por el estudio de otros elementos tales como tiendas de campaña, casas, cañones, tractores o aviones. Todos estos dibujos comparten una característica en común con las ilustraciones de la vegetación: en función del interés del estudio pormenorizado de los mismos, también resultan abstraídos de un espacio concreto¹⁴.

En esta dirección, el artista llega a retratar un montón de chatarra: un dibujo caótico, en donde apenas podemos reconocer algunas piezas de vehículos, como ruedas (fig. 5). El dibujo parece inacabado, con un claro hacia la parte superior del montón de desperdicios, que contiene unas líneas de lápiz que no

¹⁴ Entendemos, de todas formas, que este tipo de bocetos sean típicos estudios de un artista plástico, independientemente del medio en el cual se encuentre. Sin embargo, en el marco de la construcción espacial de la guerra, creemos que la atención a determinados elementos y su abstracción del espacio concreto cobra una relevancia especial

forman parte de ninguna figura. De esta forma, el artista se acerca a la destrucción ocasionada por la guerra, a través de sus restos, pero sin localizar —repetimos— dicha chatarra en un espacio determinado. Al mismo tiempo, esa pila de desechos también oficia como punto de llegada, una suerte de “cementerio de artefactos”, de los otros dibujos que realiza Guzmán de Rojas. Como vemos, el boceto del tractor, el avión y el cañón de la fig. 6, distan de “enaltecer” al armamento boliviano. Se destaca una visión más bien atenta al estudio de los mismos, tendiente a un “realismo” (prestar atención, por ejemplo, a la vista de frente y de perfil del cañón) que a la construcción de una determinada visibilidad nacionalista.



Fig. 5. *Chatarra*, dibujo de Cecilio Guzmán de Rojas (Fundación Simón I. Patiño, 2008, p. 52).

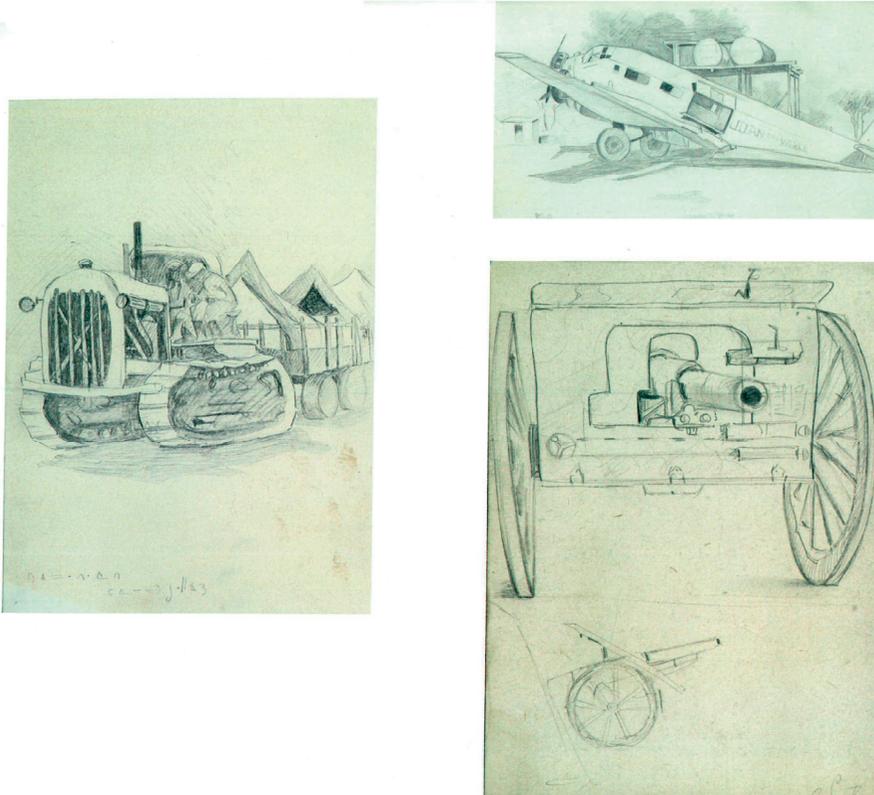


Fig. 6. Tractor, avión "Juan del Valle" y cañón (Fundación Simón I. Patiño, 2008, p. 53).

7. El *pathos* del sufrimiento: rostros y cuerpos

Ahora bien, la producción espacial del entorno chaqueño no se agota en la serie de dibujos y acuarelas que hemos visto. A esas imágenes que construyeron el espacio chaqueño, al tiempo que lo diseccionaron y estudiaron, se suman aquéllas que expresaron afectos y emociones sufridas por los combatientes en ese espacio: nos referimos, puntualmente, a una serie de retratos sobre rostros y cuerpos. Si mencionamos que las imágenes de Guzmán de Rojas han servido para *habitar* los horrores de la guerra, las siguientes imágenes del artista también expresan el *espacio vivido*.

Comenzando con la serie de rostros —aunque las fotografías de Torrico Zamudio y Bazoberry ya incluían retratos de las tropas bolivianas, generalmente en grupos—, en los dibujos de Guzmán de Rojas¹⁵ encontramos un estudio en detalle de los mismos. Esta cuestión no es menor: producir los

¹⁵ A ello también podemos sumar los retratos realizados por Arturo Borda y Raúl G. Prada. Sin embargo, en el caso de este último, los mismos se acompañan por sus nombres, lo que implica un mayor énfasis de ir en contra del "anonimato".

rostros de la guerra implica un intento en contra de anonimizar evento. Si bien, particularmente en el caso de Guzmán de Rojas, sus retratos de oficiales y soldados no van acompañados del nombre propio, es remarcable el efecto que tienen en el marco de la visualidad del conflicto. Se trata, en otras palabras, de “poner rostro” al anonimato, pese a la falta de sus nombres. Sin embargo, los retratos del pintor no exploran solo la mencionada faceta identitaria. No se trata, solamente, del intento por “darle un rostro” a la guerra sino de un estudio del padecer de los mismos.

De los 29 retratos de Guzmán de Rojas que encontramos en nuestro material de estudio, sólo ocho de ellos muestran a soldados y a un oficial con buen semblante, mientras que los restantes hacen un gran énfasis en el avance de la desnutrición, enfermedades o diversas agonías sufridas. En esta dirección, Guzmán de Rojas exhibió el mencionado horror a partir del estudio de las expresiones y tonos musculares de rostros enfermos y agonizantes. Este interés por el estudio de las emociones, y por ende de los movimientos musculares de los rostros, encuentra continuidad –aunque parezca distante– con ilustraciones que fueron fundamentales para el desarrollo de los estudios sobre la evolución humana. Tal como destaca Belting, obras como *Anatomía de la expresión* (1806) de Charles Bell y *La expresión de las emociones en los hombres y en los animales* (1872) de Charles Darwin, marcaron la transición de una mirada que “pasó de centrarse en el rostro a hacerlo en sus movimientos musculares [...] Los músculos realizan movimientos reflejos que son generados por sentimientos como el miedo, la tristeza y el dolor” (2021, p. 83).

Como observamos en el dibujo que se encuentra hacia la derecha de la fig. 7, Guzmán de Rojas retrata a un combatiente aterrorizado, el cual encuentra similar expresión respecto al dibujo de Darwin¹⁶. Si, en este sentido, aceptamos la tesis del mismo Darwin, señalada por Belting, según la cual “la ‘expresión’ es ‘acción’ (action) social” (2021, p. 84) o lo señalado en el mismo sentido por Didi-Huberman, según el cual

una emoción ¿no es una e-moción, vale decir, una moción, un movimiento, que consiste en ponernos fuera de (e-, ex), fuera de nosotros mismos? Pero si la emoción es un movimiento, en consecuencia, es realmente una acción: algo así como un gesto al mismo tiempo exterior e interior... (2016, p. 31).

podemos considerar que los rostros del pathos sufriente producidos por el artista potosino nos invitan –aún hoy– a ser parte de ese horror de la guerra. La

16 Este dibujo de Darwin fue hecho en base a una fotografía de los experimentos de Guillaume-Benjamin Duchenne de Boulogne.

emoción, entendida como un flujo que nos atraviesa y que se despliega para un otro a través de la imagen —en este caso, del dibujo de un rostro— aportan a una visualidad y a una construcción del espacio bélico que trata no sólo de una denuncia de ese horror sino a un intento de “ser parte” del mismo: ¿a quiénes están dirigiendo su mirada, su sufrimiento y sus gestos esos rostros dibujados?¹⁷. Es en ese sentido que estas imágenes, a través del paroxismo de sus expresiones, pero también en función de su materialidad física, reproduce ante nosotros “algo” de ese espacio vivido por Guzmán de Rojas y por todos los combatientes de la guerra. El espacio vivido por Rojas se actualiza así, lógicamente, bajo otras coordenadas, ante nosotros.

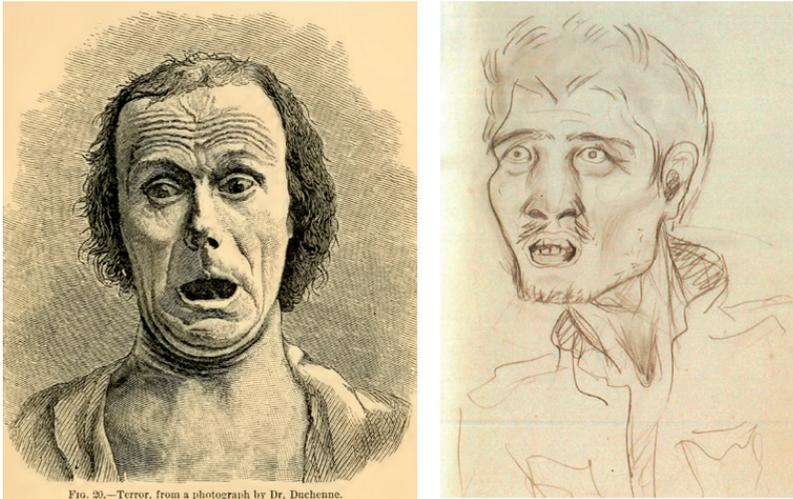


FIG. 20.—Terror, from a photograph by Dr. Duchenne.

Fig. 7. A la izquierda: *Terror*, from a photograph by Dr. Duchenne (Darwin, 1897, p. 299). A la derecha: *Grito* (Fundación Simón I. Patiño, 2008, p. 61).

Es sugestivo aprehender estos rostros en su paradoja primera: la expresión de las emociones que los atraviesan implica una profunda ruptura en la representación¹⁸. En este punto, nuevamente vemos las limitaciones que tiene llamar a esta dimensión espacial “espacio de la representación”. Justamente, estos dibujos se encuentran en un límite, al igual que la famosa obra de Munch citada por Harvey, entre la representación y lo irrepresentable. Entenderlos, únicamente,

17 Desde este punto de vista, podemos entender que estos rostros sufrientes de Guzmán de Rojas están en búsqueda de articularse con toda una historia, al decir de Didi-Huberman, de las “emociones figuradas” (2016, p. 43), trabajo al cual, por supuesto, Aby Warburg dedicó gran parte de su vida y que excede los límites del presente artículo.

18 Afirmamos que la expresión de las emociones implica una ruptura en la “representación”, dado que entre estas y la imagen que dice “representarlas” existe una distancia insalvable. Siguiendo, justamente, a Didi-Huberman, “en todos los casos la emoción está como separada de la imagen que uno se hace de la situación. Freud dice que hay aquí una separación, una disociación entre el afecto y la representación” (2016, p. 34). De esta forma, la emoción, pese a ser pasible de ser expresada en una imagen, excede la función representativa de esta última.

como un reflejo mimético de lo ocurrido en el “espacio material” sería coartar la potencia de los mismos.

Es decir, si entendemos las emociones en el sentido en que lo hace Didi-Huberman, como “un movimiento afectivo que nos ‘posee’ pero que nosotros no ‘poseemos’ en su totalidad, en la medida en que nos resulta en gran parte desconocido” (2016, p.35), es claro que las mismas se desenvuelven en un terreno en donde lo que está en juego, justamente, es la tensión entre la representación y lo irrepresentable de todo afecto. La imagen, como vehículo del pathos sufriente, sirvió a Guzmán de Rojas para poder trasladar algo de aquello irrepresentable, y de esta forma aportar a una construcción espacial atravesada por los afectos¹⁹.

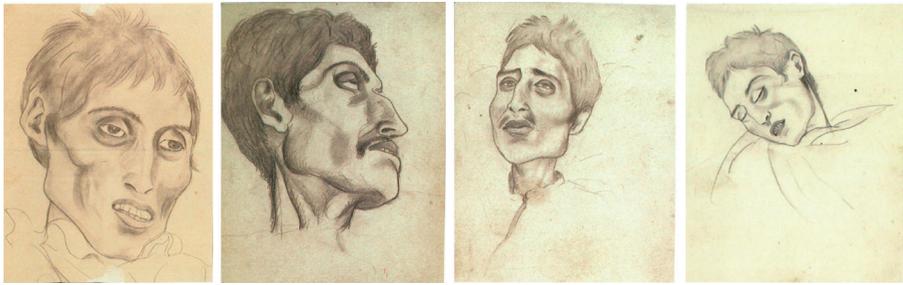


Fig. 8. Serie de rostros sufrientes (Fundación Simón I. Patiño, 2008, pp.55-60).

Ahora bien, a esta construcción espacial a partir de las emociones expresadas en los dibujos de los combatientes, Guzmán de Rojas suma una serie de imágenes en donde el protagonista ya no es únicamente el rostro sino el cuerpo, a través del énfasis en la desnutrición y diversas enfermedades (como el paludismo o el tétanos) que causaron estragos en las filas bolivianas. En este sentido, mientras los dibujos de los rostros –al igual que lo ocurrido en el caso de los bocetos de plantas, árboles, chozas etc.– se abstraen del entorno natural del Chaco²⁰, algunos dibujos de cuerpos sufrientes se emplazan en un entorno natural determinado. En la fig. 9, Guzmán de Rojas nos muestra el cuerpo de un soldado desnutrido y somnoliento (seguramente producto de la escasa energía) incluso luego de comer su “rancho”²¹. En este caso, la imagen sirve

19 Al decir también de Didi-Huberman, “las imágenes son especies de cristales en las cuales se concentran muchas cosas, y en particular esos gestos muy antiguos, expresiones colectivas de las emociones que atraviesan una historia” (2016, pp. 42-43).

20 Vale resaltar que, pese a su abstracción del entorno natural del Chaco, en función de las emociones que expresan, dichos rostros permanecen íntimamente ligados a la contienda. De alguna manera, expresan paradójicamente su fuerte vínculo con la guerra y, al mismo tiempo, se conectan con una “historia de las emociones” que los excede.

21 Si bien esta producción no se encuentra incluida en la compilación de nuestro material, dada su fecha de realización y su estilo similar a los otros dibujos, podemos suponer que fue realizada en el campo de batalla, al igual que las anteriores.

para mostrar el pasaje del rostro al cuerpo sufriente, al tiempo que sitúa al mismo en un espacio “enmarañado”, en el cual se aprecian múltiples ramas que componen el fondo del dibujo. El cuerpo del soldado parece no destacar del todo del fondo de la composición, dando la impresión de una hibridación entre la naturaleza y el padecimiento del cuerpo.

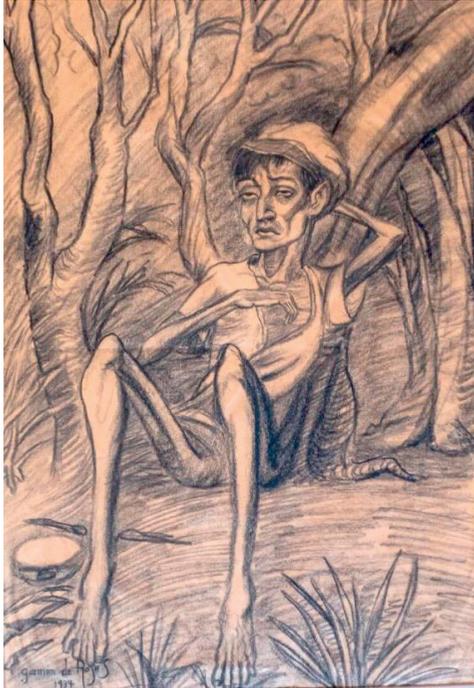


Fig. 9. *Soldado desnutrido y somnoliento*. Recuperado de Casa Melchor Pinto (<https://casamelchorpinto.com/exposiciones/3er-ciclo-de-arte-en-la-casa-cecilio-guzman-de-rojas-obras-de-coleccion-1929-1950/>).

Esta relación planteada por Guzmán de Rojas, que podríamos definir “entre naturaleza y pathos”, subvierte el propio pensamiento y “estilo” que el pintor potosino había cultivado en los albores de la guerra. Guzmán de Rojas pasa de considerar a los elementos telúricos, como influjos vitales del cuerpo, a la mostración de una tierra inhóspita que pareciera absorber al soldado que vemos en el dibujo. En este sentido, las líneas que contribuyen al sombreado dan la impresión de una densidad que parte de la naturaleza y que atraviesa al cuerpo del combatiente, como si el mismo no pudiera “despegarse” de la vegetación.

Esta hibridación “tanática” entre la naturaleza y el cuerpo –en contraposición al vitalismo de otras obras del artista previas a la guerra– también encuentra continuidad en el dibujo de la fig. 10. Como vemos, la ilustración es similar a una fotografía de Bazoberry, la cual lleva por título “Abandonado”. Y si bien no podemos afirmar con total certidumbre que el dibujo del pintor se haya servido

de la fotografía como modelo, la posición exactamente igual del cuerpo del soldado paraguayo, abatido sobre el árbol, pareciera confirmar la presunción²². A ello se suma, incluso, la misma disposición del fusil, el cual se vislumbra vagamente en la fotografía, adquiriendo mayor definición en el dibujo.



Fig. 10. A la izquierda: dibujo de Cecilio Guzmán de Rojas (Fundación Simón I. Patiño, 2008, p. 63). A la derecha: fotografía de Bazoberry publicada en Baptista Gumucio (1982).

Más allá de las obvias similitudes entre las imágenes, resulta interesante que Guzmán de Rojas elija realizar cuatro grandes cambios en su dibujo. Por un lado, opta por alargar el tronco del árbol. Este último, que está talado en la fotografía original, en el dibujo encuentra continuidad a través de sus dos grandes ramificaciones que se elevan verticalmente. La otra variación que introduce tiene que ver con el fondo: en el boceto del pintor, este último adquiere aún una mayor densidad, a partir del grueso trazo y sombreado respecto de la fotografía original. Asimismo, el rostro del soldado abatido se ilustra con los ojos abiertos y sin el “velo” que le atribuye la sombra –producto del característico sombrero del uniforme paraguayo– como sí ocurre en la fotografía. Por último, el artista opta por precisar y “completar” los pies del soldado paraguayo, dibujando sus sandalias²³.

22 Esta cuestión abona la idea de que la producción visual realizada por los artistas pictóricos bolivianos encuentra vasos comunicantes con las fotografías de Bazoberry o Torrico Zamudio. Este punto no es menor, si comprendemos cierta sinergia entre distintos soportes de la imagen, como la pintura, los dibujos o la fotografía en lo que hace a la construcción de una determinada espacialidad sobre la guerra.

23 Esta atención a los pies del soldado paraguayo no es menor, si consideramos que los combatientes bolivianos se referían a éstos últimos como “pilas”, expresión coloquial para referirse a la desnudez de sus pies, ya que muchos de ellos iban descalzos.

En este sentido, es notable la búsqueda de Guzmán de Rojas por “recomponer” (Didi-Huberman, 2007, p. 168) la fotografía. Pero no sólo en un sentido “correctivo” (por ejemplo, dar luz en los detalles que se escapan en la fotografía, como el fusible o el rostro del soldado) sino en imaginar de vuelta la escena. Esta re-imaginación, que el potosino pone al servicio de su dibujo, se relaciona con una nueva recomposición del espacio; como detallamos, el árbol sobre el que yace el cuerpo del soldado parece todavía estar vivo (y no talado), prosiguiendo sus ramas más allá de los límites del encuadre. Además, el “fondo” de la imagen presenta un protagonismo y densidad mucho mayores que en la fotografía, en donde la tenue línea de árboles del fondo de ésta última es traída casi al primer plano en el dibujo.

8. El *pathos* del cuerpo

Sin embargo, los cuerpos sufrientes de Guzmán de Rojas, al igual que lo que ocurre con los rostros, no se emplazan solamente en el entorno natural del Chaco. Hay varios dibujos en los que el cuerpo también es abstraído de cualquier referencia al espacio material. Encontramos, incluso, un dibujo que se restringe únicamente a la ilustración de un brazo enflaquecido por la desnutrición (fig. 11), así como también un boceto de medio cuerpo de un soldado, aparentemente, sentado en una camilla (imagen inferior derecha de la fig. 12). Al igual que el dibujo del brazo, el torso del soldado muestra los efectos de la inanición sufrida. Esta mirada atenta a la flaqueza de los cuerpos también se observa en “Exánime” (fig. 13), en donde vislumbramos la marcada clavícula del combatiente, así como también su hombro y el comienzo de su escuálido brazo. A través de la mirada de Guzmán de Rojas observamos, entonces, cómo el cuerpo de los soldados se desvanece, pierde peso y no logra integrarse en una unidad orgánica y funcional. Es, en definitiva, un cuerpo enfermo que se fragmenta al tiempo que se disgrega.



Fig. 11. *Brazo* (Fundación Simón I. Patiño, 2008, pp. 56).

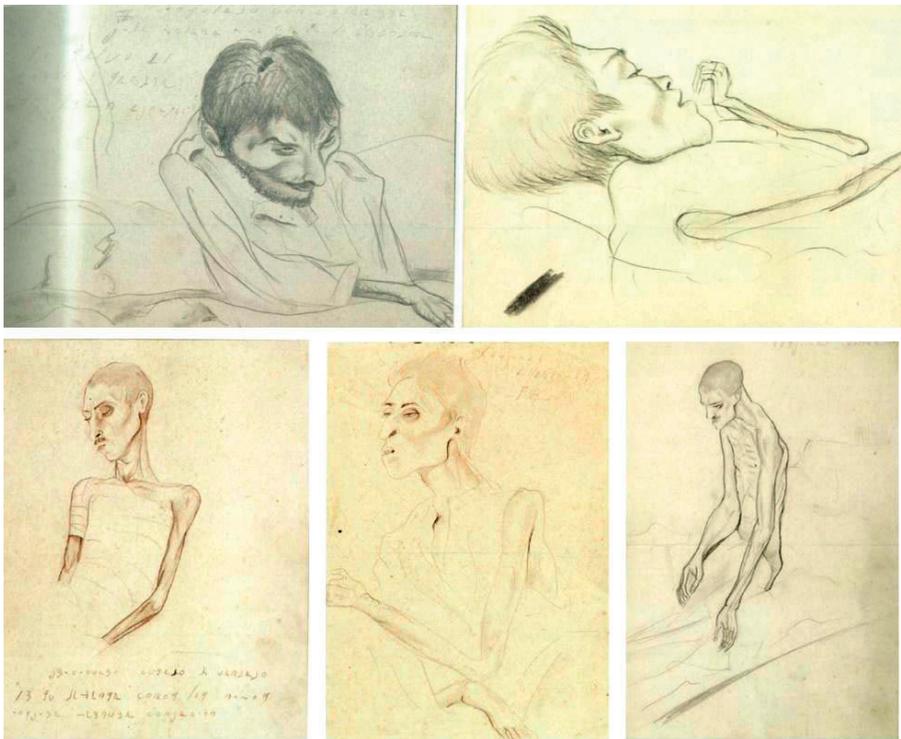


Fig. 12. De arriba a abajo, de izquierda a derecha: *Agazapado*; *Escuálido*; *Herido*; *Soldado en inanición*; *Escuálido en camilla* (Fundación Simón I. Patiño, 2008, pp. 57-60).



Fig. 13. De izquierda a derecha: *Hombre en camilla*; *Exánime* (Fundación Simón I. Patiño, 2008, p. 57).

Se trata, en esta dirección, de la visualización de un *pathos* sufriente, siendo que, propiamente, este *pathos* no se deriva de los ataques puntuales de un enemigo paraguayo (que nunca aparece en sus imágenes) sino de la avanzada “invisible” de las enfermedades. De esta forma, encontramos en la espacialidad boliviana de la guerra la cuestión paradójica de hacer visible un enemigo invisible. El rostro y el cuerpo son, en este sentido, medios y superficies propicias para expresar aquello que es del orden de lo irrepresentable. Los retratos dibujados por Guzmán de Rojas son rostros que, en función de su paroxismo, “pierden la cara” (Didi-Huberman, 2016, p. 25), y los flacos hombros y brazos son el cuerpo que, también a merced de un arrebato paroxístico, es llevado al límite de su corporalidad.

Esto último encuentra su expresión más acabada en el dibujo del “tetánico” (fig. 14). Este cuerpo, en posición de opistótonos, tiene relación con *pathos* similares que aparecen en estudios como los de Charles Bell en su libro *The Anatomy And Philosophy Of Expression As Connected With The Fine Arts* (1847) —en donde se encuentran dibujos de heridos de guerra de campañas napoleónicas— o bien en el clásico *Iconographie photographique de la Salpêtrière* de Regnard y Bourneville (1877) sobre el tratamiento de la histeria de Charcot.

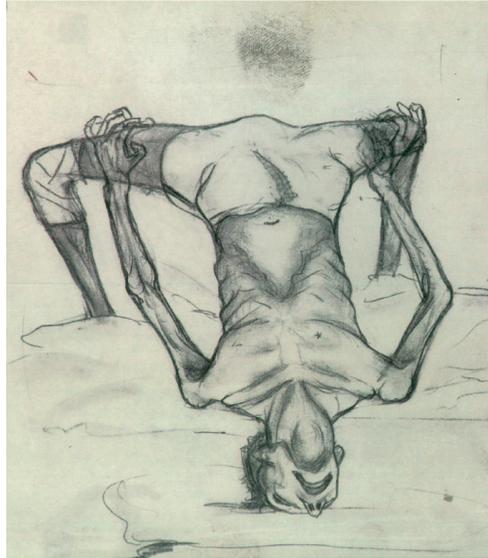


Fig. 14. *Tetánico* (Fundación Simón I. Patiño, 2008, p. 62).

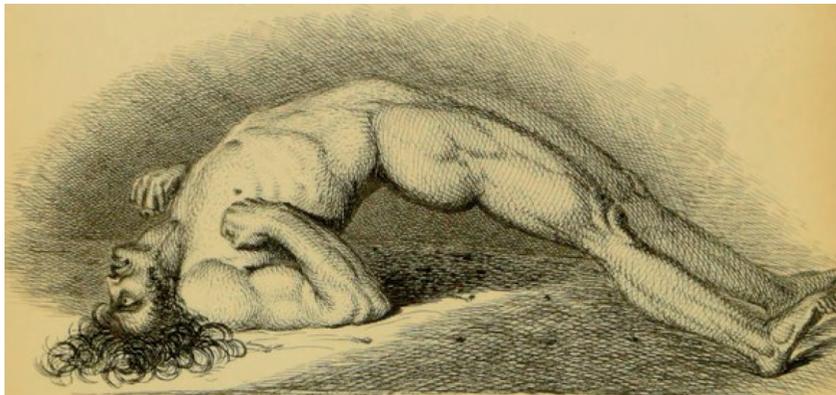


Fig. 15. Dibujo de Charles Bell (1847, p. 160) que muestra un soldado de la Batalla de la Coruña (1809) en posición de opistótonos.

Es interesante observar la continuidad de la des-localización con la que el artista trata a sus dibujos. Tanto en la serie de los rostros sufrientes como en la del cuerpo tetánico, se trata de un estudio del dolor abstraído del espacio y tiempo concreto de la guerra. No hay indicadores, en el dibujo, de entorno, habitación o tienda de campaña en donde el enfermo estuviera sufriendo el ataque: solo unas tenues líneas que hacen a la superficie donde se encontraba el cuerpo, de las cuales podemos inferir una almohada (sobre la que reposa la cabeza) y algunas, suponemos, sábanas sobre las que se encontraba el enfermo.

De esta forma, el espacio se articula directamente con el sufrimiento de los cuerpos: ¿cómo concebir al espacio de la guerra si no aprehendemos algo del horror de la misma?, ¿acaso ello no hace puramente a lo que Lefebvre llama “espacios vividos”? Las imágenes de Guzmán de Rojas intentan dar respuesta a esos interrogantes. El espacio pasa, en este punto, estrictamente por los afectos, por los *pathos* que aquejaban a los cuerpos de los combatientes. Estas imágenes tratan de captar aquello que es del orden de lo más evasivo, invisible e irrepresentable, como el profundo dolor y padecer de un cuerpo.

9. Conclusiones

En síntesis, podemos afirmar que las producciones pictóricas de Guzmán de Rojas durante la Guerra del Chaco producen una determinada espacialidad articulando dos dimensiones. La primera de ellas se compone de imágenes que se entrelazan al entorno material y natural del Chaco, en donde, a través de “vistas cortas” y a la abstracción de determinados objetos, el artista fragmenta el espacio a la vez que lo “estudia” para conocerlo. Estas imágenes, en su mayoría, se alejan del horror de la guerra, siendo que no se vislumbra el conflicto a la par que tampoco se muestran figuras humanas. Por otro lado, la segunda dimensión construye el *espacio vivido* de la guerra. Esas imágenes, a partir de una mostración del *pathos* sufriente de los cuerpos, se articulan con el entorno natural, produciendo así una suerte de simbiosis entre sufrimiento y naturaleza chaqueña. Asimismo, Guzmán de Rojas también abstrae a estos cuerpos sufrientes de un emplazamiento específico, visibilizando así solo el dolor sufrido más allá de referencias espaciales concretas. En ese punto es que el espacio se produce únicamente a través de la mostración del dolor, el sufrimiento y la enfermedad.

Estas producciones visuales guardan un fuerte contraste con las obras que el artista realizó en los años previos al conflicto. En ese sentido, tal como destaca Paz Moscoso (2019a), Guzmán de Rojas concebía que “el arte boliviano debe (...) traducir una personalidad y nacionalidad artística vigorosa” (p. 307). Pinturas como *El beso del ídolo* (1928) o el *Triunfo de la naturaleza* (1928) resaltaban la fuerza telúrica que provenía de la tierra andina, la cual oficiaba como gestante de la nación boliviana, y a la vez planteaba relaciones simbióticas entre los cuerpos humanos y la naturaleza. Por ejemplo, respecto al *Triunfo de la naturaleza*,

el título define a los protagonistas del cuadro: un hombre y una mujer indígenas, como sinónimos de la naturaleza [...] la naturaleza que los acompaña es un paisaje fuerte, de colores atrevidos y claramente delineados. Esta concepción

simbiótica entre seres humanos y naturaleza resuena a su vez con la cosmovisión aymara, particularmente con la creencia de que el espíritu de los antepasados habita las montañas (Paz Moscoso, 2019a, p. 310).

En esta dirección, es llamativo el rotundo contraste que tienen las obras de Cecilio durante el periodo de la guerra respecto de sus obras precedentes e incluso posteriores. Si bien el artista estaba embarcado en la construcción de un arte nacional y autóctono y, a la vez, enrolado en cierto nacionalismo patriota en su regreso a Bolivia en 1929 (Paz Moscoso, 2019a, p. 306), las obras del periodo bélico parecen abandonar decidida, y abruptamente, dichos imaginarios.

Como subrayamos, este cambio se observa drásticamente en dos elementos: el desplazamiento de la naturaleza, y por ende del espacio material, en su simbiosis con lo “humano” y, fundamentalmente, los rostros y cuerpos débiles y enfermos de los soldados. Definitivamente, para el artista, la riqueza y misticismo que acompañaba a las tierras andinas, que eran la “cuna” de Bolivia, no irradiaba la llanura del inhóspito Chaco Boreal. En ese sentido, durante la historia boliviana hasta el estallido de la guerra, el Chaco se había constituido como una tierra que nunca logró ser integrada plenamente a los imaginarios nacionales. El conflicto bélico marcó justamente el traumático pasaje a la confrontación con una imagen que provino del horror más profundo: una vasta porción territorial la cual no había sido “imaginada” coherentemente por la estatalidad.

Ante esto último, Cecilio Guzmán de Rojas podría haber optado por aportar al imaginario triunfalista, en donde el soldado boliviano fuese retratado en los términos de su vigor y fortaleza. Sin embargo, el artista optó por no eludir la crudeza y, pese a sus intenciones estéticas de abonar a un “arte fuerte” que contribuya al desarrollo nacional, volvió al imaginario de Alcides Arguedas. Pero, en vez del “pueblo enfermo” –lo que implicaría mantener el sentido “degenerativo” (Paz-Soldán, 1999) que caracteriza al mencionado ensayo– la visualidad de Guzmán de Rojas sobre la guerra podría denominarse del “pueblo sufriente”, como una forma de mostrar el horror y el espacio del conflicto.

Recibido: septiembre de 2024

Aceptado: octubre de 2024

Referencias

1. Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
2. Baptista Gumucio, M. (1982). *Historia gráfica de la Guerra del Chaco*. La Paz: Última Hora.
3. Bell, C. (1847). *The anatomy and philosophy of expression as connected with the fine arts*. Londres: John Murray.
4. Belting, H. (2021). *Faces. Una historia del rostro*. Madrid: Akal.
5. Benyo, J. (2021). Imagen y stásis. La guerra civil en la teoría de los actos de imagen de Horst Bredekamp. *Aisthesis*, 69, 317–344. <https://doi.org/10.7764/69.15>
6. Berger, J. (2017). *Para entender la fotografía*. Editorial Gustavo Gili.
7. Boehm, G. (2006). *Was ist ein Bild? Berlín: Fink*.
8. ----- (2011). ¿Más allá del lenguaje? Apuntes sobre la lógica de las imágenes. En A. García Varas (ed.), *Filosofía de la imagen* (pp. 87-106), Universidad de Salamanca.
9. Bredekamp, H. (2017). *Teoría del acto icónico*. Madrid: Akal.
10. ----- (2019). *Darwin's corals. A new model of evolution and the tradition of Natural History*. De Gruyter.
11. Burucúa, J. E. y N. Kwiatkowski (2014). "Cómo sucedieron estas cosas". *Representar masacres y genocidios*. Buenos Aires: Katz.
12. Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Paidós.
13. Combès, I. (2023). *Etnografías pretéritas del Chaco boliviano*. Santa Cruz de la Sierra: El País.
14. Contreras Bustamante, M. del P. (2001). *La construcción visual de lo social entre la guerra del Chaco y la revolución nacional: una mirada al trabajo de diez artistas plásticos*. [Tesis de licenciatura. Universidad Católica Boliviana].

15. Cortés-Rocca, P. (2011). *El tiempo de la máquina: retratos, paisajes y otras imágenes de la nación*. Buenos Aires: Colihue.
16. Cuarterolo, M.A. (1995). Una guerra en el lienzo. La fotografía y su influencia en la iconografía de la guerra del Paraguay. *Historia de la fotografía, Memoria del 4º Congreso de historia de la fotografía en la Argentina*.
17. Dalla-Corte Caballero, G. (2006). Representaciones fotográficas de un brigadista paraguayo: entre la Guerra del Chaco, la Guerra Civil española y el exilio. En G. Dalla-Corte Caballero, G. Garza Merodio y R. Piqueras Céspedes (eds.), *Iberoamérica, España, Cataluña. Intercambios desde la geografía y la historia* (pp. 149-173). España: Fundación Casa América Catalunya.
18. ----- (2010). *La Guerra del Chaco: ciudadanía, Estado y nación en el siglo XX: la crónica fotográfica de Carlos de Sanctis*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
19. ----- (2016). *De España a Francia: brigadistas paraguayos a través de la fotografía*. Universitat de Barcelona.
20. Darwin, C. (1897). *The expression of the emotions in man and animals with photographic and other illustrations*. D. Appleton and Company.
21. Díaz-Duhalde, S. (2015). *La última guerra: cultura visual de la guerra contra el Paraguay*. Buenos Aires: Sans Soleil.
22. ----- (2022). Fotografía humanitaria: imágenes de prisioneros durante la guerra del Chaco en el Archivo del Comité Internacional de La Cruz Roja (CICR). *A Contracorriente. Una revista de estudios latinoamericanos*, 19(2), 147-173. <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/2208/3538>
23. Didi-Huberman, G. (2004). *Imágenes pese a todo. Memoria visual del holocausto*. España: Paidós.
24. ----- (2007). *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía fotográfica de la Salpêtrière*. Madrid: Cátedra.
25. ----- (2016). *¡Qué emoción! ¿Qué emoción?* Buenos Aires: Capital Intelectual.

26. Fleckner, U. (ed.). (2020). *Acontecimientos históricos en la memoria del arte. Imágenes que hacen historia*. Ubu Ediciones.
27. Fort, F. (2021). Dispositivos visuales en torno a la construcción de la nación en el “Primer Centenario de la República de Bolivia” (1925): el Álbum del Centenario y la reimaginación de los pueblos indígenas. *XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*. <https://cdsa.aacademica.org/000-074/698.pdf>
28. ----- (2022). El rostro de la nación, el rostro de la mujer: retratos y “galerías sociales” en el Álbum del Centenario (Bolivia, 1925). *Sociedad*, 45, 205-225. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistasociedad/article/view/8128>
29. ----- (2023). Imágenes de la guerra: flujos visuales en torno a las fotografías de Rodolfo Torrico Zamudio en su Álbum fotográfico de la Guerra del Chaco (1932-1935). *Ponta de Lança: Revista Eletrônica de História, Memória & Cultura*, 16(31), 54-74. <https://seer.ufs.br/index.php/pontadelanca/article/view/18132>
30. Freedberg, D. (1992). *Poder de las imágenes. Estudio sobre la historia y la teoría de la respuesta*. Madrid: Cátedra.
31. Fundación Simón I. Patiño. (2008). *Chaco trágico. Angustia y flora doliente de los hombres. Testimonios gráficos de la guerra*.
32. García Jordán, Pilar (2015). *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los Orientes en Perú y Bolivia, 1820-1940*. Lima: Institut Français d'études Andines.
33. García Varas, A. (2013). Imágenes con poder: representaciones de la guerra. Referencia, sentido y actos de imagen. *Quaderns de Filosofia*, 50, 11-29. <http://www.artinfo.com/photo-galleries/slideshow-10-works-of-art-about->
34. Harvey, D. (2021). *Espacios del capitalismo global. Hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual*. Madrid: Akal.
35. Keller, U. (2013). *The Ultimate Spectacle. A Visual History of the Crimean War*. Nueva York: Routledge.
36. Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.

37. Marini, C. (2021). La fotografía bélica: la cobertura de la guerra del Pacífico (1879-1883) de Díaz & Spencer. *Fotocinema*, 22, 49-74 <http://orcid.org/0000-0002-8171-865X>
38. Meijide, C. (2017). La Gran Guerra en los fotolibros de Ernst Jünger. *Cuadernos de Marte*, 8(13), 271-295.
39. Mitchell, W. (2009). *Teoría de la imagen: ensayos sobre representación verbal y visual*. Madrid: Akal.
40. ----- (2016). *Iconología. Imagen, texto, ideología*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
41. ----- (2017). *¿Qué quieren las imágenes?: una crítica de la cultura visual*. Buenos Aires: Sans Soleil.
42. Moxey, K. (2009). Los estudios visuales y el giro icónico. *Estudios Visuales: Ensayo, teoría y crítica de la cultura visual y el arte contemporáneo*, 6, 8-27.
43. Paz Moscoso, V. (2019a). El estilo es la nación: Tiwanaku como origen de la obra de Cecilio Guzmán de Rojas. *Ciencia y Cultura*, 43, 297-312. <https://orcid.org/0000-0001-5362-1810>
44. ----- (2019b). Tiwanaku: una lectura desde las vanguardias. *Ciencia y Cultura*, 23(43), 120-142. <https://orcid.org/0000-0001-5362-1810>
45. Paz-Soldán, E. (1999). Nación (enferma) y narración: el discurso de la degeneración en “Pueblo enfermo” de Alcides Arguedas. *Revista Hispánica Moderna*, 52(1), 60-76.
46. Querejazu Leyton, P. (2008). Los artistas bolivianos en la Guerra del Chaco. En *Chaco trágico. Flora doliente y angustia de los hombres. Testimonios gráficos de la guerra* (pp. 3-25). Fundación Simón I. Patiño.
47. ----- (2017). La representación de los habitantes del Chaco desde la imagen. La pintura y la fotografía como registro social de los ignorados. *Historia y Cultura*, 40, 105-144.
48. Regnard, P. y D. Bourneville (1877). *Iconographie photographique de la Salpêtrière*. Bureaux du progrès médical.
49. Rose, G. (2016). *Visual methodologies: an introduction to researching with visual materials*. Londres: Sage.

50. Sánchez Durá, N. (2002). Guerra, técnica, fotografía y humanidad en los foto-libros de Ernst Jünger. En N. Sánchez Durá (comp.), *Ernst Jünger: Guerra, técnica y fotografía*. (pp. 9-57). Valencia: Universidad de Valencia.
51. Sontag, S. (2002). Looking at war. Photography's view of devastation and death. *A Critic at Large*. *New Yorker Magazine*.
52. ----- (2004). *Ante el dolor de los demás*. Madrid: Santillana Ediciones Generales.
53. Stefanoni, P. (2014). *Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)* [Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires].
54. Strassera, M. B. y J. I. Sánchez Durán, (2018). *Fotografías de guerra: un estudio sobre las representaciones y los documentos fotográficos de la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay, 1865-1870* [Tesis de Grado. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales].
55. Tell, V. (2019). *El lado visible: fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Unsam Edita.
56. Zárate, F. (2017). Cecilio Guzmán de Rojas: el Ande visto con sentimiento estético. *Punto Cero*, 34, 24-30.

Hilda Mundy, periodista de guerra

Hilda Mundy, War Journalist

Virginia Ayllón*

Resumen

El texto es una aproximación al ejercicio del periodismo de guerra de la periodista y escritora orureña Laura Villanueva (1912-1982), más conocida como Hilda Mundy, en el objetivo de apreciar sus impresiones sobre la Guerra del Chaco (1932-1935), en los textos que escribió entre 1932 y 1936. Se ha utilizado un corpus constituido por el opúsculo *Impresiones de la Guerra del Chaco*, publicado póstumamente (1997), y tres columnas de periódicos orureños en las que escribió sobre la guerra. Los resultados indican que Mundy registró la guerra y su pensamiento sobre el conflicto bélico con el estilo irónico e iconoclasta que ha sido ya identificado por la crítica literaria. Pero en estos textos de la guerra incluye elementos afectivos que son novedosos en su escritura. Este análisis confirma que Mundy fue una escritora vanguardista que desarrolló en su escritura un proyecto ácrata, en referencia al tema de la guerra y a los otros asuntos centrales que captaron su atención (la ciudad, la mujer, la escritura).

Palabras clave: Periodismo de guerra; Guerra del Chaco (1932-1935); Hilda Mundy; Bolivia.

* Escritora y crítica literaria, con especialidad en el estudio de la literatura escrita por mujeres en Bolivia. Master en gestión cultural por la Universidad Andina “Simón Bolívar”. Doctorante del Doctorado de Ciencias Sociales de la UMSA, La Paz.

Contacto: virginiaaillon@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3677-7914>

Abstract

This article is an approach to the exercise of war journalism by the journalist and writer Laura Villanueva, better known as Hilda Mundy, in order to appreciate her impressions of the Chaco War (1932-1935), about which she wrote between 1932 and 1936. The corpus to study her ideas include the pamphlet *Impresiones de la Guerra del Chaco*, published posthumously (1997), and three columns from Oruro newspapers in which she wrote about the war. The results indicate that Mundy recorded the war and her thoughts on the armed conflict with the ironic and iconoclastic style that has already been identified by literary critics. But in these texts about the war she includes affective elements that are new in her writing. The analysis confirms that Mundy was an avant-garde writer who developed an anarchist project in her writing that has war (and the city, women, writing) as its central issues.

Keywords: War journalism; Chaco War (1932-1935); Hilda Mundy; Bolivia.

1. Introducción

Las teorías sobre el periodismo de guerra se han beneficiado de análisis contemporáneos como los del sociólogo y matemático noruego Johan Galtung (1985), a propósito de la paz y los conflictos sociales. Su propuesta del periodismo de paz, PP¹, ha alumbrado su antípoda, el periodismo de guerra y, junto a otras teorías, ha sido la base de las reflexiones latinoamericanas sobre el periodismo en medio de conflictos armados. Tal el caso del desarrollo del PP en Colombia, que puede, incluso, tomar el modelo del “campo” de Bourdieu para comprender cómo este campo está

estructurado a la manera de una red múltiple de relaciones de autoridad, dominación, legitimidad, credibilidad, autonomía, consenso y oposición entre sus integrantes para definir cuáles son los “temas y problemas” que deben ser objeto de atención y preocupación del campo (Bonilla, 2002, p. 54).

Y éste es precisamente el enfoque que tomaremos para el análisis de los textos mundianos sobre la Guerra del Chaco, porque nos permite relacionar con el discurso histórico sobre tal guerra, que ha definido los “temas y problemas” objeto de atención de esa conflagración bélica, tan importante en la historia de Bolivia. Es claro que el registro periodístico es central en la generación de una narrativa histórica de esa o cualquier otra guerra. Así, por ejemplo, un estudio

1 “El PP, en las primeras dos décadas del siglo XXI, se consolidó como un subcampo de conocimiento. De una investigación incipiente a finales del siglo anterior, pasó a una teorización sólida que ofrece alternativas y caminos prometedores para contribuir a la solución pacífica de los conflictos” (Arroyave y Garcés, 2022, p. 15).

sobre el papel de *El Comercio* en la Guerra del Pacífico (Soto y Villar, 2023) demuestra que el discurso de este periódico asentó con fuerza ideas nacionalistas y antichilenas en la opinión pública de 1879.

Después de la Guerra del Pacífico, Bolivia inició un período de muchos cambios signados por modificaciones en la base económica, recambio en el campo político y nacimiento y desarrollo de nuevas tendencias ideológicas y organizativas. Evidentemente, la historiografía (Klein, 1997) indica que durante el período 1880-1932 se produjeron: *i)* el dominio de la economía de la plata hasta 1900, para dar lugar a la nueva economía del estaño, *ii)* aparece la “rosca” o abogados formados como políticos en la nueva época del estaño, *iii)* el florecimiento de la literatura y las artes en general, representadas en la denominada “generación del 80” (José María Dalence, Gabriel René Moreno, Alcides Arguedas, etc.), *iv)* arribo al poder del liberalismo, que mantuvo, en lo fundamental, el programa conservador al que reemplazó en la arena política (modernización urbana, centralismo, cuantiosas inversiones útiles a la economía del estaño, nefasta política internacional, etc.).

A esas condiciones cuasi estructurales hay que sumar tres correspondientes al campo social: *i)* intensificación estatal de políticas y leyes de disolución de la comunidad indígena², *ii)* aumento demográfico de la clase media, así como de su peso político en la sociedad, y *iii)* “arribo” al país de ideologías marxistas y anarquistas y desarrollo embrionario de organizaciones obreras y estudiantiles (Lorini, 1994).

Estas características nacionales que anteceden a la Guerra del Chaco tuvieron en Oruro un escenario central y particular debido a su conexión directa con Chile y su cercanía con los centros mineros productores de estaño, como Huanuni o Llallagua (Margarucci, 2020). Lo mismo, Oruro fue centro de los debates ideológicos³ entre las corrientes izquierdistas naciente en el país: el socialismo y el anarquismo, que tuvo como punto relevante el Cuarto Congreso Obrero, conocido también como el Primer Congreso Libertario, realizado en Oruro del 6 al 11 de agosto de 1930. El soporte de estos debates y organiza-

2 Ha llamado mi atención la escasa producción sobre los indígenas en la Guerra del Chaco, no los aymaras o quechuas, de los que sí se ha estudiado su presencia en el conflicto como parte de la tropa. Me refiero a los pueblos indígenas del territorio chaqueño, a quienes prácticamente se ignora, hablándose del territorio del conflicto como si estuviera deshabitado, a través de la metáfora del desierto. Al respecto, ver Destéfanis (2023). También leí una reseña de este libro al que espero acceder algún día: Luc Capdevila, Isabelle Combès, Nicolás Richard y Pablo Barbosa (2010). Los hombres transparentes. Indígenas y militares en la Guerra del Chaco (1932-1935). Instituto Latinoamericano de Misionología.

3 Margarucci (2020) incluso informa que “Entre enero y febrero de 1932, Jorge Moisés [anarquista] y Fernando Siñani [socialista], utilizaron las páginas de La Patria para dar un interesante debate doctrinario, pocas veces visto en la prensa comercial” (p. 208).

ciones eran los muchos sindicatos de trabajadores y artesanos que florecieron en los años 30 en Oruro, incluida una “Federación Obrera Femenil”, la Federación de Estudiantes y la Federación Universitaria (Margarucci, 2020, p.189). Todas estas organizaciones protagonizaron sendas y multitudinarias marchas, pero también sus dirigentes fueron objeto de persecución política. Así, el 16 de septiembre de 1930 el periódico orureño *La Patria* informaba que “Las huelgas de Llallagua han creado estado de alarma general. Enérgicas medidas adoptadas por las autoridades” (como se citó en Margarucci, 2020, p. 196). Esas medidas incluían el confinamiento de dirigentes sindicales a la región de Todos Santos en el Chapare y la prohibición de publicación de dos órganos obreros de propaganda.

Con ese país y ese Oruro llega la Guerra del Chaco, aunque lo que primero llega es la preguerra, que fue un período bastante dilatado. El incidente más cercano a 1932 sería cierta rencilla con Paraguay a fines de 1928 (Klein, 1997, p. 185), pero la posible guerra con el país guaraní era una sombra que acompañó a Bolivia desde su constitución misma como república:

Los límites internacionales de Bolivia de 1825 estaban referidos a los de la Audiencia de Charcas y se basaban en los títulos coloniales que heredó la República. Si bien es cierto que en algunos casos éstos no eran del todo precisos, la soberanía jurídica de Bolivia sobre el Chaco fue siempre reconocida en la cartografía internacional del siglo XIX y el XX hasta la guerra (Mesa, Gisbert y Mesa, 2001, p. 572).

Dos elementos más a destacar. El primero, que para 1932 Bolivia ya sentía los efectos de una crisis provocada por la caída de los precios internacionales del estaño y la debacle del sistema tradicional de partidos políticos; y segundo y más importante, la controvertida presidencia de Daniel Salamanca.

Salamanca llegó por elecciones al gobierno junto a José Luis Tejada Sorzano como su vicepresidente, y parece que inicialmente llamaron mucho la atención ciertas características personales del nuevo presidente, tal como resaltan los historiadores Mesa y Gisbert: “El ‘hombre símbolo’ se lo llamó por el respeto que despertaba su sobriedad, honradez y capacidad intelectual” (Mesa, Gisbert y Mesa, 2001, p. 569). En cambio, el historiador Herbert Klein (2001, p. 187) indica que Salamanca era un “político de hechura clásica (...) un latifundista cochabambino, orador parlamentario famoso y, por lo demás, un liberal sumamente destemplado e inflexible de estilo decimonónico”.

Las decisiones que tomó en la confrontación bélica, su tendencia al autoritarismo y cierto recalcitrante anticomunismo marcaron la hipótesis de que llevó al

país a la guerra como forma de salvar su mal gobierno⁴. A esta hipótesis sobre el origen de la guerra se sumó otra referida a los intereses de las transnacionales del petróleo, la que parece no tener asidero histórico (Klein, 2001; Mesa, Gisbert y Mesa, 2001; Finot, 1946) pero sí “ideológico”, porque respondía a los discursos marxistas que empezaron a desarrollarse en esa época (cfr. supra) en voz, por ejemplo, de Tristán Marof.

Hilda Mundy, seudónimo de Laura Villanueva, fue una escritora orureña que publicó un solo libro, *Pirotecnia*, en 1936. Mundy escribió en plena Guerra del Chaco, conflicto bélico que enfrentó a Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935, y que fue central en la conformación de la ideología nacionalista que ha marcado, hasta hoy, el carácter del Estado boliviano moderno.

2. Metodología

El corpus documental que se ha utilizado para el análisis son textos de autoría de Laura Villanueva, firmados con Hilda Mundy u otros seudónimos en el opúsculo *Impresiones de la Guerra del Chaco* (1997) y en tres columnas periodísticas, publicadas entre 1932 y 1936, de acuerdo al detalle del siguiente cuadro. A esos textos se han sumado las cartas intercambiadas entre Laura Villanueva y su amigo Jorge Fajardo.

4 Sobre sus decisiones en el conflicto bélico, ver también Mesa (2014).

Tabla N° 1. Hilda Mundy. Textos 1932-1936

Año y mes	1932			1934					1935					1936											
Columna	J	J	A	J	A	S	O	N	D	M	J	J	A	S	O	N	D	E	F	M	A	M	DIARIO	FIRMA	
Impresiones de la Guerra del Chaco	18										17													Opúsculo	Hilda Mundy
Glosas contemporáneas				23		3																		La Retaguardia	Hilda Mundy
Brandy cocktail							14										22							La Mañana	Hilda Mundy
Dum Dum														22	13									Seminarario	Hilda Mundy, Retna Dumila, Ana Massina, María (Motia) Daguileff
Correspondencia con Jorge Fajardo				10																			25		Laury, Raspadilla

Fuente: Elaboración propia con datos del Mapa Mundy (Mundy, 2017).

De este conjunto documental se han seleccionado los textos que tienen alguna referencia a la Guerra del Chaco o los conflictos políticos conexos. Esta aclaración es importante porque, como lo advertimos desde que iniciamos a estudiar la obra de esta escritora orureña (cfr. nuestro prólogo en Mundy, 2004), los tres grandes temas de esta escritora fueron la ciudad, la mujer y la guerra. Y si bien estos se imbrican en sus distintos textos, en este análisis extremamos la especificidad del texto mundiano de la guerra; de tal manera que los otros dos temas –e incluso otros también caros para esta escritora, como la reflexión sobre la escritura y el lenguaje– se conforman en esta oportunidad como el “contexto” del texto mundiano sobre la guerra. Por estas razones este análisis ha excluido de su corpus a *Pirotecnia* (Mundy, 1936), único libro publicado en vida por la autora en 1936 y que es, sin duda, el epítome de su producción literaria, pero se detiene en los temas de la mujer, la ciudad, la escritura, el silencio y la nada (cfr. nuestro prólogo en Mundy, 2004), lo que no obsta que la hayamos usado para respaldo de algún momento del análisis.

Finalmente, los textos consultados provienen de la versión recuperada en el volumen *Bambolla, bambolla: [cartas fotografías escritos]* por Rodolfo Ortiz (Mundy, 2017) porque creemos que su trabajo archivístico y de búsqueda de fuentes primarias ha sido muy riguroso, tal como argumentamos al momento de la publicación de la primera edición de este volumen (Ayllón, 2016a).

3. Resultados

Impresiones de la Guerra del Chaco (IGC en adelante) es un opúsculo que Hilda Mundy (HM en adelante) dejó inédito y se publicó en 1989 a instancia de su hija Silvia Mercedes Ávila en el volumen *Cosas de fondo* (1989). Tanto las versiones de Rodolfo Ortiz (Mundy, 2017) como la de Rocío Zavala (Mundy, 2016) siguen el subtítulo de 1989 que indica que estas *Impresiones* se habrían escrito entre 1932 y 1935. La razón parece ser que los originales con los que la hija de Mundy preparó el volumen de 1989 consignaban este dato. Dado además que tales originales se perdieron (Mundy, 2017), es ya casi imposible confirmar este dato. Por ello es destacable que Rodolfo Ortiz haya encontrado algunos datos en el mismo volumen para indicar que las fechas serían 18 de junio para el inicio de los textos y 17 de junio de 1935 para el final:

En el texto “Intermedio” de este opúsculo Hilda Mundy refiere la fecha 17 de junio de 1935, “noche quinta de la cimentación de la paz”, a partir de la cual tejerá una reseña de los tres años de guerra en una sola noche. Efectivamente, si bien en mayo de 1935 se organizó una conferencia de paz en Buenos Aires (que Hilda Mundy dilapida en “Los mercachifles”) y el 14 de junio se firmó un tratado de paz, fue el 12 de junio de 1935 la fecha crucial de cese de hostilidades o “cimentación de la paz” entre Bolivia y Paraguay. Por esa razón, las páginas de este opúsculo se escriben hasta el 17 de junio de 1935 y no hasta el 11 de junio, tal como aparece en la edición de *Cosas de fondo* (1989) (Mundy, 2017, p. 133).

Asimismo, y tal como Orduna (2022) señala, es llamativo que los textos de este opúsculo parece que no fueron escritos para la prensa y, en todo caso, no fueron publicados en ninguna de las columnas de Hilda Mundy. Por lo mismo y siguiendo la metodología de Ortiz (Mundy, 2017) de buscar datos sobre IGC en el mismo opúsculo, se puede decir que estos textos no fueron escritos “de corrido”, como daría a entender el texto de la contratapa del texto de 1989, de que Mundy dejó inédito un opúsculo. Más bien, y tal como también ya se dijo de *Pirotecnia* (1936), se trataría de una selección de textos escritos entre 1932 y 1935. Pero, dado que no están datados, lo más probable es que correspondan a sus *Diario*, *Álbum* y *Libreta de apuntes*, de los que da noticias Ortiz (Mundy, 2017, p. 11) y que, además, como bien dice el mismo Ortiz, eso ubica a Mundy en la tradición periodística de “cuadernista”. Así, por ejemplo, en “Sacrificio” (p. 143) hace referencia a una entrada de su diario de 1932, y en el mismo texto refiere a tres de sus columnas que fueron publicadas en 1934, lo que afirma la tarea de selección y recopilación de la autora Mundy.

Con esos antecedentes, digamos que el primer texto de IGC es fundamental porque explicita tanto el criterio de HM sobre la guerra como el “estilo” de su escritura:

Las retinas que asomen a estas líneas no esperen encontrar bellezas de estilo, rigideces de historia o frases de filosofía honda o meditativa. Difícil. Tan solo es la cosecha de un espíritu sensible que se bebió los pasajes de una guerra como un helado cualquiera.

No puedo ofrecer ni el detalle de las negociaciones pacifistas porque cuando tuve la ocurrencia de tomar un periódico, fue para ejercitar pajaritas de papel...

Me irritó siempre la etiqueta la “parada” de la política internacional... y ni siquiera me es agradable citarla.

Con todo esto adelante... (Mundy, 2017, p. 135⁵).

De este texto interesa resaltar:

- 1) Las impresiones son “la cosecha de un espíritu sensible”, es decir, que sus textos provienen de su sensibilidad, lo que marca una distancia con la “objetividad” anhelada por el periodista.
- 2) Esa sensibilidad califica a la guerra como un hecho banal: “un helado cualquiera”.
- 3) Los textos de IGC no responden ni al discurso ni a las fuentes históricas, tampoco a las filosóficas y, especialmente, se aleja del discurso y las fuentes diplomáticas.
- 4) El texto no está escrito en un estilo “bello”.

En el “Prólogo” Mundy indica que hacía dos años que se difundía el rumor de que iba a estallar la Guerra del Chaco, en clara referencia a lo que antes hemos denominado “la larga preguerra del Chaco”. Es seguro que en esos dos años anteriores a 1932 estaban, por ejemplo, los restos de las disputas fronterizas de 1928 y también el rompimiento de relaciones con Paraguay el primero de julio de 1931, que promovió el ya presidente Daniel Salamanca, a cuatro meses de arribado al gobierno, aprovechando un incidente fronterizo (Klein, 1997). También incluirían los rumores de guerra que desataron en mayo, junio y julio de ese año, otros conflictos con Paraguay.

El siguiente texto, “Guerra”, se ubica a meses antes de iniciada la Guerra del Chaco (GC en adelante) porque hace referencia a los ataques y contrataques bolivianos y paraguayos en la Laguna Chuquisaca, o Pitiantuta para los para-

⁵ Todas las referencias IGC provienen del volumen de la Mariposa Mundial (Mundy, 2017) que las consigna entre las páginas 133-151 y, salvo que se cambie de fuente, se cita solamente el número de página correspondiente.

guayos, que Mundy define así: “En el mes de junio había sido atacada nuestra posición de Laguna-Chuquisaca” (p. 136). También se refiere a la tirantez existente entre las dos naciones, toda vez que estaban corriendo negociaciones diplomáticas en Washington desde noviembre de 1931. Mundy dice al respecto: “Como un débil hilo quebrose la armonía de las dos naciones” (p. 136).

Pero hay dos elementos más de “Guerra” que es importante destacar. El primero refiere al contexto en que todo esto se desarrollaba, haciendo mención específica a lo que ocurría en la sede de gobierno que estaba en pleno homenaje a la Revolución de 16 de Julio: “Preparativos netamente alto-peruanos. Banquetes exquisitos y gastronómicos. Sandungueo de damas encopetadas. Espaldas desnudas” (p. 136). Con seguridad, el anuncio del presidente Salamanca del 18 de julio desde el Palacio Quemado, ordenando la toma de tres fortines paraguayos (Mesa, Gisbert y Mesa, 2001) ante la ofensa recibida en Laguna Chuquisaca, debió impactar en el ánimo festivo de La Paz y todo el país.

El otro elemento es que Mundy termina su texto calificando a Bolivia y Paraguay como “dos pigmeos alimentados por los residuos de la Europa Occidental (que) comenzaban a desafiarse a muerte” (p.136), ubicándose en el lado de las hipótesis socialistas sobre las razones de la guerra, que, como ya se dijo, asimilaron este conflicto a la competencia entre las transnacionales petroleras Standard Oil (norteamericana) y Royal Dutch Shell (angloholandesa).

En los siguientes dos textos, “Atavismos del crimen” y “Patriotismo...”, Mundy expone dos comportamientos sociales y políticos muy propios de cualquier guerra, resaltando el carácter impulsivo y casi instintivo del primero: “EL ATAVISMO DEL CRIMEN RUGÍA EN MILES DE ALMAS” (p.137, mayúsculas originales), y exaltando el segundo: “Patria no es tan solo la extensión de límite e infinita de terreno. /Mi alma de mujer ve en ella la primera lágrima que irisó nuestros ojos, el balbuceo de los labios, el amor que exaltamos virgen de impurezas de los quince años” (p. 137). Este último texto ratifica que estas *Impresiones* provienen de la sensibilidad, tal como Mundy expuso en la primera página de IGC.

“Alas caídas” el siguiente texto de IGC, es uno típico de Mundy, porque despliega su sentido irónico contra lo que podríamos llamar (acudiendo a cómo Adela Zamudio la calificaba) la vanidad femenina, que es uno de los mecanismos del sistema patriarcal que hace que las mujeres reproduzcan, ellas mismas, el sistema que las domina: “Si hay algo que pueda impresionar a un corazón femenino es la apostura militar. / Después del artista de cine, el príncipe azul se encarna en una arrogante figura de capa y espada” (p.138). En textos similares

en *Pirotecnia* (1936) Mundy se lanzaría sobre los efectos de la coquetería femenina, pero en este caso, sabiendo que se trata de militares partiendo a la guerra, a Mundy le gana la sensibilidad y termina su texto con una nota de conmisericordia: “Don Juanes Uniformados se encontraban pálidos, sosteniendo apenas el peso del paño cuartelero, o lo que es lo mismo con las alas caídas” (p. 138).

Pero en este texto Mundy también incluye una confesión parentética que pareciendo ingenua y cómica, en realidad es un tributo a la autonomía del texto, así como a la escritura automática, concepto y práctica de las vanguardias literarias de los años 20 del siglo pasado: “(Ay qué cosas que debiera callar, pero también es imposible obligar discreción a la pluma que vuela)” (p. 138).

“Partida del primer contingente”, el siguiente texto, se refiere también a la partida de los convoyes a la guerra. Mundy opera aquí como *voyeur*, posición que siempre le gustó, y si en el anterior decía que su mirada abarcaba todos los puntos de la plaza, en éste se aleja aún más de la escena y dice que la observa como forastera, como extraña; así describe a las “mujeres des-hechas y los hombres ex-hombres”. Y en la misma estructura que los otros textos, la parte final en la que suele escribir una “estocada”, en este caso, el golpe lo dirige a ella misma: “Y un dolor requemante me abrumó el corazón” (p. 139). Una vez más, aparece la escritura de la sensibilidad.

“Intuición...” es un hermoso texto también de la época de preguerra, pero que se detiene en la escritura de la intuición y la premonición, como escrituras muy cercanas a la escritura de la sensibilidad. Evidentemente, en este texto ella juega a imaginarse cómo sería una guerra, sus heridos, sus hospitales, juega a escribir “cuentos guerreros, aires de moribundos, amores crucificados”, y el golpe de este texto está en la confesión de que su imaginación se confirmó en lo que vivió después, para concluir, entonces: “Un alma de mujer no es insusceptible al Presentimiento” (p. 140).

En orden cronológico, el siguiente texto es “Plena guerra...” en el que la autora describe a la guerra como “Caravana infinita, innumera de hombres fuertes que partían. / Caravana infinita, innumera de hombres débiles y gemebundos que retornaban” (p. 140). A la vez en este texto describe cómo los éxitos en el campo de combate minimizan algunos hechos adversos. Hay que recordar que cuando el presidente Salamanca lanza al país a la guerra, recibió el apoyo de muchos intelectuales “desde Alcides Arguedas, a la derecha, hasta Franz Tamayo y Carlos Montenegro, a la izquierda” (Klein, 1997, p. 198). De este modo, Mundy testimonia ese exitismo inicial en la guerra: “Fortín Saavedra,

Agua Rica, Nanawa, Gondra y nuestro avance ponía más optimismo, más vida, más calor” (p. 141).

“Remembranzas...” es el siguiente texto de IGC, en el que transcribe algunas despedidas que sus amigos escribieron en su libreta de apuntes antes de partir a la guerra: “Son despedidas dolorosas que perviven en la blancura inmacula del papel, desde el día que un pulso tembloroso pergeñó sus latidos en impresiones escritas” (p. 141). Con este texto se cierra los que podríamos llamar la primera parte de IGC –la autora misma la denomina capítulo: “En el capítulo anterior hubiese tenido mucho que decir”–, conformada por los 11 textos que acabamos de reseñar y que dan cuenta de la época de preguerra e inicios del conflicto bélico en 1932.

Lo que sigue son 12 textos escritos en 1935, como se puede comprobar en el mismo texto titulado “Intermedio”, en el que la autora explica: “La vorágine de los hechos nos sorprendió a todos y ahora comienzo a tejer la reseña de tres años en una sola noche. Noche quinta de la cimentación de la paz, o sea 17 de junio de 1935” (p. 143). Vale decir que Mundy cortó su escritura sobre la GC una vez iniciado el conflicto y reinició este registro una vez firmada la paz. Además, si la escritura de preguerra e inicios del conflicto fue “presencial”, es decir, durante los hechos; todo lo demás fue escrito pasados los hechos o, como ella misma dice, reviviendo la guerra en su memoria: “Muchos detalles se me han fugado de la memoria. / Mi espíritu enfermo de neurastenia y recuerdos, revive la guerra pasada como un sueño de pesadilla” (p. 143). Luego ella reconoce que el desastre de la GC será la “causa de la ruina de nuestra institucionalidad”; posiblemente pensando en que la GC hirió la estructura del Estado. Por ello, al final del texto ella pide perdón al lector por presentar los apuntes que se analizan a continuación.

“Sacrificio...” refiere otra vez a su diario de 1932, y es el recuerdo del 14 de diciembre de ese año, en que los hermanos de la autora partieron al frente. Es también un texto de confesiones de la autora tanto de elementos de su vida privada como de su proyecto escritural. En el primer caso, declara que con la partida de sus hermanos “De la noche a la mañana acosome el problema de la familia” (p. 143), poniendo en primera persona los cambios que la guerra causaba en la vida de las familias y especialmente de las mujeres, que quedaban a cargo de padres, hijos, discapacitados, etc. En este hermoso texto se advierte también el nerviosismo que provocó en la autora esos efectos, dejando sus estudios para dedicarse a trabajar escribiendo.

En el segundo caso, éste es el texto en que Mundy pone en palabras lo que es el mundo de las escritoras en general, que Mundy denomina como de bipersonalidad:

En el día un 50% de mi personalidad era la dactilógrafa oscura de una oficina pública.

En la noche el restante 50% de mi personalidad plena y revolucionaria renacía a la vida escribiendo en la tristeza del hogar silencioso las vanguardias más risueñas y jocosas: “Las bocinas”, “El peso de las palabras”, “Cubilete de dados” (p. 144).

En realidad, varios escritores, como Franz Kafka, Jorge Luis Borges y nuestro Oscar Cerruto, para poner algunos ejemplos, han transcurrido estas dos vidas (Ayllón, 2014). En el caso de las escritoras, estas dos vidas pueden llegar a ser tres, si pensamos en la vida doméstica.

Este texto, a la vez, es otro ejemplo de la labor de selección y recopilación de la autora, porque, como se advierte en el segundo párrafo citado, se refiere a tres textos que ella publicó en su columna **Brandy cocktail**, que apareció en el diario orureño *La mañana* entre el 14 de octubre de 1934 y el 22 de noviembre de 1935. Eso quiere decir que, o la autora mezcla datos de dos épocas diferentes: 1932, con 1934 y 1935; o que los textos de **Brandy cocktail** fueron escritos en 1932 y publicados recién en 1934-5.

El tono de “Bolsa negra” semeja más bien una noticia: “El viento bursátil se agitó en la corriente del conflicto, una vez que todas las energías económicas de la nación pasaron a reforzar la Defensa Nacional” (p. 144). Esto hace referencia al abandono del patrón oro a propuesta del ministro de economía de Salamanca, Demetrio Canelas (Klein, 1997).

El mismo tono noticioso tiene “Derrotistas en acción”, que refiere a las nuevas corrientes izquierdistas que aparecieron en el país en la preguerra y manifestaron su carácter pacifista sobre el conflicto “La pre-guerra fue balanceada por la aparición de doctrinas extremistas. / En plena guerra fue el apogeo de la ideología anti-guerrerista”.

“Un Dios” nos devuelve a la escritura mundiana, porque es una glosa sobre una escena de la ciudad durante la guerra: un orador religioso que anuncia a un grupo de mujeres “criollas, de mi pasta”, que la guerra terminará pronto, a quienes ella espeta, en el mismo tono que el orador religioso, un discurso pío y juguetón: “¡Esclavas del poder oculto de la religión, no pudiendo encontrar en el fondo de vosotras mismas a aquel Dios celestial y divino buscáis en vuestra

ignorancia otra esclavitud real y tangible en la apostasía bufona y ridícula de un desconocido! (p. 146).

“Hambre en las trincheras” retoma el tema de la desproporción entre los consumos de las clases dirigentes y oligárquicas y el de los soldados durante la guerra. Aprovecha Mundy de hacer un paralelo gastronómico sobre la incursión paraguaya a los departamentos de Tarija y Santa Cruz a inicios de 1935 (Klein, 1997): “Y mientras los pilas, como una jauría de chacales, al olor de una carroña apetitosa nos hincaban el diente hasta por la región de nuestro cercano Oriente” (p. 147).

En “Políticos...”, la autora sienta su posición sobre el presidente Salamanca, a quien califica de “anciano displicente”, y la GC como “su fantasía” que se deshizo en los hechos de Villamontes, donde fue obligado a dejar el poder en manos de su vicepresidente José Luis Tejada Sorzano. Asimismo, refleja la necesidad de juzgar a los políticos que provocaron el desastre de la GC, en lo que ella llama la “etapa-fárrago de nuestra historia” (p. 148). Si nos adscribimos a la noción de la RAE y tomamos a fárrago como desorden, confusión, Mundy se debe referir a la etapa de la post guerra, que es siempre farragosa.

El mismo sentido tiene “Los mercachifles...”, texto que alude a la política internacional durante la GC, que finalmente llevó a la firma de la paz, resaltando el papel nefasto de la Argentina para con los intereses bolivianos. En un tono de indignación creciente, este texto denuncia que detrás de la alegría por el tratado de paz estaba el saldo de la guerra: “Ha ahí todo. Alegría que brinca por las calles, cuando un ejército de mutilados, de tullidos, de ciegos, tienen en sus cicatrices la Deuda Nacional” (p. 151).

“Ruina en las cumbres” es un ejemplo de la vitalidad de la escritura mundiana como se advierte en su primera oración: “Entreveo todavía la zarabanda loca de mi clase”, y en este caso “clase” refiere al aula estudiantil, a la clase conformada por estudiantes, porque el texto refiere a aquellos que debieron partir a la guerra:

La racha de la guerra se llevó a todos ellos, mutilando la familia estudiantil.
Ninguna masa se cercenó como la del estudiantado joven.
Nuestro futuro economista llegó tuberculoso y murió
(...)

Los demás retornaron locos, sordomudos, cojos y mancos. Estos últimos con el obsequio de un preceptorado. Todos los profesores son mis compañeros mutilados.

¿Cabe desdicha mayor a nuestra juventud? (p. 149).

Finalmente, en IGC se destaca un conjunto de tres textos que están totalmente escritos en mayúsculas y, acusa, según mi lectura, un carácter totalmente diferente del resto de los textos, pero también de la escritura mundiana en general, por lo que es lícito que asome la duda sobre la autoría de los mismos.

“Historia” es un texto escrito totalmente con mayúsculas y alejado de la escritura general de Mundy, que no acepta ninguna solemnidad como la que se advierte aquí: “LA TRAGEDIA HECHA HISTORIA DEL CHACO NO SERÁ UN CANTO DE LID VICTORIOSA Y CON HONRA”, dice su primer párrafo, usando palabras que suenan muy raras en la escritura de Mundy, de un modo, además, tan taxativo que asemeja un texto político. Pero, por supuesto esta conjetura es solamente una hipótesis que eventualmente quede en el aire dada la pérdida de los originales de IGC.

También está escrito en mayúsculas “Retroseso”, que en el mismo tono solemne, que yo considero ajeno a Mundy, expone hechos a la manera de las noticias: “SIGUIÓ SU CURSO LA GUERRA, AL COMPÁS DE LOS INTENTOS PACIFISTAS Y ULTRAJANTES DE LAS NACIONES VECINAS” (p. 148).

El texto final de IGC, “Campanada final”, es el tercer texto de este subconjunto que, al igual que los anteriores, pasa de un tono solemne y noticioso a otro de talante político: “¡TODO UN GIRÓN DE TERRITORIO EMPAPADO EN SANGRE HERMANA, CUIDADOSAMENTE ENVUELTO EN LA FÓRMULA DE PAZ, QUE PASA A PROPIEDAD LEGAL DE LA CODICIA VECINA CON INJUSTICIA RUIN Y FATAL! (p.151).

4. Columnas periodísticas

Glosas contemporáneas fue la columna que escribió Hilda Mundy entre julio y septiembre de 1934 en el periódico orureño *La Retaguardia*, en la que firmaba como Hilda Mundy. En la correspondiente al 13 de agosto, su columna se dedica a denunciar con fina ironía a los “soldaditos particulares” que eran los jóvenes hijos de las familias ricas de Oruro, que se vestían como soldados, muy bien vestidos, por cierto, para simular que partían a la guerra: “Amigo: Confiese. ¿Me vale el ingenio para condenarles en esta ocasión y echarles el agua bautismal con el nombre que les corresponde en la baja escala de los no-hombres?” (p. 155). Los mismos que en “Partida del primer contingente” de IGC (cfr. supra), en su columna del 20 de agosto. Aquí Mundy apunta contra las novias que, despidiéndose de un novio que lloroso parte para la guerra, in-

mediatamente flirtea con otro soldado, en una actitud que ella denomina como “delincuencia artera” (p. 157).

Su columna del 26 de septiembre es un homenaje a Rafael Pabón, el aviador héroe de guerra. Lo importante de esta columna es que ella aprovecha para hablar de un tema de su preferencia, como buena ultraísta: las máquinas: “Una verbosidad augusta y florida me permitiría hacer de las palabras una cruz de nardos al recuerdo del héroe cuya vida fue intensidad y victoria y que murió teniendo por tálamo el alma de hierro de su máquina guerrera” (p.157).

Brandy cocktail fue la columna que escribió Hilda Mundy entre octubre de 1934 y noviembre de 1935 en el periódico *La mañana* de Oruro, en la que firmaba igualmente como Hilda Mundy. Es brillante su columna de 27 de noviembre de 1934, en la que despliega su comprensión ácrata⁶ de la vida y también la guerra. Trabaja con el concepto del “caos como necesario para que nazca una estrella”, en la concepción de Nietzsche, a quien nombra en este texto. Su razonamiento es el mismo que después expondrá magistralmente en el texto “Absurdo a diez metros de profundidad” que cierra su *Pirotecnia* (1936). Para ella la guerra también puede significar un viento de premonición. Más aún, llega a decir que: “Nacida al contacto del fuego, la literatura será recia como el espectáculo de mil fuerzas desencadenadas en ímpetu magnífico” (p. 170). Este criterio es como una respuesta a lo que Carlos Medinaceli⁷ reclamaba una vez finalizada la guerra:

¿Cuál es el panorama que presenta nuestra literatura en 1935? ¿Qué obras de trascendencia se han publicado? ¿Qué acontecimientos intelectuales han ocurrido? ¿Cuál es el rumbo que sigue el pensamiento nacional? ¿A dónde vamos? ¿Cuál ha sido nuestro íntimo, profundo sentir? ¿Cuál la emoción que nos ha dado la guerra? Aunque sea doloroso decirlo, este año no se ha publicado ninguna obra, en ninguno de los géneros, que esté a la altura del dolor boliviano o que haga frente a la realidad que nos aplasta (Medinaceli, 1955, p. 169).

Su columna de 16 de diciembre de 1934 es una muestra de hasta dónde puede llegar ya no la ironía sino el humor de Mundy: “Enfoco nuestra guerra internacional en un aspecto ameno y prosaico, y en un derrumbamiento de sombras chinescas columbro a Bolivia y Paraguay en un gran banquete” (p. 176) en el que se sirve un “Nanawa’s Pudding hasta un Picuiba marrón glacé”.

6 En un texto comparativo (Ayllón, 2015) abordo la veta anarquista en la literatura de Hilda Mundy.

7 Hay también toda una producción analítica sobre las diferencias (o no) en el proyecto de nación de Medinaceli y Mundy. Al respecto ver Villazón (2016), Ayllón (2016) y Orduna (2020).

Dos días después, en su columna de 18 de ese mismo mes y año, Mundy hace gala de su gusto por las máquinas, pero también por la pirotecnia. al comparar el poder del lenguaje con el poder de las armas: “Mi admiración es conceptuosa. ¡Cómo se convierten las inofensivas palabras en pertrechos bélicos! ¡Y qué incapacidad agresiva la mía que no puedo hacer del lenguaje si una granada de mano!” (p. 177).

Su columna del 13 de enero de 1935 la muestra tercamente feminista a propósito del debate de anulación de la ley del divorcio, que fue promulgada por Daniel Salamanca en la época de preguerra, el 15 de abril de 1932. Dice la Mundy en tono contundente: “Ahora, en los momentos actuales, la anulación de dicha ley sería explícitamente un paso hacia la inmoralidad”.

Como se vio antes, Mundy se estrella, cuando puede, contra la frivolidad femenina, especialmente de las mujeres urbanas de clase media y alta. Eso también hace en su columna de 8 de marzo de 1935, en la que se refiere a las cartas que envían las novias a los soldados que están en el frente de guerra:

Si vamos al género epistolar, más difundido ahora con la correspondencia al Chaco, diría que las misivas del bello sexo marchan al S.E. cargadas de énfasis insustanciales y errores ortográficos que gritan desafinadamente de nuestro descuido y desaliño.

No es razonable que cartas nacidas al movimiento de manos blancas y uñas abrillantadas demuestren tanta pobreza intelectual” (p. 192).

En su columna de 14 de junio de 1935, Mundy retrabaja, reescribe y eleva a un nivel superior su texto titulado “Los mercachifles” en IGC (cfr. supra). Éste es un dato que habla de Mundy como escritora profesional; es decir que hace de la escritura su oficio. Su columna de cuatro días después se dedica a reflexionar sobre los cambios que ha producido la GC en las mujeres:

Allá, junto a la actividad febril de las fábricas y los talleres, está la mujer obrera iniciando su era de trabajo.

Nada extraño. La guerra de modo súbito le ha obsequiado su tajada de progreso en su evolución social

(...)

Pero, después... aún a costa del sufrimiento y la violencia misma, se sellará la liberación de la mujer, no de la aristócrata que la posee hace tiempo y sin límite para sus manías y diversiones, no, para la criolla me refiero, para la que sostiene el peso de la pollera burda” (p. 207).

Y en la del 23 de junio se refiere, con mucha ironía, a la batalla de algunas mujeres por lograr una condecoración de guerra por los servicios prestados en la guerra⁸.

En la columna publicada cinco días después hará un juego humorístico del mismo talante de la de 16 de diciembre de 1934 (cfr. supra): “Yo poseeré una hiena. / Él un jaguar. / Ambos y todo el mundo marigüís en la sopa. / Nos distraeremos con un circo de monitos tropicales, maravillosamente amaestrados. / Seremos FELICES, inmensamente FELICES en el Chaco” (p. 211, mayúsculas originales).

Se recordará que en “Políticos...” de IGC (cfr. supra), Mundy calificaba a Salamanca de “anciano displicente”, y es su columna de 19 de julio de 1935 que afina su juicio sobre el presidente: “En la sucesión de los hechos históricos, el hombre sobrevivió poco a su obra, dejando ante la sociedad y la patria toda la gran incógnita de su responsabilidad. Se agolpan sobre él las sombras” (p. 214).

El 27 de julio del 35 Mundy dedica su columna a un sentido homenaje a la poeta también orureña Milena Estrada Sainz, esta vez por su papel como ma-drina de guerra.

En su columna de 17 de agosto, hace una referencia cruzada a su carta dirigida a Jorge Fajardo de 15 de noviembre de 1934. Específicamente recuerda que en esa carta afirmó: “Me encanta el absurdo, la palabra hueca, hueca que parece un cascabel de latón con la piedrecita de la tontería adentro” (p. 64).

En sus columnas de 28 de agosto y 25 de septiembre, Mundy recuerda la fiebre de creación de sociedades de beneficencia Pro Chaco que se crearon en la etapa preguerra y la organización de los ex combatientes, que enaltece por el objetivo de luchar por sus justos derechos.

Dum Dum fue un semanario creado por Hilda Mundy y que se publicó entre septiembre y octubre de 1935. En este semanario aparecieron varios nuevos seudónimos con que firmaba la autora: Hilda Mundy, Retna Dumila, Ana Massina y María (Motia) Daguileff.

De los textos publicados en este semanario interesa resaltar el publicado en el primer número, el 22 de septiembre de 1935, que titula “Manifiesto-programa del partido anarqui-socialista de Dum Dum” y firmado por Hilda Mundy, que es una irónica crítica a los debates que se desarrollaban entonces entre

⁸ Al respecto cfr. Álvarez (2017), Durán y Seoane (1997) y la carta de Jorge Fajardo a Laura Villanueva, del 23 de julio de 1934 (Mundy, 2017, pp.37-39).

anarquistas y socialistas, en el país en general y específicamente en Oruro (cfr. introducción de este texto). Hay que recordar que el nombre del semanario y del manifiesto refiere a las balas dum dum, de munición expansiva, fabricadas en la ciudad hindú del mismo nombre.

Asimismo, una nota de Hilda Mundy publicada el 22 o 23 de octubre de 1935 (y que no está recuperada en ninguna de las ediciones de su obra) habría sido el motivo para la censura que sufrió por parte del gobierno de José Luis Tejada Sorzano, y su confinamiento en La Paz. Al respecto, su columna de **Brandy cocktail** de 24 de octubre de 1935 dice:

Los acontecimientos de ayer demuestran que, con una certeza de tiro admirable, disparamos al blanco y... paff... la catástrofe de medio calibre que tuvimos con festones de aparatosidad y exageración.

Valorando la situación, caemos al convencimiento de que al público le gusta la libertad expresiva y grosera del periodismo, con gruesos adjetivos, “hambriento”, “ladrón”, “comprador de conciencias”, etc., etc., y cuando se ensambla la suavidad, la sutileza, le desagrada (...)

Para terminar, añadiré que me extraña que un poco de humorismo, un poco de sonrisa, trasuntando el papel de un centímetro de tamaño, haya causado tanto revuelo al Círculo Superior (p. 239).

Posteriormente, en otras columnas e incluso entrevistas, Hilda Mundy continuó refiriéndose a la GC, reiterando las ideas clave que hemos reseñado en este análisis.

5. Discusión

Podemos afirmar que Hilda Mundy fue periodista de la Guerra del Chaco (Durán Zuleta, 2018) siempre que aceptemos que el periodista de guerra no se reduce al reportero del frente de combate, como generalmente suele entenderse. Esa forma de comprender el periodismo de guerra ha servido también para eliminar a muchas mujeres periodistas del conjunto de los periodistas de guerra (Picón, 2016).

El estudio indica que:

- 1) Ella escribió sobre la Guerra del Chaco desde la etapa de la preguerra hasta la firma del tratado de paz y más allá.
- 2) En su opúsculo *Impresiones de la Guerra del Chaco* (1997) se advierte una escritura diferente a la que se conoció en su *Pirotecnia* (1936), así como la desplegada en sus columnas periodísticas. La diferencia es que ella

denomina “impresión” a una escritura producto de la sensibilidad, a la que luego incluirá la intuición y el presentimiento. Es decir, una escritura que se acerca a los rasgos de la feminidad hegemónica. Sin embargo, tratándose de Hilda Mundy, sensibilidad no es sinónimo de sensiblería, intuición no lo es de adivinanza, o instinto y presentimiento no es igual a futurología. En cualquier caso estamos ante una concepción de los afectos que excede los estados psicológicos y apunta, más bien, a que son prácticas culturales y sociales (Ahmed, 2015). Desde este punto de vista, la impresión mundiana sería sentir dolor por la partida de sus hermanos a la guerra, sin perder de vista el conflicto familiar que eso supone y la recarga laboral, pero resistiendo en el gozoso ejercicio de la escritura.

- 3) El periodismo de guerra de Mundy se imbrica con su obra literaria (*Pirotecnia*), tanto en los aspectos formales como en los temas que desarrolla: la mujer, la ciudad, la guerra y la escritura.
- 4) A diferencia de su *Impresiones de la Guerra del Chaco*, su escritura sobre la guerra en las columnas periodísticas analizadas es más suelta, más trabajada, poniendo en el centro la ironía mundiana, que es el sello de su escritura. Ello permite pensar que *Impresiones...* es una selección de textos provenientes de escritos más bien íntimos (su diario, su libreta de apuntes) no destinados a la publicación. Incluso, tres de ellos se alejan mucho de la escritura mundiana, por lo que nos hemos permitido poner en duda su autoría.
- 5) Los criterios de Hilda Mundy sobre la GC no son diferentes a criterios comunes: el exitismo inicial, el patriotismo, la posterior duda, especialmente en la guía del presidente Salamanca, la corrupción, el hambre de los soldados, etc., etc., aunque se diferencia en su consideración de los efectos de la GC. Destaca, por un lado, los beneficios que trajo a las mujeres su incorporación al mercado del trabajo durante la guerra y, por otro, una lectura de la guerra como un caos que puede generar o regenerar energías, fuerzas, proyectos, etc. En este segundo punto ella se adscribe al pensamiento de Nietzsche y desarrolla ciertos elementos ácratas, como en “Absurdo a diez metros de profundidad”, texto que cierra su *Pirotecnia*.

Recibido: septiembre de 2024

Aceptado: octubre de 2024

Referencias

1. Ahmed, Sara (2018). *La política cultural de las emociones* (traducción de Cecilia Olivares). México: UNAM.
2. Álvarez Giménez, María Elvira (2017). El impacto de la guerra del Chaco en la vida de las mujeres urbanas de Bolivia: acceso al espacio público y redefiniciones de género. *Anuario. Estudios Bolivianos, Archivísticos y Bibliográficos. Revista de la Biblioteca y Archivo Nacionales de Bolivia*. ABNB.
3. Ayllón, Virginia. (20 de marzo de 2014). Elogio del empleado público: Kafka, Borges y Cerruto. *Letra siete*.
4. ----- (2015). Poder y contrapoder en la literatura boliviana: Borda y Mundy. En: Crespo, Carlos (ed.). *Anarquismo en Bolivia, ayer y hoy*. Centro de Estudios Superiores Universitarios, CESU.
5. ----- (2016). Estado y mujeres en la obra de cuatro narradoras bolivianas. *Recial*, 7(9).
6. ----- (6 de noviembre de 2016a). Sobre las nuevas publicaciones de Mundy. *Página Siete*.
7. Arroyave, Jesús y Miguel Garcés-Prettel (2022). Evolución conceptual del periodismo de paz: origen, desarrollo, críticas y aportes a los estudios sobre paz. *Signo y Pensamiento*, 41, 1-17. DOI: <https://doi.org/10.11144/Javeriana.syp41.ecpp>
8. Bonilla Vélez, Jorge (2002). Periodismo, guerra y paz: campo intelectual periodístico y agendas de la información en Colombia. *Signo y Pensamiento*, 40, 53-71.
9. Destéfanis, L. (2023) El vacío elocuente. Culturas del Chaco, guerra y literatura en Bolivia. *Intersticios de la política y la cultura*, 12(24), 41-69.
10. Durán, Florencia y Ana María Seoane (1997). *El complejo mundo de la mujer durante la Guerra del Chaco*. Ministerio de Desarrollo Humano, Secretaría de Asuntos Étnicos, de Género y Generacionales, Subsecretaría de Asuntos de Género. La Paz.
11. Durán Zuleta, Marlene (17 de enero de 2018). El papel fundamental de la prensa en la Guerra del Chaco. *Ecos de Tarija*.

12. Finot, Enrique (1946). *Nueva historia de Bolivia: ensayo de interpretación sociológica*. Fundación Universitaria Patiño. Buenos Aires.
13. Galtung, Johan (1985). *Sobre la paz*. Barcelona: Fontamara.
14. Klein, Herbert (1997, 2001, 2011). *Historia de Bolivia*. La Paz: Juventud.
15. Lorini, Irma (1994). *El movimiento socialista “embrionario” en Bolivia 1920-1939*. La Paz: Los Amigos del Libro.
16. Margarucci, Ivanna (2020). Anarquistas en Oruro (Bolivia). Trincheras de lucha contra la crisis y la guerra, 1930-1932. *Historiolo. Revista de Historia Regional y Local* (12)24, 183-222. <http://dx.doi.org/10.15446/historiolo.v12n24.80494>
17. Medinaceli, Carlos (1955). *Páginas de vida*. Colección de la Cultura Boliviana. Potosí: Editorial Potosí.
18. Mesa, José de, Teresa Gisbert y Carlos Mesa (2001). *Historia de Bolivia* (4ª ed.). La Paz: Gisbert.
19. Mesa, Carlos (2014). Daniel Salamanca: la filosofía del presidente en relación al conflicto. En VVAA, *Desmitificando la Guerra del Chaco. Memorias del I Encuentro sobre la Historia de la Guerra del Chaco*. Parabazul, pp. 17-29.
20. Mundy Hilda. (1989). *Cosas de fondo: Impresiones de la Guerra del Chaco y otros escritos*. La Paz: Huayna Potosí.
21. ----- [1936] (2004). De la nada al venerado silencio, prólogo de Virginia Ayllón. *Pirotecnia*. La Mariposa Mundial.
22. ----- (2016). *Obra reunida*. Edición y estudio introductorio de Rocío Zavala. Biblioteca Boliviana del Bicentenario.
23. (2017). *Bambolla, bambolla: [cartas fotografías escritos]*. (2ª ed.). Edición de Rodolfo Ortiz. La Mariposa Mundial.
24. Orduna, Víctor (2022). Laura Villanueva contra Hilda Mundy: a propósito de nación y literatura en *Impresiones sobre la Guerra del Chaco*. (Inédito en línea: <https://tinyurl.com/2uhdkvkj>).
25. Picón Gómez, Ana (2016). *La voz necesaria: mujer y periodismo de guerra. Análisis de un periodismo de guerra en desaparición desde una pers-*

pectiva de género y la ruptura del discurso androcéntrico. Universidad de Sevilla, Departamento de Periodismo.

26. Soto, José Julián y Brenda Villar (2023). La irrupción de la Guerra del Pacífico en El Comercio (La Paz, Bolivia, 1879). *América Latina hoy*, 93, 1-19. <https://doi.org/10.14201/alh.30909>
27. Villazón, Emma (2016). Hilda Mundy y Carlos Medinaceli: dos escritores en conflicto. A propósito de 'vanguardia' y 'nación' en Bolivia'. En Andrés Ajens, Alejandro Fielbaum y Lorena Zuchel (eds.), *Contrabandos: escrituras y políticas en la frontera entre Bolivia y Chile*. Asociación Communes, pp. 219-260.

Contra nadie en la batalla: representación del enemigo en *Sangre de mestizos*

Against No One in Battle: Representation
of the Enemy in *Sangre de Mestizos*

Gabriel Mamani Magne*

Resumen

Este trabajo reflexiona sobre la representación del enemigo en la narrativa de la Guerra del Chaco y tiene como referencia el libro de cuentos *Sangre de mestizos* (1936) de Augusto Céspedes. Como toda guerra, este evento generó un sentido de pertenencia y, al mismo tiempo, una otredad que se sintetizaría en la búsqueda de un enemigo común. Este trabajo analiza cómo la enemistad no está presente en la figura del soldado paraguayo, adversario directo de los bolivianos en el campo de batalla, sino en otros elementos, como la geografía inhóspita del Chaco y las elites regionales.

Palabras clave: Guerra del Chaco; enemigo; nación; otredad; Augusto Céspedes.

Abstract

This work reflects on the representation of the enemy in the narrative of the Chaco War and has as reference the book of stories *Sangre de mestizos* (1936) by Augusto Céspedes. Like any war, this event generated a sense of belonging

* Magíster en Literatura Comparada por la Universidad Federal de Río de Janeiro y candidato a doctor en Letras y Lingüística por la Universidad Federal de Goiás, Goiânia, Brasil.
Contacto: mamani@discente.ufg.br
ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-7143-6846>

and, at the same time, an otherness that would be synthesized in the search for a common enemy. This work analyzes how enmity is not present in the figure of the Paraguayan soldier, a direct adversary of the Bolivians on the battlefield, but in other elements, such as the inhospitable geography of the Chaco and the regional elites.

Keywords: Chaco War; enemy; nation; otherness; Augusto Céspedes.

1. De la guerra sale la nación

Empieza con un arma. Un soldado dispara, el plomo sale y toda la historia que llega después parece acompañar el transcurso de esa bala. A quién se dispara, por qué se ha disparado, quién ha jalado el gatillo, todas esas cuestiones son germen y abastecedoras de las narrativas que una nación se cuenta a sí misma; son el porqué del nombre de esa calle, el porqué de aquel monumento, el porqué del feriado, la prehistoria del gorro frigio en el escudo de muchos países. No hay narrativas nacionales oficiales —y si las hay son escasas— que no remitan a un conflicto armado. La guerra establece puntos cero, ordena cronologías, define héroes, crea países, justifica naciones, cambia mapas, funda derecho, establece otredad. Así que podríamos ponerlo de la siguiente manera: del fusil, además de plomo, sale la nación.

Clausewitz señala que la guerra es la continuación de la política por otros medios (Clausewitz, 2003). Foucault, en su búsqueda de un análisis del poder alejado de los esquemas económicos, invierte la sentencia y afirma que el poder es la guerra continuada por otros caminos. En otras palabras, dice que el poder político y la supuesta paz que crea el orden no son más que el modo silencioso en el que actúan aquellas relaciones de poder que se injertan “en un determinado momento, históricamente precisable, la guerra” (Foucault, 2003, p. 24). El conflicto armado, de esa forma, aparece no sólo como la raíz que explica la estructura, las expresiones y los anhelos de la nación, sino que se presenta como pieza clave para entender las filigranas que chirrían en la paz, esa silenciosa paz que el poder político viabiliza e intenta mantener.

En su *País de guerra*, Martí Kohan afirma que la historia siempre ha sido contada siempre en clave de guerra. Es la guerra —y no otro fenómeno, como los descubrimientos o las fundaciones— la que establece el tono narrativo de la historia, la que sitúa los mitos de origen, la que alentó cierta disposición (¿tolerancia?) hacia los gobiernos militares-dictatoriales de la década de los setenta (Kohan, 2014).

Parece un rito macabro: es como si la historia latinoamericana siempre necesitara desangrarse un poco para repensarse y establecer nuevos puntos cero. Así pasó en Bolivia en 2003, cuando los alteños e indígenas de la Guerra del Gas luchaban contra el régimen neoliberal sin saber que la sangre que derramaban serviría de justificativa ideológica para el surgimiento de un nuevo modelo de Estado (el Estado Plurinacional). Y así pasó hace más de setenta años, en la Guerra del Chaco, carnicería en la que murieron casi 90 mil soldados de ambos bandos y que fue el ritual que le sirvió a Bolivia para, años más tarde, generar un movimiento interpretativo que despuntaría en la Revolución de 1952. Coherentes con el tono al que Kohan hace referencia, ambas guerras agitaron el tablero de la historia, modificaron cronologías, generaron nuevos partos, mitos de origen en los que se apoyarían las reformas políticas que sobrevendrían algunos años después.

La Guerra del Chaco fue un conflicto armado entre Bolivia y Paraguay por el territorio del Chaco Boreal, donde se presumía que existían importantes reservas de hidrocarburos. Ocurrió entre 1932 y 1935, y sus números finales son brutales: según Querejazu (1992), Bolivia movilizó más de 200 mil hombres, de los cuales murieron 50 mil y 25 mil cayeron como prisioneros; mientras que Paraguay movilizó 150 mil soldados, con un saldo de 2500 prisioneros y 40 mil muertos. El terreno en disputa se caracterizaba por su sequedad, falta de lluvias y calor extenuante.

Además de la pérdida territorial, la guerra también dejó un saldo ideológico importante. Al ser la tercera desmembración territorial experimentada por el país en cincuenta años (antes había perdido la salida al mar en 1879 y el Acre en 1899-1903), el trauma del Chaco generó un movimiento interpretativo importante, sólo comparable con las corrientes de pensamiento generadas con posterioridad a la Guerra de la Independencia (1809-1825) y durante la Guerra del Gas (2003).

Mucha tinta se ha gastado intentando explicar la significación de la derrota en el Chaco para el imaginario social boliviano. René Zavaleta Mercado, por ejemplo, menciona que “fue en el Chaco, lugar sin vida, donde Bolivia fue a preguntar en qué consistía su vida” (Zavaleta Mercado, 1998, p.19). Otros autores, como Sanjinés (2005), señalan que esa guerra “remeció la conciencia de una sociedad atrasada”, pues puso “en contacto permanente a los soldados indígenas con los reclutas mestizo-criollos” (p. 122). El resultado fue un “efecto nacionalizador” que generó todo un movimiento interpretativo que cuestionó

el Estado oligárquico y puso en evidencia que el país no reunía las características de una nación.

Augusto Céspedes es parte de ese “efecto nacionalizador” producto de la Guerra del Chaco. Periodista, excombatiente en tierras chaqueñas y militante del Movimiento Nacionalista Revolucionario, publicó el libro de cuentos *Sangre de Mestizos* en 1936, apenas un año después de terminada la conflagración bélica con Paraguay. La obra se compone de ocho cuentos más un poema, y el tema central es, precisamente, los avatares a los que se vio sometido el soldado boliviano durante la Guerra del Chaco. Naturalista por antonomasia, el libro no esconde su tenor político y su afán de denuncia. Si la guerra es un rito ineludible para la consecución de la nación, *Sangre de mestizos* surge como el grito que acompaña al rito, un retrato del alumbramiento, un puente más hacia la tan anhelada nación.

Con esta obra se inaugura lo que en la literatura boliviana se bautizó como “el ciclo del Chaco”, un periodo de producción literaria de corte realista que se extendió por casi treinta años y que se caracteriza por retratar las experiencias del frente de combate en tierras chaqueñas. Dada la escasa distancia de tiempo respecto al cese de fuego (el libro, recordamos, se publica en 1936), podría decirse que la obra se configura como una respuesta casi automática a la crisis que devino del trauma del Chaco. Así, lo “catártico” es transversal en los cuentos, en la medida en que se percibe cierta búsqueda de responsables y una canalización de “las necesidades analíticas propias de una situación de cercanía” (Jitrik, 1995, p. 20).

¿Cómo canaliza “esas necesidades” el libro de Céspedes? Ficcionalizando la realidad, disputando un lugar en la memoria histórica, haciendo visible la herida, buscando causas, descubriendo enemigos, destapando la inconexión entre pueblo y elites, abasteciendo a la nación. Todo en función de los objetivos políticos del Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido que años más tarde lideraría la Revolución de 1952 y del que el propio autor era uno de sus fundadores.

Tanto desde el periodismo como desde las ciencias sociales, el criterio unánime es que la guerra fue innecesaria y que podía ser evitada. Innecesaria porque jamás se descubrió la presencia de hidrocarburos en la región en disputa; evitable porque, en contradicción con la voluntad del presidente de Bolivia de aquel entonces, Daniel Salamanca, el sentido común –respaldado, quién lo diría, por el Alto Comando Militar– mandaba que la vía diplomática era la más idónea para resolver el conflicto.

En su celebrada novela *Soldados de Salamina*, el escritor español Javier Cercas dice que, así como hay quien ve la guerra como horror, hay otros que la conciben como grandeza, como sinónimo de gloria. Esta gloria, según Cercas (2001), deviene de la “poesía” que palabras grandes, como “patria” u “honor”, contagian al espíritu joven.

Según muchos autores, alguien a quien el honor o poesía insufló en lo más profundo de su subjetividad fue el presidente Salamanca. Así lo hace ver Céspedes, quien, tanto en su obra periodística como literaria, no se cansa de criticar las decisiones del Presidente y llega a afirmar que la finalidad de la guerra fue “espiritual” y “deportiva” (Céspedes, 1975).

En esa línea, el sociólogo René Zavaleta (1998) señala que Bolivia y Paraguay –dos países golpeados por la Guerra del Pacífico y la Guerra de la Triple Alianza, respectivamente– fueron a la guerra guiados por la necesidad de recuperar el honor perdido en los últimos sesenta años, algo así como un lavaje moral con la finalidad de mantener unido lo que quedaba de ambos pueblos y evitar su desmoronamiento final.

Quería regalar a Bolivia una victoria, algo que devolviera a este país (a lo que él pensaba como este país, a ese grupo de hombres sensuales y desalentados en su esencia) su fe en sí mismo, lo cual era, en realidad, un eco distante de la guerra del Pacífico (p. 39).

El fiasco de la guerra, entonces, nace precisamente de eso: de la búsqueda infructuosa de gloria, de un país que halló más enfermedad donde se suponía que encontraría la cura.

Pero no todo en esa enfermedad resultó negativo. El desangrar de la guerra sirvió para reunir en un mismo lugar a ciudadanos que nunca se habían visto entre sí. Fue en el Chaco donde los bolivianos tuvieron consciencia de la necesidad de una nación en los términos establecidos por Anderson: “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (2000, p. 23). Sobre esto, González (2014) señala:

Lo primordial en la guerra era establecer la presencia boliviana y que el Chaco ingresara en el imaginario social, formando parte de la identidad de los bolivianos. La guerra, finalmente, logró un cambio en la conciencia del combatiente, cambio que se materializa en la conciencia de clase y en el abandono de la conciencia de etnia; en el protagonismo asumido desde la militancia sindical, como nueva posibilidad de construir una nación alejada de los preceptos de la élite y la clase oligárquica (p. 27).

La obra de Augusto Céspedes puede entenderse como fruto de esa toma de conciencia y a la vez como promotora y reproductora de la misma. En ese sentido, la guerra se sitúa como un referente ideológico del que se valdrán los intelectuales del nacionalismo boliviano. El Chaco se presenta como rito de iniciación para llegar a la tan anhelada nación: “La nacionalidad boliviana no se fecunda con palabras enfáticas sino con la sangre de la juventud que muere en el Chaco” (Céspedes, 1975, p. 147).

2. El enemigo invisible

Al hablar de sociedad y conflicto, los criterios que dominan la discusión son aquellos que promueven la neutralización de la violencia. Según estas visiones, la violencia es un factor asocial que suscita la disolución de la organización social. En ese sentido, al impugnar el orden social, el conflicto es un elemento indeseado que debe ser neutralizado y reemplazado por el consenso o el contrato, que es la base de la representación y la democracia. De esa forma, el grado de desarrollo de un determinado cuerpo social se mediría en función a la superación de la violencia, rasgo propio de sociedades primitivas y por tanto irracionales (Kohan, 2014).

Sin embargo, existen otras vertientes que conciben la violencia y el conflicto como factores constitutivos de la sociedad. Aquí la premisa se invierte: la violencia deja de ser un factor asocial y, en lugar de eso, crea relaciones, funda orden. Un elemento elemental de la violencia y el conflicto es la otredad y la identidad que se genera. Se crea un “nosotros”, y al decir “nosotros” también se establece un “ellos” Así pasa en la guerra, por ejemplo, donde el conflicto establece amigos y enemigos, reúne a los primeros en función de la identidad y agrupa a los últimos en función de la diferencia.

El sociólogo Georg Simmel (2000) llegó a decir que las controversias entre los seres humanos son tan frecuentes, que muchas veces no se sabe si el objeto en disputa crea el conflicto o si es nuestro espíritu conflictivo el que busca objetos/excusas para contender con alguien. La hostilidad como naturaleza: “en general, es mucho más difícil al hombre medio inspirar a otro confianza y afecto hacia un tercero indiferente, que infundirle desconfianza y repulsión” (p. 107).

La presencia del conflicto o la posibilidad del mismo es uno de los elementos centrales de la teoría política moderna. El contractualismo clásico de Hobbes (2003), por ejemplo, parte de la premisa de que el ser humano es mezquino y egoísta por naturaleza. Esa cualidad lo conduce invariablemente al conflicto con los otros, poniendo a la humanidad en un estado de guerra generalizada,

donde se aplicaría la ley del más fuerte. Para evitar esa posible violencia y ese instinto de destrucción se hace necesaria la intervención de una ley o una entidad superior que controle las pasiones y ponga freno a la naturaleza bestial de los seres humanos. Esa ley se manifiesta en un contrato social por el que todos los habitantes de un territorio renuncian a su fuerza violenta y deciden otorgársela al Estado. De esa forma, al abandonar su naturaleza conflictiva, el ser humano puede desarrollarse en armonía con sus semejantes y producir riqueza.

Frente a ese primer criterio, que se vio impugnado al inicio de la década de 1960 por su fuerte carga conservadora, existe otro enfoque que concibe al conflicto como factor constitutivo de la sociedad. Vista así, la lucha no diluye, sino funda; no desorganiza, sino ordena; crea relaciones donde antes no las había, promueve el progreso y genera cohesión dentro de un grupo.

Uno de los teóricos que más ha estudiado el conflicto como factor no disolutivo es Georg Simmel. Según su visión, el ser humano es poseedor de un espíritu de contradicción que opera en todos los ámbitos de la vida, “ya que en ella siempre hay elementos convergentes y divergentes que se expresan como fuerzas de atracción y repulsión, de asociación y de competencia” (Simmel, 2000, p. 649).

Extirpar el contenido eminentemente negativo de la noción de conflicto es una buena forma de entender su fuerza socializadora. De hecho, según el mismo autor, la lucha en sí misma ya se configura como una forma de socialización. Tal conclusión abre las puertas para un análisis de otras funciones del conflicto. Transversales las unas con las otras y coherentes con los temas macro a los que apunta este trabajo (guerra, nacionalismo, crítica social), las cuatro funciones del conflicto que identificamos son siguientes: de relación, de transformación, de cohesión y de otredad.

La *función de relación* parte de la misma esencia del conflicto. Así como el amor o la cooperación ponen en contacto a dos entidades, nos relacionamos con otros a partir del conflicto. Según Simmel (2000), la lucha es lo contrario a la indiferencia. Dado que entrar en disputa con el otro implica, sobre todo, conocer un poco de él (inmiscuirse en su mundo), el conflicto es un estadio posterior a la indiferencia. De hecho, hay culturas primitivas en las que la guerra constituyó la principal, y a veces única, forma de contacto con otros grupos. El conflicto proporciona un intercambio entre dos entidades que, de nunca haber chocado, jamás hubieran establecido algún tipo de relación.

La *función de transformación* sitúa al conflicto como un motor que impulsa al cambio social. Dahrendorf y Coser, citados por Silva García (2008), señalan que las grandes transformaciones ocurrirían de forma demasiado lenta (o simplemente no ocurrirían) si la sociedad se mantuviese en un estado de total armonía. En ese sentido, el conflicto se presenta como un componente dinamizador de las sociedades, inherente al desarrollo económico y social. Sobre ese punto, Silva García señala:

El progreso social, con frecuencia aparejado a la idea de cambio, es no pocas veces un efecto de las luchas sociales. Por ejemplo, el radar, el sonar, los aviones a reacción, el helicóptero, la energía nuclear, Internet, etc., son avances tecnológicos que han transformado la vida de las personas y han emergido de grandes choques bélicos, de la amenaza de ellos o de los preparativos para enfrentarlos (p. 29).

Por su parte, la *función de cohesión* genera un sentido de unidad en el grupo en torno a un objeto en común: la lucha contra el enemigo. La presencia de un conflicto une al grupo por encima de intereses individuales y discrepancias dentro del grupo (Simmel, 2000). Así, se genera una coherencia por la cual el grupo “cierra filas en sus ideas y prácticas sociales, con el objeto de propender por los intereses compartidos” (Silvia García, 2008, p. 38), imponiéndose un sentido de cohesión capaz de producir coaliciones entre elementos heterogéneos. Sobre este punto, Vold (1967) resalta los factores emocionales y morales envueltos en la cohesión. El conflicto promueve la lealtad entre miembros del grupo y el desarrollo de ideales y valores que, unidos a las demandas del conflicto social, generan relaciones de solidaridad social que perviven una vez acabada la lucha.

Finalmente, tenemos la *función de identidad/otredad*, que no es más que un desdoblamiento de la función de cohesión. Al colocar al grupo en una situación de conflicto con otro grupo, los engranajes de solidaridad y lealtad se activan y promueven una identificación dentro del grupo. La causa común, además de unir, genera la consciencia de cierta igualdad y correspondencia entre los miembros. Esta operación cultural ha resultado beneficiosa para las aspiraciones nacionalistas a lo largo de la historia. Según Gramuglio (2013), los nacionalismos abordan una dimensión metafísica que sería el elemento unificador que crea coherencia y correspondencia entre los miembros de un grupo: el *alma* de la nación. El conflicto exalta la metafísica que la nación reclama como propia, con lo cual reafirma la identidad del grupo y delimita la línea que divide al *nosotros* del *ellos*. Sobre este punto, Simmel (2000) opina lo siguiente:

Francia debe la conciencia de su nacionalidad, en primer término y esencialmente, a la lucha con los ingleses. La guerra contra los moros fue lo que convirtió en un solo pueblo a las comarcas españolas (...). Los Estados Unidos necesitaron su guerra de la independencia; Suiza la lucha contra Austria; los Países Bajos, el alzamiento contra España; la Liga Aquea, la guerra contra Macedonia (p. 336).

Además de unir al grupo, el conflicto crea la conciencia de un *nosotros*. Y si hay un nosotros, se supone que también existen unos *otros*. A esto se llama *función de otredad*, que es la otra cara de la función de identidad. El conflicto produce una otredad que dota de personalidad al grupo. Sin ese otro, los bordes de la identidad serían difusos y la cohesión estaría en riesgo. La dialéctica que deviene del conflicto abastece de suministros diferenciadores que moldean la identidad, resuelve o reduce las diferencias intestinas (que resultan mínimas, en comparación a las que surgen al oponer la otredad del adversario) y ayuda a mantener la cohesión a lo largo del tiempo.

“Conflicto”, “nación”, “violencia”, “ellos”, “nosotros” son términos combustibles que cuando se mezclan en un contexto guerrero, como lo es el de *Sangre de mestizos*, sugieren la idea de una entidad contra la quien ha de pelearse, un opuesto, es decir, un enemigo.

Hemos hecho énfasis en el hecho de que *Sangre de mestizos* forma parte de ese temblor de conciencia que siguió a la guerra y que sirvió como caballo de batalla ideológico para alimentar la certeza de que Bolivia no era una nación y que existía una necesidad imperiosa de encontrarla. Pues bien: si vamos a mezclar en la misma oración términos como “guerra”, “nosotros” y “nación”, es indispensable atribuir a alguien o algo el rótulo de “el otro”, de “el enemigo”.

Según Schmitt (2009), la guerra presupone “que está dada previamente la decisión sobre quién es el enemigo” (Schmitt, p. 64). En la Guerra del Chaco, ese enemigo dado –oficial, determinado de antemano– era Paraguay. No era una elección gratuita. Como señalamos líneas atrás, el presidente Salamanca quería regalarle una victoria al país, lavar la autoestima nacional luego de los desmembramientos territoriales del Acre y del Pacífico, para lo cual la rencilla con Paraguay –presa fácil en el imaginario militar, pues se trataba de un país herido que todavía no se había recuperado de la guerra de la Triple Alianza, acaecida entre 1864 y 1870– parecía el medio más idóneo.

De tal forma que la Guerra del Chaco fue la guerra de la confianza. Céspedes lo hace notar en *Sangre de mestizos* cuando señala que Salamanca minimizaba las posibilidades paraguayas al momento que enardecía la idea de que una guerra implicaría una “hora genial y patriótica” para los bolivianos.

El presidente Salamanca, con la sencillez que le distingue, ha recorrido ese camino con un mapa de bolsillo, con su índice de momia. Dentro de su infinita sabiduría, el Presidente pronostica que bastará cerrar ese camino como un cinturón para que automáticamente las hordas paraguayas, atemorizadas paralicen su invasión furtiva (p. 56).

El ejercicio que Céspedes hace en sus cuentos es el de separar el *enemigo dado u oficial* (Paraguay, escogido por Salamanca) del enemigo de la nación, que es el responsable de las muertes y aquél contra el que el nacionalismo deberá luchar. De esa forma, el discurso oficial y el discurso literario se disputan la memoria histórica a través de la designación de dos distintos enemigos. Mientras el Estado, a través del presidente Salamanca, designa al soldado paraguayo como enemigo-vehículo de resarcimiento moral para la preservación de la nación, Céspedes se encarga de vaciar de su otredad al soldado paraguayo y desplaza la cualidad de enemigo a diferentes entidades. De tal disputa surge nuestra conclusión: el Estado escoge un enemigo, pero la literatura elige otro.

Una de las primeras impresiones con las que el lector de Céspedes se encuentra es que los soldados bolivianos no sienten odio por el soldado paraguayo. No hay enemistad, no hay desprecio. Esto se detecta desde el primer cuento de la obra, “El pozo”, cuando el narrador dice que los soldados viajaban “con más sed que odio” (p. 18).

No hay enemistad y tampoco puede haberla: los rivales no se conocen entre ellos. Del paraguayo se sabe poco: que está en guerra con el boliviano, que no tiene zapatos (por eso lo llaman *pila*, apócope de *patapila*, descalzo en *quechua*) y que quien los dirige es Estigarribia. Ese desconocimiento general promueve la imposibilidad de crear una otredad sustentada en factores materiales. En el Chaco surge algo similar: odiar es imposible ya que el paraguayo es un misterio.

A raíz de la contienda del Chaco, los dos pueblos envueltos en la conflagración se conocen por primera vez. Distanciados por el inmenso desierto inhabitable, no han tenido relaciones de vecindad, viviendo uno respecto del otro en una mutua ignorancia apenas corregida por inciertas y difusas referencias. La guerra misma no ha favorecido el choque directo, el enfrentamiento personal. La selva ha seguido separándoles en media del duelo librado por las máquinas de guerra. Jesús Lara dice, por eso, que la bayoneta era un arma que casi nunca les fue dado utilizar a los soldados (Siles, 2014, p. 28).

Como lo resalta Siles, dos son los componentes que imposibilitan cualquier sentimiento de enemistad hacia el soldado paraguayo: a) la histórica escasa relación de vecindad entre ambos contendientes, producida en especial por la distancia entre los centros de poder de ambos países en aquel entonces, La Paz

y Asunción; y b) las condiciones del terreno de la guerra, en la cual el enfrentamiento cuerpo a cuerpo era poco probable debido a la característica selvática del suelo del Chaco.

De modo que, al principio de la guerra, los paraguayos son sólo un rumor. Todavía no hay enemigo, y esa carencia hace que los soldados, acosados por la sed y el aburrimiento, padezcan más los azotes de la vida en el campo de batalla. En “La coronela”, que narra cómo el teniente Santiago Sirpa es traicionado por su mujer en La Paz en virtud de su estadía en el Chaco, Hinojosa, camarada del protagonista, se alegra cuando finalmente empieza el ataque a los paraguayos: “Está bueno el pisco, ché. Sea lo que sea, me alegro que ataquemos, por fin. Esta guerra de posiciones es indecente” (p. 90).

Dadas las condiciones del terreno, la primera información que los soldados bolivianos tienen sobre los paraguayos son sólo sonidos. En “La coronela”, por ejemplo, la “polifonía” del ruido de los bichos lo acapara todo, haciendo de las explosiones algo fuera del radio de los soldados. “Lejanas, se escuchan, de cuando en cuando, detonaciones aisladas” (p. 21).

Algo similar sucede en “Seis muertos en campaña”, cuento que narra la pelea de Aniceto, un soldado boliviano, contra un paraguayo. Antes del encuentro con el rival, además del acoso de las balas, el único vestigio paraguayo es el grito en guaraní de los paraguayos: “hui-já” (p. 109).

El paraguayo se forma a través de ruidos. De hecho, tanto es el desconocimiento que, cuando los protagonistas de “Seis muertos en campaña” se pierden en la selva, tienen miedo de ser heridos tanto por balas paraguayas como por balas bolivianas, porque los podían confundir con paraguayos. Y lo que es más interesante: pese al mensaje mortífero implícito en cada balazo –tal como ocurre en el cerco de Boquerón, en el que 600 bolivianos tuvieron que resistir el ataque de 12.000 paraguayos– los sonidos no alcanzan para devenir en un clima de enemistad u odio.

Si en “El pozo” Céspedes admite que los soldados no tienen odio, en el cuento “La paraguaya” vemos cómo un objeto perteneciente a un paraguayo –una foto de mujer– rescata y “condensa” la sensualidad de un amor pasado en la imaginación de un soldado. El relato narra la historia de un soldado boliviano que encuentra una foto de una mujer paraguaya en la billetera de un oficial muerto. Cansado por el aburrimiento generado por la guerra de posiciones, que impide el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, el soldado se dedica a observar la foto de la

mujer, atribuyéndole nombres distintos (Alicia, Agar, Antonia) y transformándola en un motor que evoca el pasado y la nostalgia.

Le encantó la figura. La monotonía de la guerra de posiciones, en el bosque al que se pegaba el polvo de una lenta y tenaz ascensión de entierro, dejaba pasar la hora remachadas una tras otra por el periódico martilleo de ráfagas y ametralladoras y disparos de fusil. Tendido en su lecho de campaña, con la cabeza hacia la luz que penetraba por la abertura del techo del “buraco” formado de gruesos troncos de quebracho, aburrido de leer las mismas revistas o de dormir, contemplaba la fotografía de cuya tersa superficie se evaporaba su pensamiento como el agua de un lago (p. 201).

Más adelante el narrador dirá que en la “homosexualidad del monte, esa foto era el único signo de mujer” y que “la presencia del objeto se le hizo natural, como si lo hubiese obtenido por un regalo voluntario de la ausente y no a costa de un homicidio” (p. 204). El “regalo” del soldado paraguayo implica un retorno a la masculinidad, una salvación en la monotonía y la *homosexualidad* del Chaco. Todo eso nos genera la pregunta: ¿qué clase de enemigo es aquel que, además de arrojar balas, te arroja presentes que te salvan del aburrimiento y te generan nostalgia?

El encuentro cara a cara con el paraguayo no servirá más que para vaciar de su otredad a un enemigo al que los bolivianos nunca miraron como tal. Hasta ese momento, lo único que se tenía de los paraguayos eran sonidos (los cañonazos y el grito de “¡hui-já!”) y el prejuicio de que los soldados paraguayos no usaban zapatos. El primer contacto será también el generador del primer sentimiento. Curiosamente, rencor es lo que menos habrá en los protagonistas de Céspedes.

Escuché un ruido de ramas aplastadas y a través de la masa grisácea divisó el bulbo de un pila. Vi que Aniceto le apuntó y entonces hice lo mismo. Disparamos casi simultáneamente.

—¡Vámonos! Debe haber otros.

Nos incorporamos y echamos a correr, como si hubiéramos cometido un crimen (p. 119).

El narrador de “Seis muertos en campaña” cuenta que él y Aniceto, luego de apretar el gatillo, escaparon como si hubieran cometido “un crimen”. Ese crimen puede asociarse a la idea de que el autor considera que los paraguayos no son tan diferentes de los bolivianos. Los separa el color de piel y el uniforme, pero ambos padecen el mismo rigor del Chaco. Mueren de sed y saben poco del porqué de la batalla.

Esta noción se redondea en el libro de no ficción *Crónicas heroicas de una guerra estúpida*, en el que Céspedes señala que “en la victoria boliviana de Strongest

sufrieron por igual de sed sitiados y los sitiadores” (1975, p.160). Páginas antes, el autor menciona que, en el cerco a los paraguayos, la única diferencia entre los soldados de ambos países era que “ellos se encuentran dentro de la alambrada y nosotros fuera” (p. 175).

Otro ejemplo, quizá el más contundente, es el que el relato “Opiniones de dos descabezados” ofrece. La historia cuenta la conversación entre un espectro (un soldado boliviano muerto) y un soldado vivo. El espectro revela que está en busca del paraguayo que ha jalado el gatillo y que lo ha dejado sin cabeza, mientras que el soldado vivo lo intenta convencer de que los responsables de la guerra son otros.

Yo.- Por otra parte, aparentemente usted fue herido por un pila, pero, realmente, por una fuerza irresponsable. El soldado no es autónomo, es sólo un instrumento auxiliar acoplado a la ametralladora o al fusil, y usted considerará lo ridículo que sería, a título de represalia, ir a turbar el sueño de una ametralladora.

Él.- ¡Pero habrá alguien, algún culpable de mi decapitación!

Yo.- Esa culpabilidad es imposible de concretarse individualmente. Es cruel pensar que si en época de paz la burguesía moviliza toda una maquinaria jurídica y policíaca para indagar la responsabilidad de un solo homicidio o una aislada estafa de 200 pesos, en la guerra de 1914 no se ha aplicado el mismo procedimiento porque los delitos cometidos en serie ya no son delitos sino fenómenos históricos. Es cuestión de estadística (pp. 119-120).

Lo que hace Céspedes en este cuento es despojar al paraguayo de toda su otredad. Elimina su capacidad de enemigo y, al desindividualizarlo, lo transforma en un igual. Si Schmitt decía que en una guerra el enemigo está previamente dado, la literatura de Céspedes se rebela contra esa imposición y traslada la figura del enemigo a otras entidades. Y en esa rebeldía, el “nosotros” que la guerra crea también incluye al soldado paraguayo.

La cuestión, ahora, es la siguiente: ¿quiénes son los “otros” con los que se combate en la guerra?, ¿quién es el responsable de la muerte del soldado decapitado del cuento?, ¿en quién o qué cae la figura del contrario, del enemigo?

3. Un enemigo para la nación boliviana

Como ya se mencionó líneas atrás, el saldo ideológico más importante de la Guerra del Chaco fue la consciencia de que Bolivia no reunía las características de una nación (en el sentido de unidad) y que la estructura estatal no se correspondía con el pueblo. Otra de las interpretaciones pos-conflicto es aquella que dice que sólo en el Chaco los bolivianos se reconocieron entre capas sociales (blancos, mestizos e indígenas) y que, al lograr sensación de nación, se cimien-

taron las condiciones ideológicas que desembocaron en la Revolución de 1952, liderada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, del que Céspedes era miembro.

La desinteligencia del gobierno de Salamanca al creer que la guerra funcionaría como un fenómeno de unión nacional y la ineptitud de los diferentes militares a cargo de las operaciones en la zona en conflicto, ocasionó el tambaleo de la situación política y social en Bolivia. No existiendo congruencia entre la unidad nacional y la unidad política, el sentimiento nacionalista posibilitó la formación del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que albergaba las nuevas ideas referidas al cambio político necesario para la época. Éste fue un largo y arduo proceso que se llevó a cabo entre los años del final de la guerra y 1952 (González, 2014, p. 10).

Según Wilmer Urrelo (2013), una nota característica de la producción literaria sobre el Chaco, en la que se encuentra la obra de Céspedes, es su compromiso con el momento traumático y su capacidad para exudar “lo políticamente correcto”. Se tenía una “mecha ideológica” que se había encendido con la guerra, y el deber de los escritores era mantenerla viva. Céspedes obedeció ese mandato.

Así como ahora se escriben novelas para un público estándar, para ese público con una pérdida abrumadora de ideología y demás vainas, también se escribió en aquellos para un público ansioso en que la mecha encendida en las trincheras estallase en lo que un tiempo después sería la Revolución de 1952 (Urrelo, 2013, p. 10).

Aquí es importante hacer una breve mención a una de las hipótesis historiográficas sobre los motivos de la guerra. Una de las más esparcidas sostiene que lo que en verdad movilizó a los presidentes de ambos países a enfrentarse por el Chaco fue la influencia de las empresas petroleras asentadas en ambos países –la Standard Oil en Bolivia y la Royal Dutch Shell en Paraguay–, que pugnan económicamente por establecer su dominio ahí donde la otra empresa ya había firmado contratos (Mesa, p. 2003). Céspedes, al dejar libre la vacante de enemigo en sus obras, traslada toda esa otredad hacia la figura de la oligarquía boliviana que, según su visión, en sincronía con los intereses transnacionales, envió a los soldados bolivianos a morir en una guerra absurda situada en un territorio desconocido.

En algunos pasajes de la obra, la denuncia suena como un chirrido en una noche silenciosa. Se disfraza de metáforas, es indirecta: se detecta en los diálogos de la historia con minúscula y la Historia con mayúscula. En otras, sin embargo, el componente ideológico se manifiesta de tal forma que la narración, más que una pieza de literatura, parece una guía pedagógica del nacionalismo

revolucionario disfrazada de cuento: nos referimos a los relatos “Las Ratas” y el ya mencionado “Opiniones de dos descabezados”.

En ese sentido, la designación de la oligarquía como el contrario o el enemigo –siempre bajo el pacto interpretativo que libera al paraguayo de toda su otredad– aparece de dos formas: indirecta y directa. Cuando aparece de forma indirecta, Céspedes ahonda en las condiciones del territorio, que se caracterizaba por su falta de agua y sus temperaturas elevadas y que fue un gran obstáculo para el soldado indígena boliviano, acostumbrado a otros climas.

Según González (2014), el soldado indígena en la guerra fue movilizad a un territorio desconocido, sin entender qué se defendía. En *Sangre de mestizos*, este padecer del soldado indígena se manifiesta en el sufrimiento generado por las condiciones del terreno. El territorio gana fisonomía y atribuciones humanas: la prosopopeya se convierte en un elemento recurrente en los cuentos.

Un relato emblemático de esta situación es “El pozo”. La historia narra la excavación de un pozo en busca de agua por parte de los soldados bolivianos. Cuando los paraguayos se enteran de que sus rivales están cerca de la tan anhelada agua, se produce una confrontación que genera varios muertos. En la lucha, los bolivianos, que han pasado días cavando el pozo, defienden la excavación como si realmente existiese agua. El narrador menciona que el lugar “va adquiriendo una personalidad pavorosa, substancial y devoradora, constituyéndose en el amo, en el desconocido señor de los zapadores” (p. 28). Y páginas más adelante, señala que ese agujero (el pozo) “es en medio de nosotros siempre un intruso, un enemigo estúpido y respetable” (p. 34).

Se trata de un lugar hostil, al que los soldados bolivianos han sido enviados gracias a intereses empresariales. Así, el territorio, áspero y sin agua se convierte en el arma que las fuerzas “invisibles” utilizan para mantener el estatus quo y beneficiar intereses relacionados a la oligarquía boliviana e internacional. En ese escenario, la guerra, generada por manipulaciones empresariales, ha llevado a morir a los soldados al terreno del Chaco. Más que un arma, lo que los mata es el lugar, que adquiere una fisonomía quizá más real y peligrosa que el propio soldado paraguayo. En “Humo de petróleo”, por ejemplo, el lugar “atacaba” con mosquitos y calor (p.160); mientras que en “Las Ratas” las plagas son el elemento con el que se “solidifica el ciego apetito del Chaco para chupar la sangre del intruso, del hombre” (p. 186).

Ese espíritu de denuncia se manifiesta de forma más directa en otros pasajes. Aquí, la designación del enemigo se deja oír como un grito que sacude toda la

obra y pone en evidencia todas sus implicancias políticas. Se trata de una mano que apunta con el dedo y que parece decir: “el responsable es éste”.

Veamos lo que se narra en “La Coronela”:

El ilustre aldeano no sospechaba que detrás de los indicios objetivo de ese avance (el avance de las tropas paraguayas), se esconde una poderosa oligarquía capitalista que desde los bufetes y oficinas de Buenos Aires se apresta a sacar castañas con la mano de semidesnudos paraguayos y, a su tiempo, usar los mismos caminos trabajados por los soldados bolivianos para llegar hasta el petróleo estancado en los repliegues de las montañas de Bolivia (p. 56).

Se trata de una acusación directa, exenta de las sutilezas de los anteriores ejemplos. Fiel a ese tenor, el cuento “Las ratas” funciona como ejemplo cabal de la mezquindad del enemigo oligárquico, según la visión de Augusto Céspedes. El cuento narra cómo Nicanor Lanza, un boliviano con grandes influencias en el gobierno de Salamanca, busca evadirse de la guerra y, al no conseguirlo, debe conformarse con recibir un trato preferencial (agua, comida) en los campamentos de batalla. El personaje es proveedor de varios productos al ejército boliviano, entre ellos harinas y ropa militar. En una de las conversaciones de Nicanor con un ministro del gobierno, éste pone en relieve la importancia de la guerra para la promoción de la industria nacional.

– Nosotros –le dijo el Ministro– habíamos decidido hacer nuestras contrataciones con elementos nacionales, siguiendo un elevado concepto de “proteccionismo”, que dicen, a la industria y naturalmente, a los ciudadanos bolivianos que, para fomentar así nuestra industria de que se obtendría un beneficio más de los muchos que traerá esta guerra formidable. Formidable... (p. 176).

Es interesante cómo el autor, al hablar de los paraguayos, en ningún momento desliza sentimientos de hostilidad hacia los rivales a través de ningún narrador ni personaje. Eso no pasa cuando, por ejemplo, llega la hora de referirse a las personas relacionadas con el gobierno de Salamanca (el título “Las ratas” tiene que ver con esa cualidad miserable que el autor les atribuye). Céspedes los caricaturiza, al punto que el lector los encuentra mezquinos y execrables. En “Las ratas”, Nicanor aparece como un personaje ambicioso que desea que la guerra dure un año más sólo para obtener más beneficios. Los altos mandos militares, que comparten cabaña con el protagonista cuando éste ya ha sido trasladado al Chaco, también desean lo mismo. Dicen que la guerra es “formidable” y que le traerá “honor al país”. Curiosamente, es el único relato en todo el libro en el que no muere nadie (en todos los demás siempre hay un soldado indígena muerto).

El último cuento del volumen, “Opiniones de dos descabezados” deslinda de toda cualidad de enemistad al soldado paraguayo y con ello sitúa esa enemistad en lo que a juicio de Céspedes son los verdaderos responsables de la guerra. Ese enemigo no tiene rostro y remite a esferas que van más allá del ámbito guerrero y que pasan por el propio gobierno boliviano, la burguesía, la oligarquía sudamericana y el empresariado transnacional.

Él.- ¡Eso es intolerable! Dígame a quien hay que apretarle el cuello.
Yo.-¿Sabe usted quién es la Standard, desdichada osamenta? Algo múltiple y ubicuo como los dioses de la teogonía hindú. En el terrible arcano de sus oficinas ¿a quién acogotaría usted? ¿Y por qué? La Standard no está obligada a sernos leal. Ella sólo puede ser fiel a sus pozos, y su gangsterismo es tan peligroso para nosotros como lo son para el Paraguay los Casado, los Sastre y la Royal Dutch Shell (p. 223).

Como una síntesis en la que explota todo lo que se susurraba en los cuentos anteriores, éste sirve como una declaratoria de principios de Augusto Céspedes. Se trata de una visión que, si bien hoy en día puede ser confundida con un lugar común, en aquel entonces constituía una posición cuestionadora en un ambiente de crisis política. Al mismo tiempo, esta interpretación sirvió para delimitar bien quiénes eran parte de aquella nación descubierta en el Chaco y quiénes era su antítesis: la antinación (Sanjinés, p. 2004).

En uno de los diálogos, el narrador dirá que las empresas petroleras manejan “guerras a distancia, con ondas hertzianas, especulando con la sangre de dos pueblos y las cabezas de infelices como usted” (p. 223). Más adelante, concluirá que el responsable de las muertes es “una organización imperialista que en América hace subir y bajar bonos conforme a su stock de cadáveres” (p. 225). Ambas sentencias albergan el espíritu de las máximas que moverían a las masas años después en la Revolución de 1952: nacionalización de los hidrocarburos y eliminación de la oligarquía.

4. A manera de conclusión

Como pasa con toda guerra, la del Chaco fue pasible de muchas interpretaciones. La más aclamada nos dice que la conflagración con el Paraguay sirvió para agitar la consciencia política de los bolivianos, hecho que desembocó en una serie de textos políticos y literarios que influyeron decisivamente en la Revolución de 1952.

La obra de Céspedes sirve, en primer lugar, para establecer un nuevo punto cero en la historia boliviana y, en segundo, para dotar de cierta justificación

mítica a la Revolución. También crea figuras heroicas: en *Sangre de mestizos*, como lo dice el título, el héroe es el soldado mestizo boliviano. Este sujeto se configura como la síntesis de la heterogeneidad boliviana, en la que los dos polos –blancos e indígenas– encontrarían la armonía que llevaría a la grandeza nacional (por algo la obra no se llama “Sangre de indígenas”).

La guerra genera una otredad que, a su vez, provoca una noción de unidad en cada uno de los bandos. En la versión boliviana de la guerra, el enemigo dado es el paraguayo y es designado por el Estado. Sin embargo, a medida que el lector se va adentrando en la obra, el soldado paraguayo pierde su otredad y ésta se desplaza hacia otras figuras. Eso lleva a concluir que, en la disputa por la memoria histórica, los enemigos que se configuran en cada discurso son radicalmente distintos: el paraguayo para el discurso oficial; la oligarquía (y todo lo que se asocia a ella: las empresas transnacionales, los militares, etcétera) para el discurso literario.

En la primera sección de este trabajo decíamos que “del fusil, además de la bala, sale la nación”. Pues bien: en el entendido de que la obra de Céspedes disputa un lugar en la memoria histórica con otros discursos (antropológicos, sociológicos, históricos, etcétera), no es descabellado decir que *Sangre de mestizos*, al ser la primera obra literaria sobre el tema, fue uno de los primeros engranajes que activaron la consciencia de nación y, con ello, la posibilidad de una futura revolución.

Todo eso nos lleva a pensar que la nación no sólo nace del fusil, sino que también, en algunos casos –la mayoría, quizá– también nace de las interpretaciones que surgen de los hechos históricos y que se plasman en el papel: la nación también sale de las palabras, es decir, de la literatura.

Recibido: septiembre de 2024

Aceptado: octubre de 2024

Referencias

1. Cercas, J. (2001). *Soldados de Salamina*. Barcelona: Tusquets.
2. Céspedes, A. (1975). *Crónicas heroicas de una guerra estúpida*. La Paz: Juventud.
3. ----- [1936] (2000). *Sangre de mestizos*. La Paz: Juventud.
4. Clausewitz, K. (2003). *De la guerra*. Buenos Aires: Obelisco.
5. Foucault, M. (2003). *Genealogía del racismo*. Buenos Aires: Caronte Ensayos.
6. González, M. (2014). *El sujeto nacional en la narrativa boliviana*. Córdoba: Eluvín.
7. Gramuglio, M. (2013). *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Rosario: Editorial Municipal de Rosario.
8. Hobbes, T. (2003). *Leviatán* (versión Kindle). Madrid: Espabook.
9. Jitrik, N. (1995). *Historia e imaginación literaria. La posibilidad de un género*. Buenos Aires: Biblos.
10. Kohan, M. (2014). *El país de la guerra*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
11. Mesa, C. (2003). *Historia de Bolivia*. La Paz: Gisbert.
12. Querejazu, R. (1992). *Masamaclay, historia política, diplomática y militar de la Guerra del Chaco*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.
13. Sanjinés, J. (2005). *El espejismo del mestizaje*. La Paz: IFEA/PIEB.
14. Schmitt, C. (2009). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Universidad.
15. Siles Salinas, J. ([1969] 2014). *Literatura boliviana de la Guerra del Chaco*. La Paz: Universidad Católica de Bolivia.
16. Silva García, G. (2008). “La teoría del conflicto: un marco teórico necesario”. *Prolegómenos. Derechos y Valores*, 11(22), 29-43.
17. Simmel, G. (2016) *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. México: Fondo de Cultura Económica.

18. Urrelo, W. (2013). “¿Aló, hay algún sobreviviente al otro lado?” Prólogo a *Chaco*, de Luis Ramallo Toro. La Paz: Ministerio de Cultura y Turismo del Estado Plurinacional de Bolivia.
19. Vold, G. (1967). *Theoretical Criminology*. Oxford: Oxford University Press.
20. Zavaleta, R. (1998). *50 años de historia*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

“Siempre he procurado que sepas dónde estoy”: el Chaco en el género epistolar

“I Have Always Tried to Let You Know Where I Am”: The Chaco in the Epistolary Genre

*Alejandra Echazú Conitzer**

Resumen

La joven poeta boliviana Yolanda Bedregal recibe cartas de sus amigos pintores, escritores, poetas desde la zona bélica del Chaco (1932-1935). Éstas reflejan la vida íntima y triste desde la guerra de estos muchachos que vieron truncada su vida de estudiantes y que tuvieron que aprender a matar a quienes no veían siquiera como enemigos. Estas misivas inéditas forman un pequeño archivo de uno mayor que sería imposible insertar en una revista.

Palabras clave: Guerra del Chaco; Yolanda Bedregal, Raúl de Béjar; Luis Mendizábal Santa Cruz; Gil Coimbra Ojopi; Donato Olmos Peñaranda; Rafael Otazo; Walter Montenegro; Carlos Lanza; correspondencia epistolar.

Abstract

The young Bolivian poet Yolanda Bedregal receives letters from her friends –painters, writers, poets– from the war zone in the Chaco (1932-1935). These letters reflect the intimate and sorrowful lives of these young men, whose student lives were cut short and who had to learn to kill people they didn't even

* Doctora en Literatura por la Universidad Maryland y Directora del Departamento de Cultura y Arte de Universidad Católica Boliviana “San Pablo” sede La Paz.
Contacto: aechazu@ucb.edu.bo
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6898-9546>

see as enemies. These unpublished missives form a small archive of a larger one that would be impossible to include in a magazine.

Keywords: Chaco War; Yolanda Bedregal; Raúl de Béjar; Luis Mendizábal Santa Cruz; Gil Coimbra Ojopi; Donato Olmos Peñaranda; Rafael Otazo; Walter Montenegro; Carlos Lanza; epistolary correspondence.

1. Introducción

Si bien documentos personales como cartas, radiogramas, tarjetas, sobres e incluso objetos de diversa índole en nada cambian las conclusiones históricas de la Guerra del Chaco (1932-1935), no se debe evadir la posibilidad de traer a los espacios académicos aquellos archivos que sirven como fuente de estudio¹ para una historia social que se adentra mucho allá del territorio de conflicto y permite atisbar espacios subjetivos como los personales, psicológicos o sentimentales en un contexto por todos conocido. Para Aurora Ravina (2009), "... la vida política es una dimensión de la vida social como conjunto (creando una) tensión constante entre lo individual y lo colectivo" (p. 2). Y es precisamente en esa confesión íntima de la escritura epistolar (Baptista, 2016)² desde donde vislumbramos los enormes y sombríos hechos políticos y sus graves consecuencias en las vidas de unos jóvenes veinteañeros en la contienda, desilusionados de la política y sus líderes, aunque firmemente convencidos de que el sacrificio de su juventud en la guerra, empapado de patriotismo, formaba parte de la inmolación a favor de un porvenir mejor. Todas las cartas están dirigidas a la joven poeta y escritora Yolanda Bedregal³ (1913-1999); son inéditas y algunos de los remitentes fueron sus compañeros de colegio en el Instituto Americano "Amerinst" de La Paz; otros la conocen por circuitos artísticos, por la Escuela de Bellas Artes, por reuniones de poetas y escritores o incluso por afiliaciones políticas. En las misivas existen varias referencias entre ellos, llevando a la conclusión de que el ámbito intelectual de esa jovencísima generación que poco antes había terminado sus estudios secundarios del colegio, estaba muy bien

1 Según Aurora Ravina (2009), son fuentes cualitativas (p. 3), valoradas por estudios sociológicos de W.I. Thomas y F. Znaniecki, que clasifican estos "documentos personales como recurso para la investigación en ciencias sociales" (p. 4). Agradezco a la Dra. Paola Revilla Orías por acercarme a esta autora y a este texto en particular.

2 Muy recomendable en este libro de Baptista es la carta de Julio Quintanilla Zuazo a sus padres desde el fortín Muñoz, el 16 de diciembre de 1933 (Quintanilla muere en combate a los 24 años, al mes de escribir esta misiva) (pp. 344-359).

3 Para las biografías, remito al Diccionario Cultural Boliviano de Elías Blanco Mamani <https://elias-blanco.blogspot.com/> Sobre Bedregal, consultar <https://elias-blanco.blogspot.com/search?q=Yolanda+bedregal>
Aprovecho para agradecer al Lic. Blanco por sus generosos aportes para este artículo.

articulado entre sí en las diversas ciudades del país y que existía una circulación y difusión notable de las publicaciones y artículos de prensa⁴.

Este ensayo y pequeño archivo⁵ al mismo tiempo rinden homenaje a cada uno de quienes escribieron a Yolanda Bedregal desde diversos puntos geográficos del campo bélico o desde las urbes o poblados⁶.

Además del valor histórico que representa un documento, la correspondencia epistolar física durante la guerra a principios del siglo XX, tiene el mérito de revelar datos sobre el contexto bélico y, más relevante aun, permite entrever los sentimientos y pensamientos íntimos de cada individuo. Aquí se hallan los verdaderos protagonistas en el acto en el que se inscribe la historia; es la letra escrita (a mano o a máquina) que se convierte en voz testimonial y que, rescatada desde un arcón personal, es testamento de una época y de un contexto atroces que abrieron paso a cambios y nuevas construcciones sociales en Bolivia⁷.



Yolanda Bedregal, alrededor de sus 20 años.



Yolanda Bedregal, segunda de la derecha, sentada. Compañeros del Instituto Americano. En plena época de la moda de las *flappers*, Yolanda siempre con trenzas.

Hoy, ese trozo de papel que recorrió una gran distancia física, que pasó de mano en mano por la censura, por la estafeta, que anidó en una casilla de correos o que la trajo un amigo o un cartero, que la leyó la destinataria con

-
- 4 Ravina destaca el valor de los llamados documentos personales que permiten reconstruir el perfil individual de los actores, así como las relaciones personales entre ellos, alianzas, confrontaciones, lealtades, etc. (p. 2).
- 5 La actual selección comprende tan solo unas cuantas cartas, existiendo muchísimas más de otros amigos y miembros de la cultura boliviana.
- 6 Un ejercicio que no cabe en este ensayo podría ser el trazo geográfico de los lugares desde donde se envían las cartas: Villamontes, fortines alejados, hasta puestos distantes como Puesto (o Puerto) Betty, e incluso desde el frente. Asimismo, ciudades como Santa Cruz, Oruro o Sucre, o pueblos como Milluacho.
- 7 Para Ravina (2009), las cartas escritas en la guerra, la emigración o el mundo obrero son testimonios de miedos, privaciones, “temperaturas extremas, el hambre, el sentimiento profundo del desarraigo (...) En ellas se recuperaban rostros, sentimientos, costumbres, perfumes, colores, recuerdos de toda índole que en situaciones difíciles como la guerra [...] se constituía en un patrimonio inapreciable...” (p. 6).

emoción, nos parece una reliquia, una antigüedad. Todo el proceso, desde la escritura hasta el trayecto, resulta hoy inimaginable, una realidad muy lejana y, sin embargo, la correspondencia epistolar constituye desde el siglo XIX un elemento de modernización en el cual destaca una sociedad alfabetizada que exponía como nunca antes la intimidad, y que constituía un medio de expresión donde también se presumía conocimientos, intelecto y estética en la escritura (Ravina, 2009, p. 4; Monsiváis, 1991, p. 3; Garfield, 2014, p. 148).

La carta, como objeto, posee rasgos que hoy parecen curiosos pero que permiten rastrear o recrear elementos del pasado, como nombres de hoteles en pueblos, el sello de "censura" en los sobres, el trozo de papel delgado o grueso, amarillento, con o sin membrete, personalizado con iniciales o nombres, las fechas, los lugares, el color de la tinta de la estilográfica o de la máquina de escribir, etc. Es indudable que para cualquier estudioso éste es un material de gran valor⁸.

Aunque no es el tema central de este ensayo, la literatura nacida de la guerra es fuente ineludible para comprender el sentimiento de quienes, siendo escritores, estuvieron en combate y vivieron los eventos con una sensibilidad particular que luego se tradujo en novelas, poemas, cuentos y crónicas. En algún fragmento de todas las novelas sobre la guerra se menciona misivas, encomiendas, cartas, notas, telegramas o fotografías⁹. En *Repete*, novela publicada en 1937, Jesús Lara permite comprender la relevancia emocional que significaba la correspondencia para el soldado:

Una carta es un tesoro invaluable en el frente. El soldado que recibe un sobre se siente transfigurado y vibra con toda su potencia emotiva. Lee y relee los breves renglones, comenta su contenido con los camaradas y, por más que las noticias que le vienen no sean halagüeñas, es enorme y profunda su felicidad. Entonces la campaña para él es menos dura, exige menos esfuerzos y encierra menos peligros. Pero ¡ay del soldado que no reciba una carta! Se le entenebrece el espíritu, le pesa como plomo el corazón y se desencadena sobre su ser una tormenta de desengaños y amargas (p. 170).

En el cuento "La 'encomienda' de Juan Soldado", Walter Montenegro describe la agonía y muerte de un personaje anónimo de la guerra:

8 Ravina menciona el estudio de la correspondencia en sí misma, que revela estilos epistolares, uso del idioma, caligrafía, etc. (p. 3).

9 Por ejemplo, en *Aluvión de fuego* de Oscar Cerruto, la extensa carta que escribe Sergio Benavente al personaje principal, Mauricio Santacruz, (pp. 208- 222) es una descripción en sí misma del Chaco, su geografía, los sentimientos de quienes afrontan el combate, de los heridos y del sentir dominante de pesadumbre. "La paraguaya", famoso cuento de uno de los grandes escritores del Chaco, Augusto Céspedes, "El Chueco", tiene como objeto central la fotografía de una mujer. En una de las cartas citadas, Walter Montenegro menciona la importancia de las fotos.

Juan Soldado alucina, despierta. Recuerda de imprevisto que desde hace mucho tiempo esperaba una “encomienda” que no llegó [...]. Juan Soldado ha muerto. Se está llevando al Sol, su padre, la infinita tristeza de no haber recibido una de esas “encomiendas” en que viene el “tostado”, como un montón de lágrimas cuajadas y calcinadas” (2018, p. 80).

2. *Naufragio*

En su primer libro publicado, *Naufragio* (1936), Yolanda Bedregal describe el paso de la niñez y juventud a la madurez; una adultez que esta generación vio forzada por la contienda. Escribe en “Derrumbe”, el último fragmento del libro: “Tres años de guerra. / Y hemos envejecido toda la vida. Después de salir del colegio, todo cae encima de repente. Los dieciocho años se vuelven cien, y pesan”. Y en las últimas líneas de esta pieza en prosa: “Estamos envejecidos a los veinte años. Este es el último naufragio”¹⁰.

La devastación de la guerra se manifiesta como un caudal de sentimientos encontrados que esta vez, a diferencia del género epistolar, nacen del espacio íntimo para proyectar el sentir colectivo:

De pronto me doy cuenta de todo lo que ha ocurrido. Estoy enferma de odio, de rencor y de amor. Saturada de angustia.

Fue así; -Empezaré dejando el pedazo risueño de mis días colegiales en el umbral incierto por algo incomprendible de arrancarme del colegio. Por algo los sollozos sobre mis libros cuando partía la fila de alumnas para la vacación última. Presentimiento de lo que no volvería más.

Fue mi primer naufragio.

Hasta aquí todo era lindo.

Desde aquí todo fue bueno.

Sueños, anhelos, paisajes.

PERO SE ENCENDIÓ LA GUERRA.- Se derrumbó la esperanza.- La duda ahora lo envolvía todo. -Ya no empezaban los días.- Ni acababan. - Se mezclaban en un continuo no saber.- Y luego, lloviendo las realidades.

Impotencia.- Rencor.- Malestar.- Más, duda.

Y la palabra definitiva del fracaso.

Naufraga la esperanza.

Ya no tenemos nada.

Es crimen quitar la dicha, pero es todavía peor, quitar la esperanza de la dicha.

La guerra sigue un año.

La tensión nos mantiene sin envejecer con los ojos paralizados como la propia vida.

¹⁰ En la publicación de homenaje al poeta Luis Mendizábal Santa Cruz, Bedregal escribe algo similar al recordar su amistad con el escritor: “Contestaba a sus cartas desde el pequeño mar en que naufragaban mis últimas muñecas. Mi carta intrascendente estaba llena de temor colegial y de inexplicable anhelo. Cuando llegó la Navidad teníamos ya un pentagrama de ternura para hacer cantar las campanas de Nochebuena. Desde entonces nunca faltó en esa fecha un cariñoso pensamiento entre ambos” (p. 13); también en Bedregal (2009, pp. 230-234).

Llegan heridos, enfermos, mutilados.

El dolor arranca la inmovilidad de los ojos y paraliza los sollozos. Las lágrimas hacen océanos interiores donde la angustia, la ansiedad, crecen, como tenebrosas islas acumuladas de tempestad.

Otro año más.

En el frente los hombres se matan. Y en retaguardia los hombres se venden. ¿Son últimos naufragios? No. Hay todavía más... (Bedregal, 2009, tomo 3, narrativa, pp. 471-472).

En el sentir de los bolivianos existe también una profunda solidaridad hacia el adversario; así lo proclama Bedregal¹¹: "Y ellos, los paraguayos, hermanos, niños también, hermanos a los que beso sus heridas". La humanización individual del deshumanizado anónimo, de ese soldado desconocido de quien tanto se escribe durante la guerra,¹² se expresa literariamente:

Aquel enfermo que quiere ver a su familia y se muere solo, sin que ni siquiera sepan a qué hora. Otro que no quiere morir hasta entregar a su mujer los panes que él ha ahorrado en su dieta obligada.

Y ese de ojos verdes que estrangula las palabras y se ahoga en ellas con una ansiedad que se lleva a la otra vida de su Sueño.

Y el mozo imberbe, de tan hinchados los ojos, se muere a pleno día sin mirar la luz.

Y otro frágil como una caña, que se descolora hasta quedar entre las sábanas como una flor entre dos papeles sucios.

Y el que nunca recibe una carta y llora cuando se le acaricia la frente angulosa (p. 473).

3. Correspondencia

He seleccionado algunas cartas y realizado un trabajo de investigación para descubrir las identidades de los remitentes y, en algunos casos, hallar material fotográfico. Para facilitar la lectura he modernizado y corregido la ortografía

11 "La mayor parte de la población se condele por los prisioneros paraguayos. Cuando el primer contingente de estos jóvenes llegó, bajando de El Alto por el camino antiguo hacia La Paz, la gente enardecida se había preparado para atacarlos; sin embargo, al verlos ya de cerca, fatigados, tristes, derrotados, algunos niños, y al reconocer en ellos a sus propios hijos, se desbandaron buscando alimentos, ropa, etc." (testimonio de Marina Salgueiro, 1982). Yolanda Bedregal visitaba a los prisioneros paraguayos que se encontraban en el Estado Mayor (hoy Monoblock de la UMSA) fue ahí donde recibió de ellos regalos como collares realizados a mano con las crines de caballos.

12 Muy frecuente es el tópico del "soldado desconocido" en *Poemas* (1937); Bedregal incluye un poema que exalta esta figura: "Soldado desconocido, tú eres / Hermano de cada hermana, hijo de cada madre; Por eso /Mis palabras /Inquieran conmovidas / la curva más caliente /para encender la herida /que apagó tus luceros, / que rompió tus caminos, / hermano. Está rota la voz en mil pedazos: / es un sollozo el canto / -beso y lágrima-/ sobre la frente del soldado desconocido". Un fragmento de Walter Montenegro: "No tengo nombre, lo perdí hace mucho tiempo en el bautizo de mi deshumanización. Soy yo, un yo que tuvo todos los atributos de la personalidad. Soy todos y nadie al mismo tiempo. Sobre todo, nadie, porque mi razón de ser, el porqué de mi existencia reside en ello. Existo porque no existo. Soy el alma del Soldado Desconocido" (Montenegro, 2018, p. 81). La deshumanización también se presenta en el dilema al que se enfrenta el soldado: matar. Miraél, personaje del cuento "Un hombre débil" de Walter Montenegro afirma: "Ya no importa a nadie lo que suframos nosotros, somos pobres bestias perdidas en este infierno. Si no fuéramos bestias, nos rebelaríamos. Si por lo menos nos quedase el sentido de lo heroico, preferiríamos morir gritando contra esta infamia a morir atravesados por un balazo que dispara otra bestia como nosotros (p. 66).

que podría generar dudas; asimismo, he puesto siempre la fecha al inicio. El primer fragmento es de la carta de un músico llamado “Eduardo”, de quien todavía desconozco el apellido; no estuvo en el Chaco. Por eso, al inicio de esta selección elijo mostrar el sentimiento general que, igual que Yolanda Bedregal, tiene la población ante la guerra. La última misiva es de un ex prisionero paraguayo, rumbo a su país al finalizar la guerra y de quien conocemos únicamente el apellido.

Escribe Aurora Ravina (2009):

En el ámbito de la amistad, las cartas son reveladoras de la profundidad de los vínculos, del grado de confianza personal e íntima que se establece entre los amigos, el tratamiento que esa confianza permite; la franqueza del lenguaje; los temas que se confían a las epístolas; las reservas que se piden; las discreciones que se descuentan; los sentimientos, las penas, las alegrías que se revelan al calor de la amistad (pp. 7-8).

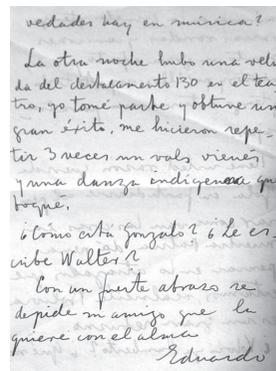
Estas son las fibras, todas, que hallaremos en el conmovedor epistolario, conservado devotamente por Bedregal y con profundo reconocimiento de su valor en la historia boliviana.

Eduardo (músico)

Sucre, septiembre 28 de 1932

Muy querida Yola:

[Que] Esta carta mía la encuentre bien. El entusiasmo alborotado de las gentes por la guerra yo creo que habrá calmado en ésa [La Paz] para recogerse un poco más en la meditación del momento grave. La guerra con su séquito de calamidades, de miserias, de dolores está entre nosotros. La juventud, llena de idealismo, de fervor, de fe, se encamina a derramar su sangre, a ofrendar su vida por la Patria. Resulta que para defender la Patria se destruye lo que constituye su materialización, su esencia, que es la juventud.



La generación actual está pagando los errores, la inercia, de los gobiernos que tuvo Bolivia. Y ahora viene también el problema económico; las cámaras, para salvarlo recurrirán al medio simplista de restringir el presupuesto, de amputar de aquí y de allá, de suprimir cargos y escuelas; el ramo de instrucción será la

víctima sumisa. Y se rendirán satisfechos de haber resuelto en forma tan luminosa el problema los señores gobernantes. [...] pobres madres, es muy grande el peso de dolor que tienen que soportar.

Espero sus noticias pronto querida Yola, no se olvide de su amigo, Eduardo

Raúl de Béjar, poeta, muerto en combate¹³

Sin fecha

Mi gentil amiguita:

Los que partimos al frente en defensa de la Patria y solo llevamos una flor plantada en nuestra alma, la fe del éxito y la esperanza y la consolación, los que por el azar del momento sentimos palpitar en nuestra mente una interrogación, por la que no podemos precisar si volveremos, pero que por su causa misma, que es un impulso de fe, sabemos que estamos escribiendo la página más sublime de la Historia de Bolivia, de cuya salvación y engrandecimiento futuro depende nuestra generación, necesitamos más del hondo atenuante para adelgazar cualquier debilidad humana, que por un momento pudiera hacernos olvidar nuestro deber, aunque ello no sucedería jamás y lo digo porque así piensa todo boliviano.



Sin embargo, ese atenuante que con entusiasmo insinuamos y sin el que todas las cosas no tendrían su razón de ser, es el admirable impulso espiritual que toda mujer lleva en lo más hondo de su ser, y que hoy le palpita con un intenso amor de madre.

Por este sentimiento que culmina hoy en toda mujer boliviana tengo el agrado de participarle, distinguida señorita, que me he acordado de Ud. para nombrarla mi MADRINA DE GUERRA¹⁴.

Con este motivo la saludo muy cordialmente. Raúl de Béjar.

El tren saldrá el día 3 a horas 8.

¹³ Para mayor información sobre este desconocido poeta, ver <https://elias-blanco.blogspot.com/search?q=Ra%C3%BAI+de+Bejar>

¹⁴ Además de ser madrina de Béjar, que sepamos, Yolanda Bedregal fue también madrina de guerra del hermano de Donato Olmos Peñaranda, Miguel Olmos Peñaranda.

Luis Mendizábal Santa Cruz, poeta, periodista y docente¹⁵

Santa Cruz, 18 de Diciembre de 1932

Inolvidable Yolanda:

[...]

He leído que ha entregado usted un estandarte a un regimiento que partía para el frente. Un discurso suyo. Usted habrá hablado de nuestra Amada Patria y de la sangre de sus hijos... Cómo me ha sorprendido! Usted que se asombraba de suponerme matando! Pero para qué echar a perder la emoción de estas líneas destinadas a llevarle la dulzura de mis recuerdos en Navidad. Yo también he recibido ya la orden de partir. Acaso pase ya el 24 entre los cantos de los soldados. En cualquier punto que yo estuviera recibiría su carta si usted me escribe con dirección a esta ciudad. Hay quien se encargará de mi correspondencia. Y no hablamos más del gran momento en que vivimos. Presiento sí el formidable mañana. Y antes de partir le envió un retrato en el que el cazador de metáforas se ha convertido en un suboficial de infantería. Uno más y cazador también....

[...] Pensemos más bien en la Navidad. Hoy releo la preciosa carta con que me hizo usted vibrar de emoción el año pasado. Tengo casi inquietud por creer que este año me vendrá su recuerdo. Y siento dentro de mí las campanas de plata del Advenimiento, como si se hubieran adelantado a tocar: Paz en la tierra....

La abrazo fuerte, muy fuerte, Lucho

Villa Montes 25-II-33

Mi querida Yolanda

Aquí estoy. Nada sé de mí mismo. Casi me desconozco¹⁶. Una absoluta sinceridad me hace esperar los acontecimientos como algo que se precipita inevitablemente.

15 Agradezco a Claudia Mendizábal, nieta de Luis Mendizábal Santa Cruz, por su libro *El ruido de tus horas*, donde escribe sobre su abuelo, y agradezco también su generosidad en compartir datos y anécdotas conmigo. Para información sobre Mendizábal Santa Cruz <https://elias-blanco.blogspot.com/search?q=luis+mendizabal+santa+cruz>

16 Es muy común la extraña sensación de desconocerse, de no saber quién es uno cuando se está en la guerra. Escribe Augusto Guzmán en *Prisionero de guerra*, de 1936: "Promedia 1934 y comienza el tercer año de la guerra del Chaco. Frente al espejo, con mi uniforme de soldado. Ni la gorra, ni la blusa, ni el pantalón: todo es una indumentaria extraña a mi personalidad eminentemente civil. Se ve que no he nacido para soldado (...) Jamás he deseado la guerra. Es la guerra que me ha deseado a mí. Ogro voraz, ahijado de gobernantes vesánicos, se alimenta con el grano escogido de los triguales. Tampoco soy un suicida, soy apenas una de tantas inocentes víctimas de los caprichos de la historia (p. 9).

“Son flechazos de oro los caminos
Lanzados desde el arco de la tierra”

Frase de Raúl Otero Reiche¹⁷ en unos versos que noche a noche escribíamos. Es esta una prueba de que es profunda la emoción de los viajes largos a través de la maravilla de esta naturaleza que con cada matiz restaña una herida del alma. De Oriente a Occidente en un recorrido pleno de novedosos impresionismos. “Poemas de la Campaña” se llama este librito que estamos haciendo para usted Yolanda.

[...] Mi bautismo de sangre! Me parece algo inmensamente lejano. No lo presiento. No lo concibo ni en mucho del entendimiento que cada mañana se hace aprendiendo a matar! Y sin embargo estoy cerca a la tormenta. Los regimientos no pueden permanecer aquí. De un momento a otro nos darán la orden de entrar. ENTRAR, así es, llana la palabra pero tiene un eco mágico que aún no lo percibo.

Recibió mi retrato? Ojalá sí. Si desea usted escribirme dele sus cartas a Fernando Diez de Medina¹⁸ para que él las remita por el Banco [...]

La quiero mucho, Yolanda. Pepe Otero llevará esta carta. Puede contarle de nuestras charlas en derredor de una mesa donde emerge el recuerdo de todo lo que está lejano. Y ya, íntimamente, cuando las blancas tolderías de la luna tienden su campamento todas las noches tengo para usted un pensamiento lleno de dulzura.

Ahora también la abrazo dulcemente, Lucho

Santa Cruz, 11 de febrero de 1933

Mi querida Yolanda:

Ayer he recibido su carta del 7. Esta vez el correo se ha adelantado en llegar para que pueda yo tener el alivio de sus palabras que tal vez no me llegarán después en mucho tiempo. Apenas ya tengo conciencia de toda esta religión del arte que me ha hecho estremecerme frente a la barbarie. Hace una semana

17 Poeta y escritor cruceño. Fue precisamente Yolanda Bedregal la encargada de dar las palabras de presentación de Raúl Otero Reich en su ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua el 21 de noviembre de 1974 (Bedregal, 2009, pp. 209-211). Ver también la nota 27 de Virginia Ayllón, editora del primer tomo (Ensayos) de la Obra Completa de Bedregal (p. 514). Para mayor información sobre Otero Reich, consultar <https://elias-blanco.blogspot.com/search?q=Otero>

18 Fernando Diez de Medina, reconocido intelectual múltiple. Para mayor información, consultar <https://elias-blanco.blogspot.com/search?q=Fernando+Diez+de+Medina>

que estoy convertido en Suboficial del Regimiento 115 de Infantería¹⁹. ¿se da cuenta de la brusca transición? Yo aun todavía vacilo como una llamita que se empeña en arder cuando sopla el viento helado y fuerte, fuerte Yola mía.

Ni sé lo que digo. Son estos momentos de una gran preocupación por lo que queda detrás. Todo indeciso y nublado en la lejana casita donde mis versos estarán durmiendo bajo mis cosas amontonadas como para un largo viaje. Ya presiento el incendio de emociones violentas que me espera. Y acaso sea ese el único desquite contra la pérdida de mi personalidad, eso sí, momentáneamente. Mañana volveré a ser YO.

Y todo eso para decirle simplemente que mañana domingo parto a Charagua, donde permaneceré un breve tiempo para seguir luego al frente de operaciones. Cuando usted reciba esta carta ya estaré seguramente en alguno de los fortines del Oriente. Le envío una foto para que mis ojos la miren en mi ausencia.

[...] Por si me detuviera yo algún tiempo en Charagua y los fortines próximos (Carandaití, Paucarpata, Macharetí, etc.) escribame. [...] Imagínese cuán bien me harían sus palabras cuando esté ya bajo el rigor del Chaco. “Habla el Chaco” podría llamarse así el libro mío. “Crítica del Proceso de la Guerra” es mejor que lo que yo dije erróneamente. [...]

Beso sus manos y sus trenzas, Lucho

En sobre azul con membrete del Hotel “Villa Montes” de Jorge Dajer, rotula Mendizábal: “Yolanda Bedregal. Pepe Otero lleva esta carta. Pasará a la posteridad tan ansiada en estos tiempos.

Postal: Platanillos 5 de abril de 1933. Entretanto, como siempre, todo mi cariño para usted. Le estrecho las manos con inmenso afecto, desde el corazón del Chaco; aunque el Chaco no tiene corazón...

Suyísimo Suboficial Mendizábal”.



¹⁹ La fotografía de Mendizábal lleva con su letra la inscripción como suboficial del Regimiento 115 de Infantería. Campaña del Chaco 1933 (Bedregal, 2009, p. 235).

Oruro 7 de marzo de 1934

Recordada Yolanda

[...] Una grotesca y humilde adversidad se ensaña conmigo desde hace tiempo. Tengo una impotente rebeldía que me está haciendo ver, nuevamente, la guerra como único refugio de consciente olvido. Y es que no soy de los que se resignan. Pienso en irme pronto.

[...] Sé que Walter Montenegro²⁰ está en esa [La Paz]. Hace mucho tiempo que no nos vemos. Tengo verdadera ansiedad de hablar con él. Es posible que antes de irme al Chaco emprenda una pequeña fuga a La Paz. Quisiera que estemos los tres juntos y que pudiéramos hablar de cosas que no sean sangrientas. Frente a esos andrajos de montaña que son las estalactitas donde una tarde usted y yo lo recordábamos. Déle mis cariñosos saludos y envíeme la dirección más segura para escribirle en caso de que el viaje se me frustrare como se me frustran todos mis mejores proyectos. La necesito a usted enormemente para hacer mi segundo libro. Tenemos que prepararlo y lanzarlo con el empeño del primero. Tiene usted tanto en él que casi no lo siento mío. Mi abulia me habría impedido hacer "Surcos de Sol" si su interés no hubiera acicateado mi amor propio. Quiero el mismo recurso para que este nuevo libro, -que no será ya la ingenua tontería de mis veinte años- salga en este año.

[...] La abrazo con cariño, Lucho

Rafael Otazo, compañero de Yolanda Bedregal en el Instituto Americano, "Amerinst"

Chaco Boliviano, 16 de octubre de 1933 Hrs. 0.40

Te escribo una de cientos de cartas que te dirigí en un año de campaña. Y ahora, para no pensar en cosas tristes, quiera mirar sonriendo al Porvenir. Porvenir... Voz que suena en mis oídos como una melodía... Porvenir: El futuro... Será el futuro incierto de nuestra economía? La experiencia moral colectiva? Quién sabe? Porvenir... Dios quiera que no sea una locura el Porvenir.

Recuerdas nuestra despedida? Un apretón de manos y un buen deseo. Gracias. La amargura mía al sentirme calumniado, atacado, combatido. El afán del gran

20 Walter Montenegro Soria, periodista, escritor, diplomático, violinista, muy amigo de todo el grupo de escritores y especialmente de Yolanda Bedregal, con quien, desde niños, integraron el Círculo Artístico Infantil. Ver la foto en la que se encuentran ambos (Bedregal, 2014, p. 10). Sobre su amistad Bedregal escribe el texto "Walter Montenegro" (2009, pp. 353-357).

bautizo. Tu frase angelical: “Sé bueno siempre...” Ser bueno siempre. He ahí la Suprema filosofía que debiéramos tener los humanos. Bondad... Siento cierta nostalgia al recordar a quienes me han querido comprender y encaminar.

Dentro de poco, algunos amigos míos estarán camino al frente. Será muy doloroso, para mí, el verlos pasar. Y, hasta pienso ir con ellos –si no me voy antes–.

Nuestro pueblo se engaña porque quiere ver el porvenir. Vivamos el presente porque sobre esta base el futuro será construido. En el momento actual, el nuevo llamamiento me ha hecho pensar. Debemos luchar todos por los que vendrán después. Sacrificándonos hoy por los que serán hijos y nietos de este siglo, desangrándonos hoy, daremos vida al mañana. Y, no comprendo por qué dos años más de reservas: Para mí, por lo menos seis años más. El número, siempre es una garantía. Y, analizando fríamente, si el patriotismo existiera en el pueblo mismo, en toda la masa, en la colectividad íntegra, se podría contar con las cifras. Pero, solo el patriotismo se muestra en los “meetings”, en las grandes funciones de exhibicionismo, en los grandes espectáculos que hacen hablar a los caudillos precoces. Cuando el Pueblo se halla reunido, algún títere habla de patriotismo, de corazón, de Amor. Los parias contemplan atónitos al orador de feria, aplauden estúpidamente. No le comprenden. Y, creen en la posibilidad de que hoy –pleno Siglo XX– en la colectividad se encuentre romanticismo, lirismo, espiritualidad. Se dejan llevar por la corriente. Pero aquellos que analizamos rudamente, sin careta, la situación, podemos juzgar la hipocresía y preparar la acusación. Una de las desilusiones que he experimentado en la guerra –dolorosa verdad– es la de conocer al pueblo. Y, con mucho sentimiento comprendo que el Siglo XX es un lapso de tiempo más que nos aleja del sentido de las virtudes (populares, cívicas) de lo espiritual, de lo moral, del idealismo. El egoísmo torpe, el egoísmo de los desheredados de la vida –no del ancestro. Hace que todo se haya materializado. No se proclaman principios sin esperar algún fin material. No se habla de patriotismo sin esperar un lugar en el presupuesto nacional. No se concibe una voz que sea sincera, que diga la verdad, sin esperar recompensa alguna. El patriotismo se impone a la fuerza, el Amor se compra y se vende.



Tarija 5 de octubre 1932 Yolita: Guarda este recuerdo de dos amigos que van al Frente Rafael [Otazo, sentado a la derecha] Cucho Prudencio.

Y, si todo lo que digo aquí es mentira, si lo que expreso es una vil calumnia, si existe el patriotismo, ¿dónde están las pruebas de ello? ¿Se escucharía una voz de protesta? ¿No se haría todo sacrificio por la Patria? ¿No se iría al martirio sin exhalar una queja? Me da mucha pena decirle: He escuchado protestas, quejas, gritos destemplados y odiosos, blasfemias... Algo he llegado a conocer y comprender del pueblo. Y, todos los pueblos son lo mismo.

Quisiera escribirte largo sobre esto, citando fechas, analizando circunstancias. Me contiene la Censura, aquella señora a quien no conoces personalmente. Pero con todo, ¿concibes tú "emboscados" existiendo el patriotismo? Piensa y dime [...]

Arturo Bedregal, prisionero.

Julio Valle, prisionero.

[. . .] ¿recuerdas cuando yo era "chiquititititititito"? ¿Cuándo yo te admiraba en silencio y sentía unos deseos enormes de colgarme de tus apéndices capilares, de esas hermosas trenzas? Recuerdo todo yo. He sido muy feliz en mi vida de estudiante de Secundaria, y en toda mi infancia.

Saludos a todos. A tus padres, como siempre, mis respetos. A, tus hermanos, todo mi afecto. Y [...] otras personas que me ayudaron –siendo compañeras del Amerinst– a formar un ideal inmenso, un Sueño precioso de Juventud. Y, "shakehands" después de un fuerte abrazo "hasta cruji", de tu Rafael.

Walter Montenegro, violinista, escritor, periodista, catedrático, diplomático. Amigo desde la infancia

Muñoz, 13 de enero de 1933

Yolanda:

Acabo de recibir dos postales tuyas: una fechada en Copacabana²¹, y la otra, posterior, en La Paz; y este hecho coincide con la posibilidad de escribirle con seguridad. Lo hago de todo corazón; con la fe que siempre he tenido en su comprensión, y mi gratitud inexpresable por su afecto; porque su amistad para mí ha sido y sigue siendo



21 Se refiere al santuario de Copacabana, en el lago Titicaca, Bolivia.

el refugio siempre abierto, que ni siquiera hay que buscar, porque él llega a uno a brindarse como una caricia inesperada.

Crea, Ud. Yolanda, que es muy difícil para nosotros escribir una carta, que, desde luego sin caer en las vulgaridades acostumbradas (que ni sentimos ni queremos sentir) pudiera ser una expresión más o menos aproximada a nuestra verdad de ahora. ¿Se imagina Ud. Yolanda el efecto que ha podido causar la guerra en personas como somos nosotros, los de mi generación? Cada vez me pregunto con mayor extrañeza por qué fatalidad hemos sido precisamente nosotros los condenados a este cataclismo, cuando éramos los menos preparados para soportarlo. Quizá se trate de una de esas compensaciones inexplicables por las cuales cada uno recibe exactamente lo contrario de aquello que constituye la esencia de su espíritu? Se imagina Ud. ahora el desequilibrio en que nos encontramos? La dificultad enorme que tendríamos que vencer para situarnos en un plano de relativa serenidad desde el cual pudiésemos, si no analizarnos, por lo menos dar una impresión de lo que somos en este momento?

Cada día que pasa trae nuevas sorpresas. Si ayer transcurrió en medio de una apatía que solo es posible concebir aquí, hoy nos sorprende un torrente de sentimientos indescriptibles, mezcla de ternura, de resignación, de rebeldía y de salvajismo inclusive. Mañana? Eso nunca es posible predecir. Y esto del mañana es nuestro enorme problema. Qué seremos, qué pensaremos, cómo sentiremos las mismas cosas de antes, después de este flajelo (sic.) físico y espiritual?

Ayer, después de muchos días de insensibilidad (que es forzoso adquirir para no enloquecerse) sufrí una conmoción terrible. Llegó el regimiento en que vienen todos mis amigos de Cochabamba. Veinte o treinta muchachos con los cuales he pasado todas mis horas más intensas, todos los minutos en que con más pureza y vigor florecían las emociones de la adolescencia. Cabrera, entre ellos, se me apareció con la figura inolvidable. Delgadocho, con los ojos perdidos en divagaciones que yo mismo (su más grande amigo y confidente) rara vez he podido alcanzar en verdad. Después de haber caminado CIEN LEGUAS a pie, sudoroso, sediento, cubierto de barro y polvo, UNIFORMADO y llevando un fusil que en sus manos me pareció un instrumento monstruoso...



Y como él, tantos otros, a quienes el recuerdo de cuatro años atrás, me los hacía imaginar siempre como los conocí. Ahora, taciturnos, los unos, violentos otros y helados casi todos, en esta marcha sin fin a través del desierto por el cual cuántos de ellos morirán.

Estuvimos juntos una noche, bebiendo alcohol con agua y ácido láctico; hicimos música con un violinejo que después de cinco meses pude conseguir. A veces teníamos tentaciones de llorar, como antes cuando nos reuníamos a orillas del río [Rocha], en una noche de luna, para hablar de Ellas. Es cierto que había luna también anoche, y que muchos de ellos traen debajo de sus uniformes tristes y embarrados un recuerdo luminoso que se hace realidad en fotografías medio deshechas por el agua que empapó la ropa y los cuerpos durante marchas interminables por medio de pantanos. Pero, Ud. Comprende, Yolanda, ya que es imposible llorar. La angustia se hace gesto torvo o grito de rebeldía, pero las lágrimas no llegan.

Y así, Yolanda, todos los días. A veces una noticia. Ha muerto fulano. Unas veces nos apenamos, otras junto a los heridos quisiéramos ser madres, novias, hermanas o algo que por femenino pudiera ser caricia para la carne dolorida. Generalmente la noticia nos llega en medio de un silencio que parecería inexplicable. Como si estuviésemos seguros de que así tenía que ser.

Estoy seguro, Yolanda, de que su comprensión ha adivinado mucho de esto.

Podrá usted imaginar lo difícil que en medio de la vida que hacemos resulta decir algo, pensar o sentir profundamente. Hay una especie de terrible fatiga sentimental que nos está agobiando. Hace algunos días una enfermera con quien conversaba me dio noticia de haber un muchacho Lanza entre los heridos, recién llegado. Averiguada la cosa resultó ser Carlitos. Desde ese momento, Mariano y Ramón Ballivián que se encuentran en ésta, bien de salud y trabajando como camilleros en el Hospital, nos dedicamos a ayudar al amigo. Es poco lo que cada uno de nosotros puede hacer, pero tampoco se necesita mucho para contentar a un herido en la guerra. Agua fresca, azúcar, mate, revistas viejas, conversación. Nada más. Varias noches fui al Hospital, después de mi trabajo, a tocar violín para Lanza y los otros heridos. Qué teatro, Yolanda! Y qué público. Algún día trataré de explicarle la emoción de sentirse oído y gustado por estos pobres muchachos heridos que aplaudieron lo que les queda de sano del cuerpo y que piden "un poquito más" de música y agradecen hablando a medias por entre sus vendas.

Felizmente evacuaron ya a Carlos a Villa Montes. Su herida no es grave. Una bala en la pierna, con fractura en la tibia. Cuando salió de aquí en el trimotor estaba ya muy mejorado, pero sí con un deseo poco menos que desesperado de que lo llevaran hasta La Paz o por lo menos a Tarija. Ojalá hable Ud. a su familia indicando que hagan gestiones para conseguir la evacuación de Villa Montes hacia el Norte.

La primera vez que vi a Carlos, fue en la línea de fuego del Km. 7. Él llegaba el momento preciso en que salía yo de allí hacia Muñoz. Bromeamos un poco y lo dejé ya cerca de las trincheras en que tenía que permanecer. Hasta el nuevo encuentro en el Hospital.

[...]

En fin, Yolanda, será como esté escrito. Hasta que podamos vernos de nuevo, y hablemos todo cuanto pueda yo hablar después de todas estas cosas, tenga la seguridad de mi más grande afecto y gratitud. Es Ud. algo imprescindible para mí y a veces pienso qué me ocurriría si algún día me faltase la evidencia de su afecto. La confianza con que siempre, aún sin escribirle ni pensar en Ud., me llegó hasta su recuerdo en busca de lo que sé he de encontrar en él. De todo corazón, Walter.

Carlos V. Lanza. Familia, que vivía en Milluacho, muy allegada a la familia Bedregal

Sapahaqui, 17 de abril de 1933

Yolita: Al salir de La Paz y durante mi viaje, he hecho consideraciones que han dejado muy mal parado al maquinismo terrestre. Cada vuelta de rueda de la góndola, era de 0.60 mts. Más que se estiraba dolorosamente el hilo afectivo que me tiene amarrado tan fuertemente a Ti. Hubiera preferido vivir en los tiempos (que los creo dichosos) de la diligencia y de las caballerías cansinas para subir lentamente al Alto, ver más tiempo los tejados rojos y blancos de tu barrio e imaginar con más detalle todo lo que hacías.

He sentido un dolor físico –tan fuerte ha sido el sentimental– cuando la cuenca de la ciudad ha cerrado su enorme boca desdentada y se ha tragado a La Paz y a Ti.

Sus encías –el Calvario, Achachicala, los cerros de Miraflores– me han partido el corazón por la mitad. Después, el monótono viaje sin percances por la pampa inacabable.

Al fin he llegado a la Cumbre donde me estaba esperando mi padre con muchos indios que portaban una silla con su toldito celeste: mi litera. Subido en ella y en medio de gran algaraza comienzo el descenso de la cuesta. A Ti te hubiera interesado por lo curioso que era.



Carlos Lanza, su hermana Virginia, Carmen Bedregal, "Guga", y su hermana Yolanda Bedregal, en Milluacho.

Desde el lugar de donde se ve Milluacho encendieron a lo largo del camino todas las fogatas que pudieron; me dijeron que esa larga cadena en llamas atraía la buena suerte. Casi les confieso que desde que había vuelto del Chaco no podía ser más feliz [...]

[...] Estoy cansado con éste mi papel de "herido": todos los días tengo que ir invitado de una a otra parte y no tengo tiempo ni para pensar [...]

No quiero ni imaginar siquiera que no vengas el domingo. Ya tengo seleccionado al indio que ha de encender la fogata que me avise tu llegada. He encontrado muchos lugares a los que iremos a leer. He prohibido que se coman las fresas. Mi banda de sicuris ensaya cada noche. Y yo, cumplo estrictamente tus recomendaciones de la carta y me ejercito andando con una mula... Carlos

Gil Coimbra Ojopi, artista, pintor y escritor

Villamontes, 18 de septiembre 1934

Mi recordada Yolita:

Hoy como siempre, me es grato detenerme un rato en los puestos de tránsito para conversar con usted, y cambiar impresiones. ¡Qué magnífico es tener un momento de quietud para ofrecerlo a una cabecita inteligente y a un corazón amplio! Desde mi salida de allá, no tengo más que dos cartas tuyas, porque nadie me recuerda ya, no obstante mi invariable devoción por aquellas con quienes departimos siempre. [...] estoy conforme con sus dos cartas y su promesa de alguna más, mi buena Yolita.



Dibujo de Gil Coimbra.

De Villa Montes paso hoy a Carandaití y Santa Fe, donde se encuentra el II c. al que me incorporo de nuevo, y en el que estaré trabajando hasta que me toque salir, es distinto ya el panorama de allá: hay ondulación de la tierra, selva amplia, frondosa, verde, yerba húmeda, aire fresquito y agua... ¡agua! Como si dijéramos esencia de perfumes...

Si cada vez que pongo en el Chaco, al hombre frente a la naturaleza, al llamado señor de lo creado, a ese pretendido rey de la tierra, lo sé vasallo de la sed, que es el escarnio a su poderío teórico... dicen que la voluntad de un hombre es capaz de alzar una montaña. ¿por qué la voluntad de miles y miles de hombres es aquí incapaz de colocar allá y acá, fuentes claras para el soldado anhelante, vergeles gratos, plantas aromáticas y alfombras verdes en vez de páramo y sus matas ariscas?- en fin, no me amargaré la vida. Hasta luego amigo Yolita. Un abrazo: Gil

Santa Cruz, 21 de marzo de 1935

Mi querida Yolita:

Hemos perdido el contacto por algunos meses, pero hoy vuelvo a buscarla con el mismo afán del hombre que al salir del Chaco, quiere refugiarse bajo el alero de su casa (...) las circunstancias adversas nos han descoyuntado, dolorosamente para mí, porque he vivido a tientas, planeando, tanteando, como un pájaro ciego, zarandeado en la noche (...) ¿sabe usted desde cuándo no sé nada de la Yolita? Desde una vez que con licencia, salí a Charagua para rogarle que obsequiara a mi hermano por navidad.- yo le escribí también posteriormente, y hasta le hacía algún pedido, telegráficamente, de pinturas y pinceles, bien recuerdo. - la verdad es que yo, confiado en que del Comando Superior de Villamontes me podrían enviar por avión esos cachivaches, le indicaba la ruta oficial.- pero aviones no vinieron a mi destacamento por ser zona de peligro, luego ni siquiera cartas pude recibir de diciembre hasta hoy. ¡pero las reclamaré y las recibiré! No todo ha de ser mala suerte, caramba! Pierda usted cuidado, Yolita, que mis cosas vendrán siempre a mis manos.

Heme aquí, Yolita, otra vez ante una ciudad con garbo de castañuelas y con olor a manzanilla...ante Santa Cruz, la tierra de mis padres, a la que llego empujado por las fuerzas que decretan mi destino a la belleza; ante estos ojos parpadeantes, donde se aprende lo que fue la más pura antigüedad castellana, y cuyo temblor divino jamás dirán bien los mejores artífices de la maravilla (...) Aquí estoy pues, por vez primera, como vagabundo del arte, queriendo ampliar la visión completa de mi patria. Desharé mis maletas, alzaré mis cartulinas, y

haré una muestra de mis apuntes de guerra (no una exposición, sino una exhibición parcial) para luego, tal vez, seguir allá o quedarme no más ampliando, puliendo, definiendo las notas rápidas de mis cuadernos (...) ya le haré conocer lo que haga, posteriormente, en esta ciudad.

Le he de hacer un pequeño giro, para que me empaquete por correo aéreo con urgencia, estas cosas: 4 tubos blanco, 2 amarillo claro, 1 azul cobalto, 1 verde, más 2 pinceles número 12, finos; trate de ganar el correo aéreo. Y saludo con mi grande y sincero afecto a sus papás, a la Guga²², (...) No olvido tampoco a la Mari²³ ni menos a la gatita romántica de la Nilda²⁴; ni mucho menos a la esfinge de perfil dorado de la Yolita, de cuyos flirts (¡eso sí!) he tenido avisos interesantes y gordos... Gil

Membrete del Comando en Jefe del Ejército en el Chaco

Villamontes, 9 de agosto de 1935

¿Cómo ha pasado usted, mi querida Yolita, estos dos meses, para mí tan largos y cansadores? Aquí, pesan como un fardo estos días que alternan el bochorno de su insolación, con el chillido de grillos en las noches apretadas, durante las cuales para enervarte el desfile de todos los recuerdos... ¿para qué la mente se obstinará en lo que fue? ¡Qué tontería!

Le contaré, Yolita, que estuve con su tío Estigarribia²⁵, en el asiento de su propio comando, en Capirenda. Cuando tornaba de acá de Villamontes tras el almuerzo que les ofreció nuestro comando superior, yo me agregué al cotejo que mareado, entraba la champaña "oficial" que a cántaros le brindó Peñaranda,²⁶ feliz de recibir en su seno al futuro cacique del Chaco... (!)²⁷

Hicimos tres sesiones con el general Estigarribia, de las cuales resultó un retrato. Lo estudié a mi paladar. Hablé de muchas cosas y observé con los camaradas de la oficialidad subalterna de ese ejército ayer enemigo a muerte, todas las diferencias étnicas y de costumbres, que lo caracterizan y lo tipifican con relación a nuestra gente.

22 Carmen Bedregal Iturri, "Guga", hermana de Yolanda Bedregal.

23 Se refiere a la gran escultora, Marina Núñez del Prado.

24 Nilda Núñez del Prado, orfebre y hermana de Marina.

25 José Félix Estigarribia, Comandante en Jefe del Ejército paraguayo durante la Guerra del Chaco.

26 Enrique Peñaranda, en ese momento Comandante en jefe del Ejército boliviano. Más adelante fue presidente de Bolivia.

27 Para mayor información sobre los retratos de Estigarribia y Peñaranda a cargo de Gil Coimbra, visitar https://palaciodecultura.uabjb.edu.bo/notablesdelbeni/index.php?option=com_quix&preview=true&view=page&cid=49

De allí escribí a la Nilda²⁸ también, logré escribir por la vía del Río Paraguay a mi hermano Gerardo²⁹ que ha recibido mi carta en cinco días. Hice muchos, interesantísimos apuntes ¡Cuántas cosas para escribir una novela, que miré y oí en los sótanos donde viven esos muchachos acogedores y cordiales del ejército paraguayo!

Ha transcurrido una semana y aquí de nuevo estoy, con mis bártulos, luego de una aventura increíble de prisionero voluntario, que corrí anhelante. Estoy desarrollando mis croquis.

¿Y usted, Yolita, ha trabajado? ¡Cómo quisiera volver allá y encontrar su estudio pleno de estudios escultóricos y de obras acabadas! ¿Y qué es de Guga³⁰? Preséntele mis saludos, juntamente con sus apreciables papás. Y hasta luegoito mi querida Yolita, Gil

Donato Olmos Peñaranda, poeta y actor de cine³¹

El Cruce 14 de octubre 1933

Yolita:

Otra vez el bosque me aprisiona, limitándome su horizonte en el estrecho límite del fortín. El sol casi perpendicularmente, como plomo derretido, haciendo caldear la tierra sofocándonos con su calor, y desde el “pahuichi” de un amigo que se da el lujo de gastarse una Underwood,³² me doy el placer de escribirte. Temo que la poca costumbre de escribir a máquina haga la carta demasiada mecánica, y que mis ideas se ciñan y se ajusten como las tuercas, resortes, palancas y demás bártulos que componen estos inventos modernos de los cuales muy raros ejemplares existen en estos lugares. Pero el lujo de escribir en este artefacto, solo nos damos el Príncipe de Gales, yo y algunos



No tengo seguridad de que esta fotografía sea, en efecto, de Donato Olmos Peñaranda, aunque todo indica que así podría ser. O quizá sea un retrato de Miguel Olmos Peñaranda, su hermano, de quien Yolanda Bedregal fue madrina de guerra.

28 Nilda Núñez del Prado.

29 Gerardo Coimbra Ojopi.

30 Ver nota 13.

31 Donato Olmos fue el actor principal de la película *Hacia la gloria* (1932). Para mayor información ver <https://eliasblanco.blogspot.com/search?q=Donato+Olmos>

32 Una de las marcas más reconocidas y famosas de máquinas de escribir.

otros amigos (sobre todo en este fortín. Oye, Yolita eso del Príncipe, no será más que delirios de grandezas que el calor me hace sentir, disculparás).

Al salir de la gran Capital de Villa Montes (El París del Chaco) dejé constancia en un telegrama que remití, me equivoqué, no fue telegrama sino radio, naturalmente que allí se vive más a la moderna y se gastan pistos de hacer radios.

Por ahora no puedo contarte nada de por aquí, pero siempre tendrás noticias mías ya sean cartas o telefonemas. Cuéntame qué hace Malaco, Oscar, y demás amigos que salieron a esa, creo que le han tomado el gusto a La Paz, y no hacen mal, tienen que desquitarse todo el tiempo que estuvieron por aquí, cinemas, paseos y tomar una de helados hasta quedarse como el Illimani de fríos. A propósito del Illimani, ¿por qué no le ruegas a nuestro antiguo amigo que se venga a dar un paseíto por estas tierras? O temerá el muy "señorotingo" (estoy medio cruceñado) que nos lo terminemos en menos de un día, no a él, se entiende, sino a ese precioso manto al cual tanto le aluden los poetas en sus noctambulismos alcohólicos, no nos caería del todo mal unos heladings [...] con tal que nuestra garganta se sienta refrescada con el hálito sutil (ya salió el poeta. Por Dios que estoy cargoso, vaya con el colla presumido, como me decían por ahí). Lo cierto es que el calor es un agente físico, que lo deberían meter en tubos, como el de las inyecciones, para que lo tome quienquiera y los que no lo queremos. Donato

Villa Montes 20 de mayo de 1933

Yolita:

Tengo miedo de desprenderme de mi par de libretas. Ellas forman la síntesis de mi pasado y de mi presente, he decidido mandare mi pardo, lo otro no me pertenece aún. Cuando la vorágine concluya, "si vivo" a través de este horrendo sueño, seré dueño de esto, que ya será también "mi pasado", uno y distinto al primero, totalmente distinto. Luz de humo el ayer, tinieblas el presente. Ahora mi vida se ha vuelto una paradoja ridícula...

Mas no ha llegado la hora de analizar en frío los acontecimientos presentes, por eso no lleno esta página de una "cháchara" que tú bien podrías llamar vulgar e insípida y más que todo eso, tonto. Comprendo muy bien todo esto, por esta causa, me he quedado mucho tiempo pensativo, porque no sabía qué ponerte en mi carta.

Oscar, más o menos, te contará mi estado moral y psicológico, pero supongo que él no es tan perspicaz para conocer profundamente lo que me ocurre. Tan

raro me he vuelto que para mí mismo soy una ecuación de 10°. En estas circunstancias, en que me desconozco a mí mismo, raro ha de ser que otro que no convive íntimamente conmigo se dé cuenta de mi interior. El laberinto de Creta es un juego de niños a comparación de los vericuetos que han formado en mi interior, el desfile patético de los 4 jinetes del Apocalipsis... Dirás, y con razón, de esta lucha, va a necesitar 5 años de hospedaje en el Hotel Pacheco de Sucre³³; creo y ando a las puertas.

Hay un muchacho Peres en la sala, en este momento canta “Cumparsita”³⁴ (lo hace muy bien). Este tanto ha sufrido la misma transformación que yo. Lo oigo con escepticismo, es decir con ese escepticismo que ha crecido en el término de la campaña, y va creciendo más, cada vez más, mucho..... “que mi viejita rota...”. Sigue el tanto... me lastima profundamente y me causa alegría enorme. Paradoja, todo es una horrible paradoja en mi vida...

Sin duda creerás que escribo bajo el influjo del alcohol, aunque es mi única distracción en Villa Montes, hoy hace la casualidad que no sea así. Por lo tanto, todos los disparates que voy ensartando satánicamente con ganas de torturarme y con mayores de torturar, son fruto idóneo de mi estado encéfalo-raquídeo.

El mundo bajo mis pies, es un volcán en erupción, estoy sofocado por la lava y el calor, tengo agrietada el alma, por esas rendijas penetran los gases mortíferos de la duda y la desesperanza, ni un rayo de sol, me falta oxígeno...me ahogo. Pronto vuelvo al frente, otra vez me dominará la locura sangrienta, hervirá la tierra, los hombres matarán a los hombres, y en aquel montón de sangre tus versitos de la libreta serán las horas tranquilas de las cuales he olvidado ya hasta el color; retengo esa libreta, Yolita, perdóname toda esta carta inútil de palabras hilvanadas en horas de profundo escepticismo. Abrazos de Donato

*Puesto Betty*³⁵ 4 de noviembre de 1933

Yolita:

Siempre he procurado que sepas dónde estoy, seguro que recibiste los telegramas que te hice de aquí y Villa Montes. Quiero que sepas donde estoy porque tus cartas son inyecciones de vida para mí.

El 27-X-33 te escribí una larguísima carta que la quemé, figúrate, el día que era la banda que vino esos días a la línea. Un poco de alcohol en la cabeza...

33 Se refiere al Hospital Psiquiátrico Gregorio Pacheco, fundado en 1880. Es una de las principales instituciones psiquiátricas en el país y ha brindado atención a pacientes con enfermedades mentales durante más de un siglo.

34 El tango “La Cumparsita”, atribuido al músico uruguayo Gerardo Matos Rodríguez en 1916.

35 Puesto Betty o Puerto Betty.

remembranzas... Cumparsita que por primera vez resuena en los "Bosques de Betty" (...) mi corazón a punto de estallar... voy al "buraco" de Gutiérrez y en la máquina escribo la carta más... como pudiera decir? Más Becqueriana que en mi vida escribí, después, la primera estrellita, la distancia que nos separa en un raptó de locura rasgo aquel papel que debió llegar a tus manos, no sé si estuvo bien o mal. La cosa es que está hecho. (...) Cuéntame algo de vida, qué piensa la gente por allí. ¿Se acuerdan de nosotros? O ya somos unos más guardados para siempre en el olvido. No creo, a lo menos lo juzgue así por mí mismo.

Subteniente D.O.P Puerto Betty. Reg. 33 de Infantería Sector Morteros

R. D. Resguín, prisionero paraguayo que emprende rumbo al Paraguay al finalizar la guerra. Se desconoce su nombre completo

Cochabamba, marzo 1º de 1936

Distinguida amiga:

Entiendo que las promesas son deudas y las deudas deben pagarse temprano o tarde. Por ello y porque siento verdadero placer en recordar su fugaz conversación –conversación que puso raras notas de alegría en nuestro corazón de cautivo que empieza, después de tanto, a gustar de nuevo aires y sol de libertad–, escríbole estas líneas para hacerle llegar a Ud y, por su intermedio, a su padre mis respetuosos saludos, así como los de los demás camaradas.

A fuer de sinceridad, debo confesarle que bendicimos el día y la hora en que la feliz disposición de las cosas hizo que la conociéramos, tanto que muy pronto estuvimos en casa de doña María Quiroga³⁶ a continuar la charla trunca el domingo 22 por la cruel premura del tiempo y, le aseguro, no estuvo Ud. ausente de nuestra fiesta modesta.

Hoy afirmase una vez más mi convicción de que si nuestros pueblos se hubiesen conocido antes, que si las juventudes de ambos pueblos se hubiesen enamorado al por igual de un ideal declarado en armonía, se hubiera podido, acaso, evitar la dolorosa crisis que no trajo sino luto y dolor a los hogares de Bolivia y Paraguay. ¿No le parece que si estuviera en nuestras manos la repartición de la herencia –manzana de discordia– lo hubiéramos hecho en perfecto acuerdo, sin más preocupación que la de amigos o hermanos comprensivos?

36 Poetisa. Para mayor información, consultar <https://elias-blanco.blogspot.com/2012/02/maria-quiroga-vargas.html>
Yolanda Bedregal escribió el ensayo "María Quiroga Vargas y su poesía" (2009 pp. 281-286).

Verdad, Yolita? (Permítame que la llame así sin protocolos, con sincero afecto de mejor amigo. Por lo demás, doña María ha hecho que me acostumbrara a escuchar su nombre en vocablo familiar que me suena con incomparable dulzura).

Su buena doña María nos obsequió con sendos libros, obra de su Sr. Padre de Ud.³⁷, aparecido últimamente bajo el título de “Figuras animadas”. Son unos cuentos interesantes que empezamos a leer. Sabemos, también, que su jardín personal, Yolita, produce hermosísimas flores y, como Ud. es tan buena y generosa, esperamos nos brinde la feliz oportunidad de admirarlas y gustar de su encanto.

Espero que antes de regresar a la tierra nativa recibiré noticias tuyas y que estos papeles que vencen espacio y tiempo serán los primeros de una serie sin término. Vayamos formando, gentil amiga, los eslabones de la cadena venturosa que en tiempo no lejano uniré solidariamente a nuestros pueblos jóvenes que alientan idénticos ideales humanos de superación y grandeza.

Confíe, Yolita, que en tierra Paraguay hay y habrá espíritus sinceramente fraternos que serán por siempre atentos y obsecuentes servidores. En las almas tropicales, buena amiga, hay mucho fervor.

Estrecha sus manos fuertemente
R. D. Resguín

Recibido: septiembre de 2024

Aceptado: octubre de 2024

³⁷ Juan Francisco Bedregal, padre de Yolanda Bedregal. Escritor, docente y rector de la Universidad Mayor de San Andrés. Para mayor información, visitar <https://elias-blanco.blogspot.com/search?q=juan+francisco+bedregal>

Referencias

1. Baptista Gumucio, Mariano (2016). *Cartas para comprender la historia de Bolivia*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.
2. Bedregal, Yolanda ([1936] 1977). *Naufragio*. La Paz: Juventud.
3. ----- (1937) *Poemar*. La Paz: Juventud.
4. ----- (1977) *Antología de la poesía boliviana*. La Paz: Los Amigos del Libro.
5. ----- (2009). *Obra completa*, cinco tomos. La Paz: Plural.
6. ----- (2014) *Álbum*. La Paz: Ministerio de Culturas y Turismo del Estado Plurinacional.
7. Céspedes, Augusto ([1936]1969). *Sangre de mestizos*. La Paz: Juventud.
8. Cerruto, Oscar ([1935]1984). *Aluvión de fuego*. La Paz: Altiplano.
9. Garfield, Simon. (2014). *To the Letter: A celebration of the Lost Art of Letter Writing*. NY: Gotham.
10. Guzmán, Augusto (1936) *Prisionero de guerra: La novela de un soldado del Chaco*. Santiago de Chile: Nascimento.
11. Lara, Jesús (1937) *Repete. Diario de un hombre que fue a la guerra del Chaco*. Cbba: Imprenta de la Universidad.
12. Monsiváis, Carlos (2014). *El género epistolar. Un homenaje a manera de carta abierta*. México: Conaculta.
13. Montenegro, Walter (2018). *Cuentos*. Letras fundacionales. Edición y estudio introductorio de Alejandra Echazú Conitzer y Javier Velasco Camacho. La Paz: Plural.
14. Mendizábal, Claudia (2023). *El ruido de tus horas*. Cbba: Nuevo Milenio.
15. Ravina, Aurora (2009). Archivos revisitados: la correspondencia epistolar como fuente para la historia social. *Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

16. VVAA. (1947). *Homenaje de tinieblas al poeta Luis Mendizábal Santa Cruz*. Biblioteca “Gesta Bárbara”. Ministerio de Educación y Bellas Artes pp. 12-17.

La música de la Guerra del Chaco y la revista *La Semana Gráfica*

The Music of the Chaco War and the Magazine *La Semana Gráfica*

Jenny Cárdenas Villanueva*

Resumen

Investigación sobre la producción musical boliviana durante la Guerra del Chaco aparecida en *La Semana Gráfica*, publicación hebdomadaria que se publicó en La Paz durante los tres años del conflicto bélico. Se rescatan los títulos de todas las partituras publicadas, con un análisis y descripción de los géneros musicales y si los compositores fueron bolivianos o extranjeros. Finalmente, se analiza la presencia temática de la guerra por los títulos de las composiciones.

Palabras clave: Guerra del Chaco; géneros musicales; composiciones musicales bolivianas; *La Semana Gráfica*.

Abstract

Research on Bolivian musical production during the Chaco War appeared in *La Semana Gráfica*, a weekly publication that was published in La Paz during the three years of the war. The titles of all the published scores are rescued, with an analysis and description of the musical genres and whether the composers were Bolivian or foreign. Finally, the thematic presence of war is analyzed by the titles of the compositions.

* Ph. D. en Antropología Social, Máster en Musicología, Socióloga y cantautora.
Contacto: jennycardenasv1@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-7293-551X>

Keywords: Chaco war; musical genres; Bolivian musical compositions; *La Semana Gráfica*.

1. Introducción

La música criollo-mestiza durante la Guerra del Chaco adquirió un notable desarrollo. Si tenemos en cuenta que muy poco antes de la guerra los medios de difusión –radios, cinematografía, discografía, prensa escrita, etc.– apenas alcanzaban a llegar a una población local, quedando la producción musical muy relegada o muy limitada en su difusión, gracias a la guerra –paradójicamente– revive y se desarrolla su producción como no se había dado anteriormente.

Principalmente, las bandas militares del ejército fueron uno de los medios más trascendentales para la difusión de la música, esa masa sonora que penetra e invade el corazón de quienes las escuchan. En la guerra fueron fundamentales por la enorme emotividad que despertaba entre los jóvenes, principalmente, quienes se enrolaban cargados de un sentimiento de patriotismo y valentía; inclusive los más jóvenes, casi adolescentes, casi niños, se enrolaban o huían de sus casas para entrar en la guerra. Las bandas militares, con sus marchas, sus boleros de caballería y sus cuecas y huayños fueron una pieza fundamental durante los tres años que duró la guerra.

La radio, aunque tuvo un inicio incierto, fue en la guerra donde se constituyó como otra pieza fundamental en la construcción del espacio que poco a poco empezó a ocupar la música criollo-mestiza. El cine y el teatro fueron siempre acompañados por música; las instituciones específicamente creadas para hacer música, las retretas y todo tipo de conciertos y eventos con fines solidarios fueron otros medios y otras ocasiones para escuchar y difundir la música.

Se compuso mucha música específicamente para cantarle a la guerra, pero también se adaptaron canciones antiguas con letras que aludían a personajes y a acciones heroicas del conflicto (ver final del artículo). Paralelamente también se difundía la música de moda; principalmente fue una guerra peleada por jóvenes y éstos, como sucede en general con generaciones que están iniciando la aventura de vivir, cantaron y vivieron la música de moda de su tiempo: foxtrots, rumbas, tangos, valeses y rancheras; también fueron parte de la música de la Guerra del Chaco, fue música de la generación que peleó en el Chaco.

Nuestra fuente principal de información, en relación a este tema, han sido principalmente ex combatientes y beneméritos, pero también hemos trabajado en diversos archivos y discotecas. Sin embargo, la información que hemos

encontrado en las hemerotecas ha sido de importancia trascendental en la presente investigación. La producción literaria, la guerra a través de los dibujos, las imágenes fotográficas y también las investigaciones bibliográficas son otra fuente ineludible que hemos consultado para tener una idea más clara y más completa del contexto y de la propia guerra.

2. *La Semana Gráfica*

La Semana Gráfica, revista de emisión semanal, tiene una gran importancia, por haberse publicado durante los tres años que duró la guerra¹. El objetivo de esta revista era informar a la opinión pública, para lo cual enviaba periodistas que cubrían estas áreas, entre otros, el célebre escritor Augusto “Chueco” Céspedes. También la revista registraba todos los eventos que cotidianamente sucedían en la vida social y política.

Una diversidad de estos eventos y acciones con fines benéficos eran organizados por diversas instituciones que también emergieron como consecuencia de la guerra, instituciones de muy diversa índole, principalmente, liderizadas por mujeres. Según Durán y Seoane (1997), la guerra dio lugar a un desarrollo de los roles de la mujer en una diversidad de instituciones que ellas mismas crearon y que de manera eficaz fueron un aporte singular para el sostén material y moral de la sociedad y de los propios combatientes en la guerra. La iniciativa de estas mujeres las llevó a crear organizaciones, impensables bajo otro esquema, por su papel marginal y conservador, por esa época, permitiéndoles avanzar y consolidar una presencia más liberada y más trascendental en la vida social y política del país. Estas mujeres organizaban diversos eventos: los juegos florales, eventos deportivos, rifas, recolección de “fondos para la defensa nacional”, campañas para enviar ropa al frente de batalla, y sábanas para la atención de los heridos, pero además fueron “madrinas de guerra”, las que escribieron innumerables cartas a las familias y a los combatientes, haciéndose cargo, en muchos casos, de los huérfanos y viudas de guerra (Durán y Seoane, 1997). Estas mujeres liderizaron las siguientes instituciones: “Comités pro patria”, las “Ligas de madres bolivianas”, el “Ateneo femenino”, la “Sociedad protectora de la infancia”, la Cruz Roja, “Los amigos de la ciudad”, los diversos clubes deportivos, etc. Todas las actividades que se organizaron desde estas instituciones siempre estaban acompañadas de música, y aparecían mencionadas en las páginas de *La Semana Gráfica*.

¹ La información sobre *La Semana Gráfica* fue extraída de la colección existente en la Biblioteca de la UMSA de La Paz.

En la revista también se expresaban las críticas a la conducción de la guerra; se escuchaban voces que disentían con las opiniones de los gobernantes en curso, ironizando ácidamente respecto de la conducción del ejército en la guerra. En otro sector de la misma revista se publicaba literatura (cuento, poesía, teatro) y una partitura musical en cada número. Esta revista, en consecuencia, ha sido para el presente trabajo una de las fuentes más interesantes que, complementada con la información oral, la discografía y la investigación complementaria de otros archivos, nos permite acercarnos de mejor manera al universo de la música durante la Guerra del Chaco. De esa revista hemos logrado recopilar setenta y dos partituras, principalmente de música criollo-mestiza, pero también de la música que por entonces estaba de moda entre la gente de la época. El orden cronológico de las partituras de *La Semana Gráfica* es el siguiente:

Nº1. 15/10/32: “Las intenciones” (ranchera), letra y música de Francisco Bastardi

Nº2. 26/10/32: “Fiesta” (rumba-foxtrot) de L. Whitcup.

Nº3. 8/11/32: “La mentirosa” (ranchera) letra de Lito Bayardo.

Nº4. 15/11/32: “A orillas del Pilcomayo” (foxtrot) de Raúl Miranda

Nº5. 26/11/32: “Olas del Danubio” (vals) de J. Ivanovich.

Nº6. 3/12/32: “Debajo del parral” (ranchera) de Juan Gandolfi.

Nº7. 10/12/32: “Yuraj Killa” (foxtrot) de Nemecio Ochóa Morán.

Nº8. 17/12/32: “Boquerón” (cueca) de Prudencio García.

Nº9. 24/12/32: “Carmen” (foxtrot) de Prudencio García.

Nº10. 31/12/32: “Canción del viento” de Armando Marisfany

Nº11. 7/1/33: “Manabí” (pasillo popular ecuatoriano).

Nº12. 4/1/33: “Al teniente Villa” (cueca antigua de la época de Melgarejo) Restaurada por Luciano N. Bustíos, letra de Antonio Gonzáles Bravo.

Nº13. 21/1/33: “¡A vencer o morir!” (marcha militar) de Juan Humérez.

Nº14. 28/1/33: “Hacia el Chaco los aviones” (bailecito de la época de Melgarejo). Restaurado por Luciano N. Bustíos. Letra de Antonio Gonzáles Bravo.

Nº15. 4/2/33: “Campo Jordán” (marcha) de Prudencio García.

Nº16. 11/2/33: “Muchachos al Chaco” (tango) de Julio Martínez Arteaga.

Nº17. 18/2/33: “Ensueño azul” (vals) de Julio Martínez Arteaga.

Nº18. 25/2/33: “Canto patriótico” de Tomás José MacDermot.

Nº19. 4/3/33: “Destacamento 100” (marcha) de Julio Martínez Arteaga.

Nº20. 11/3/33: “Los valientes del Catorce” (marcha) de Jack del Solar.

Nº21. 18/3/33: “Himno al Chaco” (marcha-canción) de Rigoberto Sainz.

Nº22. 25/3/33: “Rosita” (vals) de Julio Molina.

- Nº23. 1/4/33: “Ensueño” (tango) de Teodoro Rodríguez.
 Nº24. 8/4/33: “La canción del Strongest” (foxtrot) de Luis Felipe Arce.
 Nº25. 15/4/33: “Al crucificado” de Francisco Molina.
 Nº26. 22/4/33: “Tu recuerdo” (tango) de Teodoro Rodríguez.
 Nº27. 29/4/33: “1ro. de Mayo” (marcha) de Teodoro Rodríguez.
 Nº28. 6/5/33: “Despedida” (cueca) de Constantino Perales.
 Nº29. 13/5/33: “Hacia el Chaco” (aire nacional) de Javier López.
 Nº30. 20/5/33: “Poema indio Nº1” de Armando Palmero Nava.
 Nº31. 27/5/33: “La canción del indio” (foxtrot) de Teodoro Rodríguez.
 Nº32. 3/6/33: “Coronel Estigarribia” (galopa) de R. Miranda.
 Nº33. 10/6/33: “A ti” (tango) de Teodoro Rodríguez.
 Nº34. 17/6/33: “Negra consentida” (rumba).
 Nº35. 24/6/33. “Eco militar” (marcha) de Antonio Vásquez
 Nº36. 1/7/33: “Gaby” (tango) de Rigoberto Sainz.
 Nº37. 8/7/33: “Pahuichi o vivienda del soldado” (tango) de Rigoberto Sainz.
 Nº38. 15/7/33: “Glorias del Chaco” (foxtrot) de Rigoberto Sainz.
 Nº39. 22/7/33: “Héroes de sanidad” (foxtrot) de Rigoberto Sainz.
 Nº40. 30/7/33: “Brigada fantasma” (Bolero de caballería) de Rigoberto Sainz.
 Nº41. 6/8/33: “Himno reivindicación” de Rueda Mariño.
 Nº42. 12/7/33: “En los bosques” (baile) de Teodoro Rodríguez.
 Nº43. 19/8/33: “Siboney” de Buddy
 Nº44. 26/8/33: “Por favor” (fox) de Buddy.
 Nº45. 2/9/33: “Mutilados del Chaco” (vals) de Teodoro Rodríguez.
 Nº46. 9/9/33: “Rencor” (tango) de Charlo.
 Nº47. 16/9/33: “La muchacha del centro” (tango) de Francisco Canaro.
 Nº48. 24/9/33: “Elvirita mía” (vals) de Víctor Mendizábal.
 Nº49. 30/9/33: “Mentira” (tango) de Discépolo.
 Nº50. 7/10/33: “Destacamento 111” (cueca) Cueca histórica
 Nº51. 14/10/33: “Jai deux amours” (foxtrot) de Vincent Scotto.
 Nº52. Publicación perdida.
 Nº53. Publicación perdida.
 Nº54. Publicación perdida.
 Nº55. Publicación perdida.
 Nº56. 18/11/33: “Falsedad” (tango) de Discépolo.
 Nº57. 25/11/33: “Amor pagano” (vals).
 Nº58. 2/12/33: “Capitán Santiago Pol” (marcha) de Bernabé Zárate, 1ra parte
 Nº59. 9/12/33: Continúa la parte segunda de la misma marcha.
 Nº60. 16/12/33: “El indio alegre” (foxtrot) de Teodoro Rodríguez.
 Nº61. 23/12/33: “Adelante” (marcha) de Medardo Villafán.

- Nº62. 1/1/34: “Sentimiento indio” (fox) de Pedro Mérida G.
Nº63. 6/1/34: “Renovación” (tango) de Belisario Zárate
Nº64. 13/1/34: “Un silencio en el bosque” (marcha fúnebre) de Pedro C. Rodríguez.
Nº65. 20/1/34: “Candelaria” (ranchera) de Raúl Vargas O.
Nº66. 28/1/34: “Yotaleñita” (foxtrot) de Javier López.
Nº67. 3/2/34: “Gloria a los defensores del Chaco” (bolero de caballería) de Medardo Villafán.
Nº68. 19/2/34: “Alma kolla” (fox) de Clod Tórriz Ortiz.
Nº69. 17/2/34: “No me olvides” (pasacalle) de Medardo Villafán.
Nº70. 3/3/34: “Chaqueño viejo” (tango) de Teodoro Rodríguez
Nº71. 10/3/34: “Canción del viento” (repetida)
Nº72. Partitura arrancada.

A partir del número 72, *La Semana Gráfica* no publica más partituras.

3. Análisis de las partituras

De las 72 partituras publicadas, cinco fueron arrancadas y dos son repetidas, quedando 65 para el análisis. Del total de 65 partituras, alrededor del 61% corresponden a ritmos de música extranjera o “de moda”. Este dato nos muestra que había una conexión bastante fluida con el mundo, más allá de las limitaciones propias de la época, es decir, de una limitada difusión discográfica y un elemental desarrollo radiofónico. Ya alrededor de los años 20, los tangos², por ejemplo, estaban muy presentes y muy aceptados en Europa y en parte de América Latina, dando por descontada su presencia en Argentina y Uruguay.

El tango aparece en el siglo XIX, alrededor de 1880, como fusión de expresiones musicales afro y criollo-mestizo-europeas emergentes en Uruguay y Argentina. Sin embargo, su definición como baile que tiene un texto de características dramáticas se da alrededor de 1910, y su mayor apogeo se produce en las décadas de los años 30 a 50. A inicios del siglo XX aparece en escenarios suburbanos y marginales del Uruguay y la Argentina. Figura emblemática y conocida mundialmente fue la del cantante Carlos Gardel, quien alrededor de 1910 se inicia en la interpretación de tangos y fue el mayor exponente -aún en este siglo XXI- hasta su trágica muerte. Gardel muere el 24 de junio de 1935 en Medellín, al incendiarse el avión en el que partía continuando una gira de presentaciones.

² El tango aparece a fines del siglo XIX como fusión de expresiones musicales afro y criollo-mestizo-europeas, emergentes en Uruguay y Argentina, en el Río de la Plata, entre los sectores populares.

Los foxtrots, originados en bailes anglosajones, con un sello distintivo del jazz, que tan de moda estaba también por esos años, al igual que los tangos eran muy queridos y estaban entre los ritmos de moda preferidos por los jóvenes compositores bolivianos. Es decir que había una difusión de músicas, principalmente de las Américas, pero también de Europa, hecho que se fue acen- tuando con la emergencia de la radio y discografía, en medio de una creciente industria cultural.

Los discos de 78 rpm. fueron una primera forma de difusión masiva y comercial; las vitrolas a cuerda, es decir, con un sistema de funcionamiento mecánico, sin energía de alambres, llegaban a los mercados nacionales de los diferentes países de América del Sur, y con ellas la discografía. En este momento también se empiezan a desarrollar las transnacionales de esta producción discográfica, en consecuencia, también se empieza a grabar música llamada 'nacional', que era en los hechos la música criollo-mestiza de Bolivia. Esta música estaba gra- bada por artistas bolivianos, pero también por cantantes extranjeros.

4. Frecuencia de aparición de los géneros musicales y nacionalidad del compositor

Número	Género	Compositor boliviano	Compositor extranjero	Total
1	Ranchera	1	3	4
2	Rumba	1	2	3
3	Rumba-foxtrot	1	1	2
4	Galopa	1	1	2
5	Pasillo	1	1	2
6	Foxtrot	11	3	14
7	Tango	7	3	10
8	Vals	5	1	6
9	Cueca	4	--	4
10	Bailecito	2	--	2
11	Himno	2	--	2
12	Marcha fúnebre	2	--	2
13	Marcha	9	--	9
14	Bolero de caballería	2	--	2
15	Música culta	3	--	3
16	Pasacalle	1	--	1
Total		52	13	65

Es notable la cantidad de foxtrots y tangos que compusieron músicos propiamente bolivianos; muchos de estos tangos y foxtrots con tendencias indigenistas fueron llamados “foxtrots incaicos” y “tangos incaicos”. En nuestro estudio hemos encontrado en Lima partituras de “vales incaicos”, lo que nos permite apreciar que también hay una influencia de la estética indigenista –de moda en esas décadas iniciales del siglo XX– en el discurso musical de corte nacional. En nuestro caso, principalmente son memorables los foxtrots incaicos *Khunuskiwa*, *Nevando está* y *Chaiñita* (que hace referencia al equipo de fútbol The Strongest), de Adrián Patiño, célebre director de bandas militares. También fue famoso *Boquerón abandonado* que es originalmente un foxtrot, compuesto por Antonio Montes Calderón, quien fue un renombrado director de bandas militares. Estas músicas, estos ritmos de moda (tangos, foxtrots, rumbas, vales etc.) se difundían durante la Guerra del Chaco, entre los sectores de población urbana y semiurbana de pequeños pueblos, y también en los centros mineros, que por entonces tenían mucha importancia.

Una segunda observación sobre esta música de moda en la época es la frecuencia de aparición de los géneros musicales:

Ritmos de moda	Total
Foxtrot	14
Tango	12
Vals	6
Ranchera	4
Rumba	2
Pasillo	1
Galopa	1

El cuadro nos muestra cinco géneros de música de moda, sin contar el pasillo, género de la música popular ecuatoriana, y la única galopa, género de la música tradicional de Paraguay. De estos cinco géneros o formas musicales los más apreciados, en orden del número de veces de aparición, son los foxtrots y los tangos. Como ejemplo de la fuerte influencia de la música de moda en la composición de los músicos bolivianos, de los 14 foxtrots y 12 tangos, que suman más del 50% del cuadro en análisis, 11 de los 14 foxtrots y 8 de los 12 tangos son de compositores bolivianos. Varias de estas composiciones bolivianas tienen la impronta indigenista; se llaman fox aymara o fox incaico.

5. Composición boliviana

Nº	Compositor boliviano	Foxtrot	Tango	Marcha	Vals	Cueca	Baile	Bolero de caballería	Música culta	Ranchera	Pasacalle	Total
1	T. Rodríguez	2	4	1	1		1					9
2	Rigoberto Sainz	2	2	1				1				6
3	Medardo Villafán			1				1			1	3
4	Prudencio García	1		1		1						3
5	Martínez Arteaga		1	1	1							3
6	Palmero Nava								1			1
7	A.G. Bravo R. Bustíos					1	1					2
8	Javier López	1							1			2
9	Belizario Zárate		1									1
10	Juan Humérez			1								1
11	José Macdermot			1								1
12	Jack del Solar			1								1
13	Julio Molina				1							1
14	Luis Felipe Arce	1										1
15	Francisco Molina			1								1
16	C. Perales					1						1
17	Antonio Vásquez			1								1
18	R. Rueda Miño			1								1
19	Víctor Mendizabal				1							1
20	Lavadenz Solares Zárate					1						1
21	Bernabé Zárate			1								1
22	Pedro Mérida G.	1										1
23	Nemecio Ochoa	1										1
24	Pedro C. Rodríguez			1								1
25	Raúl Vargas Otero									1		1
26	Clod Tórrez Ortiz	1										1
27	J. Ivanovich				1							1
											Total	48

El 80% del total son compositores bolivianos que confirman que durante la guerra se creó mucha nueva música, con la aparición de nuevos compositores. Como el cuadro nos permite ver, Teodoro Rodríguez es el más prolífico, seguido de Rigoberto Sainz. Ambos compositores fueron importantes directores de banda militar. En nuestra investigación hemos encontrado álbumes de composiciones de ambos directores de banda e inclusive un estudio sobre las bandas militares escrito por Sainz. Otro importante compositor boliviano, sin duda, fue Armando Palmero Nava, en el género de música culta o académica. Cabe mencionar al famoso Trío Lavadénz, conformado por José Lavadénz, Telmo Solares y Belisario Zárate. Este último aparece entre los compositores de las partituras de *La Semana Gráfica*, mientras que José Lavadénz es, sin duda, uno de los más grandes compositores de música criollo-mestiza boliviana.

También aparece Antonio Gonzáles Bravo, importante musicólogo y compositor, precursor de la musicología y etnomusicología bolivianas, y Luciano Bustíos, excelente compositor y estudioso de la música boliviana. Un dato sumamente relevante es el 'baile' (bailecito) y la cueca, de la época de Mariano Melgarejo, restaurados por ambos músicos. Nos muestra que ambos géneros ya eran muy definidos y conocidos en 1870 en el medio criollo-mestizo. Efectivamente, ambas piezas aparecen como restauraciones de esos años, y ambas son de excelencia musical. El baile o bailecito destaca un rasgo único en su línea melódica.

También debemos destacar que son dominantes los tangos y los foxtrots como formas de la música de moda. La presencia de las marchas, como no podría ser de otra manera, en un momento de fervor patriótico, son numerosas y también de muy buena calidad musical. Los dos boleros de caballería, en sí mismos, nos permiten leer una continuidad de la composición de música boliviana del siglo XIX. Solo hay un pasacalle, que por entonces era otra manera de denominar a los huayños. Sin embargo, en *La Semana Gráfica* aparecen textos de cacharpayas o huayños de despedida que combinaban el idioma aymara con el castellano, una manera muy frecuente en esos años de cantar la música criollo-mestiza.

6. Índice analítico de los títulos

Foxtrots	Tangos	Marchas	Cuecas	Pasillos	Bailes o bailecitos	Boleros de caballería	Música culta	Pasacalles	Valses	Rancheras	Rumbas	Galopas
Fiesta	Muchachos al Chaco	A vencer o morir	Boquerón	Manaví	Hacia el Chaco los aviones	Brigada fantasma	Canción del viento	No me olvides	Olas del Danubio	Las intenciones	Negra consentida	Coronel Estigarribia
A orillas del Pilcomayo	Ensueño	Campo Jordán	Al Tte. Villa		En los bosques	Gloria a los defensores del Chaco	Hacia el Chaco		Ensueño azul	La mentirosa	Siboney	
Yurak Killa	Tu recuerdo	Canto patriótico	Despedida				Poema indio		Rosita	Debajo del parral		
Carmen	A ti	Destacamento 100	Destacamento 111						Mutilados del Chaco	Candelaria		
La canción del Strongest	Gaby	Los valientes del 14							Elvirita mía			
La canción del indio	Pahuichi o vivienda del soldado	Himno al Chaco							Amor pagano			
Glorias del Chaco	Rencor	Al crucificado										
Héroes de sanidad	La muchacha del centro	1ro de mayo										
Por favor	Mentira	Eco militar										
Jai deux amours	Falsedad	Himno reivindicación										
El indio alegre	Renovación	Capitán Santiago Pol										
Sentimiento indio	Chaqueño viejo	Adelante										
Yotalenita		Un silencio en el bosque										
Alma colla												

Para realizar un análisis de la significación de la guerra reflejada en los títulos de las piezas musicales, hemos identificado las siguientes ocho categorías: 1) títulos que mencionan la palabra Chaco o hacen alusión al Chaco, 2) alusión al ejército, 3) sentimentales, 4) nombres propios, 5) indigenistas, 6) acciones heroicas, 7) emblemáticas y 8) varias. A continuación, hacemos el análisis:

Categoría 1: Alusión al Chaco

Título	Género
1. Muchachos al Chaco	Tango
2. Chaqueño Viejo	Tango
3. Himno al Chaco	Marcha
4. Glorias del Chaco	Foxtrot
5. Hacia el Chaco los aviones	Bailecito
6. Gloria a los defensores del Chaco	Bolero de caballería
7. Mutilados del Chaco	Vals
8. Hacia el Chaco	Culta
9. Un silencio en el bosque	Marcha
10. En los bosques	Bailecito

Categoría 2: Alusión al ejército

Título	Género
1. Destacamento 100	Marcha
2. Destacamento 111	Cueca
3. Los valientes del 14	Marcha
4. Brigada fantasma	Bolero de caballería
5. Héros de sanidad	Foxtrot
6. Himno reivindicación	Marcha
7. Canto patriótico	Marcha
8. Eco militar	Marcha
9. Capitán Santiago Pol	Marcha
10. Al teniente Villa	Cueca
11. Campo Jordán	Marcha

Categoría 3: Sentimentales

Título	Género
1. Tu recuerdo	Tango
2. A ti	Tango
3. No me olvides	Pasacalle
4. Carmen	Foxtrot
5. Rosita	Vals
6. Elvirita mía	Vals
7. Gabi	Tango
8. Candelaria	Ranchera
9. Yotaleñita	Foxtrot

Categoría 4: Indigenistas

Título	Género
1. Sentimiento indio	Foxtrot
2. El indio alegre	Foxtrot
3. La canción del indio	Foxtrot
4. Yuraj Killa	Foxtrot
5. Poema indio	Culta
6. Alma colla	Foxtrot

Categoría 5: Emblemáticas

Título	Género
1. Boquerón	Cueca
2. 1ro. de mayo	Marcha
3. Canción del Strongest	Foxtrot
4. Al crucificado	Marcha

Categoría 6: Acciones heroicas

Título	Género
1. A vencer o morir	Marcha
2. Despedida	Cueca
3. Adelante	Marcha

Categoría 7: Varias

Título	Género
1. Canción del viento	Culta
2. Olas del Danubio	Vals
3. Ensueño azul	Vals
4. Ensueño	Tango
5. Renovación	Tango

La información que obtenemos de estas categorías nos muestra claramente que hay una presencia dominante de la idea de la guerra. 28 títulos hacen alusión al Chaco, al ejército y a acciones heroicas y emblemáticas. Esto nos confirma que las composiciones fueron específicamente creadas en el marco de la propia guerra, y se crearon en las diversas formas musicales, incluyendo tangos y fox-trots, aunque lo dominante fue componer marchas. Otra tendencia importante es el indigenismo. Expresado de manera evidente al utilizar la palabra indio en cinco piezas, refleja claramente esa influencia estética y romántica de la visión de un proceso que podríamos identificarlo en sus inicios básicamente en esa percepción estética que conducirá más tarde a una reflexión social y política.

La mención de personajes que cumplieron papeles heroicos, como por ejemplo el capitán Santiago Pol, el teniente Villa o el mayor Jordán, recuerdan el sacrificio y la entrega de la vida como actos heroicos que justifican y dignifican las guerras, y que en este caso de manera muy específica son personas del ejército. En el caso de los cuerpos del ejército, fue muy difundida, y hasta el presente sigue siendo cantada, la cueca Destacamento 111. Fue común componer para recordar a estos batallones, brigadas y diversas conformaciones colectivas del ejército. El bolero de caballería *Brigada fantasma* hace alusión a una compañía de soldados que desapareció sin dejar rastros en un intento de salvar a los camaradas del fortín Boquerón. Igualmente, la mención a los “héroes de sanidad” nos recuerda la gran importancia del tema de la sobrevivencia y los muchísimos sacrificios y el riesgo permanente de sus vidas que realizaban enfermeros (as) e improvisados médicos para salvar la vida de los heridos.

En cuanto a la expresión sentimental, predominantemente se mencionan nombres de mujeres que seguramente eran de las madres, esposas o novias, pero también de las “madrinas de guerra”. Títulos como *No me olvides* y *Tu recuerdo* nos están diciendo claramente la nostalgia de la separación y la distancia.

Podemos afirmar que la música de estas partituras expresa predominantemente en la producción nacional ese momento crítico de una sociedad que en su conjunto vivía de manera cotidiana, emocional y existencialmente la Guerra del Chaco. Descontando las cinco partituras arrancadas y las dos repetidas, el 80% de las 65 partituras, es decir 48, son de compositores bolivianos. En cuanto al género de estas 48 piezas la relación es la siguiente: 12 marchas, 10 foxtrots (algunos inkaikos), ocho tangos (entre ellos un tango inkaiko), cuatro valsos, cuatro cuecas, dos bailecitos, dos boleros de caballería, dos himnos, un pasacalle, un aire nacional y un poema indio.

7. Conclusión

Hay que reconocer que durante la Guerra del Chaco se compuso mucha nueva música, y la mayoría con temas alusivos al conflicto, aún si fue en ritmos de moda, como tangos o foxtrots. Entre las formas dominantes se encuentran los ritmos de moda. Esto se explica por la preferencia y popularidad que tenían entre la juventud de entonces y la todavía muy poca apertura hacia ritmos del género criollo-mestizo. Los compositores provenían de un sector de clase media con conocimientos musicales. Hay que señalar que algunos de ellos trascienden esta coyuntura para seguir la carrera de la música. Del mismo modo, es necesario remarcar que, de estas composiciones, apenas dos se difundieron y fueron grabadas. Esto hace de nuestro material una invalorable información en términos de estética, estilos, forma, etc. de esos años y anteriores a la guerra.

Con algunas excepciones que están en los conciertos de “Homenaje a la generación de la Guerra del Chaco” en los que presenté varias de estas piezas y que están grabados en dos volúmenes en cds, en los que presento algunas de estas piezas –la cueca *Despedida* de Constantino Perales, las restauraciones de los años de Melgarejo, el baile *Hacia el Chaco los aviones* y la cueca *Al teniente Villa*–, el resto del material es inédito. Se publicó la partitura de la cueca conocida con el nombre de *Destacamento 111* como “cueca histórica” compuesta por Pardo Uzeda, aunque otras referencias orales dicen que era una cueca antigua a la que adaptaron el texto. Esta cueca forma parte de las más conocidas por todos los bolivianos. La influencia indigenista, por ejemplo, en los foxtrots inkaikos, es notoria. Hay también un “tango Inkaiko”. Todos los boleros y marchas cargan indiscutiblemente el sabor de la música criollo-mestiza. A estas 65 partituras, algunas enviadas desde las trincheras, se suma una producción dispersa en todo tipo publicaciones.

A lo largo de casi 10 años de este trabajo, hemos recolectado, comprado, recibido en préstamo y copiado las grabaciones que se hicieron en discos de 78 rpm. Las primeras grabaciones se hicieron en los sellos RCA Víctor y Odeón, además de Columbia (en Estados Unidos). Posteriormente, en el año 1949, se inician las grabaciones nacionales en el sello Méndez. Sin embargo, la fuente más sustancial, tanto sobre la música como sobre los detalles de la guerra, fue la información oral que hemos recibido de muchos ex combatientes. Las letras son un tópico fundamental. Pero este cuadro de la discografía, su análisis y el de las letras, serán tema de un nuevo artículo. La publicación del libro de esta investigación es un proyecto largamente anhelado.

Recibido: septiembre de 2024

Aceptado: octubre de 2024

Referencias

1. Auza León, Atiliano (1982). *Historia de la música boliviana*. Sucre: Talleres Gráficos “Tupac Katari”.
2. Costa Arguedas, José F. (1976). *Diccionario del folklore boliviano*. Universidad San Francisco Xavier. Sucre.
3. Collier, Simón (1992). *Carlos Gardel. Su vida, su música, su época*. Buenos Aires: Sudamericana.
4. Díaz Gainza, José (1977). *Historia musical de Bolivia*. La Paz: Puerta del Sol.
5. Díaz Machicao, Porfirio (1968). *Testificación de la cueca*. La Paz, UMSA.
6. Durán Jordán, Florencia y Ana María Seoane Flores (1997). *El complejo mundo de la mujer durante la Guerra del Chaco*. La Paz, Ministerio de Desarrollo Humano.
7. Fortún, Julia Elena (1978). Panorama del folklore boliviano. En: Hugo Boero Rojo, *Bolivia mágica*, pp. 268-288. La Paz: Los Amigos del Libro.
8. Gonzáles Bravo, Antonio (1961). Medio siglo de vida musical boliviana. 1900-1957. *Khana*, VIII(35), 92-105. La Paz.
9. Sanjinés Goitia, Julio (1989). *Historia de las bandas militares*. La Paz.
10. Susz, Pedro (1990). “*La campaña del Chaco*”, *el ocaso del cine silente boliviano*. Coed. UMSA-ILDIS. La Paz.

Fe y esperanza: estudio sobre el accionar de los capellanes católicos en la Guerra del Chaco

Faith and Hope: Study on the Actions of Catholic Chaplains in the Chaco War

*Airton L. Chambi Ocaña**

Resumen

Este trabajo está dedicado a estudiar el papel de los sacerdotes católicos que participaron en la Guerra del Chaco como capellanes. Se realizó en base a notas periodísticas, así como testimonios de los ex combatientes y beneméritos de la guerra que dan fe del accionar de estas personas en favor de los soldados bolivianos, como soporte espiritual y apoyo emocional en los momentos trágicos que se produjeron durante la campaña militar. Este estudio busca dar a conocer con mayor detalle histórico el accionar de este grupo social que fue partícipe de la Guerra del Chaco.

Palabras clave: Capellanes; Guerra del Chaco; ejército; religión; Iglesia Católica.

Abstract

This paper is dedicated to studying the role of Catholic priests who participated in the Chaco War as chaplains. This work was carried out based on journalistic notes, as well as testimonies of former combatants and merits of the

* Historiador por la Universidad Mayor de San Andrés, docente del área de Ciencias Sociales de la Escuela Superior de Formación de Maestros Técnico Humanístico de El Alto, docente del nivel secundario en la Unidad Educativa "Hacia el Mar", municipio de Viacha del departamento de La Paz. Investigador independiente.
Contacto: Duncandeckart777@gmail.com.
ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-5223-7648>

Chaco War that attest to the actions of these people in favor of the Bolivian soldiers, both as spiritual support and emotional support in tragic moments that existed during the military campaign. This study seeks to reveal in greater historical detail the actions of this social group that participated in the Chaco War.

Keywords: Chaplains; Chaco War; army; religion; Catholic Church.

*Y oí la voz del Señor que decía: ¿a quién enviaré, y quién irá por nosotros?
Entonces respondí: heme aquí; envíame a mí (Isaías 6:8)*

1. Antecedentes

La Guerra del Chaco fue un hito social a gran escala. La sociedad boliviana se vio envuelta en una realidad que quebrantaba su estabilidad. Decenas de miles partieron a la contienda del Chaco a lo largo de los tres años que duro el conflicto (1932-1935), separando familias por un tiempo, indeterminado en algunos casos y permanente en otros. Fue en este proceso que muchos bolivianos, al verse alejados de su lugar de origen, de sus seres queridos y de su cotidianidad para enfrentarse al campo de batalla, al hostil clima chaqueño y al enemigo, vieron afectada su realidad en varios aspectos. Solo uno permanecía en pie y que serviría como pilar de apoyo a los combatientes, y ese aspecto era la espiritualidad.

Debido a sus antecedentes coloniales españoles y a la simbiosis cultural y espiritual, la sociedad boliviana que tuvo que enfrentar la realidad bélica de la contienda chaqueña tenía arraigada en sí misma la fe católica, la misma que sería base de su espiritualidad y de muchas de las creencias sociales existentes en ese momento, varias de las cuales aún persisten hoy en día. Es de esta forma que la Iglesia Católica tenía una fuerte presencia en la sociedad boliviana, una jerarquía eclesiástica y un accionar social constante. Existían escuelas y colegios, hospitales y postas sanitarias, orfanatos y asilos donde feligreses católicos, así como miembros del clero, participaban activamente.

Iniciado el conflicto con el Paraguay, muchos partieron a la zona de operaciones; se organizó el envío de sacerdotes y otros miembros del clero católico para ser partícipes de la contienda, pero no como combatientes, sino como colaboradores de la Cruz Roja boliviana, como sanitarios, enfermeros y ayudantes de hospitales de campaña, entre otras actividades. Pero la principal atención a los combatientes bolivianos, tanto a aquellos heridos en acción de combate, que

cayeron en dolencias por enfermedades, como a los que la estadía en la contienda representaba una gran carga moral, era psicológica y espiritual.

Al mismo tiempo de ejercer estas atenciones médicas y espirituales, estos miembros de la Iglesia debían cumplir con su labor evangelizadora y con la eucaristía en las misas de campaña, escuchar confesiones, dar absoluciones, otorgar bendiciones y administrar los diversos sacramentos a los soldados en campaña. Todo ello en favor del bienestar espiritual de los combatientes, quienes fueron testigos del accionar de los prelados en el Chaco Boreal.

Es así que surgieron los “capellanes de campaña”, que dejaron sus parroquias a manos de seminaristas o diáconos, se enrolaron en el ejército con el grado de oficial o suboficial, y vestidos con uniforme militar partieron a la guerra para servir de apoyo y dar consejo a varios de sus antiguos feligreses, quienes veían en ellos al guía y sacerdote que les apoyaría espiritualmente (Chambi Ocaña, 2019, p. 163).

La participación de los capellanes en la Guerra del Chaco constituye una página de la historia que aún no ha sido trabajada a profundidad, por lo cual, mediante estas líneas, se busca dar a conocer su participación en la misma, destacando su labor y accionar durante todo el tiempo que duró el conflicto bélico.

2. Contexto social y eclesiástico

A fines del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, en Bolivia la Iglesia Católica era un ente religioso fundamental, cuya religión oficial era la fe católica. Por tal motivo se produjo la presencia de sacerdotes tanto nacionales como extranjeros llegados en calidad de misioneros o colaboradores con las diversas congregaciones de fe católica, así como la activa participación de monjas, monjes y frailes que inspiraban vocaciones religiosas y participaban activamente dentro de la sociedad boliviana. Menester es mencionar también que el trabajo clerical, así como la vida religiosa exige los votos de obediencia, pobreza y castidad, los mismos que deben ser practicados de por vida. Tal decisión radical y permanente podría determinar la falta de vocaciones religiosas en aquella época, pero que a la vez determinaba el valor y dedicación de quienes sí aceptaban el llamado a la vida religiosa.

Para inicios de 1932, la Iglesia Católica en Bolivia estaba organizada territorialmente en las diócesis de La Paz, Cochabamba, Santa Cruz, Oruro, Potosí y Tarija, los vicariatos apostólicos del Beni, de Chiquitos y el Chaco, así como la arquidiócesis de Sucre. En las capitales departamentales existían catedrales, monasterios y conventos. En las áreas circundantes había parroquias y capillas,

así como en las áreas alejadas de los centros urbanos se encontraban iglesias poblacionales o misiones de evangelización dependientes del clero secular o de las órdenes religiosas existentes en Bolivia, tales como los franciscanos, los agustinos, los carmelitas, etc. Grupos de monjes, monjas y frailes que tomaban los votos religiosos y dependiendo de su carisma religioso formaban parte de la realidad social donde se encontraban, servían como misioneros o vivían reclusos en su claustro conventual. Esta realidad apoyada por la sociedad y el gobierno bolivianos se debió en gran medida a que el país declaró como oficial la religión católica apostólica romana. En tal sentido, existía una buena relación internacional con la Santa Sede en el Vaticano y su santidad el Papa Pío XI. Es así como se encontraba social, económica y religiosamente establecida la realidad boliviana a inicios de 1932.

3. Organización y jerarquía

Iniciada la guerra del Chaco, se consideró pertinente la participación de los sacerdotes católicos como capellanes de campaña. Dicha organización de envío de preladados a los campos de batalla no era ajena al ejército boliviano, teniendo en cuenta el antecedente histórico de que fue un sacerdote, el reverendo padre José Antonio Medina, cura de Sicasica, quien acompañó a Pedro Domingo Murillo en la revolución del 16 de julio 1809. Así como fue el cura Idelfonso de las Muñecas quien dirigió la republiqueta de Larecaja. Pero aparte del accionar bélico propio del ente militar nacional, los sacerdotes ya no empuñarían armas, sino que se dedicarían a la atención médica y espiritual de los combatientes mediante los sacramentos, la confesión y el consuelo. Para tal organización se establece la base del Código del Derecho Canónico, que en su parte II establece la constitución jerárquica de la Iglesia y de los capellanes; dicho elemento fue recabado por el historiador Rojas:

El capellán es un sacerdote a quien se le encomienda al menos en parte, la atención pastoral de alguna comunidad o grupo de fieles, (...) el capellán por razón de su cargo, tiene la facultad de oír las confesiones de los fieles encomendados a su atención, predicarles la palabra de Dios, administrarles el viático y la unción de los enfermos y también conferir el sacramento de la confirmación a los que se encuentren en peligro de muerte (Rojas, 2016, p. 1).

A todo lo mencionado, se incluyen los reglamentos castrenses del siglo XIX, con los que conjuntamente serían la base del accionar de los capellanes durante todo el tiempo que dure la Guerra del Chaco. Es después de las batallas de Laguna Chuquisaca, Boquerón y Mula Muerta, y mientras aún se dan los combates en las trincheras de kilómetro 7, específicamente el 25 de noviembre

de 1932, que se aprueba el decreto supremo que establecía la jerarquía eclesial militar boliviana (J.E.M.) Dicha organización sería la siguiente, según la investigación realizada por Rojas:

- Obispo castrense: excelentísimo monseñor Cleto Loayza Gumiel primer Obispo de la Diócesis de Potosí
 - Vicario General Castrense: Tte. Cnl. Mons. Félix Delgadillo
 - Vicario del Primer Cuerpo: My. Luís A. Tapia
 - Vicario del Segundo Cuerpo: My. Alberto Cotier
 - Capellán de la Tercera División: Cap. Leonardo Swatrs
 - Capellán de la Cuarta División: Cap. Lucio Rojas
 - Capellán de la Quinta División: Cap. Medardo Torres
 - Capellán de la Séptima División: Cap. Pedro Miranda
 - Capellán de la Octava División: Cap. Julio García Quintanilla.
- (Rojas, 2016, p. 1).

Aparte de los mencionados, muchos sacerdotes y seminaristas también partirían en calidad de capellanes de regimientos o batallones, y otros en calidad de sanitarios o ayudantes de campo. Entre ellos estaban cuatro seminaristas recién ordenados junto a otros 12 compañeros de estudios que el 17 de marzo de 1933 partirían a la contienda bélica como parte del famoso destacamento 111 de Sucre. Así como ellos, muchos otros partieron a la contienda del Chaco. Rojas menciona que fueron cerca de más de un millar de capellanes que partieron a la guerra vistiendo uniforme militar, pero llevando la cruz de Cristo al pecho y con la misión evangelizadora a favor de sus feligreses.

4. Capellanes de guerra

Entre los muchos sacerdotes que partieron a la Guerra del Chaco es importante mencionar algunos que se destacaron por su labor religiosa y por el esforzado trabajo que realizaron tanto por los heridos de retaguardia y los combatientes de primera línea como por los cautivos en las prisiones paraguayas. Todos los capellanes de guerra dieron su máximo esfuerzo para el bien de las almas de los soldados en la Guerra del Chaco.

Es relevante indicar que el auxilio religioso y espiritual que otorgaban los capellanes en campaña estaba distribuido territorialmente entre los fortines de retaguardia, donde se encontraban los hospitales para la atención médica de los heridos y enfermo, en los puestos de sangre de segunda línea en los fortines de vanguardia, donde atendían a los heridos inmediatos del combate, así como daban las misas, escuchaban confesiones y realizaban absoluciones, y final-

mente en las trincheras adelantadas de la línea de combate, donde se daban las bendiciones a las tropas antes de entrar en batalla. Asimismo, cuando se dieron casos en que los capellanes fueron capturados y reclusos en los campos de prisioneros, estos recibieron trato preferencial por su calidad de prelados y pudieron salir de los recintos de cautiverio y visitar a sus compatriotas prisioneros, dándose casos de que se celebraron misas en los campos de prisioneros. Es en todos estos lugares donde la labor de los capellanes se destaca en favor de los soldados en campaña.

El capellán Luis Alberto Tapia es el sacerdote católico y capellán de campaña con mayor reconocimiento de la Guerra del Chaco, ya que era capellán en funciones de la Cuarta División del ejército cuando se inició la campaña chaqueña, y como tal sería testigo y partícipe de hechos bélicos. Fue uno de los enviados por vía aérea para que enviase proclamas, documentos y víveres a los cercados de Boquerón en septiembre de 1932, mantuvo su presencia en fortín Yucra durante toda la batalla de Boquerón y estuvo presente en la retirada de Arce y la creación de la línea de combate en kilómetro 7, posteriormente conocido como Campo Jordán. También estuvo presente en los comandos divisionarios y en los hospitales de campaña donde estaba la Cuarta división, y en su regreso a las capitales departamentales, especialmente La Paz, a donde volvía cada cierto tiempo de estar presente en la línea de combate, realizaba conferencias y charlas contando la realidad de la Guerra del Chaco, narrando los actos heroicos, reconociendo el fervor patrio y el valor de los soldados y oficiales, así como reivindicando el honor y valor boliviano.

Entre sus anécdotas que rescatan los periódicos de la época, relatadas en sus conferencias, así como por otros autores testigos, está la vez que, después de dar misa en las trincheras de puesto Yucra, cerca de Boquerón, visitando los puestos adelantados, suplió como centinela a dos soldados que, cansados y exhaustos como estaban, a solicitud del prelado se quedaron dormidos mientras él vigilaba toda la noche. En otra ocasión relata la fuga de algunos prisioneros bolivianos que lograron evadirse con éxito y llegar a las líneas bolivianas. Así como también el trágico hecho de que un soldado indígena herido de gravedad recibió de él los santos oleos, diciendo al moribundo: “Hijo encomienda tu alma a Dios”. El soldado, en un tosco castellano, solo comprendió la palabra: “encomienda”, respondiendo al sacerdote: “Encomienda no ha llegaru tata, etapiriu di ritaguardia ha comiru”. Asimismo, rescataría la imagen del niño Jesús de Campo Jordán, imagen religiosa creada de forma improvisada con material bélico que tenían a mano los soldados del regimiento “Chacaltaya” 27 de infantería, y que posteriormente sería llevada a la ciudad de La Paz.

Asimismo, su accionar como capellán y agregado a la Cruz Roja boliviana en la zona de combate toma realce durante la batalla de Campo Vía, una de las más relevantes de las acciones bélicas en el Chaco Boreal, tal como lo relata el teniente coronel Carlos Banzer, entonces comandante de la Cuarta División:

El capellán de la Cuarta División, Luis A. Tapia, se presentó en el comando divisionario trayendo una petición firmada por el cuerpo sanitario de las dos divisiones en la que, invocando la Cruz Roja Internacional, el estado de agotamiento y la insolación de una gran parte de los efectivos, pedían que por humanidad se suspendiese la lucha por ser ya estéril todo sacrificio (Querejazu, 2007, p. 215).

Es de esta manera que la carta del personal de sanidad entregada al comandante divisionario por parte del padre Tapia demostraba la realidad de la tropa combatiente cercada en Campo Vía y las acciones posteriores que concluirían con la rendición de la cuarta y novena divisiones bolivianas, tropas a las que el padre Tapia había asistido y atendido espiritual, emocional y materialmente. De la misma forma, el padre Tapia llegó a los campos de prisioneros, pues su calidad de capellán le daba la posibilidad de actuar con cierta libertad en territorio paraguayo, visitar hospitales y campamentos de cautivos, y realizar la entrega de encomiendas y víveres para los prisioneros bolivianos.

Por mediación del nuncio apostólico, el padre Tapia fue devuelto a Bolivia antes de la conclusión del conflicto, volviendo a realizar charlas y conferencias de sus vivencias en el cautiverio en el Paraguay. El accionar del padre Tapia como capellán de campaña fue uno de los más meritorios de la Guerra del Chaco.



Reverendo Padre Luis Alberto Tapia
Fuente: Semana Gráfica, N° 11, 7 de enero de 1933, p.8.

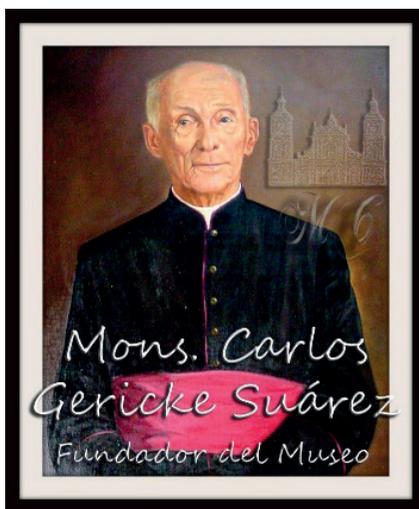
Otro capellán importante fue el presbítero Carlos Gericke Suárez, natural de San José de Chiquitos. Según su biografía, redactada en la página del museo

catedralicio de Santa Cruz que él fundaría años después de la guerra, se relatan sus actividades como capellán en 1933-1935 y en el hospital de sangre de Santa Cruz. Participó en las actividades del Regimiento de Infantería N° 9. Es durante su estadía en los puestos de sangre en los fortines adelantados que relataría sus impresiones en su diario de campaña, donde narra sus experiencias como capellán. En una de sus anotaciones señala:

... esta vez he estado alejado de la granizada de balas por ayudar al doctor Montañó, en su puesto de socorro, que está cerca del Comando del Regimiento, de tal manera que todos los que han caído en el asalto han muerto sin ningún auxilio religioso. Salí con un grupo de zapadores y camilleros, para cumplir con la piadosa tarea de enterrar a nuestros muertos. Hemos encontrado tan solo a 4, con los 7 de ayer suman 11 (...) Me he acercado a ellos con emoción. Con respeto y elevando a Dios una fervorosa plegaria por el eterno descanso de sus almas, luego ordené que abrieran cuatro fosas y no una común (Rojas, 2016, p. 2).

En este relato se nota la carga emocional y empatía que representaba la atención religiosa a los combatientes, así como las impresiones que causaban en el capellán dar la extrema unción a los soldados caídos, el respeto mezclado con la admiración y el terror ante la muerte de quienes cayeron en combate.

Después de la guerra, en 1940, el padre Gericke fue nombrado camarleno de su santidad Pío XII, siendo testigo de la Segunda Guerra Mundial en el Vaticano. Fue condecorado con el Cóndor de los Andes y de parte del gobierno municipal de Santa Cruz con la Medalla de Oro, por sus servicios prestados; en 1983 fundó el Museo de Arte Sacro que lleva su nombre hasta la actualidad.



Reverendo Padre Carlos Gericke Suárez
Fuente: Museo Catedralicio de Santa Cruz.

Una congregación religiosa que envió a varios de sus miembros a la Guerra del Chaco en calidad de capellanes de campaña fue la de los franciscanos; varios de sus miembros estuvieron en la zona del conflicto como oficiales, suboficiales y clases. Lara Claros (1991) realiza una recopilación del aporte de la orden franciscana a la campaña del Chaco:

Capellanes con grado de capitán: Luis Fernández, Antonio Paredes, Nataniel Crespo, Jorge Zurita. Servicios Auxiliares con grado de sargentos: Pacífico Torrico, Jorge Forero, Temístocles Jaimes, Carlos Carballo, Armando Villamil, Leonardo A. Claire, Rainerio Molina, Buenaventura Pérez (Lara Claros, 1991).

Tal como recalca Lara Claros, los capellanes que ejercían los sacramentos y celebraban misas de campaña estaban con rango de oficiales, específicamente capitanes, mientras que otros capellanes considerados auxiliares otorgaban los sacramentos, así como colaboraban con el ámbito médico-sanitario.

De la misma forma, en los periódicos de la época y en posteriores investigaciones referidas a las acciones del Chaco se menciona el accionar de algunos de los sacerdotes que sirvieron como capellanes de campaña y cuya relevancia en unos u otros momentos fue esencial para los combatientes bolivianos. Algunos de aquellos capellanes cuyos nombres escapan de la condena del olvido están:

Muchos son los religiosos que tomaron parte en la contienda, animando al afligido, curando al herido y bendiciendo al caído (...) el beniano Marcelo Torres quien fallecería el último día de la guerra. (...) Otro canónigo rescatable es el sacerdote cruceño Medardo Torrez, quien conocía el uso de la brújula y ayudó a un grupo de enfermeros y soldados heridos a salir del cerco de Campo Vía (...) El padre Oliguieri estuvo encargado de dar los santos óleos a los soldados que morían ante él (...) Un prelado que dio la vida en el Chaco fue el párroco de Copacabana, el padre Adrián Velasco, conocido como “el mártir del Algodonal”, herido y capturado en la batalla del Algodonal en 1934; los propios paraguayos al notar su calidad de religioso le pidieron perdón; las últimas palabras del padre Velasco fueron: les perdono pero muerdo por las almas y por mi patria (Chambi Ocaña, 2015, p. 38).

Así como sucedió con el padre Tapia, el padre Gericke y muchos otros capellanes de guerra, aparte de las atenciones y cuidados religiosos, también se encargaron de temas de atención médica en los puestos de socorro u hospitales de sangre, así como hubo algunos que trabajaron como dactilógrafos, furrieles o encargados de los archivos de los regimientos. Pero fue en los hospitales de campaña, ya sea hospitales de sangre o puestos de socorro inmediatos a la primera línea, donde estuvieron presentes de forma constante o intermitente los capellanes de campaña. Rojas (2016, p. 2) da un listado de varios de estos religiosos y los hospitales en los cuales desempeñaron su labor. Pero no solo

ellos sino los que también cumplieron labores en las ciudades durante el transcurso de la guerra.

- Capitán Silverio Menacachi (Charagua)
- Capitán Nazario Neri (Macharetí)
- Capitán Luis Mateoli (Tarairí)
- Capitán Tomás Huerta (Entre Ríos)
- Capitán Julio Francisquini (Tarija)
- Capitán Félix M. Íñiguez (Villazón)
- Tte. Cnl. Francisco Cerro SJ (Sucre)
- Capitán Nicanor Vela, Capitán Jorge Procopio Gutiérrez (Potosí)
- R.P. Guardián del Convento de San Francisco (Oruro)
- Mayor Manuel Pío Rojas Balcázar, capitán Friseo Oblitas, R.P. Rodríguez SJ (La Paz,)
- Mayor Víctor Rueda (Santa Cruz de la Sierra)
- Francisco Cano (Cochabamba).

En los hospitales de retaguardia, así como de los fortines y poblaciones cercanas a la zona de operaciones o en otros hospitales improvisados para la recuperación y convalecencia de los heridos y enfermos en las capitales de provincia o departamento, también estuvo presente personal civil que trabajaba como sanitarios o, en el caso de las monjas y novicias, como enfermeras. El caso más reconocido es el de las monjas de la orden de Santa Ana, que estuvieron presentes en el Chaco Boreal como enfermeras durante la guerra. Reconocida también fue la labor sanitaria y de acción social en beneficio de huérfanos de guerra y la creación de un hospital de sangre por parte de las misioneras pontificias de la Congregación Cruzadas de la Iglesia fundada por la madre Nazaria Ignacia March, actualmente reconocida como la primera santa boliviana. La misma labor realizaron otras congregaciones religiosas de presencia femenina, que al igual que los capellanes de campaña, ayudaban y daban curaciones físicas y espirituales, dictando catequesis o escuchando a los heridos, ya sea en sus delirios y estertores o en sus voces cotidianas. Si bien no podían administrar sacramentos, sí podían atender espiritualmente a los heridos y convalecientes, obteniendo además medicamentos, ropa y comida, así como cualquier ayuda necesaria para su total recuperación. Su labor dependía en gran medida de la caridad de la población en general.



Despedida a los capellanes para la Guerra del Chaco. Segundo y cuarto de la tercera fila, con uniforme militar, los capitanes capellanes de campaña Luis Fernández Guevara y Antonio Paredes. De rodillas en el círculo blanco el entonces estudiante Rene Barrientos Ortuño. Convento de San Francisco de La Paz, 13 de febrero de 1933.

Fuente: Lara Claros (1991).

5. Realidad espiritual en la Guerra del Chaco

La importancia de los capellanes de campaña recae en la consolidación de una fuerte espiritualidad en quienes partían a la contienda chaqueña. Reconociendo que se encontraban en un ambiente hostil y frente a la posibilidad de la muerte cada día, veían psicológicamente reforzada su creencia en el sacrificio por la patria. Es así que establecer una paz espiritual a través de los servicios religiosos consistía en sí mismo una forma de dar tranquilidad y paz a los combatientes antes de una batalla, y más aun cuando el accionar del sacerdote, aparte de reconfortarlos y consolarlos, les daba ánimos y aumentaba la moral combativa; los capellanes eran importantes para la paz y fuerza emocional y psicológica de los combatientes. Es por ello que el historiador Rojas da énfasis a lo expresado por el comandante de la 8va. División, coronel Ángel Revollo, quien dijo:

Tienen que venir los sacerdotes hábiles comprendidos en los llamamientos. No importa que las ciudades y los pueblos queden mal atendidos: Bolivia es ahora el Chaco y aquí tiene que converger todo, lo profano como lo sagrado. Necesitamos sacerdotes para cada unidad. Que vengan todos los que puedan. Aunque no recorran la línea ni se expongan, en los combates, es suficiente que celebren frecuentemente la misa ante los “repetes”, que creen en Dios y en la misa (Rojas, 2016, p. 2).

Esta expresión denota la influencia que tenía la Iglesia Católica en la sociedad boliviana previa a la guerra y más aun durante la misma. Es así que su accionar fue un hecho reconocido y recordado por los soldados que concurrieron a la

campana del Chaco, siendo la figura del sacerdote católico un aliciente previo a los combates. El hecho de celebrar misa y la expresión de una homilía que motivase el sentir patriótico forjaban una consolidación de unidad y hermandad entre los soldados, así como daba paz a sus espíritus. Esto era tanto más patente en los soldados que fueron partícipes de combates en los que hubo gran cantidad de bajas, que fueron testigos de heridas de diversos grados en sus compañeros y escucharon sus gritos de agonía antes de perecer, o que fueron víctimas de la constante tensión de estar en la línea de combate, siendo afectados física y emocionalmente; en estos casos el accionar de los capellanes daba cierta paz o calma en momentos de gran pesar.

Si bien para ese momento ya existían en Bolivia diversas comunidades de otras iglesias de índole cristiana, la fe católica era la de mayor presencia en Bolivia, y como tal estuvo presente en las trincheras del Chaco. Los combatientes reconocieron su accionar, especialmente con la celebración de la eucaristía, que se daba cada vez que un capellán de campaña llegaba a su sector. Dicha celebración era recordada de diversas maneras por quienes participaron en las mismas. Importante es mencionar que la mayoría de los destacamentos de soldados bolivianos al momento de partir a la campaña chaqueña lo hacían de forma ceremoniosa, con despedidas de sus familiares y la celebración de una misa de bendición, así como con una despedida o envío de parte de los párrocos locales, con la confección de un estandarte propio en algunos casos y el sonido de una banda musical. Esta acción se repetía cuando se pasaba por Tarija o Villamontes, donde también, aparte del capellán de campaña, estaban presentes algunos músicos pertenecientes a la banda de un regimiento o destacamento, que hacía resonar las notas de algún bolero de caballería que acompañaba la celebración eucarística y el posterior ingreso de los soldados a la zona de operaciones. En ésta la celebración de misas pasaba a segundo plano, dando prioridad a las acciones bélicas, pero eso no significaba que no estuvieran presentes, en menor medida, pero sí de forma lo más constante posible.

Según varios testimonios, la misa católica no era algo que pasaba de forma cotidiana, sino que podían pasar días, semanas o incluso meses entre una celebración y otra. Por tal razón eran reconocidas y recordadas, y sobre todo eran realizadas con solemnidad y religiosidad atenta por parte de los soldados, tal como declara el entonces oficial Juan Granier Chirveches:

20 de diciembre/32 (...) el padre Francisco Aguilar celebró una misa en el hospital, después nos visitó el obispo de Potosí monseñor Loayza, que dijo: "Tened confianza en Dios y después en nuestros medios que los ofrendareis a la patria". El que más y el que menos se ha educado en la religión católica y aun a los me-

nos observantes les llega el momento en que se les despierta la fe, cual si hubiera invernado dentro de sus espíritus. Alguien dijo que nunca había presenciado más unción en los soldados que cuando eran absueltos por el capellán antes de entrar en combate. No cabe duda que las fuerzas morales dominan las materiales, impulsando al hombre a los más grandes sacrificios (Granier Chirveches, 2005, p. 77).

El accionar de los sacerdotes Aguilar y Loayza fueron esenciales para que Chirveches realizara esta reflexión sobre las fuerzas morales, ya que tanto él como sus camaradas reconocen la importancia e influencia de los capellanes de campaña en la tropa combatiente y en ellos mismos, así como las palabras de aliento realizadas por el obispo de Potosí. Este sentido de un unción y confianza en la voluntad divina previo a un combate por parte de los soldados también fue presenciado por el entonces combatiente Jesús Lara, quien menciona lo ocurrido en agosto de 1934 en el fortín Ballivián: “Son las 11:30 aproximadamente, un capellán de ejército celebra misa en un corredor de la plaza, muchos soldados y oficiales escuchan contritos el sagrado rito” (Lara, 2005, p. 102)

Es así que la celebración eucarística desarrolla ese sentimiento de unción, paz y reflexión de los soldados al momento de encontrarse con el rito sagrado del que son partícipes desde su infancia y que en ese momento de angustia consolidaba una presencia estable y concreta para sus espíritus y conciencias, antes de continuar con las acciones bélicas. Ello también ocurría al momento de avanzar hacia las trincheras de primera línea donde se darían los combates. Es en este avance que también se requería la presencia de un capellán de campaña que, encaramado a un camión, un grupo de cajas o turriles y desde una cierta altura sobre el suelo, se cubría de su estola sacra y haciendo uso de sus manos otorgaba la última bendición y perdón de los pecados a los soldados que partían a combatir, muchos de los cuales la recibían con serenidad, otros con respeto y algunos con unción, persignándose, acto que para muchos de ellos sería el postrero.

La bendición es un acto constate y concreto de la fe cristiana católica, ya que es el acto con el que una madre despide a su hijo al abandonar el hogar; es el acto que realiza el sacerdote al concluir una misa y es también una referencia a la bendición divina al iniciar un nuevo camino o enfrentarse a una situación desconocida. Por ello era tan relevante al momento de entrar en batalla o ser partícipe de una acción bélica. Asimismo, el capellán cumplía este rito sagrado como un último consuelo a aquellos soldados que cometían crímenes tales como la desertión, el amotinamiento, la automutilación (izquierdismo) o la traición a la patria. Ya que dichos cargos en tiempos de guerra se castigaban

con la pena de muerte y eran realizados poco tiempo después de cometido el crimen y capturado el soldado que lo realizó, era difícil que un capellán de campaña pueda asistir al fusilamiento del o los condenados. En pocas ocasiones estuvieron presentes para dar aquella última bendición a los fusilados, quienes recibieron esta atención espiritual con el acto sacro que representaba la última bendición de parte de un capellán de campaña.



Bendición de tropas antes de ingresar en combate.
Fuente: Sánchez Guzmán (2011).

Otro aspecto que era fundamental era aumentar la moral combativa de los soldados, tanto de aquellos que ya llevaban tiempo en campaña y habían sobrevivido a diversos combates como de los recién incorporados, cuyo nerviosismo y expectativa de la nueva realidad a la que se enfrentaban los caracterizaba. Esto se daba durante la homilía, que es un acto donde el sacerdote da un sermón reflexivo sobre las sagradas escrituras y contextualiza el tema del evangelio con la realidad que se vive en ese momento. De la misma forma, se afianzaba el espíritu patriótico y combativo de las tropas asistentes a la misa haciendo uso de una elocuencia y palabras convincentes. Los capellanes de campaña aliviaban el nerviosismo de los nuevos soldados y calmaban el pesar de los veteranos, reconociendo su valor y esfuerzo, dando énfasis al sacrificio de los presentes como de los de otros regimientos y narrando sus acciones, mencionando héroes nacidos del pueblo y recordando el honor patrio por el cual estaban combatiendo. Testigo de ello fue el soldado Raúl Iburgüen, del regimiento 25 de infantería, que recién ingresaba a la zona de operaciones:

Llega un sacerdote, es el capellán de la División, es la última misa antes de entrar a la línea de fuego. Cuenta algunos pasajes de los puestos adelantados en Agua

Rica, dice: Se dio la orden de retirada del fortín Saavedra, empero la actitud del Reg. "50" de infantería modificó esta decisión, ya que el lema del regimiento de morir antes de dar un paso atrás se lo impedía. Comprendimos que el sacerdote no hacia otra cosa que alentar y levantar la moral de los que se dirigían al campo de batalla (Ibargüen, 1979, p. 25).

Dichas palabras, como bien indica Ibargüen, levantaron la moral de los nuevos combatientes como él, así como honraban las acciones de sus camaradas veteranos por acciones previas. Este mismo sentir tuvo otro capellán cuyo nombre no se menciona pero que celebró una misa en memoria de los caídos en combate, como menciona Saturnino Rodrigo: "It Misa est. El capellán elogió las bravuras de las tropas. Los jefes a su turno exaltaron las virtudes del soldado y luego, silenciosos y admirables, los repetes desfilaron honrando a sus compañeros que, al salvarlos, salvaron a la patria toda" (Rodrigo, 1959, p. 95).

Es mediante el rito religioso, tanto con una misa tradicional en latín, como atestiguó Rodrigo, como con la que atestiguó Ibargüen, que se da un reconocimiento sagrado de los caídos, enfatizando a los soldados sobrevivientes que su sacrificio, como el de sus camaradas, sería reconocido y honrado, y recordándoles que cada uno de los soldados son importantes tanto para Dios como para su patria.

Mas existieron momentos durante la campaña en los que no hubo tiempo de celebrar misas, en los que el caos, miedo, incertidumbre y desconfianza dañaban el ambiente y los corazones de los soldados. Un caso concreto de este tipo de sucesos fue el cerco de Campo Vía, en diciembre de 1933, cuando el accionar del capellán Luis A. Tapia fue esencial para calmar los espíritus atribulados de los soldados cercados. Es el caso del suboficial de sanidad Alberto Loaiza Beltrán, farmacéutico de la 4ta división, quien recuerda cómo el sacerdote alzó la voz en medio del caos para aliviar los espíritus de sus compatriotas, sin celebrar una misa, sin erogar elogios, sino solo buscando calmarlos y afianzar la fortaleza que todos ellos requerían para enfrentar ese momento de incertidumbre:

(En Campo Vía) entonces vi al Padre Luis Alberto Tapia hablando a un grupo de soldados y oficiales. Intentaba darnos la fortaleza necesaria, a fin de que las tropas no llegasen a desmoralizarse y pudiésemos salir adelante en este terrible momento de la guerra, nos decía más o menos: (...) yo quiero que esta desgracia nacional nos haga pensar más en nuestra patria, en nuestras familias, en nuestros seres queridos, en nuestro pueblo que está tan lejos de nosotros y que no tiene idea de lo que estamos pasando en estos momentos aquí en el Chaco, que es una guerra que debemos soportar con verdadera fe, pensando que cuando pasen estos momentos tan dolorosos, estaremos orgullosos de haber servido a nuestra patria

y la habremos conservado grande, justa y generosa, siempre con base en nuestra gran fe y amor de Dios (Loaiza Beltran, 1998, p. 36).

Es así como el accionar del padre Tapia logró calmar y aliviar el pesar de quienes le rodeaban durante aquella batalla. Posteriormente, tanto Tapia como sus camaradas serían llevados en calidad de cautivos a los campos de prisioneros en el Paraguay.

Si bien existía un gran apoyo y reconocimiento del accionar de los capellanes de campaña, también es verdad que existía cierto resentimiento y recelo hacia ellos, porque su presencia significaba que se libraría un ataque o una batalla que a la postre representaría que muchos de los oyentes o testigos perecerían en dicha acción. Testigo de este tipo de actitud fue el entonces Sargento Andrés Carrasco, del regimiento “Jordán” 1 de infantería:

Una mañana aparece en nuestras posiciones el comandante de compañía teniente Atiliano Yugar, quien nos informa que había llegado al comando del tercer batallón un sacerdote para celebrar una misa para todos los soldados católicos (...) termina diciendo muy ceremoniosamente: -¡Todos los soldados que deseen escuchar la sagrada misa pueden ir, llevando sus fusiles y cartucheras! (...) Por fin comienza la celebración, que la escuchamos con mucha fe, antes de terminar el sacerdote dirige estas palabras a los reunidos: soldados bolivianos, hoy celebro esta misa para ustedes, porque estamos en guerra, todos estamos sufriendo de hambre y sed, pero la patria requiere este sacrificio. Están perdonados de sus pecados, todos los que quieren recibir la sagrada comunión pueden acercarse, no es necesario contestar! Después de terminada la eucaristía regresamos a nuestras posiciones. Algunos comentan que los curas son malagueros, que vienen a hacer misa cuando se aproxima un ataque –acaso no recuerdan– dice alguien –el año pasado en el mes de noviembre (1934) se celebró una misa en el fortín Santa Fe y luego nos lanzaron en una ofensiva donde murieron muchos (Carrasco, 2009, pp. 188-189).

La creencia de la tropa veterana de que un sacerdote representaba una posible batalla futura, era lógica, mas en contraposición, también representaba una tranquilidad espiritual para las futuras acciones bélicas.

Asimismo, los capellanes de campaña, aparte de celebrar misa y otorgar comunión o bendiciones en las cercanías de la primera línea de combate, también sirvieron en los fortines de retaguardia, donde colaboraron con la atención médica de los heridos y enfermos de la guerra. Si bien no tenían conocimientos médicos, sí otorgaban consuelo y paz a los evacuados, muchos de los cuales sufrían heridas emocionales y físicas. Esto también refleja cómo mediante la fe de una pronta recuperación y la esperanza de volver a ver a sus seres queridos se

daba un consuelo y una gran ayuda a todos los soldados. Así lo recalca Lizardo Suarez, cuando evoca al sacerdote destinado al hospital del Fortín Saavedra:

En Saavedra había un capellán, era el padre Aguinaco. Todos los evacuados que hemos residido en ese hospital lo recordamos seguramente con cariño. Qué solitud, qué abnegación, qué formidable contextura espiritual del anciano padrecito. Todas las mañanas decía su misa, y una vez tres aviones “pilas” irrumpieron en los aires del fortín, en el momento de la ceremonia, los heridos y enfermos que podían andar, escaparon o se cobijaron en los pozos existentes, solo se quedaron en cama los heridos inmovilizados y el sacerdote que cumplía mientras tanto con los rituales. El padre Aguinaco es un anciano todo amor, su sueldo lo invertía en la adquisición de jvas de cigarrillos de diez centavos. Todas las tardes, después de dormir su siesta, como todo buen recoleto hacia su visita al hospital. Obsequiaba a cada uno de nosotros un buen cigarrillo y atendía al de más allá, enterraba a todos los muertos y los auxiliaba en todos sus momentos (Suárez, 1985, pp. 54-55).

El accionar del anciano capellán de campaña fue relevante para el alivio espiritual y emocional de los soldados heridos y enfermos. Al ser un anciano, el padre Aguinaco no estaba comprendido entre los llamamientos militares, podía haberse quedado en su iglesia o monasterio de origen, pero en lugar de ello partió a la guerra y fue un solícito colaborador en la atención de todos los evacuados. Una acción que también puede atribuirse al padre Gericke y a otros sacerdotes partícipes de la campaña bélica.

Esta realidad, la del apoyo y consuelo de parte de los capellanes de campaña para con los combatientes bolivianos en los hospitales retaguardia, es retratada de forma realista por Ramiro Calasich cuando relata el encuentro de un sacerdote con un evacuado de la línea de combate, en el hospital del fortín Ballivián. Allí se enfrasca en un debate sobre el papel divino en una guerra humana y cómo ésta afecta a quienes participan de la misma. Calasich escribe desde el punto de vista del soldado veterano, expresando su crítica a la realidad que vivieron los soldados bolivianos en la guerra:

Sali evacuado a retaguardia y de ahí quiso Dios que me destinaran a Villamontes, para curar las heridas del cuerpo; para aquéllas que llevo en el alma no existe cura alguna. Adolorido y en medio de espeluznantes delirios, recibí la inesperada visita de ese sacerdote, el padre Eduardo, quien me consoló mientras anegaba la enfermería con un repentino diluvio de amargura. Me dijo que jamás olvidaría, que debería aprender a vivir con el recuerdo pegado en mi almohada, que no existe poder humano o divino que me permitiera borrar tanta matanza. (...) me leyó la Biblia, me mostró fotografías de sus lejanos familiares y lloró conmigo porque nadie puede entender cómo nos sacrifican en esta inútil guerra. El desahogo me dejó más tranquilo, aunque sigo teniendo mis dudas sobre el comportamiento de Dios; al menos la conciencia me duele menos (Calasich, 2000, pp. 76-79).

El consuelo y consejo realizado por el padre Eduardo ejemplifica el papel que cumplieron los capellanes de campaña al atender espiritual y emocionalmente a los combatientes, tanto en primera línea como en los hospitales de retaguardia, demostrando que donde estaba un capellán estaba un amigo, alguien en quien se podía confiar. Pero ahí no termina su accionar, porque más allá de las salas de hospitales, más allá de la línea de combate, estaban los campamentos de los prisioneros de guerra, donde los soldados bolivianos en calidad de cautivos se sometían a la voluntad de sus captores por un tiempo indeterminado, y junto a ellos estaban presentes algunos de los capellanes de campaña. Un testimonio al respecto es el de Víctor Varas, quien rememora que durante su estadía en el campo de prisioneros recibieron la visita de varios religiosos:

Entre los visitantes reconocemos al R.P. Alberto Tapia, capellán del ejército, caído en Campo Vía (...) Regresa el padre Tapia hecho un Santa Claus en desgracia, procurando remediar en algo la miseria y postración de la que fue observador; obsequia a algunos muchachos conocidos una especie de calzón a cuadros a manera de pantalón; a otros, una camisa del mismo género, algunos reciben agujas y hebras de hilo... a los de más allá les toca recortes de género para remiendos. Casi llorando el buen sacerdote exclama: - ¡Es que no puedo hacer nada más! (...) nivelados en su condición de prisioneros, están presentes desde humildes indígenas campesinos de todos los ámbitos bolivianos; obreros, empleados, estudiantes, profesionales, mestizos o blancos (...) ávidos de alivio espiritual mediante su comunicación con lo divino (...) todos contemplamos la rememoración que trae el rito vivamente conmovidos (...) habla el R.P. Tapia (...) pide resignación hasta que venga la paz salvadora de todos los infortunios y poder regresar al país para poder contribuir a su resurgimiento. Las palabras del orador sagrado conmueven profundamente a los concurrentes (...) se suministra la comunión, dentro de un solemne silencio la reciben por igual los bolivianos, así como los custodias y el elemento civil paraguayo (Varas, 1972, pp. 300-303).

La forma en que el padre Tapia hacía lo que podía en favor de los cautivos bolivianos es uno de los principales hechos que se realizaron a favor de mejorar la calidad de vida en el cautiverio. No solo se daba consuelo espiritual, mediante la misa celebrada en cautiverio y la homilía que inspiraba a resistir el tiempo que durase el presidio, sino que también se buscaba aliviar los pesares físicos, tales como la desnudez obligada en que se encontraban muchos de los prisioneros de guerra. La falta de alimento y las diversas dolencias que afectaron la sobrevivencia en el cautiverio fue paliada en gran medida por la colaboración mutua entre los cautivos y también en actos similares al realizado por el padre Tapia. Este padre también abogó por el cuidado de los prisioneros a sus captores y capataces, solicitando en más de una ocasión acabar con el trato que éstos recibían. Tal fue su accionar en el cautiverio en el Paraguay.

Cuando finalizó la campaña bélica, en los días posteriores al 14 de junio de 1935, cuando ya estaba activo el cese de hostilidades en todos los frentes de combate, el coronel Bernardino Bilbao Rioja publicó un comunicado titulado: “Que la patria sea para todos y nosotros para la patria”, agradeciendo los servicios y esfuerzos de todos aquellos que participaron en la contienda, tropa y oficiales, telegrafistas y choferes, cirujanos e ingenieros, así como a los capellanes de campaña. En referencia a ellos, el comandante boliviano decía: “Capellanes: os agradezco vuestra noble colaboración. Trajisteis el estímulo y el amparo espiritual para nuestro soldado. Muchas madres sienten aliviada su pena, al saber que sus hijos recibieron de vosotros los últimos auxilios y que os dieron sus últimas palabras de recuerdo para ellas” (citado en Pacheco, 2021).

Tales palabras vinculaban fuertemente el lazo que tenían los capellanes de campaña con la sociedad boliviana, que reconoció su labor espiritual al consolar los sentimientos de la tropa combatiente con sus familiares y viceversa. Una loable labor que el Comando boliviano reconoció durante toda la campaña bélica, y más aún en los días en los que ésta llegaba a su fin.

Es mediante todos estos testimonios que se reconoce el accionar de los capellanes bolivianos en la Guerra del Chaco y cómo fueron de gran ayuda para los combatientes bolivianos, tanto en la retaguardia como en el frente de batalla y en los campos de prisioneros. Su presencia fortaleció la fe de muchos, tanto en el credo católico como en el ideal patrio. Los ritos religiosos y las celebraciones eucarísticas, las confesiones, las bendiciones y las oraciones por vivos y muertos, otorgaban a los soldados paz y esperanza de no ser olvidados en caso de caer en batalla, así como también mantenía viva la esperanza de volver a sus hogares junto a sus familias. Es así que la relevancia de los capellanes de campaña recae en su accionar para confortar espíritus, renovar fuerzas, motivar voluntades y desarrollar la fe y la esperanza en las almas de los soldados bolivianos que combatieron en el Chaco Boreal.

6. Conclusiones



Bendición de dos soldados condenados a ser fusilados.

Fuente: <https://www.lostiempos.com/actualidad/cultura/20170320/contemplacion-estallido>

La actuación de los capellanes bolivianos en la Guerra del Chaco respondía a un interés de parte del alto mando nacional para atender las necesidades espirituales y emocionales de los combatientes. Conscientes de que el ambiente bélico y la tensión constante en la zona de operaciones serían demasiado fuertes para quienes combatían por mucho tiempo, sabían que los capellanes de campaña serían de gran utilidad dando paz espiritual a los soldados. El accionar de los sacerdotes católicos mediante el ejercicio de los ritos sagrados, tales como la misa, la confesión y la bendición de la tropa combatiente fue relevante porque tomó en cuenta la importancia de las creencias religiosas de los soldados en un ambiente bélico; mediante ese trabajo, los soldados podían mantener el control sobre sus pensamientos y emociones al momento de entrar en combate. También es importante mencionar que las acciones sociales, representadas por actos de la misericordia cristiana tales como dar alimento al hambriento, vestir al desnudo, enterrar al muerto, entre otros fueron realizados con gran esfuerzo y solícito apoyo de parte de los sacerdotes para con los soldados bolivianos, en todas sus facetas bélicas, ya sea combatiente, herido, enfermo, prisionero o evacuado.

Conocer el accionar de los capellanes de campaña genera un nuevo punto de vista de la contienda bélica, proporcionando una visión más amplia de la realidad de la Guerra del Chaco. Este estudio ha identificado esas nuevas perspectivas de la realidad social y militar de Bolivia al momento de la Guerra del Chaco, ampliando el conocimiento de este conflicto en varios aspectos,

tanto militar como social y religioso. En tal sentido se considera un aporte a la historiografía social y religiosa de Bolivia, buscando generar una reflexión sobre como la fe y la esperanza influyen en nuestros sentimientos, acciones y decisiones, tal como sucedió con quienes asistieron al conflicto bélico.

Recibido: septiembre de 2024

Aceptado: octubre de 2024

Referencias

1. Arze, G. (1984). *Instantáneas de ayer*. Cochabamba: Editora Nacional Bolívar.
2. Calasich, R. (2000). *Sangre y heroísmo en el Chaco*. La Paz: Presencia.
3. Carrasco, A. (2009). *Testimonio de guerra*. Oruro: Latinas Editores.
4. Chambi Ocaña, A. (2015). La Guerra del Chaco: los héroes olvidados. *Fuentes. Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional*, 9(38), 22-40.
5. ----- (2019). *Los prisioneros bolivianos en la guerra del Chaco y su relevancia en la post guerra 1932-1946*. La Paz, Universidad Mayor de San Andrés (UMSA).
6. Espinoza Mier, N. (2008). *Tendido suelo, Tapa cielo. Memorias de un soldado raso prisionero de la Guerra del Chaco*. Cochabamba: Kipus.
7. Granier Chirveches, J. (2005). *Diario de campaña*. La Paz: Ah! Publicidad.
8. Ibargüen, R. (1979). *Frente, prisión, evasión*. La Paz: Don Bosco.
9. Lara Claros, M. (1991). *El mejor del convento*. La Paz: Garza Azul.
10. Lara, J. ([1937] 2005). *Repete*. La Paz: Juventud.
11. Loaiza Beltrán, A. (1998). *Memorias de la guerra*. Sucre: Termo Graphics S.A.
12. Meyer, C. (1987). *En ambos frentes*. Asunción: La Colmena.
13. Pacheco, C. (14 de junio de 2021). *Historias de Bolivia*. https://www.facebook.com/profile/100069084377109/search/?q=capellanes&locale=es_LA
14. Querejazu, R. (2007). *Masamaclay*. La Paz: G.U.M.
15. Rodrigo, S. (1959). *Fue la sed*. La Paz: Juventud.
16. Rojas, J. (29 de septiembre de 2016). Capellanes castrenses y la Guerra del Chaco. *La Patria de Oruro*.
17. Sánchez Guzmán, L.F. (2011). *Soldados de siempre. La Razón*.
18. Suárez, L. (1985). *Realidades de la guerra*. La Paz: Eléctrica.
19. Varas Reyes, V. (1972). *Ch'ajmidas. Apuntes folklóricos. La guerra del Chaco*. La Paz: Universo.

Ángeles en la retaguardia: las “madrinas” de guerra en la campaña del Chaco, 1932-1935

Angels in the Rear: War Godmothers in the Chaco Campaign, 1932-1935

*Luis Fernando Aruquipa Chino**

Resumen

Durante la tercera década del siglo pasado, a Bolivia le tocó afrontar una de las guerras más sangrientas de su historia. Una guerra que terminará cambiando por completo el destino del país, además de llevarse consigo una generación entera de jóvenes que tenían muchos sueños que cumplir. Mucho se habló del heroísmo mostrado por los hombres en el campo de batalla, omitiendo así la importante participación femenina durante este conflicto. Pues ni bien empezó la guerra, una parte de la población femenina de La Paz se ofreció para formar parte de la Sanidad Militar y Cruz Roja; algunas señoritas también organizaron las labores Pro-Patria, creando sociedades patrióticas. Una de éstas fue la institución “Madrinas de guerra”, que inicialmente nació en La Paz, presidida por la señora Bethsabe Iturralde. Dicha institución que tuvo la autorización del Ministerio de Guerra y Colonización, en los meses siguientes a su creación, se fue expandiendo a todo el país, con el objetivo de que estas señoritas brinden apoyo moral y material al ahijado y a su familia.

Palabras clave: Guerra; mujeres; institución; población.

* Estudiante de Historia en la Universidad Mayor de San Andrés.
Contacto: luisaruquipachino@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-9600-1894>

Abstract

During the third decade of the last century, Bolivia had to face one of the bloodiest wars in its history. A war that will end up completely changing the destiny of the country, in addition to taking with it an entire generation of young people who had many dreams to fulfill. Much was said about the heroism shown by men on the battlefield, thus omitting the important female participation during this conflict. Well, as soon as the war began, a part of the female population of La Paz volunteered to be part of the Military Health and Red Cross, some young ladies also organized Pro-Patria work by creating patriotic societies. One of those patriotic societies was the "Godmothers of War" institution, which was initially born in La Paz, chaired by Mrs. Bethsabe Iturralde. This institution, which had the authorization of the Ministry of War and Colonization, in the months following its creation, expanded throughout the country, with the objective of these ladies providing moral and material support to the godson and his family.

Keywords: War; women; institution; population.

1. Introducción

La Guerra del Chaco fue un conflicto sangriento que se llevó la vida de toda una generación de jóvenes. La guerra siempre cae bien a los nacionalismos, y el conflicto del Chaco no fue la excepción. Parece ser que los gobernantes ven en la guerra una buena oportunidad para unir el país en una sola causa: "defender el territorio" así cueste toda una generación de jóvenes. En este contexto, las mujeres también fueron partícipes, impulsadas por sus sentimientos patrióticos. Es por ello que desde inicios de la guerra la mujer participó activamente, incluso aquellas damas que repudiaban las guerras. Una de ellas fue Ana Rosa Tornero, que inicialmente proclamaba discursos repudiando la guerra y posteriormente se la ve apoyando a la causa patriótica. En este contexto surgió la institución "Madrinas de guerra", una sociedad conformada por varias señoras y señoritas del país, preocupadas por la situación de los soldados en el Chaco, sobre todo de aquellos que no tenían familia. Esta institución cumplió importantes labores en favor de la sociedad en general.

Este artículo está escrito principalmente en base a fuentes primarias, ante la ausencia de estudios sobre la institución de las "Madrinas de guerra", entre los cuales solamente se puede destacar la obra de Florencia Duran y Ana María Seoane (1997), y algunos otros estudios más. Considero que se debe seguir

investigando sobre el tema de las madrinas de guerra, que no solamente da para escribir un artículo, si no para una tesis. Debido a algunas limitaciones, solamente se hizo la consulta a algunos periódicos que estuvieron a mi alcance. También se complementó con fuente primaria que se encontraba transcrita en otros estudios.

2. La mujer en el contexto de la Guerra del Chaco

La Guerra del Chaco, un conflicto entre Bolivia y Paraguay que empezó en el siglo XIX por la cuestión de los límites, pese a varios intentos de negociación diplomática jamás se logró evitar mediante un acuerdo concreto¹. A finales del siglo XIX se mandó expediciones al Chaco mediante el río Pilcomayo, para la observación de este territorio poco conocido². Una de estas expediciones contaba con la presencia de una mujer de nombre María Pericón (Noticias; noviembre 1947); posteriormente en las primeras décadas del siglo XX, Bolivia se asentó en el Chaco fundando fortines³.

Es en 1928 cuando se produce el primer enfrentamiento entre ambos ejércitos, exactamente el 5 de diciembre, cuando un regimiento paraguayo atacó violentamente a un reducido grupo de soldados bolivianos que resguardaban el fortín, haciéndolos prisioneros. Esto generó manifestaciones en las ciudades del país, principalmente en la ciudad de La Paz, donde una gran multitud de damas salieron a marchar, protestando en contra de las acciones tomadas por Paraguay. Se dirigieron a la plaza Murillo, donde en presencia del presidente de la república, Hernando Siles, mujeres como Ana Rosa Tornero y Bethsabé de Levy pronunciaron discursos rechazando el accionar del enemigo (Virreira, 1932, pp. 92-95).

¿El conflicto armado en el Chaco había comenzado?, pues así parece. La Liga de las Naciones trataba a toda costa evitar el estallido de la guerra, motivando tanto a Bolivia como a Paraguay a optar por la diplomacia para solucionar los problemas de límites. Al final nada resultó, llegó 1932 y también la guerra. Los combates de junio y julio en el fortín Pitantuta o Chuquisaca dieron inicio a largos tres años de sangrienta guerra que se llevó consigo a toda una generación de jóvenes bolivianos.

1 Primero se firmó el tratado Decoud-Quijarro en 1879, que planteaba que los límites entre Bolivia y Paraguay iban a ser en cercanías del río Pilcomayo. Este tratado no fue ratificado por Bolivia. Posteriormente, en 1887, se firmó el tratado Acebal-Tamayo, el 14 de febrero, en Asunción. De igual manera, el tratado no fue ratificado por los desacuerdos por ambas partes.

2 Una de esas expediciones la realizó Daniel Campos, navegando desde Tarija hasta Asunción mediante el río Pilcomayo en 1883. Posteriormente publicó su informe en formato de libro, una edición maravillosa con varias ilustraciones.

3 Puestos militares.

Ni bien comenzó la guerra, varias mujeres participaron mostrando su opinión y su interés en colaborar. Algunas opinaron en contra del conflicto bélico, como el caso de la señora Ana Rosa Tornero, que juntó a señoras y señoritas y las concentró en una multitudinaria presencia en la plaza Murillo, el 20 de julio de 1932⁴. Después de recibir una ovación por parte del público, expresó su opinión condenando el conflicto bélico y pidiendo que se reestablezca la paz entre ambos países. Otro caso es la opinión pública del Ateneo Femenino, que fue difundida por los periódicos de la época. Esta institución invitaba a las mujeres del mundo en general a meditar y pedir paz para que el conflicto del Chaco llegara a su final⁵. Otra mujer que fue muy crítica por los nacionalistas que apoyaban la guerra fue Hilda Mundy, quien publicó varios artículos metafóricos criticando el accionar de las sociedades patrióticas: "La mujer boliviana consciente de sus deberes, ha repudiado eternamente las guerras de conquista..."

La otra parcialidad de las mujeres pedía la guerra, impulsadas por sus sentimientos nacionalistas, como en el caso de Oruro, donde las mujeres se mostraron a favor de la guerra, pidiendo que continúen las hostilidades para castigar los actos antihumanitarios de los paraguayos⁶. En Potosí se concentraron 5000 mujeres, manifestando su fervor nacionalista, en la plaza 10 de noviembre, lanzando mensajes patrióticos para el ejército en campaña⁷; algunas damas expresaron su sentir patriótico mediante las radioemisoras, como lo hizo la Liga de Damas Católicas, que envió mensajes de aliento y gratitud por el sacrificio a los combatientes bolivianos en el Chaco⁸. También en la prensa se podía leer textos como el siguiente:

Mi deseo vehemente es que mis ahijados actúen en defensa del patrimonio nacional, con toda suerte, demostrando la valentía del soldado boliviano, que, en la hora presente, lucha por el derecho y la justicia que le asiste sobre suelo patrio. Al desearos un feliz viaje, imploro a la providencia por vuestra buena conservación y retorno con los laureles de la victoria. Recibid por separado, pequeños paquetes cuyo contenido os servirá en algo. Muy atenta y segura servidora: Frida de Brindley⁹.

Al final, tanto las mujeres que estaban a favor de la guerra como las que la repudiaban unieron fuerzas para participar activamente en las campañas de

4 La Razón, 21 de julio de 1932.

5 La Razón, 29 de julio de 1932.

6 La Razón, 25 de septiembre de 1932.

7 El Diario, 9 de agosto de 1932

8 El Diario, 6 de agosto de 1932.

9 (Cárdenas, 2011, p. 44).

recolección de fondos, víveres, ropas, materiales de sanidad, organización de kermeses. Incluso algunas damas llegaron hasta la línea de fuego para supervisar el curso de la guerra¹⁰.

Para recolectar fondos mediante donaciones y realizar otras actividades en favor de la patria, con el fin de posibilitar el pago de aguinaldos a los combatientes en el Chaco, se creó el Centro de Propaganda y Defensa Nacional. Dicho centro controlaba todas las donaciones que hacían instituciones privadas, públicas y la población. De este Centro van a depender todas las sociedades de damas y comités pro-patria que se formaron una vez que inició la guerra.

Inicialmente, en la ciudad de La Paz, se formaron sociedades patrióticas de damas. Una de ellas estuvo organizada por las hijas del presidente de la república, Daniel Salamanca, quienes hicieron un llamado en tal sentido a las señoras y señoritas de la sociedad paceña. En un inicio se convocó a una reunión para definir el papel que iban a jugar las mujeres¹¹, y posteriormente se organizó la “Sociedad de señoras patrióticas”, compuesta por varias señoras y señoritas de La Paz. Esta sociedad se organizó con el objetivo de cumplir ciertas medidas en favor de los combatientes del Chaco¹². Otro caso es el de las ex alumnas del colegio Santa Ana, quienes organizaron un comité que tenía el objetivo de realizar colectas de víveres y fondos económicos para destinar al ejército en campaña¹³. Una de las sedes donde hacían sus reuniones estas sociedades de damas de La Paz era el Colegio de los Sagrados Corazones, donde se ponían de acuerdo para aunar los esfuerzos por el bien del país. En una de estas reuniones incluso se tuvo la presencia de legaciones extranjeras¹⁴. También se deben mencionar las labores de recolección de fondos cumplidas por asociaciones religiosas como la “Liga de damas católicas”, que organizó un comité para realizar actividades de socorro a los soldados. Otro caso es el de la “Asociación de cristianas”, que en base a varias medidas que tomó para la adquisición de materiales de donación, hizo la entrega de vendas, sabanas y ropas para destinar a la Cruz Roja¹⁵.

10 Es el caso de Laura de la Rosa, que llegó hasta el Chaco para entrevistarse con el alto mando militar del ejército de Bolivia y los soldados. Una vez concluido su viaje, publicó en 1935 un interesante libro con el título de “Mi visita a las trincheras y zanjas del Chaco”, un ejemplar maravilloso ilustrado con varias fotografías.

11 La Razón, 23 de julio de 1932.

12 La Razón, 24 de julio de 1932.

13 La Razón, 27 de julio de 1932.

14 La Razón, 27 de julio de 1932.

15 La Razón, 24 de julio de 1932.

En las comunidades rurales de La Paz también se organizaron comités de señoras y señoritas en beneficio de la patria, como en la provincia Aroma, donde se conformó un "Comité de damas", que realizaron una donación de ración seca (pito de cañahua, quinua, trigo) destinado a los soldados¹⁶; en Sica Sica también la población femenina hizo la entrega de dinero y sacos de pito de cañahua¹⁷; en Sorata, de igual manera, se organizó un comité de señoras y señoritas para la recolección de fondos y víveres¹⁸.

En el interior del país también se organizaron comités de damas patrióticas, como en Tarija, donde las señoras y señoritas se encargaron de la confección de mosquiteros, uniformes para los soldados y materiales para la sanidad; en Cobija la población femenina realizó recaudación de fondos, además de organizar diversas actividades recreativas y una kermese para atraer fondos económicos, todo apoyado por las autoridades locales¹⁹. En las compañías mineras se formaron comités de damas; concretamente, en la compañía minera Aramayo las esposas de los trabajadores donaron ropa para los soldados; en Cochabamba se lanzó una iniciativa para crear un comité de ayuda a las familias de los reservistas que se encontraban en el Chaco²⁰. Y lo mismo ocurrió en Sucre, Potosí, Oruro, Santa Cruz, Villazón, Uyuni y otros municipios.

Independientemente de las sociedades femeninas, algunas personas particulares también hicieron su donación al Centro de Propaganda y Defensa Nacional, como la señora Hortensia Ramos, que hizo la donación de todas sus joyas para su venta en favor de los combatientes del Chaco²¹. Otra dama que realizó su donación fue la "Señorita Santa Cruz", Juanita Mercado Antelo, con un total de 200 Bs. al Centro de Propaganda y Defensa Nacional²², aunque no fue la única miss que hizo su donación para la causa patriótica, también aportaron la "Miss Cochabamba" con Bs. 134, la "Miss Sucre", con Bs. 61, la "Miss Oruro", con Bs. 58, la "Miss La Paz", con Bs. 48, y la "Miss Potosí", con Bs. 9. Toda esta colecta fue organizada por Ana Rosa Tornero, quien era presidenta de la escuela Profesional de Sáncritas "Uruguay"²³. Algunas docentes del Liceo Venezuela de igual manera hicieron su donación para contribuir a los

16 La Razón, 04 de septiembre de 1932.

17 El Diario, 12 de agosto de 1932.

18 El Diario, 27 de julio de 1932.

19 El Diario, 10 de agosto de 1932.

20 El Diario, 01 de agosto de 1932.

21 La Razón, 09 de agosto de 1932.

22 La Razón, 26 de Julio de 1932.

23 La Razón, 30 de julio de 1932.

defensores del Chaco. A esta larga lista de mujeres que hicieron su donación, se suma la sociedad femenina religiosa de la “Congregación de los tabernáculos”, que hicieron una donación de Bs. 100²⁴.

Una de las instituciones que también se organizó de gran manera fue la Cruz Roja, conformando un cuerpo de enfermeras para partir al Chaco y cumplir con las funciones de sanidad²⁵. Varias voluntarias pidieron incorporarse a la Cruz Roja, como el grupo de las hermanas de Santa Ana, que con un grupo de enfermeras adiestradas pidieron viajar al Chaco para poder socorrer a los soldados²⁶. En el Liceo Nacional Venezuela, varias señoritas solicitaron incorporarse a la Cruz Roja²⁷, y lo mismo ocurrió en el asilo San José de la ciudad de La Paz con las señoritas que habían cumplido la mayoría de edad, mientras que las niñas se encargaron de confeccionar ropa para los soldados del ejército boliviano²⁸. A todas las señoritas que voluntariamente pidieron ser incorporadas a la Cruz Roja se les impartió cursos de enfermería en Santa Cruz²⁹ y La Paz³⁰, y muy probablemente en las demás ciudades del país. Además, se hizo el llamamiento a todas las señoras y señoritas voluntarias para que pasen a formar parte del cuerpo de enfermeras de la Cruz Roja.

La participación femenina en la primera etapa de la Guerra del Chaco fue muy destacada y organizada de manera masiva. Ante la necesidad de recursos, la población femenina respondió realizando varias donaciones; pese a que algunas damas opinaban en contra de la guerra, de igual manera hicieron su contribución patriótica. Las madres no dudaron ni un solo segundo en enviar a sus padres, esposos, hermanos e hijos al Chaco, en defensa de la patria, y es que la población boliviana estaba impregnada en su totalidad de nacionalismo. Incluso algunas damas pidieron ir a la línea de fuego, como la aviadora Amalia Villa de la Tapia³¹, que ofreció sus servicios al Estado Mayor del ejército boliviano en campaña³², aunque dicha solicitud fue negada, no se sabe el motivo.

24 La Razón, 28 de julio de 1932.

25 El Diario, 21 de julio de 1932.

26 La Razón, 23 de julio de 1932.

27 La Razón, 23 de julio de 1932.

28 El Diario, 21 de julio de 1932.

29 La Razón, 24 de julio de 1932.

30 La Razón, 17 de julio de 1932.

31 Amalia Villa de la Tapia fue la primera aviadora boliviana, y una de las primeras en Sudamérica, hizo sus estudios de aviación en Perú en donde logro conseguir su brevete en aviación. A mediados del siglo pasado fue incorporada a la Fuerza Aérea boliviana.

32 El Diario, 19 de agosto de 1932.

3. La institución "Madrinas de guerra"

En Bolivia existe la peculiar tradición de nombrar padrinos y madrinas para diversos acontecimientos a lo largo de la vida, en el bautismo, en la primera comunión, en la graduación, en el matrimonio, etc. Y durante el conflicto del Chaco surgió la inédita costumbre de tener una madrina de guerra, que posteriormente se extendería al Paraguay, e incluso, unos años después, en la guerra civil española.

Inicialmente los reservistas antes de marchar al Chaco, nombraban como madrinas de guerra a sus enamoradas, tías, hermanas o señoritas distinguidas de la sociedad (Criales, 1991, p. 69). Esta madrina de guerra significaba para los soldados la personificación de una madre-ángel, pendiente siempre de su ahijado y deseando que todo salga bien y el combatiente vuelva de la guerra.

Pero posteriormente las madrinas de guerra empezaron a operar ya como una institución, con sede en la ciudad de La Paz y presidida por la señora Bethsabé Iturrealde, una distinguida dama de la población paceña. Esta institución empezó sus funciones el 29 de julio de 1932, con la autorización del Ministerio de Guerras y Colonización, la misma que fue publicada en la prensa escrita:

El Ministerio de Guerra y Colonización ha autorizado a la señora Bethsabé Iturrealde para organizar la institución MADRINAS DE GUERRA. Dicha autorización indica que la franquicia telegráfica deberá recabarse del Ministerio de Comunicaciones³³.

Las "Madrinas de guerra" establecieron su oficina en la avenida Villazón N° 247³⁴, donde también operaba la sección de mensajería de dicha institución. Posteriormente se publicó en la prensa escrita el "Programa de la Institución de Madrinas de Guerra", que establecía seis puntos importantes para su funcionamiento. En el primer punto se realiza la solicitud al Estado Mayor para que éste pueda comunicar a todos los jefes y comandantes de los regimientos, y por ende a los oficiales, suboficiales y soldados sobre la organización de la institución. En el segundo punto se debía nombrar en cada departamento a una señora encargada de la creación de la filial. En el tercer punto se convoca a los oficiales y soldados que deseen tener una madrina de guerra, lo soliciten a la señora representante de la institución, brindando la información de su nombre, su regimiento y el lugar donde se encuentra, para que se le designe una ma-

33 El Diario, 29 de julio de 1932.

34 Esta oficina era en realidad el hogar de la señora Bethsabé Iturrealde, que se encontraba al frente de lo que ahora es el monoblock de la Universidad Mayor de San Andrés.

drina de guerra. En el numeral cuatro se aclara que las madrinas de guerra no solamente se ocuparían del oficial o soldado, sino también de la familia del ahijado, brindándole apoyo moral y económico. En el quinto punto se menciona la creación de una sección de correspondencia para mantener la comunicación entre los soldados y sus familiares. Finalmente, en el sexto punto se establece que desde La Paz se realizarían viajes a otras ciudades de la república siempre y cuando sea necesario³⁵.

Muchos de los objetivos trazados en el programa de la institución se llegaron a cumplir, aunque la sección de correspondencia llegó a durar poco tiempo debido a la censura que estableció el Estado Mayor del Ejército. La directiva de la institución estaba conformada de la siguiente manera: la directora e inspectora era la señora Bethsabé Iturralde; la sección de la correspondencia entre los soldados y sus familiares estaba dirigida por las señoras Esther de Perou y Cecilia de Saavedra; la sección de correspondencia entre los soldados y sus madrinas estaba a cargo de las señoras Elena de Salmón y Victoria de Pinedo; la sección de encomiendas estaba dirigida por las señoras María Luisa de Zapata y Rosa de Mendoza López; en las secretarías estaban las señoras Alina C. de Prudencio y la señorita Laura Sánchez.

Una vez establecida la institución se hizo el llamado a todas las señoras y señoritas para la instrucción. Esta convocatoria fue publicada en los medios escritos, principalmente en los periódicos *La Razón* y *El Diario*:

Insinuamos a todas las señoras y señoritas residentes de esta ciudad que deseen ser madrinas de guerra tengan a bien a pasar a inscribirse en horas de 2 a 4, todas las tardes, en la AVENIDA VILLAZÓN 427.

Actualmente existe un pedido grande de Madrinas de Guerra, y es deber que las señoras y señoritas se han impuesto obligatoriamente, cumplir con el amor patriótico³⁶.

Al parecer la demanda de madrinas de guerra por parte de los oficiales y soldados era alta, motivo por el cual “Madrinas de guerra” solicita en los periódicos que varias señoras y señoritas se sumen y acepten ser madrinas:

Se necesitan cuatrocientas señoritas que quieran aceptar ser Madrinas de Guerra. Inscribirse en la secretaria de la Institución, avenida Villazón, frente al Colegio Militar³⁷.

35 La Razón, 30 de septiembre de 1932.

36 El Diario, 11 de agosto de 1932.

37 El Diario, 6 de agosto de 1932.

1.1. Expansión de la institución por todo el país

Una vez establecida "Madrinas de guerra" en la ciudad de La Paz, se expandió por todo el país. Inicialmente, en agosto de 1932, se creó la filial en la ciudad de Santa Cruz, organizada bajo la presidencia de la señora Adriana de Peredo y la dirección de la señora Candelaria de Añez. Una vez que se realizó la instrucción, las damas se movilizaron rápidamente para concurrir al cuartel del Regimiento Pari N° 30, para realizar la entrega de varios obsequios para los conscriptos³⁸.

Para septiembre de 1932 ya existía la filial en Oruro, realizando ayudas a los pobres de dicha ciudad, además de las familias de los soldados movilizados. Esta filial logró identificar un total de 300 familias que vivían en condiciones de pobreza, y para brindarles ayuda tuvieron que extremar la estrategia para recaudar más fondos para la causa patriótica³⁹. Al parecer, por la inexistencia de una filial en Sucre, en la primera etapa de la guerra muchos conscriptos de Chuquisaca eligieron a damas orureñas como madrinan de guerra⁴⁰. Luego la asociación se organizó en Sucre, realizando kermeses y otras actividades recreativas en la plaza 25 de mayo, con el fin de recolectar fondos destinados a la caja pro-atención de heridos evacuados del Chaco⁴¹. Es sabido que la princesa de la Glorieta fue madrina de varios soldados, apoyando activamente de manera económica y moral.

En la ciudad de Tarija también se conformó una filial de la institución, al parecer formada por la señora Bertha Perou de Paz, quien mediante una carta dirigida a Bethsabé Iturralde solicitó la conformación de la filial, debido a que muchas damas estaban entusiasmadas de ser madrinan de guerra⁴². En Cochabamba, de igual manera, una vez formada la filial, damas de la población cochabambina asistieron a la despedida de los conscriptos que partían rumbo al Chaco⁴³.

De esta manera, para 1933 la institución ya estaba instalada en todo el país, incluso llegando a comunidades rurales como Achacachi, que estaba bajo la dirección de la señora Justina Durán de Mollinedo, Sorata, donde recolecta-

38 La Razón, 27 de agosto, de 1932.

39 La Razón, 22 de septiembre de 1932.

40 El Diario, 17 de agosto de 1932.

41 La Patria, 9 de agosto de 1933.

42 El Diario, 30 de agosto de 1932.

43 El Diario, 13 de septiembre de 1932.

ban fondos y víveres, y un poco después Sica Sica, Viacha, Coroico, Villazón y Uyuni (estas dos últimas en Potosí). Pero lo más interesante es que la entidad trascendió fronteras, llegando hasta Chile, donde un grupo de damas bolivianas que residían en Valparaíso enviaron una carta a la señora Iturralde solicitando organizar una filial en esa ciudad⁴⁴. Otro caso es el de las hermanas chilenas Azucena y Martha Latorre, que pidieron ser madrinas de guerra de combatientes bolivianos.

1.2. Actividades que cumplió la institución “Madrinas de guerra”

La institución cumplió importantes labores en todo el país, desde el apoyo moral a los soldados hasta brindar apoyo económico a las familias de los movilizadas. A parte de estas actividades también cumplían la función de recepción y envío de correspondencia al Chaco, para mantener comunicado al soldado con su familia.

El 24 de agosto de 1932 se publicó en los periódicos uno de los primeros informes de las “Madrinas de guerra”, donde se establece que la institución trabajó en tres actividades. La primera era la correspondencia, registrándose más de 400 cartas despachadas, además de la distribución de la correspondencia proveniente del Estado Mayor. La segunda tenía por tarea la recepción y despacho de las encomiendas; la institución había logrado remitir al Chaco hasta esa fecha un total de 140 paquetes. Por último, el tercer objetivo era la búsqueda y llamamiento a la población femenina para que puedan ser madrinas de guerra, además de remitir circulares al interior de la república para organizar instituciones similares⁴⁵.

Respecto a la actividad de envío y recepción de cartas provenientes del Chaco, las “Madrinas de guerra” publicaban en los periódicos el listado de cartas que llegaban a la institución, pidiendo que sean recogidas de sus oficinas⁴⁶. Las madrinas también cumplían la función de redactar y leer las cartas para las familias que no tenían la capacidad de leer y escribir, principalmente de reservistas indígenas. Toda esta imperiosa labor de correspondencia solamente se realizó en la primera etapa de la guerra, debido a las disposiciones que tomaron las autoridades estableciendo la censura de la correspondencia para evitar el

44 La Razón, 16 de septiembre de 1932.

45 El Diario, 24 de agosto de 1932.

46 El Diario, 14 de septiembre de 1932.

espionaje. A partir de 1933 se creó el Correo Militar, dependiente del Estado Mayor, y toda carta debía ser enviada o recibida mediante éste⁴⁷.

Las cartas que intercambiaban las madrinas con sus ahijados, o viceversa, eran muy conmovedoras; muchas de ellas eran publicadas en los periódicos, con el objetivo de mostrar el sentimiento patriótico de las mujeres, además de conseguir que más damas voluntarias fueran madrinas de guerra. He aquí dos muestras:

Regimiento 47 de Infantería 4ta Compañía

Señora Cristian P. de León

Quillacollo

Respetable madrina:

Hemos llegado ayer sin novedad a este cuartel, todos nosotros llenos de fervoroso patriotismo, como legítimos hijos de nuestra grandiosa patria, debiendo proseguir el viaje el 29 con dirección a Muñoz.

Madrina: en poco tiempo más, mi regimiento empezará con su cometido dentro de nuestra Historia, ya que por nuestras venas corre sangre fría y serena. Nuestra acción no se concretará simplemente a la toma de fortines, si no que arrojará al audaz invasor del dominio de nuestros territorios.

Y así triunfantes levantaremos en la asta (SIC) nuestra bella tricolor sobre el límite que marcara nuestra propia sangre, tinte que no habrá quien lo borre con otra acción de guerra... Perdone Ud. Madrina que le recomiende de modo eficaz, atienda a mi pequeño hijo, si acaso le faltaron recursos de vida, ya que he dejado mi hogar sin ninguna ayuda.

Sin más que decirle, le envié mil saludos a Ud. así como a mi padrino, su ahijado y seguro servidor.

Aurelio Fernández Vargas

¡Viva Bolivia Grande y Unida, digna madrina Que viva!

El Imparcial. Cochabamba, 1 de noviembre de 1932 (cit. en Arce *et al.*, 2015, pp. 53-54).

Carta del Tte. de aviación José Arzabe

Chaco boliviano, 23 de febrero de 1933

Locamente querida madrinita:

47 El Diario, 19 de diciembre de 1932.

Hace dos días que llegó aquí el Regimiento Aroma, y en él un muchacho que me trajo una carta suya; la recibí y la “devoré” con la avidez de un sediento que no ha bebido durante una semana. ¡Qué buena es Ud. Madrinita! Si no fuera por sus cartas y las de mi casita... la vida sería muy pesada aquí. Lástima que el correo nos da muy de vez en cuando ese consuelo que nos sostiene a los que luchamos”

El imparcial. Cochabamba, 21 de marzo de 1933 (cit. en Arce *et al.*, 2015, p. 142).

Carta de una madrina de guerra:

Soldado y amigo. Don Pastor Solís

Presente

Al aceptar gustosa y con orgullo la designación de “Madrina de Guerra”, que te has designado hacerme, hago votos como extranjera de tu madre patria, Bolivia, para que triunfes en toda acción que, desde hoy día, tienes impuesta como soldado boliviano.

Las oscuras nubes de la guerra han empañado el claro y generoso cielo de esta noble nación, pero, gracias a la hombría y el gran corazón que, así como tú, tiene cada soldado boliviano, muy pronto veremos todas nuestras aspiraciones coronadas y entonces sabremos hacer recuperar en el mundo entero “que el cobarde agresor ha sido derrotado”, “entonces gritaremos, bolivianos y extranjeros de verdad queremos a Bolivia “Viva Bolivia integra, grande y sublime”.

Hasta luego muchacho, tengo seguridad que volverás con honor y gloria para el orgullo de tu patria, de tus padres y también de tu Madrina de Guerra, que te promete no olvidarte y desde esta tierra hacer llegar aquí el aliciente que necesitas en el campo de honor. En cuanto a tu familia si la tienes yo tendré mucho gusto de verla y cuidarla durante todo el tiempo de tu ausencia.

Tu madrina:

Carmela de Lauderdate

El Republicano. Cochabamba, 25 de abril 2015 (cit. en Arce *et al.*, 2015, p. 167).

La imagen de la madrina de guerra era muy querida por los soldados, pues estas generosas damas se concentraban en las despedidas de los regimientos en todas las ciudades del país, llevando varios obsequios, como cigarrillos, detentes, cartas, además de comida. En estas despedidas varios soldados nombraban a las señoras y señoritas como sus madrinas de guerra; en muchos casos una dama tenía como ahijados a varios soldados, e incluso podía haber madrinazgo de unidades enteras, como ocurrió con la señora Gumercinda Mendizábal, en Oruro, quien fue nombrada madrina de todo un destacamento, llegando a

tener 400 ahijados. En sus despedidas ofrecía una cena, o una chocolatada, y en algunas ocasiones y obsequiaba chompas a todos sus ahijados⁴⁸.

Las despedidas que realizaban las madrinan de guerra eran actos muy solemnes en las cuales muchas veces se hacía entrega de estandartes al regimiento que iba a partir, como sucedió en La Paz, en la ceremonia y jura a la bandera del Regimiento Illimani, el 9 de diciembre de 1932. La señorita Yolanda Bedregal⁴⁹, comisionada de la institución, entregó un estandarte bordado por las manos de las madrinan al comandante del Regimiento, mayor Ricardo Mejía⁵⁰.



De igual manera, en la ciudad de Cochabamba, las madrinan de guerra entregaron un estandarte al regimiento de dicha ciudad, antes de su partida. Esto fue reflejado en un medio de comunicación:

48 Semana Gráfica, 6 de mayo de 1934

49 Yolanda Bedregal fue una importante literata boliviana del siglo XX.

50 El Diario, 10 de diciembre de 1932.

MADRINAS DE GUERRA OBSEQUIAN UN ESTANDARTE DE GUERRA

La mujer boliviana como siempre ha respondido al llamado de la patria que honra la nación, no ha escatimando su esfuerzo y voluntad para contribuir en la medida de sus alcances a la defensa nacional.

A los muchos valiosos objetos que han hecho nuestras damas a los reservistas cochabambinos que se alistan en el ejército, vamos a añadirle el siguiente: las socias de la Juventud Católica Femenina han confeccionado un hermoso estandarte de guerra que será obsequiado a nuestros soldados que partirán el martes a la zona de operaciones.

El Tiempo. Cochabamba, 24 de septiembre de 1932 (cit. en Arce *et al.*, 2015, p. 32).

Las madrinas de guerra no solamente velaban por el bienestar moral de los soldados escribiéndoles cartas y enviándoles cigarros, fósforos, pito de cañahua, etc., también les interesaban la familia de combatiente. En la mayoría de los hogares, la presencia masculina era importante, pero ante la ausencia de esta presencia masculina, varias familias sufrieron por la escasez de recursos económicos. Algunas familias vivían en alquiler, y como el jefe del hogar se encontraba en la guerra, se les dificultaba el pago de la renta. Es por eso que hubo varios casos de dueños de casa que pretendían dejar en la calle a familias de reservistas⁵¹. Las madrinas de guerra intervenían en estas situaciones para evitar que las familias queden en la calle. Además, eran intermediarias entre la familia y el conscripto, brindando a sus ahijados información sobre sus familiares, y visitando a éstos de vez en cuando.

LE PIDE A SU MADRINA DE GUERRA LES INFORME SOBRE SU ESPOSA Y NIÑOS PEQUEÑOS

Hospital Puerto Escobar, 21 de octubre de 1933

Señora Rosa Fernández de Carrasco

“... Le ruego madrina que no se olvide de darme noticias de mi señora e hijitos, a quienes Ud. conoce. Comprenderá la infinita alegría que experimentaré al saber ellos. Su recuerdo me acompaña y es un motivo más que en los momentos de grande lucha ponga mi más grande decisión y empeño, pensando en que también cumpla una obligación sagrada de defender territorio nacional”

(*El imparcial*. Cochabamba, 15 de noviembre de 1933) (Arce *et al.*, 2015, p. 210).

51 El Diario, 19 de agosto de 1932.

En la ciudad de Santa Cruz, la sociedad de madrinas de guerra ofreció sus servicios al Comité Pro Defensa Nacional para confeccionar ropa desinada a los conscriptos del Chaco, además de la confección de mosquiteros y paquetes sanitarios⁵². En la ciudad de Tarija, las madrinas cumplieron tareas de confección de paquetes sanitarios para asistir a la Cruz Roja y hospitales militares cercanos.

Para la época de navidad, durante todo el periodo que duró la guerra del Chaco, el Comité Pro Defensa Nacional tuvo el objetivo de entregar a los combatientes, a los prisioneros de guerra y a familias de soldados, el aguinaldo de navidad⁵³.

Para la recolección de fondos participaron activamente las sociedades femeninas en todo el país, recolectando dinero, víveres, ropa y juguetes. Una vez llegada la navidad, las asociaciones femeninas, incluidas las "Madrinas de guerra", fueron las encargadas de distribuir los aguinaldos de navidad, principalmente en los hospitales a donde era trasladados los soldados heridos en el Chaco. Las sociedades femeninas ofrecían inicialmente un desayuno, para posteriormente entregarles prendas de vestir, cigarrillos y otros tantos obsequios⁵⁴. También hicieron la entrega del aguinaldo de navidad a las familias de reservistas.

El Rotary Club fue la sociedad encargada de realizar el envío de los paquetes de aguinaldo a los soldados del Chaco. Estos paquetes estaban compuestos por diversos artículos indispensables para los soldados en campaña, como ser coca, cigarrillos, fósforos, dulces, ganchos, drogas, pañuelos, tarjetas postales, lápices, mensajes, medallitas religiosas, entre otros objetos. Todos estos paquetes fueron armados por las manos de las sociedades femeninas⁵⁵.

Algunas damas pidieron viajar hasta Asunción para entregar el aguinaldo de navidad a los prisioneros bolivianos. La impulsora de esta iniciativa fue la señorita Ana Rosa Tornero, que solicitó al Ministerio de Relaciones Exteriores un permiso especial para, acompañada por otras mujeres, visitar a los prisioneros en la capital paraguaya⁵⁶. Dicha petición fue negada, pues hubiese despertado sospechas de espionaje en el Paraguay. Lo que sí logró la señorita Tornero fue llegar hasta la línea de fuego para observar la situación de los soldados⁵⁷.

52 El Diario, 17 de septiembre de 1932.

53 La Patria, 15 de noviembre de 1933.

54 La Patria, 24 de diciembre de 1932.

55 El Diario, 11 de diciembre de 1932.

56 La Patria, diciembre de 1933).

57 Semana Gráfica, 6 de mayo de 1934.

El periódico *Semana Gráfica*⁵⁸ habilitó la sección “Nuestro correo para las madrinan de guerra” el 9 de septiembre de 1933, para que los conscriptos solicitaran una madrina de guerra, y que dichas madrinan puedan recibir información breve sobre sus ahijados. Esta sección duró hasta diciembre de 1933, cuando fue cancelado.

La labor que cumplieron las madrinan de guerra fue muy importante para los soldados que se encontraban el Chaco. En muchos casos estos combatientes no tenían quién les escribiera cartas, y este vacío era llenado por las madrinan de guerra, enviándoles cartas con el objetivo de levantar la moral del recluta. Una vez terminada la guerra del Chaco muchos soldados se mostraron agradecidos con sus madrinan de guerra, ofreciéndoles fiestas y obsequios, como hizo el artista Gil Coímbra, quien organizó una fiesta en el Club de La Paz, a su madrina de guerra, Lola Sierra (Durán y Seoane, 1997, p. 77).

3. ¿Qué pasó con las madrinan de guerra?

Existe una mínima información sobre la participación femenina, sobre todo de las madrinan de guerra, en las últimas etapas de la Guerra del Chaco ¿Qué pasó? Eso mismo se preguntaba la prensa escrita en ese momento. La *Semana Gráfica*, el 13 de abril de 1934, publica un interesante artículo, preguntándose sobre las madrinan de guerra: “¿Dónde quedó todo el patriotismo de las madrinan, aquéllas que con tanta alharaca publicaron su deseo de aliviar la pesada carga que gravita sobre los hombros de sus ahijados? ¿Dónde está la continuación de aquella sencilla ofrenda que consistía en la pulsera de identificación y el escapulario?”. Probablemente la institución siguió funcionando hasta el final de la guerra, pero la población femenina ya no se mostraba tan interesada en mostrar su patriotismo, debido a la desmoralización de la población boliviana por los desastres que iba sufriendo el ejército de Bolivia. Además, la guerra siempre trae consigo duras crisis económicas. Algunas sociedades femeninas tuvieron que cesar sus funciones, como la “Sociedad de señoras pro-Chaco” en Oruro, que, ante el poco interés mostrado por las damas, además de la falta de recursos, dejó sus labores⁵⁹. Muchas otras asociaciones de mujeres siguieron el mismo camino.

58 Al parecer este semanario circulaba en la línea de fuego para las tropas del ejército boliviano, pues se tiene información que reporteros de *Semana Gráfica* estaban presentes en el Chaco.

59 La Patria, 13 de diciembre de 1933.

4. Conclusiones

La "Madrinas de guerra" fueron muy importantes en el contexto de la Guerra del Chaco, pues no solo beneficiaron a los soldados, sino también a las familias de escasos recursos, que se vieron beneficiadas con las actividades de ayuda social que cumplían las madrinas. No solo fueron ellas quienes cumplieron con esas funciones colaborativas, también hubo muchas sociedades femeninas que cumplieron labores similares. Además, la población siempre se mostraba colaborativa ante las diversas actividades que eran organizadas por las sociedades femeninas. Finalmente, en la última etapa de la guerra, ante la falta de interés por parte de la población y la crisis económica que se produjo en el país, éstas se vieron afectadas.

La Guerra del Chaco fue un hecho histórico que marcó un antes y después en la historia de Bolivia. Y en el caso de las mujeres significó una oportunidad para su propia transformación, pues se valoraron a sí mismas, descubriendo hasta donde llegaban sus límites. Ante la ausencia masculina, de un momento a otro tuvieron que aprender nuevas cosas, se hicieron cargo del hogar, en el área rural el trabajo agrícola fue realizado netamente por las manos femeninas, lo mismo que el espacio obrero de las fábricas. No creo que el pensamiento femenino haya sido el mismo una vez terminada la guerra, pues además cada vez llegaban con más fuerza las influencias de las corrientes feministas, por lo que la mujer boliviana aspiraba más a un trato igualitario y a la participación en la política.

Recibido: septiembre de 2024

Aceptado: octubre de 2024

Referencias

1. Arce, C., M. Briancon, D. Martínez y R. Rivero (2015). *Epístolas de la Guerra del Chaco*. Cochabamba: Los Tiempos.
2. Cárdenas, E. (noviembre de 2011). *Oruro en la Guerra del Chaco*. Oruro: La Patria.
3. Criales, H. (1991) *Un héroe negro en la Guerra del Chaco*. La Paz: Alcaldía Municipal de La Paz.
4. Durán, F. y A. Seoane (1997). *El complejo mundo de la mujer en la Guerra del Chaco*. La Paz, Ministerio de Desarrollo Humano.
5. Mundy, H. (1990). *Cosas de fondo (impresiones de la Guerra del Chaco y otros escritos)*. La Paz: Huayna Potosí.
6. Virreira, Alberto (1932). *Bolivia-Paraguay, 5 de diciembre de 1928*. La Paz: Imprenta Eléctrica.

La Guerra del Chaco y la posmemoria entre los jóvenes con educación superior residentes en La Paz

The Chaco War and Postmemory Among Young People with Higher Education Living in La Paz

*Rodrigo Burgoa Terceros **
*Amanda Alurralde Mariën***

Resumen

Este estudio analiza la influencia de la Guerra del Chaco en la posmemoria colectiva de los jóvenes bolivianos de 18 a 31 años con educación superior residentes en La Paz. A través de un enfoque mixto, se emplearon encuestas y un grupo focal para explorar la persistencia y transformación de este conflicto en la identidad nacional. Los resultados muestran una desconexión entre la relevancia histórica del conflicto y la comprensión profunda de sus causas y consecuencias. El estudio destaca la necesidad de fortalecer la educación y las actividades culturales para revitalizar la memoria del conflicto y su impacto en la identidad boliviana.

Palabras clave: Memoria colectiva; posmemoria; Guerra del Chaco; identidad.

* Doctor en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, Universidad Mayor de San Andrés; profesor en la Universidad Católica Boliviana "San Pablo".
Contacto: rburgoa@ucb.edu.bo
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8595-9349>

** Estudiante de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, Universidad Católica Boliviana "San Pablo".
Contacto: amanda.alurralde@ucb.edu.bo
ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-7236-2744>

Abstract

This study analyzes the influence of the Chaco War on the postmemory of young Bolivians aged 18 to 31 with higher education residing in La Paz. Through a mixed-methods approach, surveys and a focus group were used to explore the persistence and transformation of this conflict in national identity. The results reveal a disconnection between the historical significance of the conflict and a deep understanding of its causes and consequences. The study highlights the need to strengthen education and cultural activities to revitalize the memory of the conflict and its impact on Bolivian identity.

Keywords: Collective memory; postmemory; Chaco War; identity.

1. Introducción

Hace casi noventa años, llegaba a su fin la Guerra del Chaco, un conflicto que segó cerca de cien mil vidas y dejó una profunda huella en la generación de bolivianos que lo vivió. A medida que esta generación llega a su fin, se vuelve crucial analizar cómo la memoria histórica de este acontecimiento sigue influyendo en la identidad de los jóvenes bolivianos actuales.

La memoria histórica y su impacto en la identidad colectiva son temas de creciente interés en las ciencias sociales. Comprender cómo eventos históricos cargados de trauma y conflicto afectan a las generaciones posteriores es esencial para analizar la construcción de la identidad nacional y la memoria cultural. Este estudio se centra en la Guerra del Chaco y explora cómo este evento sigue impactando la memoria colectiva y la identidad de los jóvenes bolivianos con educación superior residentes en La Paz en la actualidad. Para alcanzar este objetivo, el presente documento se estructura en cinco secciones. En primer lugar, se presentan los fundamentos teóricos sobre la posmemoria colectiva, así como los aspectos más relevantes de la Guerra del Chaco. En segundo lugar, se describe la estrategia metodológica empleada. A continuación, se exponen los resultados obtenidos, tanto desde una perspectiva cuantitativa como cualitativa. Posteriormente, se plantea la discusión de los hallazgos. Finalmente, se presentan las conclusiones del estudio.

2. Marco teórico

2.1. Teoría de la posmemoria

Al considerar los momentos que definen a una generación, es esencial establecer los eventos históricos más importantes. Además, es necesario tomar en cuenta los recuerdos, memorias y traumas que estos eventos pueden dejar en una generación. Estas emociones pueden transmitirse a lo largo de los años, generando un sentimiento colectivo hacia determinados sucesos. Este fenómeno se conoce como posmemoria, una teoría que busca explicar cómo las generaciones posteriores lidian con traumas que no vivieron directamente, pero que les afectan profundamente.

La teoría de la posmemoria, desarrollada por Hirsch (2013), describe la experiencia de generaciones que, sin haber vivido directamente un evento traumático como el Holocausto, se ven profundamente afectadas por él debido a la transmisión de memorias y traumas a través de relatos, imágenes y comportamientos familiares. La autora argumenta que la posmemoria se diferencia de la memoria tradicional en que esta no se basa en la experiencia directa, sino en una conexión afectiva intensa con el pasado. Basándose en los traumas del Holocausto y en cómo las vivencias de su familia impactaron su vida personal, Hirsch señala que “la posmemoria es una estructura de transmisión inter- y transgeneracional de conocimiento traumático” (Hirsch, 2013, p. 106).

Este concepto se manifiesta, por ejemplo, en casos como las dictaduras de América Latina, especialmente en Argentina y en la España postfranquista. En estos contextos, la posmemoria actúa como un medio para recuperar y reactivar memorias reprimidas, a menudo a través de prácticas culturales como la fotografía, el cine o la literatura. En Argentina, por ejemplo, se puede mencionar al colectivo H.I.J.O.S, conformado por personas cuyos padres desaparecieron durante la dictadura, que buscan reencontrar su identidad a través de otros colectivos como “Las abuelas de Plaza de Mayo”. Aunque estas personas no tienen recuerdos directos de la dictadura, o probablemente ni siquiera la vivieron en carne propia, experimentan este complicado suceso a través de los recuerdos de sus familias.

En el contexto español, la posmemoria se ha convertido en un concepto clave para entender la memoria histórica y la lucha contra el olvido institucional. Según Laia Quílez, la posmemoria actúa como una forma de “contra-memoria crítica”, desafiando la narrativa oficial que intenta silenciar ciertos aspectos del

pasado, como los crímenes del franquismo. Este proceso de recuperación y resignificación es fundamental para construir una memoria colectiva que incluya las voces y experiencias de los oprimidos (Quílez, citada por Valls, 2018).

Por lo tanto, la posmemoria no solo trata de recordar, sino también de cuestionar y confrontar los relatos hegemónicos. Hirsch enfatiza que esta confrontación es esencial para construir una memoria verdaderamente inclusiva y justa, capaz de dar cuenta de las complejidades y ambigüedades del pasado (Whiting, 2014). Además, la académica asigna un papel central a la fotografía en el proceso de transmisión de la posmemoria. Según la autora, “la fotografía ofrece una conexión afectiva con el pasado, permitiendo a las generaciones posteriores imaginar y reconstruir eventos traumáticos que no vivieron” (Hirsch, citada por Whiting, 2014). Este poder de la fotografía es especialmente relevante en el contexto de la posmemoria, ya que las imágenes permiten a las personas “ver y tocar el pasado”, aunque éste sea inaccesible a través de la experiencia directa. Es decir, la fotografía, al igual que otros medios culturales, juega un papel crucial en la construcción y mantenimiento de la posmemoria, permitiendo que los traumas del pasado se integren en la identidad y la cultura contemporánea.

Asimismo, en el contexto de la posmemoria, las prácticas reparativas, como la preservación de testimonios de sobrevivientes, son fundamentales para enfrentar el pasado traumático. Estas prácticas buscan dismantelar el “marco del silencio” impuesto por las narrativas oficiales y permitir que los fantasmas del pasado se hagan visibles. Estos fantasmas representan el retorno de lo reprimido, y en el caso de la posmemoria, este retorno es crucial para entender cómo los traumas colectivos continúan influyendo en el presente.

Un último aspecto importante en el entendimiento de la posmemoria es que la generación posterior al evento traumático recibe una serie de “recuerdos” a través de diferentes formas de transmisión por parte de la generación anterior. En algunos casos, estos recuerdos pueden trascender más allá de una generación. Violi (2020) explica que los recuerdos ajenos, del tipo que sean, forman parte de la memoria generacional. Todo recuerdo que una persona transmite sobre una experiencia propia es escuchado por el receptor y convertido en parte de su imaginario personal e individual. De esta forma, cada quien procesa, entiende y hasta recuerda las vivencias ajenas de diferentes formas, lo que puede tener un efecto en la modificación de los recuerdos.

2.2. La Guerra del Chaco

La Guerra del Chaco, librada entre Bolivia y Paraguay desde 1932 hasta 1935, ha sido calificada como “la guerra más costosa y sin sentido jamás peleada” (Jones, 1938, p. 33). Este conflicto, que resultó en la muerte de aproximadamente 100.000 soldados y la mutilación de otros tantos, fue en gran medida el resultado de una disputa territorial sobre el Chaco Boreal, una región que se convirtió en un símbolo estratégico y económico para ambas naciones. Según el historiador Kain (1935), “la verdad es que había intereses sustanciales involucrados” (p. 468), aunque el conflicto podría haberse evitado mediante un compromiso que no hubiera perjudicado los intereses vitales de ninguno de los dos países.

Desde un punto de vista económico, la guerra fue impulsada por el deseo de explotar los recursos naturales del Chaco Boreal, así como por la necesidad de Bolivia de asegurar un acceso directo al océano Atlántico a través del río Paraguay. Bolivia, un país enclaustrado desde la Guerra del Pacífico (1879-1884), buscaba una salida al Atlántico para facilitar el comercio y desarrollar las regiones orientales, ricas en recursos, pero aisladas debido a la falta de infraestructura adecuada. Kain (1935) destaca cómo Bolivia estaba “mucho más interesada en la cuestión de desarrollar su región oriental, mucho más rica” (p. 468), que en la explotación directa del Chaco. Sin embargo, la falta de conocimiento sobre la región y las duras condiciones en el campo de batalla, como la escasez de agua y comida, complicaron enormemente la situación para el ejército boliviano.

Por otro lado, Paraguay veía la defensa de sus derechos sobre el Chaco Boreal no solo como una cuestión económica, sino también de supervivencia nacional. Según Kain (1935), para Paraguay, la posesión del Chaco Boreal era “una cuestión de vida o muerte” (p. 470), ya que representaba una parte sustancial de sus ingresos públicos y una fuente importante de recursos naturales, especialmente madera de quebracho y tierras para la agricultura y la ganadería.

El conflicto también estuvo influenciado por la intervención de intereses internacionales, en particular de las compañías petroleras. La “lucha del petróleo”, como se ha denominado en algunos círculos, fue un motor significativo detrás del conflicto. Jones (1938) describe cómo el conflicto fue percibido como una “lucha entre Standard Oil y Shell” (p. 33), en el cual la primera apoyaba a Bolivia y la segunda a Paraguay. Aunque el rol de las compañías petroleras ha sido ampliamente debatido por la historiografía, los eventos posteriores a la

guerra, como la nacionalización de la Standard Oil en Bolivia, demuestran la controversia que este aspecto generó.

La memoria histórica de la Guerra del Chaco en Bolivia y Paraguay se ha construido a partir de una mezcla de glorificación y victimización. Para Paraguay, la guerra es recordada como una lucha heroica contra un enemigo más grande y mejor equipado, una narrativa que ha sido central en la construcción de la identidad nacional paraguaya en el siglo XX. Por su parte, Bolivia recuerda la guerra con una mezcla de dolor y resentimiento, no solo por la derrota sino también por las profundas divisiones internas que el conflicto expuso y exacerbó. Martínez (2015) señala que la Guerra del Chaco fue un evento clave en la historia de Bolivia, ya que no solo marcó un punto de inflexión en su política exterior, sino que también aceleró el proceso de reforma social dentro del país al exponer las fallas del sistema político y militar boliviano.

3. Marco metodológico

3.1. Enfoque metodológico

La investigación adoptará un enfoque metodológico mixto, que combina métodos cualitativos y cuantitativos para capturar una visión completa de la memoria colectiva sobre la Guerra del Chaco. El enfoque cualitativo permitirá explorar en profundidad las narrativas y percepciones individuales de los participantes, capturando la complejidad de las experiencias personales y las influencias sociales. Por otro lado, el enfoque cuantitativo proporcionará datos estadísticos generales sobre el conocimiento y las percepciones de la población, permitiendo identificar patrones y tendencias a nivel poblacional.

3.2. Población de estudio

La población de estudio está constituida por todos los residentes de la ciudad de La Paz en el rango de edad comprendido entre 18 y 31 años y con algún grado de educación superior al momento de la encuesta. La proyección del tamaño de la población se basa en la información del Instituto Nacional de Estadística (2024), utilizando datos del censo de 2012 ajustados por el transcurso de doce años. Se estima que aproximadamente 184.825 personas en La Paz tienen entre 18 y 31 años. De acuerdo con la misma fuente, se calcula que el 40.90% de estas personas tiene o está en proceso de obtener un grado de educación superior. Por lo tanto, la población objetivo asciende a cerca de 75.594 individuos.

3.3. Recolección de datos

Se emplearán dos instrumentos principales para la recolección de datos: encuestas y grupo focal.

3.3.1. Encuestas

Para asegurar la representatividad de la muestra, se utilizará el muestreo aleatorio simple. La fórmula de población finita utilizada para calcular el tamaño de la muestra es:

donde:

n: tamaño de la muestra.

N: tamaño de la población.

Z: valor Z correspondiente al nivel de confianza deseado.

p: proporción estimada de la población que tiene la característica de interés.

e: margen de error deseado.

Para esta investigación se ha seleccionado un nivel de confianza del 90%, con un valor Z de 1,645 y un margen de error del 5% (0,05). Al no tener una proporción estimada específica, se utilizó una proporción de 0,50.

Aplicando la fórmula

el tamaño de la muestra resultante es de 270 personas. La encuesta constará de ocho secciones con diecinueve preguntas, que incluyen:

1. Información personal: recopilará datos sobre la edad, sexo y nivel educativo de los encuestados.
2. Conocimiento general: evaluará el conocimiento general del encuestado sobre la Guerra del Chaco.
3. Percepción personal: investigará las percepciones individuales sobre el evento histórico.
4. Influencia familiar y social: indagará sobre la influencia de la familia y el entorno social en la formación de la memoria sobre la Guerra del Chaco.
5. Representación actual: explorará cómo se representa la Guerra del Chaco en los medios de comunicación y otros espacios públicos.

6. Posmemoria colectiva y cultura: examina la relación entre la posmemoria colectiva y la cultura contemporánea.
7. Identidad y conexión nacional: evalúa la identidad y la conexión nacional generadas por la memoria de la Guerra del Chaco.
8. Educación sobre la guerra: se centra en cómo se enseña y transmite la historia de la Guerra del Chaco en el sistema educativo.

Las encuestas se llevarán a cabo en línea, asegurando que los mecanismos de recolección mantengan la representatividad y la fiabilidad de los datos obtenidos. Se implementarán controles de calidad, como la verificación de respuestas, para minimizar el sesgo y asegurar la validez de los resultados.

3.3.2. Grupo focal

Se llevará a cabo un grupo focal con cinco participantes seleccionados por criterios de diversidad en género y edad. La sesión se moderará en un espacio adecuado y durará una hora y media. Las discusiones serán grabadas con el consentimiento de los participantes para el análisis posterior. Las preguntas del grupo focal incluirán temas clave como el conocimiento sobre la Guerra del Chaco, la influencia familiar y social, y la representación de la guerra en la cultura contemporánea.

3.4. Análisis de datos

Como ya se explicó, el análisis de datos en esta investigación se llevará a cabo utilizando un enfoque mixto. Esto implica la integración de técnicas tanto cualitativas como cuantitativas para garantizar un análisis completo y exhaustivo de la memoria colectiva sobre la Guerra del Chaco entre la población estudiada.

3.4.1. Análisis cuantitativo

Los datos cuantitativos obtenidos a través de la encuesta serán analizados mediante un enfoque descriptivo. Es decir, a través de la aplicación de herramientas de la estadística descriptiva se resumirá la información demográfica y las respuestas clave de la encuesta. De ese modo, se podrá identificar patrones generales en la percepción y conocimiento de la Guerra del Chaco entre los jóvenes.

3.4.2. Análisis cualitativo

El análisis del grupo focal se llevará a cabo mediante un enfoque de análisis temático. Las transcripciones de las discusiones serán revisadas y codificadas para identificar los temas recurrentes y las divergencias en las percepciones de los participantes. Este análisis permitirá identificar narrativas comunes, así como aspectos particulares que no emergieron en las encuestas cuantitativas.

3.5. Alcances y limitaciones del estudio

Considerando lo planteado previamente, es preciso establecer con claridad tanto los alcances como las limitaciones de la presente investigación.

3.5.1. Alcances

Este estudio se centra exclusivamente en la ciudad de La Paz, Bolivia, y aborda la posmemoria colectiva de los jóvenes de 18 a 31 años. Los resultados serán representativos para esta población específica, proporcionando una visión clara sobre cómo se percibe y recuerda la Guerra del Chaco en esta comunidad urbana. Por otra parte, el uso de un enfoque mixto permitirá obtener una visión integral de la posmemoria colectiva. Los análisis cuantitativos ofrecerán una visión general y estadísticamente robusta, mientras que el análisis cualitativo permitirá explorar en profundidad las percepciones individuales.

3.5.2. Limitaciones

Dado que la investigación se enfoca únicamente en una ciudad y en un rango etario específico, los hallazgos no pueden generalizarse a toda la población boliviana o a otros contextos geográficos sin considerar las particularidades culturales y sociales de otras regiones. Por otro lado, es importante notar que los datos se recogen en un momento específico, lo que significa que las percepciones y memorias reflejadas pueden variar con el tiempo, especialmente en función de eventos sociopolíticos que puedan influir en la posmemoria colectiva.

4. Resultados

4.1. Encuestas

Con el fin de realizar un análisis más preciso, esta sección se ha dividido en los bloques temáticos establecidos en la encuesta.

4.1.1. Perfil demográfico de los encuestados

Antes de abordar los resultados relacionados con la memoria colectiva, es fundamental presentar el perfil demográfico de los encuestados.

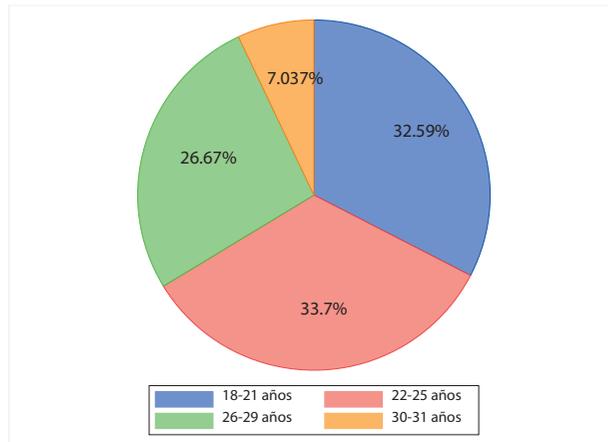


Figura 1. Edad de los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

La Figura 1 refleja una distribución equitativa de las edades dentro del rango establecido. Aproximadamente un tercio de los encuestados tenía entre 18 y 21 años, otro tercio se encontraba en el rango de 22 a 25 años, y el tercio restante abarcaba personas con edades entre 26 y 31 años. Esta distribución garantiza una representación equilibrada por edad.

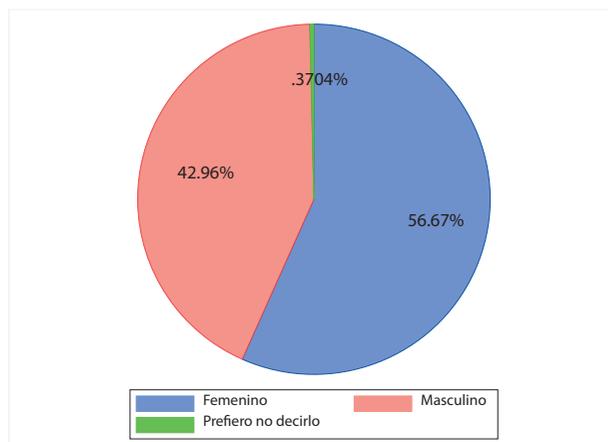


Figura 2. Sexo de los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

En cuanto al sexo de los encuestados, la distribución es relativamente balanceada, aunque no alcanza una división exacta del 50%. Aproximadamente el 57% de los participantes corresponde al sexo femenino, mientras que el 43% son hombres, lo que asegura una adecuada representatividad de ambos géneros.

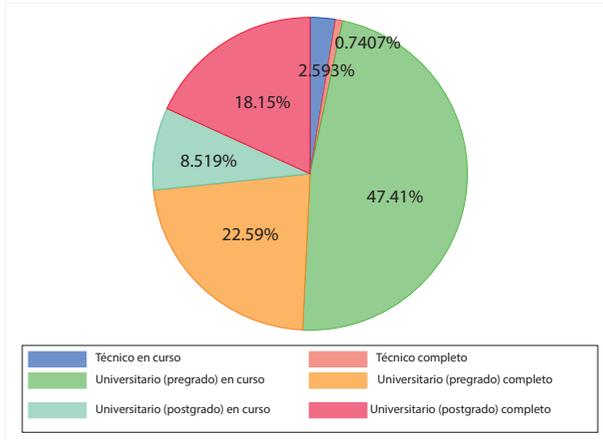


Figura 3. Nivel Educativo de los Encuestados

Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

La Figura 3 muestra que los encuestados presentaban una variedad de niveles de educación superior, lo que contribuye a la representatividad de la muestra. Se incluyeron participantes con educación técnica superior, tanto en curso como finalizada, y aquellos con estudios universitarios de pregrado y posgrado. La mayoría de los encuestados, un 47.41%, se encontraba cursando estudios universitarios de pregrado, mientras que solo un 0.74% reportó tener educación técnica superior.

4.1.2. Conocimiento general

Para explorar el conocimiento general de los encuestados sobre la Guerra del Chaco, en primer lugar se les preguntó acerca de la participación de sus ancestros en dicho conflicto.

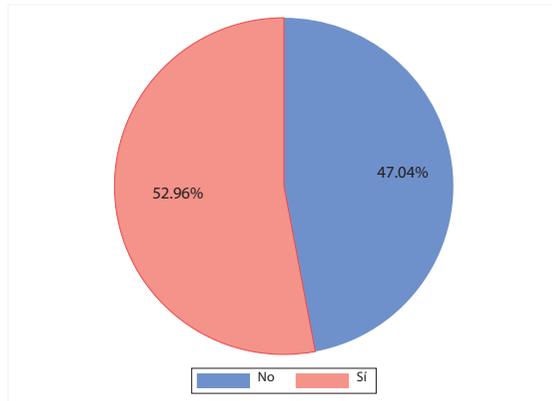


Figura 4. Participación de los Ancestros de los Encuestados en la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

La Figura 4 revela que solo el 52.96% de los encuestados asegura que al menos uno de sus ancestros participó en la Guerra del Chaco. El 47.05% restante afirmó que ninguno de sus familiares estuvo involucrado en la conflagración bélica. Este dato resulta llamativo, considerando que al final de la guerra se decretó la movilización general de los hombres mayores de edad para luchar en el Chaco (Querejazu, 2008). Es posible que una proporción de ese 47.05% desconozca detalles sobre la historia familiar, lo que los lleva a responder de forma negativa. Esto sugiere que podría haber una desconexión entre la memoria familiar y la percepción actual sobre el conflicto, ya sea por el paso del tiempo o por la falta de transmisión de esta historia entre generaciones.

La segunda pregunta indagaba directamente sobre el nivel de conocimiento de los encuestados acerca de la Guerra del Chaco.

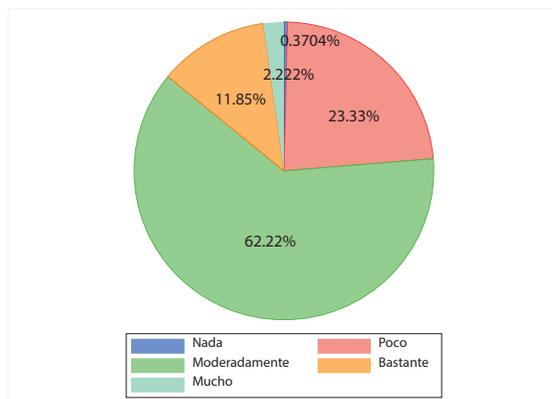


Figura 5. Nivel de Conocimiento de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

Como se observa en la Figura 5, la mayoría de los encuestados (62.22%) afirmó tener un conocimiento moderado sobre la Guerra del Chaco, seguido por un 23.33% que indicó tener un conocimiento limitado. Solo el 11.85% afirmó contar con un conocimiento profundo del conflicto. Este hallazgo refleja que, aunque el conflicto sigue siendo un tema relevante en el imaginario colectivo boliviano, la profundidad del conocimiento sobre el mismo varía considerablemente, lo que sugiere la necesidad de fortalecer la enseñanza y la divulgación de este tema histórico en diferentes contextos educativos y culturales.

Para profundizar en estos resultados, se evaluaron las respuestas sobre las causas y consecuencias de la Guerra del Chaco.

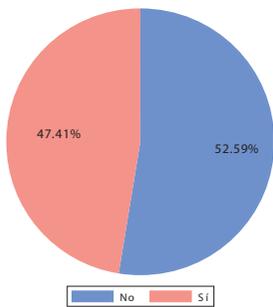


Figura 6. Percepción de los Encuestados acerca de los Intereses Económicos de Empresas Petroleras como Principal Determinante de la Guerra del Chaco

Nota. Las empresas petroleras incluyen a la Standard Oil y la Royal Dutch Shell. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

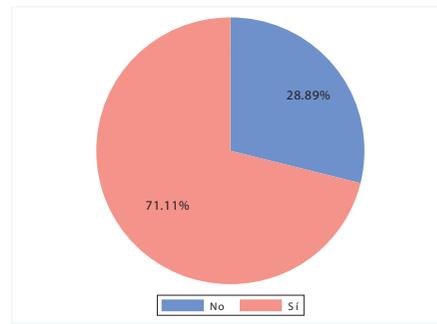


Figura 7. Percepción de los Encuestados acerca de las Causas Históricas de la Disputa con Paraguay como Principal Determinante de la Guerra del Chaco

Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

Al preguntar sobre el rol de los intereses económicos de las empresas petroleras, como la Standard Oil y la Royal Dutch Shell, solo el 47.41% de los encuestados identificó estos intereses como una causa importante del conflicto. Este resultado sorprende, ya que durante mucho tiempo la narrativa dominante en Bolivia ha sostenido que los intereses de estas empresas en la región fueron un factor decisivo para precipitar la guerra (Jones, 1938). La baja identificación de esta causa podría indicar un desajuste entre las explicaciones históricas tradicionales y el conocimiento popular actual, lo que abre un espacio para reflexionar sobre cómo se están transmitiendo estos hechos. De manera contrastante, el 71.11% de los encuestados identificó las disputas históricas por el territorio del Chaco con Paraguay como la principal causa del conflicto. Este resultado refuerza la noción de que, para la mayoría de los bolivianos, la disputa territorial fue el detonante más importante para la guerra. La percepción de

una amenaza territorial directa parece haber permeado más profundamente en la posmemoria colectiva que los factores económicos.

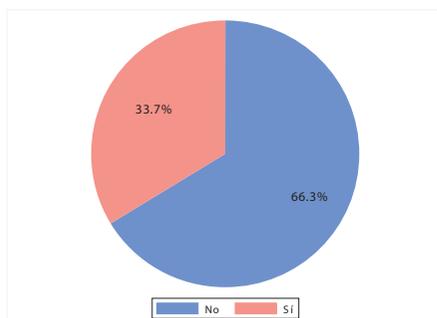


Figura 8. Percepción de los Encuestados acerca de los Cambios en las Políticas Nacionales como Principal Consecuencia de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

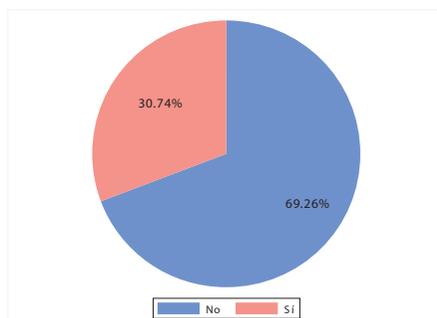


Figura 9. Percepción de los Encuestados acerca del Impacto en los Pueblos Indígenas de la Región como Principal Consecuencia de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

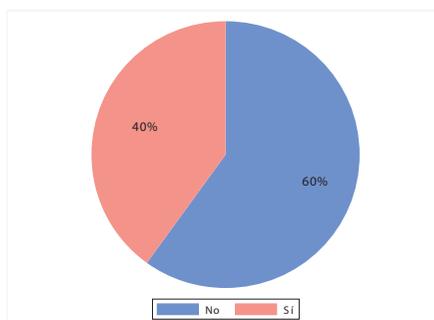


Figura 10. Percepción de los Encuestados acerca del Impacto en la Población Civil y Militar como Principal Consecuencia de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

En cuanto a las consecuencias de la guerra, se preguntó a los encuestados sobre los cambios en las políticas nacionales. Sorprendentemente, solo un tercio de los participantes consideró que la Guerra del Chaco fue un factor clave en dichos cambios. Esta percepción es notablemente baja si se considera que, históricamente, el conflicto ha sido visto como un catalizador para la adopción del socialismo militar y, posteriormente, para la Revolución Nacional (Klein, 1963). Este resultado podría reflejar una desconexión entre las consecuencias políticas a largo plazo y la posmemoria colectiva contemporánea del conflicto. Otro aspecto importante es el impacto de la guerra en los pueblos indígenas de la región afectada. Solo el 30.74% de los encuestados lo identificó como una consecuencia significativa del conflicto. Esto sugiere que las narrativas predo-

minantes sobre la guerra han tendido a minimizar o ignorar el impacto que el conflicto tuvo sobre las poblaciones indígenas, un aspecto que merece mayor atención y análisis en estudios futuros sobre la Guerra del Chaco.

Finalmente, cuando se consultó sobre el impacto de la Guerra del Chaco en la población civil y militar, un 60% de los encuestados afirmó que este no fue un aspecto relevante del conflicto. Este hallazgo contrasta con la enorme pérdida de vidas y las severas condiciones de vida que enfrentaron tanto soldados como civiles durante y después de la guerra (Querejazu, 2008). La falta de reconocimiento de estas consecuencias podría estar relacionada con una representación insuficiente de estas experiencias en los relatos históricos y educativos.

4.1.3. Percepción personal

Para explorar la percepción personal de los encuestados sobre la Guerra del Chaco, se comenzó por consultar su opinión acerca de la relevancia del conflicto en la historia de Bolivia.

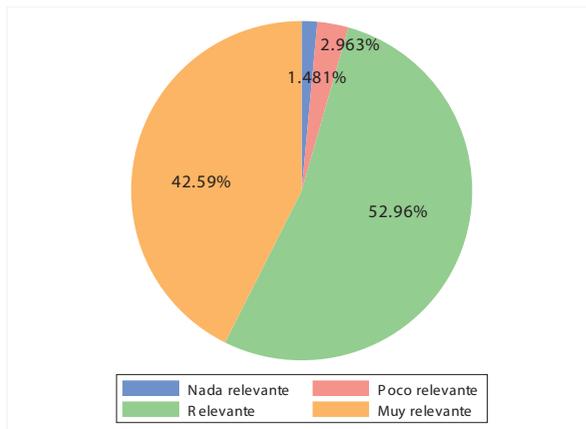


Figura 11. Percepción de los Encuestados acerca de la Relevancia de la Guerra del Chaco en la Historia de Bolivia.

Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

Más del 95% de los encuestados consideró que la Guerra del Chaco fue “relevante” o “muy relevante” para la historia del país. Este resultado refleja que el conflicto ha dejado una huella profunda en la posmemoria colectiva, consolidándose como un evento clave en la narrativa histórica nacional. No obstante, al contrastar este hallazgo con respuestas previas, surge una discrepancia interesante: aunque los encuestados reconocen la importancia del conflicto, muchos no logran identificar claramente las razones específicas que lo hacen tan

significativo. Esto sugiere que, si bien la Guerra del Chaco se ha establecido como un pilar en la identidad histórica de Bolivia, las causas y consecuencias concretas del conflicto no están tan presentes en el conocimiento popular. Este vacío podría estar relacionado con una enseñanza insuficiente o con un enfoque limitado en la narrativa histórica predominante.

Otra pregunta exploró la percepción sobre la enseñanza de la Guerra del Chaco en los colegios.

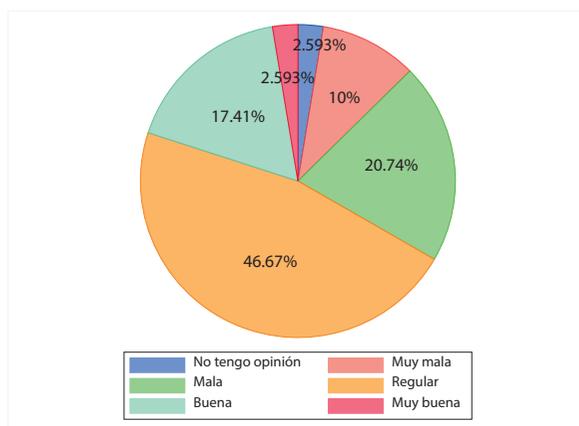


Figura 12. Percepción de los Encuestados sobre la Enseñanza de la Guerra del Chaco en los Colegios
 Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

En este caso, el 46.67% de los encuestados calificó la enseñanza de la Guerra del Chaco en las escuelas como “regular”, mientras que el 20.74% la evaluó como “mala”. Por otro lado, un 17.41% opinó que la enseñanza es “buena”. Esta diversidad de opiniones refleja una notable heterogeneidad en la percepción sobre cómo se aborda este tema en el ámbito educativo. La falta de consenso podría indicar que la calidad de la enseñanza de la Guerra del Chaco varía considerablemente según el contexto geográfico, las instituciones educativas o los propios recursos disponibles.

4.1.4. Influencia familiar y social

Las preguntas siguientes estuvieron dirigidas a examinar la influencia familiar y social en la posmemoria de la Guerra del Chaco. En primer lugar, se consultó si los encuestados habían sostenido al menos una conversación con familiares o amigos sobre el conflicto.

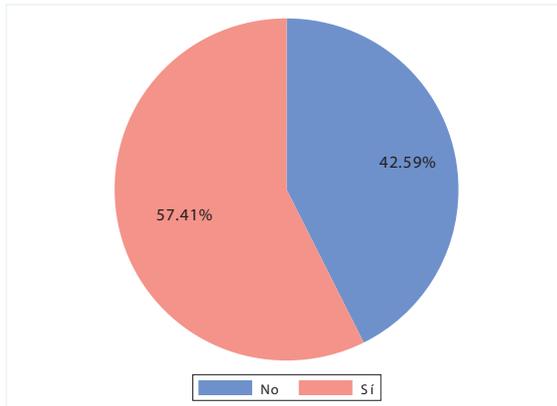


Figura 13. Conversaciones de los Encuestados con Familiares o Amigos sobre la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

El 57.41% de los encuestados indicó que habían conversado sobre la Guerra del Chaco con familiares o amigos. Aunque este porcentaje podría considerarse relativamente bajo en comparación con la relevancia histórica del conflicto, representa una proporción significativa que sugiere que el tema sigue estando presente, al menos en ciertos círculos sociales. También, esto refleja que, a pesar del tiempo transcurrido, la Guerra del Chaco continúa siendo un punto de referencia en la posmemoria colectiva, lo que permite su transmisión intergeneracional, aunque no de manera universal ni uniforme.

A continuación, se preguntó sobre el impacto de esas conversaciones en la percepción de los encuestados sobre el conflicto.

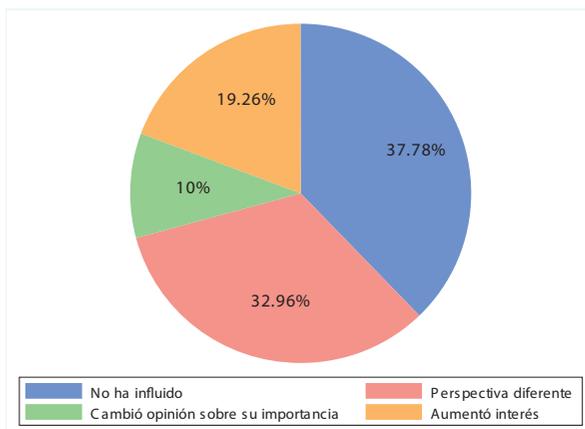


Figura 14. Influencia de Familiares o Amigos sobre la Percepción de los Encuestados de la Guerra del Chaco

Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

Los resultados en este caso fueron más diversos. Un 37.78% de los encuestados afirmó que las conversaciones con familiares o amigos no influyeron en su comprensión de la Guerra del Chaco. Este grupo parece mantener su perspectiva original sobre el conflicto, lo que podría estar relacionado con una concepción ya establecida, o bien con la falta de nuevos elementos que puedan alterar su percepción. Sin embargo, el 32.96% aseguró que las conversaciones les ofrecieron una nueva perspectiva sobre el conflicto, lo que sugiere que el diálogo social puede ser una herramienta poderosa para enriquecer y matizar la comprensión histórica. Por otro lado, un 19.26% indicó que las conversaciones incrementaron su interés en el tema, lo que resalta el rol de la interacción social en despertar curiosidad y motivar una mayor investigación sobre eventos históricos. Este dato sugiere que, aunque la Guerra del Chaco puede no ser un tema de conversación habitual, cuando surge, tiene el potencial de generar mayor interés en quienes participan en el diálogo. Por último, solo el 10% de los encuestados reportó que dichas conversaciones cambiaron su opinión sobre la importancia del conflicto, lo que podría indicar que la memoria sobre la guerra está relativamente asentada, y las discusiones familiares o sociales tienden a reforzar más que a transformar las opiniones ya formadas.

4.1.5. Representación y medios

Las preguntas siguientes se enfocaron en la percepción de los encuestados sobre la representación de la Guerra del Chaco en los medios y las fuentes de información que consideran más confiables para aprender sobre el conflicto.

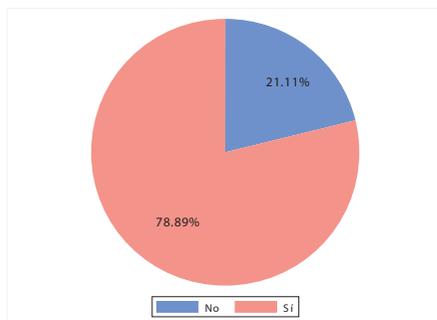


Figura 15. Percepción de los Encuestados sobre los Libros como Fuente más Confiable para el Aprendizaje de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

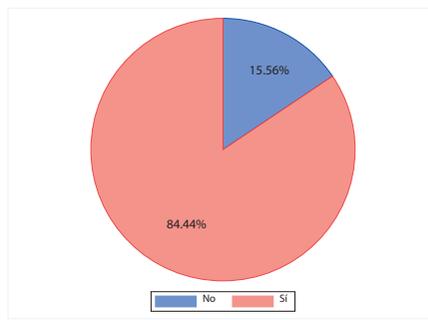


Figura 16. Percepción de los Encuestados sobre los Documentales como Fuente más Confiable para el Aprendizaje de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

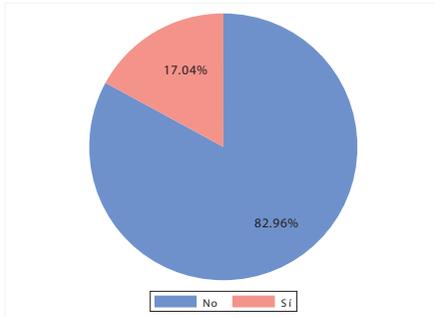


Figura 17. Percepción de los Encuestados sobre las Redes Sociales como Fuente más Confiable para el Aprendizaje de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

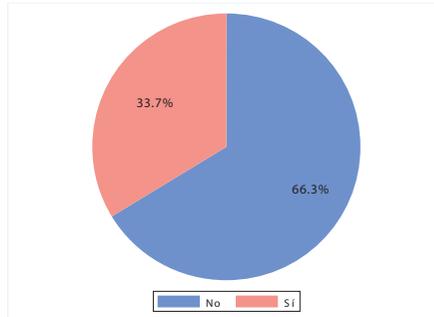


Figura 18. Percepción de los Encuestados sobre las Conversaciones Familiares como Fuente más Confiable para el Aprendizaje de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

La mayoría de los encuestados identificó los libros como la fuente más confiable para adquirir conocimiento sobre la Guerra del Chaco, con un 78.89% seleccionando esta opción. Este resultado sugiere que, a pesar de los avances tecnológicos y la digitalización del conocimiento, los libros siguen teniendo una gran influencia en la construcción de la memoria colectiva, especialmente cuando se trata de temas históricos. De manera similar, los documentales también fueron considerados como una fuente clave para aprender sobre la guerra, con un 84.44% de los encuestados afirmando que los perciben como muy importantes. Es interesante notar que este porcentaje supera incluso al de los libros, lo que sugiere que los medios audiovisuales tienen un impacto significativo en la forma en que las personas absorben y retienen información histórica.

En contraste con los libros y los documentales, las redes sociales no fueron consideradas una fuente importante para el aprendizaje de la Guerra del Chaco. Un 82.96% de los encuestados desestimó su relevancia en este contexto. Este resultado es revelador, ya que pone de manifiesto la percepción de que las redes sociales no son vistas como plataformas confiables para el estudio de temas históricos complejos. Respecto a las conversaciones con familiares o amigos, solo el 33.7% las consideró una fuente importante de aprendizaje. Este bajo porcentaje refuerza el análisis previo sobre la influencia familiar en la transmisión de la posmemoria colectiva. Es posible que, a medida que las generaciones pasan, la transmisión oral de historias familiares sobre la Guerra del Chaco se haya debilitado, lo que limita el papel de estas conversaciones como fuentes valiosas de conocimiento.

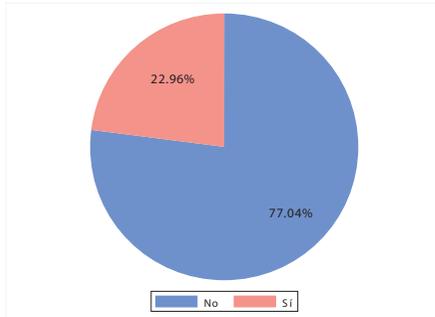


Figura 19. Percepción de los Encuestados sobre los Periódicos como Fuente más Confiable para el Aprendizaje de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

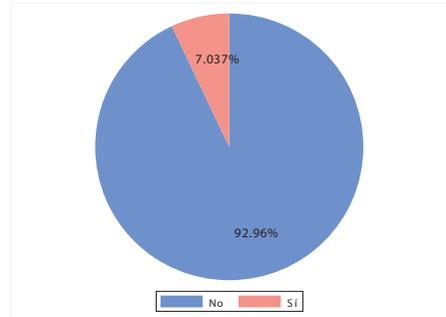


Figura 20. Percepción de los Encuestados sobre la Enciclopedia de Contenido Libre Wikipedia como Fuente más Confiable para el Aprendizaje de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

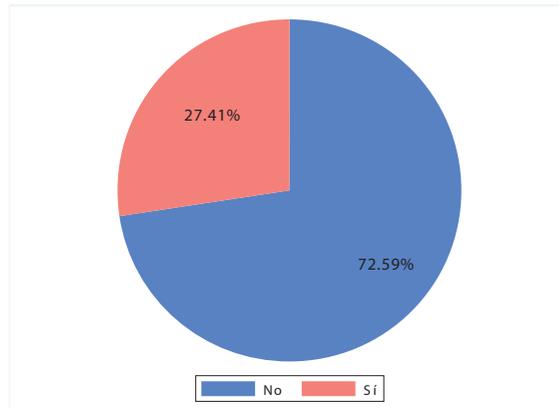


Figura 21. Percepción de los Encuestados sobre las Páginas Web acerca del Tema como Fuente más Confiable para el Aprendizaje de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

En cuanto a la relevancia de los periódicos como fuente de aprendizaje, los resultados fueron igualmente reveladores. Solo el 22.96% de los encuestados los consideró como fuentes confiables. Este bajo porcentaje podría deberse a que las generaciones más jóvenes prefieren medios de información más accesibles y dinámicos, como las plataformas digitales, en lugar de los periódicos tradicionales. El uso de la enciclopedia en línea Wikipedia también fue evaluado, y el 92.96% de los encuestados desestimó esta fuente como la más importante para aprender sobre la Guerra del Chaco. Este rechazo generalizado podría estar relacionado con la percepción de Wikipedia como una fuente de información que, aunque accesible y popular, puede carecer de rigor académico o estar sujeta a cambios constantes en su contenido. De manera similar, cuando

se preguntó acerca de la relevancia de las páginas web específicas sobre el tema, solo el 27.41% las consideró como fuentes importantes de aprendizaje. Este resultado sugiere una clara desconfianza en la información disponible en internet sobre la Guerra del Chaco, particularmente en comparación con medios más tradicionales como los libros y los documentales. La falta de supervisión académica o editorial de muchas páginas web podría estar detrás de esta percepción negativa.

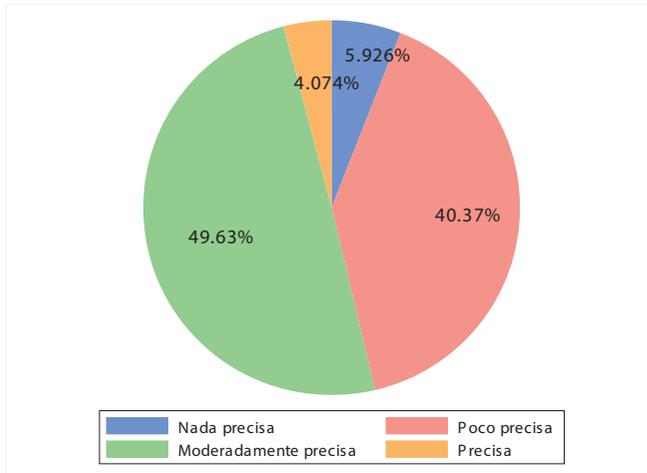


Figura 22. Percepción de los Encuestados sobre la Representación de la Guerra del Chaco en los Medios Actuales

Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

Finalmente, se preguntó a los encuestados sobre la precisión con la que los medios actuales representan la Guerra del Chaco. Casi la mitad de los participantes (49.63%) consideró que la representación es moderadamente precisa, mientras que un 40.37% la calificó como poco precisa. Estos resultados muestran que existe una preocupación significativa sobre cómo los medios contemporáneos manejan y presentan los hechos históricos. La desconfianza en la precisión de las representaciones mediáticas podría estar vinculada a la tendencia de los medios a simplificar o dramatizar eventos históricos, lo que puede distorsionar la realidad.

4.1.6. Posmemoria colectiva y cultura

Esta sección se enfocó en explorar los principales elementos que los encuestados asocian con la Guerra del Chaco, buscando identificar las fuentes más importantes de recuerdo colectivo.

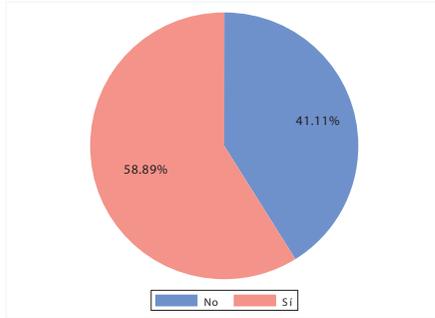


Figura 23. Imágenes de Batallas como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

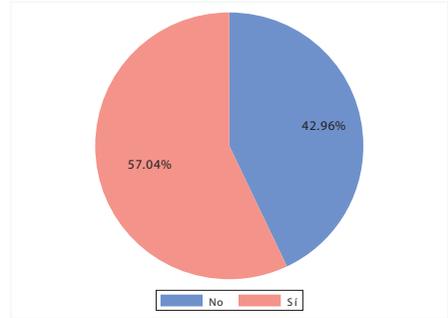


Figura 24. Imágenes de Soldados como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

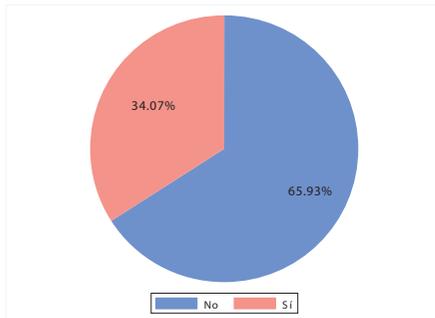


Figura 25. Fotografías de Ancestros en el Frente de Batalla como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

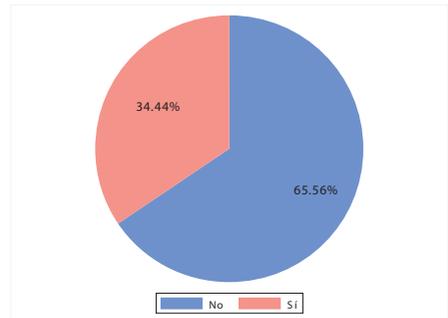


Figura 26. Relatos de Héroes o Figuras Destacadas como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

El 58.89% de los encuestados señaló que las imágenes de batallas son su principal fuente de recuerdo de la Guerra del Chaco. Este hallazgo destaca la importancia de los elementos visuales en la construcción y mantenimiento de la memoria colectiva, mostrando cómo las representaciones gráficas pueden perdurar en la mente de las personas, especialmente cuando se trata de eventos bélicos. De manera similar, el 57.04% de los encuestados identificó las imágenes de soldados y equipos militares como su principal fuente de recuerdo del conflicto. Este resultado refuerza la relevancia de la comunicación visual en la memoria histórica, sugiriendo que las representaciones icónicas de los soldados y el equipamiento militar tienen un impacto profundo y duradero en la percepción colectiva del conflicto. El panorama cambió cuando se preguntó sobre la importancia de las fotografías de ancestros que participaron en

la guerra. Solo el 34.07% de los encuestados consideró este aspecto como su principal fuente de recuerdo.

Este bajo porcentaje refleja el debilitamiento de la transmisión intergeneracional de la memoria, lo que sugiere que, a medida que se acercan los 90 años desde el fin de la guerra, la conexión personal con el conflicto a través de relatos familiares se ha ido perdiendo con el tiempo.

Al indagar sobre la relevancia de los relatos de héroes o figuras destacadas, solo el 34.44% de los encuestados lo consideró una fuente importante de recuerdo. Esto indica que, aunque las narrativas heroicas han sido parte de la historia oficial, no han tenido un impacto tan significativo como las imágenes visuales en la posmemoria colectiva.

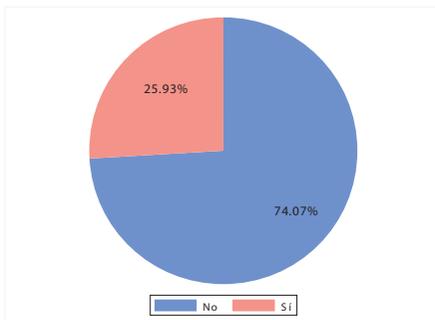


Figura 27. Relatos de Experiencias Personales de Ancestros como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

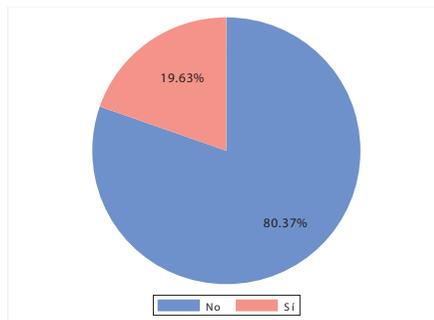


Figura 28. Testimonios de Vida en las Zonas Afectadas como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

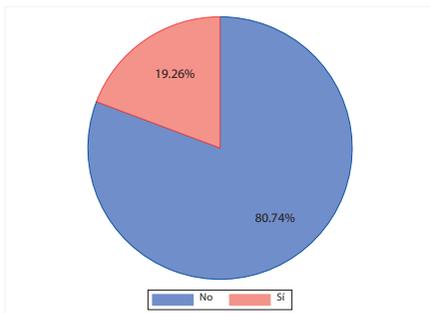


Figura 29. Momentos Claves en las Negociaciones de Paz como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

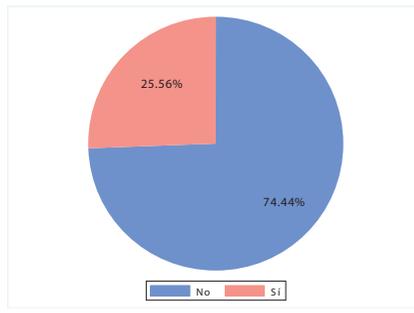


Figura 30. Eventos Importantes durante el Conflicto como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

Cuando se abordó el tema de los relatos de experiencias personales de los ancestros que participaron en la guerra, el 74.07% de los encuestados no los consideró una fuente principal de recuerdo. Este resultado refuerza la idea de que el relato oral de quienes vivieron el conflicto se ha ido desvaneciendo con el paso de las generaciones, lo que contribuye a una pérdida de detalles y matices importantes de la posmemoria colectiva. Por su parte, solo el 19.63% de los encuestados identificó los testimonios de vida en las zonas afectadas por la guerra como una fuente importante de recuerdo. Este resultado pone de manifiesto que, fuera de las regiones directamente involucradas en el conflicto, las historias locales no han sido suficientemente compartidas en el resto del país, limitando su impacto en la posmemoria colectiva a nivel nacional.

En cuanto a los momentos clave de las negociaciones de paz, solo el 19.26% de los encuestados los consideró como una fuente importante de recuerdo. Este resultado sugiere que, aunque la firma de acuerdos y las negociaciones fueron fundamentales para poner fin al conflicto, estos eventos no han logrado ocupar un lugar destacado en la posmemoria colectiva, posiblemente debido a una mayor focalización en los aspectos bélicos del conflicto, más traumáticos, en lugar de los procesos diplomáticos.

Los eventos importantes durante el conflicto tampoco son ampliamente recordados, ya que el 74.44% de los encuestados no los identificó como factores principales para rememorar la Guerra del Chaco. Esto refuerza la idea de que, aunque existe una conciencia generalizada sobre la importancia de la guerra para Bolivia, los detalles específicos sobre los eventos clave del conflicto no han logrado arraigarse en la memoria popular.

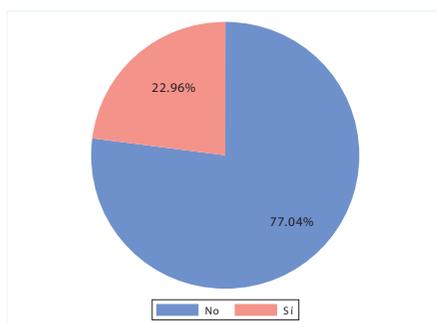


Figura 31. Monumentos Conmemorativos como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados

Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

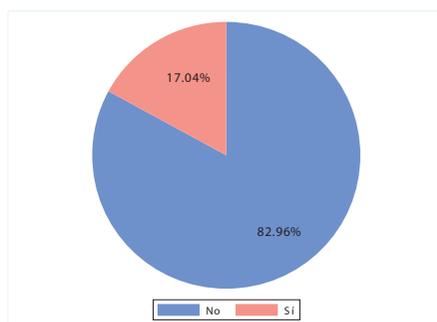


Figura 32. Días de Conmemoración y Celebraciones como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados

Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

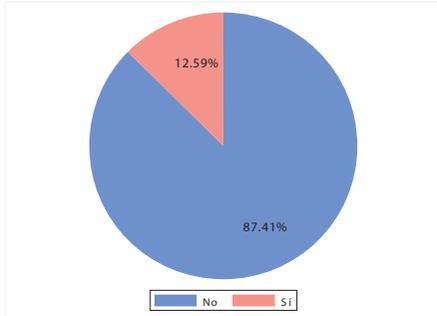


Figura 33. Medallas o Distinciones Asociadas al Conflicto como Principal Recuerdo de la Guerra del Chaco para los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas.

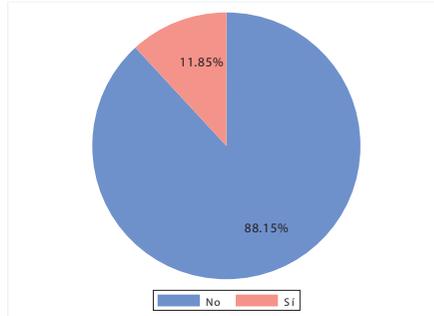


Figura 34. Conocimiento de los Encuestados sobre algún Símbolo o Celebración Relacionado con la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

En relación con los monumentos conmemorativos, solo el 22.96% de los encuestados los consideró una fuente significativa de recuerdo. Este bajo porcentaje podría estar relacionado con el desconocimiento general sobre la existencia de estos monumentos, lo que sugiere que su impacto en la posmemoria colectiva es limitado y podría beneficiarse de una mayor visibilidad y promoción. De manera similar, apenas el 17.04% de los encuestados identificó los días de conmemoración de la guerra como una fuente de recuerdo importante. Este resultado refleja el escaso impacto que las celebraciones y conmemoraciones oficiales tienen en la posmemoria colectiva, lo que podría señalar una falta de conexión emocional o simbólica con estas fechas por parte de la población. Finalmente, al preguntar sobre la relevancia de las medallas o reconocimientos asociados al conflicto, el 87.41% de los encuestados los rechazó como un factor importante para recordar la Guerra del Chaco. Esto sugiere que los símbolos materiales de condecoración, que podrían haber sido significativos en épocas pasadas, han perdido su relevancia en la actualidad.

Al indagar sobre el conocimiento de algún símbolo o celebración relacionado con la Guerra del Chaco, solo el 11.85% de los encuestados afirmó tener conocimiento al respecto. Este bajo porcentaje refuerza la idea de que la posmemoria colectiva de la Guerra del Chaco se está diluyendo con el tiempo, y que existe una creciente desvinculación con los símbolos y rituales culturales que alguna vez fueron representativos del conflicto.

4.1.7. Identidad y conexión nacional

Esta sección se centró en investigar cómo los encuestados perciben la relación entre la Guerra del Chaco y su identidad nacional, así como el impacto del conflicto en la unidad y el patriotismo.

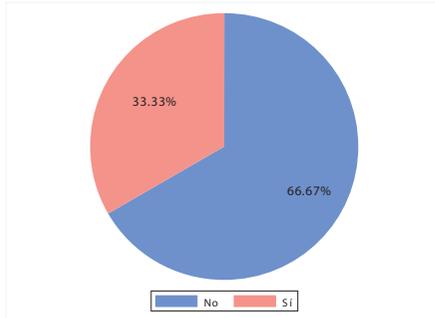


Figura 35. Percepción de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco como Símbolo de Resistencia y Valor para el Boliviano
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

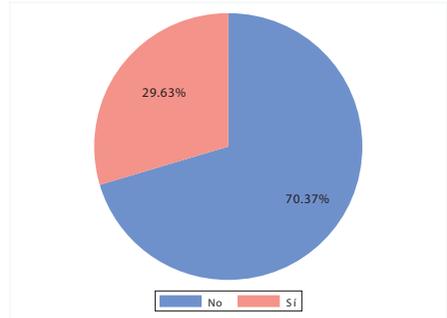


Figura 36. Percepción de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco como un Evento Clave para Conectar su Identidad con las Luchas del Pasado
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

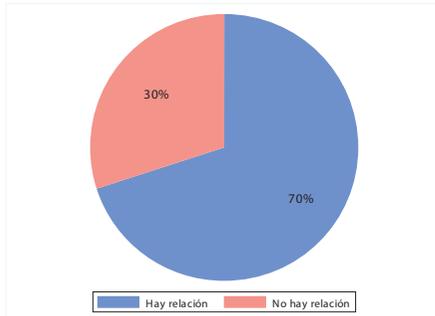


Figura 37. Percepción de los Encuestados sobre la Relación entre la Guerra del Chaco y su Identidad
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

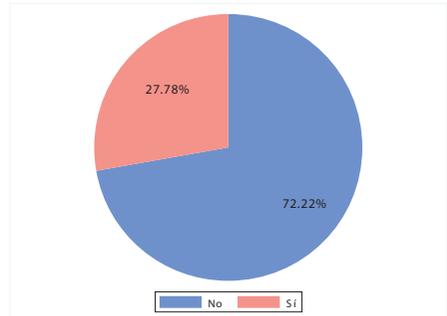


Figura 38. Asociación de la Guerra del Chaco con Sufrimiento y Pérdida según los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

El 66.67% de los encuestados no considera la Guerra del Chaco como un símbolo de resistencia y valor para el boliviano. Este resultado sugiere que, aunque el conflicto es un evento histórico significativo, su simbolismo como emblema de coraje y tenacidad no ha sido plenamente adoptado por la población. Esto podría indicar una desconexión entre la narrativa histórica oficial y la percepción popular contemporánea. Asimismo, el 70.37% de los encuestados rechazó la idea de que la Guerra del Chaco haya sido un evento clave para conectar su identidad personal con las luchas del pasado. Este resultado refleja que, para la

mayoría, la guerra no ha logrado establecerse como un vínculo entre su sentido de identidad actual y las luchas históricas de Bolivia. La falta de conexión puede estar influenciada por la distancia temporal y el enfoque limitado en la enseñanza de este evento en el sistema educativo. Reforzando lo anterior, el 70% de los encuestados negó la existencia de una relación directa entre la Guerra del Chaco y su identidad personal. Este resultado apunta a que el conflicto, si bien es reconocido como parte importante de la historia del país, no es percibido como un evento que influya en la identidad individual o en el sentido de pertenencia nacional de las nuevas generaciones.

Sorprendentemente, tampoco hay una mayoría que asocie la Guerra del Chaco con sufrimiento y pérdida, lo cual es llamativo considerando la magnitud del conflicto. Este resultado podría sugerir una dilución de los detalles emocionales y trágicos de la guerra en la posmemoria colectiva, posiblemente debido a la falta de transmisión efectiva de las experiencias vividas por quienes participaron.

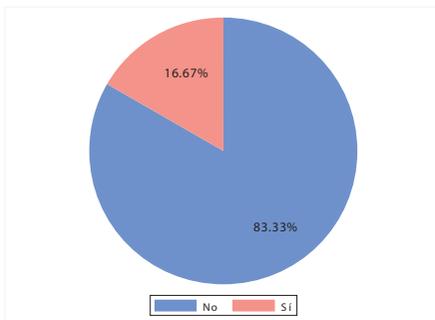


Figura 39. Percepción de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco como Punto de Reflexión sobre la Identidad de su Región dentro de Bolivia
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

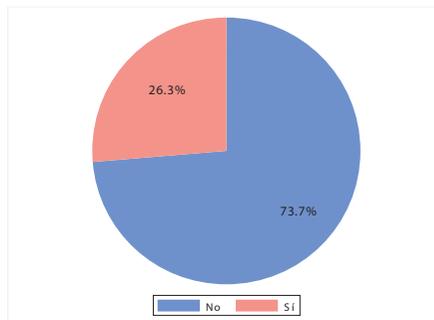


Figura 40. Percepción de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco como Factor de Unidad Nacional.
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

De manera similar, una amplia mayoría (83.33%) indicó que la Guerra del Chaco no fue un punto de reflexión sobre la identidad de su región dentro de Bolivia. Esto refuerza la idea de que el conflicto no ha sido integrado de manera significativa en las narrativas identitarias regionales, lo que podría estar relacionado con un enfoque más centralizado en la historia nacional y la falta de conexión con las particularidades de cada región. Lo más destacado de las respuestas es que el 73.70% de los encuestados negó que la Guerra del Chaco haya sido un factor de unidad nacional. Esto contradice la idea comúnmente sostenida de que los conflictos bélicos tienden a unir a una nación. En este

caso, parece que el conflicto no se percibe como un elemento que haya fortalecido el sentido de nación.

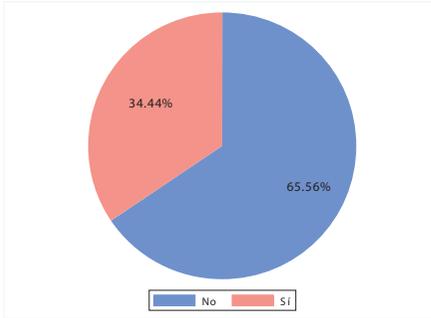


Figura 41. Percepción de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco como Factor de Patriotismo y Orgullo Nacional
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

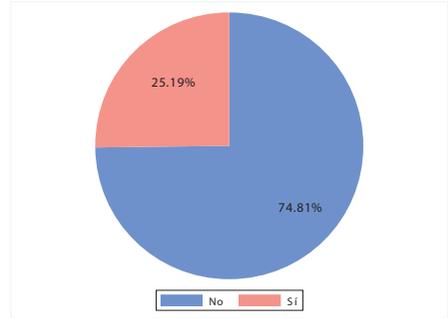


Figura 42. Percepción de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco como Factor de Resiliencia para los Bolivianos
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

Cuando se preguntó sobre la Guerra del Chaco como un factor de patriotismo y orgullo nacional, solo el 34.44% estuvo de acuerdo. Este bajo porcentaje sugiere que, a pesar de ser un evento importante, no ha generado un fuerte sentimiento de orgullo en la mayoría de los encuestados, lo que puede estar relacionado con la percepción de que la guerra fue una derrota o un sacrificio sin resultados positivos claros.

Asimismo, el 74.81% de los encuestados rechazó la idea de que la Guerra del Chaco haya sido un factor de resiliencia para los bolivianos. Este resultado muestra que la narrativa de superación y resistencia ante la adversidad no está asociada con este conflicto.

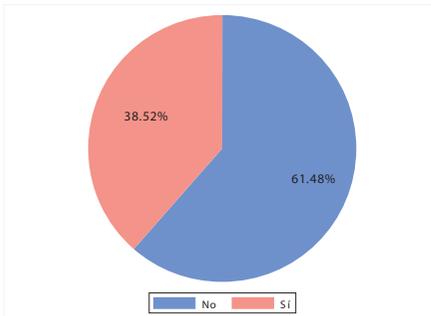


Figura 43. Percepción de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco como Factor de Autoconciencia de la Vulnerabilidad Nacional
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

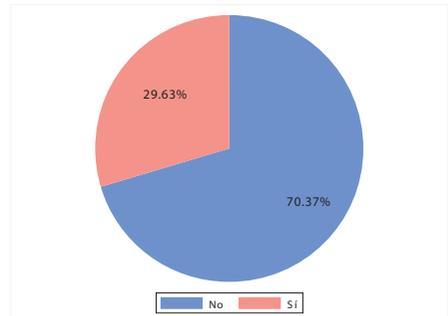


Figura 44. Percepción de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco como Factor Decisivo en la Política y Relaciones Exteriores de Bolivia
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

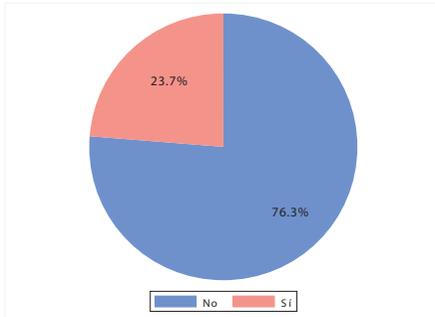


Figura 45. Percepción de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco como Factor de Cambio en la Identidades Regionales y su Relación con la Identidad Nacional

Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

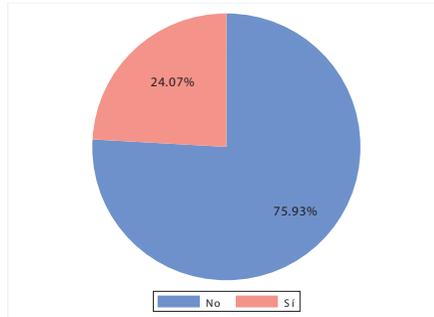


Figura 46. Percepción de los Encuestados sobre la Guerra del Chaco como Fuente de Dudas acerca de la Identidad Nacional y las Diferencias Internas de Bolivia

Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

En cuanto a la Guerra del Chaco como factor de conciencia de la vulnerabilidad nacional, solo el 38.52% de los encuestados estuvo de acuerdo. Aunque el conflicto reveló la fragilidad del país en términos de defensa y preparación, este aspecto parece haber sido subestimado en la posmemoria popular, lo que podría deberse a un enfoque más centrado en las consecuencias inmediatas que en las lecciones estratégicas a largo plazo. Un 70.37% de los encuestados no percibe que la Guerra del Chaco haya sido un factor decisivo para la política nacional y las relaciones exteriores del país. Este dato es significativo, ya que contrasta con la narrativa histórica que vincula la guerra con los cambios profundos en la política nacional que desembocaron en la Revolución Nacional de 1952. Este resultado sugiere que la población no necesariamente asocia el conflicto con estos cambios históricos clave.

Por su parte, el 76.30% de los encuestados negó que la Guerra del Chaco haya sido un factor de cambio en las identidades regionales y su relación con la identidad nacional. Esto refuerza la idea de que el conflicto no ha sido un elemento central en la construcción de identidades regionales, lo que podría deberse a una visión más homogénea de la historia nacional que no toma en cuenta las experiencias particulares de las distintas regiones durante el conflicto. Asimismo, solo el 24.07% de los encuestados consideró que la Guerra del Chaco fue una fuente de dudas sobre la identidad nacional y las diferencias internas de Bolivia. Esto sugiere que, aunque la guerra fue un evento traumático, no ha sido percibida como un factor que haya generado un cuestionamiento profundo sobre la identidad y la cohesión interna del país.

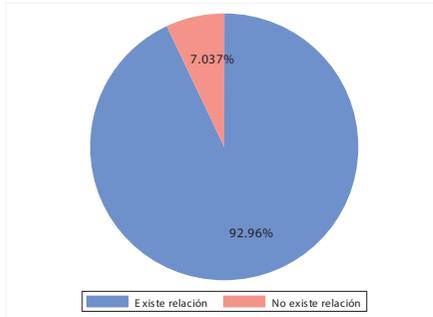


Figura 47. Percepción de los Encuestados sobre la Relación entre la Guerra del Chaco y la Identidad Nacional
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

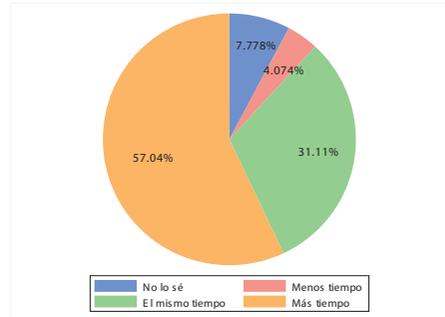


Figura 48. Tiempo de Enseñanza que se Debería Dedicar a la Guerra del Chaco en los Colegios según los Encuestados
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

A pesar de los resultados anteriores, el 92.07% de los encuestados reconoció que existe una relación entre la Guerra del Chaco y la identidad nacional. Este dato es sorprendente, ya que muestra que, aunque no se comprendan o recuerden los detalles específicos del conflicto, sí existe un reconocimiento generalizado de su importancia en la formación de la identidad boliviana.

4.1.8. Educación y conocimiento

La última sección de la encuesta se centró en explorar las opiniones de los encuestados sobre el tiempo que debería dedicarse al estudio de la Guerra del Chaco en los colegios, así como los métodos de enseñanza más efectivos para abordar este tema histórico.

El 57.04% de los encuestados consideró que se debería dedicar más tiempo al estudio de la Guerra del Chaco en los colegios, mientras que el 31.10% opinó que el tiempo actual es suficiente. Solo el 4.07% expresó que se debería dedicar menos tiempo a este tema. Este resultado es coherente con los hallazgos previos que sugieren un interés general por profundizar en el conflicto, probablemente debido a una sensación de que el tratamiento que recibe en la educación formal es insuficiente.

En cuanto a los recursos educativos más efectivos para enseñar sobre la Guerra del Chaco, solo el 34.81% de los encuestados considera que las clases teóricas son el mejor método. Este bajo porcentaje puede indicar que los enfoques tradicionales, centrados en la teoría, no son percibidos como los más adecuados para transmitir de manera efectiva la relevancia y el impacto del conflicto.

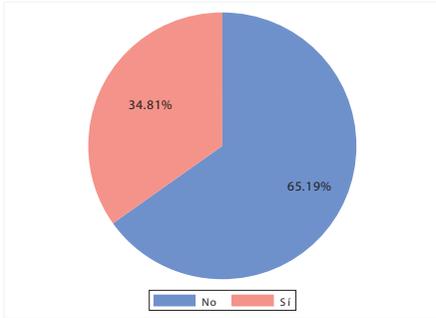


Figura 49. Percepción de los Encuestados sobre las Clases Teóricas como Recurso Educativo Más Efectivo para Aprender de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

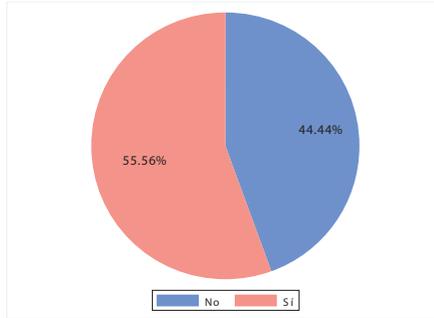


Figura 50. Percepción de los Encuestados sobre los Documentales como Recurso Educativo Más Efectivo para Aprender de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

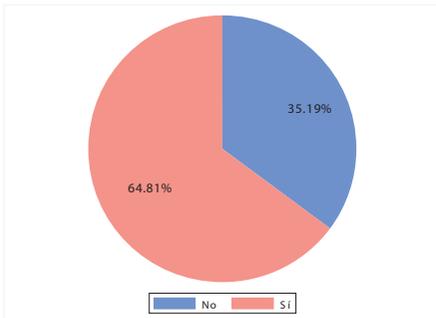


Figura 51. Percepción de los Encuestados sobre las Actividades Culturales como Recurso Educativo Más Efectivo para Aprender de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

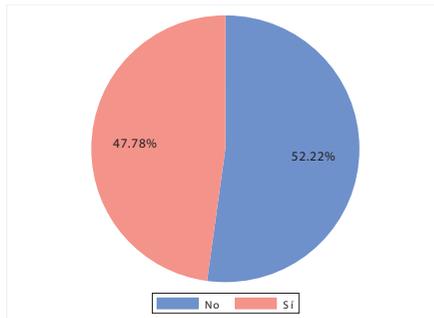


Figura 52. Percepción de los Encuestados sobre los Proyectos Prácticos como Recurso Educativo Más Efectivo para Aprender de la Guerra del Chaco
Nota. Elaboración propia basada en los resultados de las encuestas

El panorama cambia significativamente cuando se analizan las respuestas sobre los documentales como herramienta educativa. El 55.56% de los encuestados expresó que los documentales son el recurso más efectivo para aprender sobre la Guerra del Chaco. Este resultado está alineado con la preferencia por medios audiovisuales, que tienden a ser más dinámicos y accesibles, facilitando una comprensión más profunda y emocional del conflicto.

En cuanto a las actividades culturales, el 64.81% las consideró la mejor manera de aprender sobre la Guerra del Chaco. Este resultado resalta la importancia de experiencias educativas que involucren a los estudiantes de manera más activa y creativa, permitiéndoles interactuar con el tema a través de medios como exposiciones, obras de teatro y visitas a sitios históricos. La preferencia por actividades culturales refuerza la idea de que el aprendizaje experiencial tiene

un impacto más duradero y significativo en la comprensión de eventos históricos. Finalmente, el 47.78% de los encuestados manifestó que los proyectos prácticos, como investigaciones o actividades colaborativas, son una excelente manera de aprender sobre la Guerra del Chaco. Este porcentaje sugiere que los estudiantes valoran métodos de aprendizaje más interactivos que les permitan aplicar el conocimiento de manera práctica.

4.2. Análisis de los resultados del grupo focal

Con el fin de facilitar una mejor comprensión de los resultados obtenidos del grupo focal, a continuación se presentan los principales hallazgos organizados en distintas secciones temáticas.

4.2.1. El fracaso bélico y el factor militar en la Guerra del Chaco

El grupo focal mostró que una percepción dominante sobre la Guerra del Chaco es que fue un fracaso, atribuible en gran parte al factor militar. Este conflicto bélico evidenció la mala administración de los recursos y la ineficiencia en la organización de las tropas, exacerbada por barreras sociales y lingüísticas que dificultaron la cohesión entre los soldados. Las divisiones internas, como el regionalismo y el individualismo, jugaron un papel central en la fragmentación de un ejército ya mal preparado, lo cual impidió un sentido de unidad nacional. A nivel militar y social, las jerarquías reforzaron esta división. Muchos de los participantes destacaron que el conflicto reflejó la falta de identificación con un proyecto nacional unificado. Este distanciamiento entre los soldados y la élite militar evidenció la debilidad estructural del país, tanto en términos de organización como en la construcción de una identidad nacional compartida. Para muchos, la guerra marcó un punto de inflexión en la historia de Bolivia, vinculándola con la posterior Revolución Nacional de 1952.

4.2.2. La Guerra del Chaco en la memoria escolar y académica

El acercamiento inicial de la mayoría de los bolivianos a la Guerra del Chaco se produce en la etapa escolar. A pesar de ser un momento formativo importante, la enseñanza suele ser superficial, presentando el conflicto como “una tarea más”. Los participantes del grupo focal destacaron que, si bien el sistema educativo introduce los conceptos básicos, falta un enfoque que motive una comprensión más profunda. En ciertos casos, la influencia de materiales edi-

toriales, como los libros de la editorial Santillana, se mencionó como parte de este proceso educativo limitado. En el ámbito universitario, el estudio de la Guerra del Chaco es aún más fragmentado, y depende en gran medida de las áreas de especialización. Para muchos, la universidad no ofrece una revisión completa del conflicto, lo que perpetúa la sensación de que la guerra sigue siendo un tema mal abordado en los niveles educativos. Este vacío en la enseñanza contribuye a la idea de que la Guerra del Chaco no es completamente comprendida por las nuevas generaciones.

4.2.3. Los intereses petrolíferos y el rol de la Standard Oil

Un tema recurrente en las discusiones del grupo focal fue el vínculo entre la Guerra del Chaco y los intereses económicos internacionales, particularmente los relacionados con la Standard Oil. Existe una tendencia a ver el conflicto como una guerra impulsada por razones económicas, en las que los intereses petrolíferos jugaron un rol clave. Esta percepción se ha mantenido en la posmemoria como uno de los “fantasmas” del conflicto, simbolizando la recurrente intervención extranjera en la política boliviana. La relación entre lo interno y lo externo también fue discutida, evidenciando una constante en la historia del país: el tropiezo con los capitales extranjeros. Para muchos, la Guerra del Chaco dejó una profunda herida en la nación, no solo por la devastación económica, sino también por la sensación de impotencia ante intereses empresariales externos. En este sentido, el conflicto es recordado como un enfrentamiento en el que los intereses nacionales fueron sacrificados en favor de alianzas estratégicas que favorecieron a actores externos.

4.2.4. La influencia artística en la posmemoria del conflicto

La posmemoria del conflicto no solo se preserva a través de relatos históricos, sino también mediante el arte. Las canciones, como “*Infierno verde*” y “*Boquerón abandonado*”, han servido como medios poderosos para transmitir el dolor y el sacrificio vivido en el Chaco. Para muchos de los participantes del grupo focal, la música “no es fría, hace viajar en el tiempo y sentir la historia”, lo que subraya el papel emocional que desempeña este arte en la memoria colectiva del conflicto. Asimismo, el cine y la literatura han influido en la percepción del conflicto. Obras cinematográficas como “*Chaco*” y “*Los viejos soldados*” han tratado de capturar el drama y las complejidades del conflicto, aunque mu-

chos criticaron la limitada difusión de estas películas. En el ámbito literario, autores como René Zavaleta han ofrecido análisis críticos que complementan esta visión artística, proporcionando un entendimiento más profundo de las dimensiones culturales y sociales del conflicto.

4.2.5. El legado emocional y familiar de la Guerra del Chaco

La Guerra del Chaco sigue evocando emociones profundas en las generaciones actuales, especialmente a través de materiales de archivo como cartas y diarios de soldados. Estos testimonios permiten que los ciudadanos modernos se identifiquen con las experiencias vividas por los combatientes, creando un vínculo emocional con el pasado. Para muchos, la guerra representa un capítulo de sacrificio y pérdida, tanto a nivel personal como nacional. Además, el legado familiar juega un papel crucial en la preservación de la memoria del conflicto. Historias transmitidas por padres y abuelos que vivieron la guerra o conocieron a veteranos son recordadas y discutidas en espacios íntimos, lo que refuerza la conexión personal con el evento. Estas narrativas familiares, a menudo cargadas de sentimientos de orgullo o dolor, añaden una dimensión emocional al entendimiento histórico del conflicto.

4.2.6. La multiplicidad de perspectivas sobre la Guerra del Chaco

Uno de los hallazgos clave del grupo focal es que no existe una única manera de entender la Guerra del Chaco. Si bien el sistema educativo juega un papel inicial en la formación del conocimiento, la comprensión profunda del conflicto varía según la experiencia personal de cada individuo. Algunos participantes señalaron que su interés por la guerra se desarrolló a través de medios artísticos, familiares o de conversaciones sociales, mientras que otros lo hicieron por la fascinación hacia el análisis militar del conflicto. Esta multiplicidad de acercamientos al conflicto refleja la diversidad de experiencias y perspectivas en la sociedad boliviana. El entendimiento de la guerra se construye de forma fragmentada, influenciado por múltiples fuentes y contextos, lo que subraya la complejidad del legado de la Guerra del Chaco en la memoria nacional.

4.2.7. La incertidumbre sobre la importancia del conflicto

A pesar del reconocimiento general de la relevancia de la Guerra del Chaco, muchos participantes señalaron que definir su importancia exacta resulta complicado. El conflicto es visto como una gran pérdida humana, territorial y económica, y al mismo tiempo, como un momento constitutivo que precedió a la Revolución de 1952. Sin embargo, no existe un consenso claro sobre el impacto duradero de la guerra en la identidad nacional. Esta ambigüedad se ve agravada por la falta de una narrativa consolidada sobre la relevancia del conflicto en el contexto moderno. Para algunos, la Guerra del Chaco es un símbolo de los desafíos de la construcción nacional en un país pluriétnico y multicultural. Para otros, la guerra es un eco lejano de un pasado doloroso que, aunque sigue siendo importante, ha perdido parte de su poder como fuente de identidad.

4.2.8. Comparaciones entre la Guerra del Chaco y la Guerra del Pacífico

Una comparación recurrente en el grupo focal fue la de la Guerra del Chaco con la Guerra del Pacífico. Para muchos, la pérdida del Litoral en la Guerra del Pacífico ha dejado una huella mucho más profunda en la posmemoria colectiva que la pérdida del Chaco Boreal. La derrota en la Guerra del Pacífico, al quitar a Bolivia su salida al mar, sigue siendo vista como una herida abierta que afecta la identidad nacional, mientras que el Chaco es percibido de manera más distante y menos emocionalmente cargado. A pesar de los paralelismos, los participantes destacaron que la Guerra del Chaco ha sido “romantizada” en mayor medida, reflejada en obras artísticas y canciones populares. En cambio, la Guerra del Pacífico ha sido recordada de manera más solemne, sin tantos himnos o expresiones culturales masivas. Este contraste en la forma en que se recuerdan ambos conflictos revela diferencias importantes en cómo la sociedad boliviana procesa sus derrotas y victorias.

4.2.9. La globalización y la dilución de la memoria del Chaco

El proceso de globalización ha afectado profundamente la forma en que los bolivianos se identifican con su historia. Para muchos, es más fácil sentirse conectados con conflictos internacionales como la Segunda Guerra Mundial que con la Guerra del Chaco, lo que refleja un cambio en las prioridades iden-

titarias. La influencia de la globalización ha creado identidades fluctuantes y una migración cultural que ha diluido el sentido de pertenencia a conflictos nacionales. Este fenómeno plantea desafíos para la preservación de la memoria del Chaco, ya que las nuevas generaciones están menos inclinadas a identificarse con un conflicto que no vivieron. Para muchos jóvenes, la guerra ya no es una fuente de orgullo o identidad, sino más bien un episodio doloroso que ha perdido relevancia en el contexto de un mundo cada vez más interconectado.

5. Discusión

La teoría de la posmemoria, tal como la conceptualiza Hirsch, se manifiesta claramente en los resultados obtenidos de las encuestas y el grupo focal. Aunque ninguno de los encuestados o participantes del grupo focal vivió directamente la Guerra del Chaco, el conflicto sigue ejerciendo cierta influencia en su percepción del pasado. Esta influencia se evidencia en la persistencia de un sentido de conexión con el conflicto, a pesar de la falta de experiencia directa.

Sin embargo, se observa una ambivalencia en la comprensión de la relevancia de la conflagración bélica. La mayoría de los encuestados y participantes mencionan relatos familiares y material educativo como las principales fuentes de su conocimiento sobre la guerra, pero presentan una falta de claridad respecto a las causas y consecuencias del conflicto. Este fenómeno resalta una brecha entre la memoria afectiva y el entendimiento analítico del evento histórico.

Asimismo, el análisis de los datos también refleja la influencia de la posmemoria colectiva. La memoria de la Guerra del Chaco no es un fenómeno estático; se configura y reconfigura en función de las necesidades y contextos actuales. Las encuestas y el grupo focal muestran cómo la memoria del conflicto se ha moldeado a través de narrativas oficiales y no oficiales, y cómo estas narrativas se ven afectadas por factores como la educación, la política, la cultura popular y la globalización.

Un aspecto notable es la presencia de narrativas contradictorias y la existencia de una memoria oficial que a veces entra en conflicto con las memorias subalternas. La glorificación de los héroes nacionales en Bolivia contrasta con las críticas a la corrupción y la incompetencia en el liderazgo militar, reflejando la tensión entre la memoria oficial y las experiencias vividas por los individuos. Esta dualidad ilustra cómo la posmemoria colectiva puede ser manipulada o reprimida por narrativas dominantes, mientras que las memorias subalternas buscan resistir y preservar una visión más completa del pasado.

Por último, los resultados de las encuestas y del grupo focal también indican una tendencia preocupante: la Guerra del Chaco está perdiendo su relevancia como componente central de la identidad nacional en Bolivia. Este fenómeno es evidente en los resultados de las encuestas, que muestran una disminución en la transmisión de emociones y recuerdos de las generaciones anteriores hacia las nuevas. El descenso en la transmisión emocional de la guerra sugiere que los encuestados y participantes del grupo focal tienen dificultades para asociar el conflicto con sentimientos profundos como el dolor, el heroísmo o el orgullo nacional. Esta pérdida de conexión emocional puede estar vinculada a una disminución en la presencia de relatos familiares y educativos que refuercen la importancia del conflicto en la narrativa nacional. Además, esta tendencia podría reflejar un cambio en las prioridades y preocupaciones actuales, desplazando el enfoque de eventos históricos hacia cuestiones más contemporáneas. A medida que las generaciones actuales se alejan de la experiencia directa de la guerra, el conflicto mismo se convierte en un recuerdo más distante y menos relevante para la construcción de la identidad nacional. En consecuencia, la posmemoria enfrenta el desafío de mantener viva la relevancia de estos eventos en el tejido cultural y nacional. La pérdida de la conexión emocional con la Guerra del Chaco podría tener implicaciones significativas para la preservación de una narrativa nacional cohesiva y la formación de una identidad compartida.

6. Conclusiones

Los resultados de este estudio demuestran la relevancia de la teoría de la posmemoria para comprender cómo los jóvenes bolivianos actuales perciben la Guerra del Chaco, a pesar de no haber vivido directamente este conflicto. A través de relatos familiares, materiales educativos y fuentes culturales, las generaciones actuales mantienen una conexión con el pasado, aunque esta conexión está matizada por una falta de comprensión profunda de las causas y consecuencias del conflicto. El análisis revela una disonancia entre la memoria afectiva y el entendimiento analítico. Aunque los encuestados y los participantes del grupo focal reconocen la importancia de la Guerra del Chaco como un hito en la historia boliviana, muchos de ellos no logran articular con claridad los factores económicos, políticos y sociales que influyeron en el conflicto. Esta brecha destaca la necesidad de revisar y fortalecer los enfoques educativos y culturales para enriquecer el conocimiento histórico y profundizar en la comprensión crítica de la guerra.

Un hallazgo importante es la pérdida gradual de la relevancia emocional de la Guerra del Chaco en la identidad nacional boliviana. Si bien el conflicto sigue presente en el imaginario colectivo, su conexión emocional con los jóvenes parece estar diluyéndose, lo que refleja un cambio en las prioridades y preocupaciones de las generaciones actuales. Este distanciamiento podría deberse a varios factores: la globalización, que ha hecho que los jóvenes bolivianos se identifiquen más con conflictos internacionales que con los propios; la transmisión inconsistente de relatos familiares; y un enfoque educativo limitado en cuanto a la enseñanza de la historia del conflicto. Esta pérdida de relevancia tiene implicaciones significativas para la preservación de una narrativa histórica compartida en Bolivia. A medida que las generaciones más jóvenes se desconectan emocionalmente de la Guerra del Chaco, existe el riesgo de que este evento fundamental en la construcción de la nación pierda su capacidad de fortalecer la identidad colectiva y la cohesión social intergeneracional.

Para enfrentar este desafío, es necesario intensificar los esfuerzos en la educación formal y la difusión cultural. Esto incluye el fomento de proyectos que integren relatos personales, testimonios orales y material educativo innovador en los planes de estudio, así como el desarrollo de actividades culturales que revitalicen el interés por la historia nacional. Estas iniciativas no solo permitirán profundizar el conocimiento sobre el conflicto, sino también reavivar el vínculo emocional con este evento histórico, asegurando que siga siendo una parte integral de la identidad compartida de Bolivia.

En conclusión, la Guerra del Chaco sigue siendo un elemento relevante de la posmemoria colectiva boliviana, aunque enfrenta el desafío de mantener su vigencia en la conciencia nacional. Es fundamental que las instituciones educativas y culturales trabajen en conjunto para preservar y revitalizar la memoria de este conflicto, de manera que las futuras generaciones puedan comprender su significado en la construcción de la nación y la identidad boliviana.

Recibido: septiembre de 2024

Aceptado: octubre de 2024

Referencias

1. De Chazal, A. (2022). La política visual de la Guerra del Chaco (1932-1935): Apropiación territorial, construcción nacional y disputas de sentido a través del dispositivo fotográfico en Paraguay. *Folia Histórica del Nordeste*, (45), 91-126. <https://doi.org/10.30972/fhn.0456301>
2. Espinoza, C. (30 de junio de 2019). Marianne Hirsch: “La revisión del pasado nos permite un futuro más justo”. *Público*. <https://www.publico.es/culturas/generacion-posmemoria-marianne-hirsch-revision-pasado-permite-futuro-justo.html>
3. Esteve, L. (2014). Hacia una teoría de la posmemoria. Reflexiones en torno a las representaciones de la memoria generacional. *Historiografías. Revista de historia y teoría*, (8), 57-75 file:///C:/Users/WALTER/Downloads/admin,+Gestor_a+de+la+revista,+2417-6283-1-CE.pdf
4. Funkenste, A. (1989). Collective Memory and Historical Consciousness. *History And Memory*, 1(1), 5-26. <https://www.jstor.org/stable/25618571>
5. Garay Vera, C. y J. Mendoza (2015). El choque de dos imaginarios geopolíticos en Bolivia: la “guerra del gas”. *Si Somos Americanos. Revista de Estudios Transfronterizos*, 15(1), 115-139.
6. Hirsch, M. (2013). *The Generation of Postmemory*. University of Minnesota Press. <https://doi.org/10.5749/minnesota/9780816674695.003.0009>
7. Instituto Nacional de Estadística. *Censo Nacional de Población y Vivienda (2012)*. <https://www.ine.gob.bo/index.php/censos-y-banco-de-datos/censos/>
8. Jelin, E. (2013). Memoria y democracia. Una relación incierta. *Política. Revista de Ciencia Política*, 51(2), 129-144. <https://perio.unlp.edu.ar/catedras/comyddhlic/wp-content/uploads/sites/152/2020/08/5-Jelin-Memoria-y-democracia-Una-relaci%C3%B3n-incierta.pdf>
9. Jones, W.K. (1938). Literature of the Chaco War. *Hispania*, 21(1), 33-46. <https://doi.org/10.2307/332424>
10. Kain, R. S. (1935). Behind the Chaco War. *Current History*, 42(5), 468-474. <https://doi.org/10.1525/curh.1935.42.5.468>

11. Klein, H. (1963). *The impact of the Chaco War* [Tesis de doctorado, Universidad de Chicago].
12. LaCapra, D. (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
13. Martínez, D. (2015). Los factores concurrentes en la Guerra del Chaco. *Fuentes*, 9(38), 41-55.
14. Pighin, D. (2018). Transmisión del pasado traumático: posmemoria y enseñanza de la historia reciente. *Clío & Asociados* (27), 118-126. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9490/pr.9490.pdf
15. Querejazu, R. (2008). *Masamaclay*. La Paz: GUM.
16. Quilez, L. (2013). Hacia una teoría de la posmemoria. Reflexiones en torno a las representaciones de la memoria generacional. *Historiografías*, (8), 57-75. https://doi.org/10.26754/ojs_historiografias/hrht.201482417
17. Reinares, Candela (2020). Ley de Educación “Avelino Siñani-Elizardo Pérez” en Bolivia 2006-2010. Conflictos y tensiones en la política educativa desde una perspectiva decolonial. *Propuestas para el Desarrollo*, 4(4), 59-75. <https://www.propuestasparaeldesarrollo.com/index.php/ppd/article/download/88/135>
18. Valls, L. (29 de mayo de 2018). La posmemoria como contra-memoria crítica. *El Salto Diario*. <https://www.elsaltodiario.com/el-rumor-de-las-multitudes/posmemoria-y-memoria-historica>
19. Violi, P. (2020). Los engaños de la posmemoria. *Revista de Semiótica*, (44), 12-28. <https://www.scielo.org.mx/pdf/tods/n44/2594-0619-tods-44-12.pdf>
20. Whiting, J. (2014). *Précis of Marianne Hirsch's The Generation of Postmemory*. Johnnywhiting. <https://johnnywhiting.wordpress.com/2014/10/10/precis-of-marianne-hirschs-the-generation-of-postmemory/>

Ideas y pensamientos



Alejandro Terceros, capitán de artillería durante la Guerra del Chaco
(Fotografía: Familia Burgoa Terceros)

Alegorías y aledaños de la Guerra del Chaco

Allegories and Surroundings of the Chaco War

*Alan Castro Riveros**

Resumen

A partir de imágenes y escrituras de actores del ámbito militar y cultural boliviano relacionados con la Guerra del Chaco, este ensayo explora la imaginación de aquel conflicto. La expresión alegórica, al tener como núcleo las relaciones entre imagen y escritura, se plantea como lente para leer a detalle las encrucijadas que se juegan en las diferentes formas de ver la guerra. Desde los gestos de Froilán Tejerina o Germán Busch hasta las formas escriturales de Hilda Mundy, David Villazón o Jesús Urzagasti, el siguiente ensayo ahonda en los horizontes históricos que operan en y desde estas miradas.

Palabras clave: Literatura boliviana de la Guerra del Chaco; vanguardia literaria en Bolivia; mirada histórica; mirada alegórica; historia y literatura bolivianas.

Abstract

Based on images and writings of Bolivian military and cultural actors related to the Chaco War, this essay explores the imagination of that conflict. The allegorical expression, having in its core the relationship between image and writing, is proposed as a lens to read in detail the dilemma at stake in the different ways of seeing the war. From the gestures of Froilan Tejerina or German Busch, to the writing forms of Hilda Mundy, David Villazon or Jesus

* Magister en Literatura Latinoamericana, UMSA, UCB, La Paz.
Contacto: alancastroriveros@gmail.com,
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6250-9000>

Urzagasti, the following essay delves into the historical horizons that operate in and from these gazes.

Keywords: Bolivian literature of the Chaco War, literary avant-garde in Bolivia, historical gaze, allegorical gaze, Bolivian history and literature.

A los muertos

1. Un retrato



Fig. 1. Froilán Tejerina Alcoba (Guayabillas, 1907-Chaco Boreal, 1934). Archivo Urzagasti-Montero.

En su mirada se combinan el asombro y la firmeza; ambos sostenidos por el terror primigenio que centellea al fondo de los ojos.

Si jugamos el juego de los retratos y tapamos la mitad de su cara con nuestra mano derecha, vemos al hombre. Si tapamos con la izquierda, adivinamos al niño.

La camisa militar es holgada en los brazos y está abotonada hasta el codo. El cuello negro por momentos trae el espejismo de un grillete, donde culmina el abotonamiento tras una cadena serpenteante.

Su cabellera agreste se burla del corte fírpo. En su hombro derecho hay un botón y dos estrellas. El número seis en el cuello lo asigna al regimiento de infantería; es decir, el de combate a pie con armas portátiles, el de cuerpo a cuerpo.

No se sabe dónde está, pero lo vemos ante un pupitre sobre el que hay un libro abierto y dos frascos: uno blanco y otro negro más pequeño.

La nitidez del primer plano respecto al fondo le da a este último un aire fantasmal y al primero la materialidad física de lo táctil.

El soldado agarra una pluma y sostiene una hoja que muestra al fotógrafo.

Allí leemos: “en este libro aprendí a leer y escribir en un mes./ Sgto. Froilán Tejerina”.

2. Buen Retiro

“[Y]a casado pero sin hijos, volvió a cruzar el desierto con su mirada de animal ciego”, escribe Jesús Urzagasti en *Los tejedores de la noche* (2010 [1996], p. 88) a propósito de Froilán Tejerina. En la novela, el retrato del héroe de Fortín Sorpresa está pegada en la pared del cuarto desde donde escribe el narrador sin nombre, un cuarto debajo del piso donde viven los tejedores de la noche (p. 25). Sin embargo, Froilán Tejerina como tal aparece mucho antes que su imagen.

Los tejedores de la noche enlaza al menos dos espacios narrativos: el ya mentado cuarto y la residencia imaginada de Buen Retiro –dinamizados por un proyecto cinematográfico sobre la Guerra del Chaco que trastoca y revira ambos espacios. En el segundo –Buen Retiro– aparece Froilán Tejerina por primera vez.

Buen Retiro es la residencia que el narrador imagina para estar a sus anchas, alejado de la vida cotidiana que lo requiere ahí donde vive, en un cuarto. “Cabe inventarse una residencia” –dice el narrador sobre Buen Retiro–, “y la levanté de la tierra firme de la imaginación (...): un árbol de por medio, una biblioteca de anarquista, puertas y ventanas abiertas para ventilar la intimidad con esas criaturas consumidas por el desorden creador” (p. 139).

Y es que el narrador no está solo en la residencia imaginada.

Un día después de la invención de Buen Retiro, halla “restos de cigarrillos, botellas de singani a medio consumir [...], yesqueros, jergones de cuatrerros, quesos, caña paraguayaya”, “en fin, rastros de enigmáticos visitantes” (p. 18).

Mientras mira aquel desorden sin mucha sorpresa, suena el timbre:

Bajaría sin vacilar las escaleras, abriría la puerta y me toparía con un cuarentón huraño como los seres de otro tiempo. La cortesía me obligaría a muchas cosas esa noche; para empezar, no le advertiría al forastero que la residencia era inventada, al igual que el jeep metido en el garaje. La realidad ocasiona estragos al por mayor, en eso estamos de acuerdo; pero la irrealidad, si no es mutuamente consentida, puede provocar un escándalo existencial de cuyos resultados más vale no preguntar. Cabe señalar que Froilán Tejerina no había cambiado nada (p. 19).

La llegada de Froilán Tejerina a Buen Retiro no es una mera visita. Su presencia podría parecer efímera, por lo imprevista y casual, pero llega para quedarse. Y lo veremos transitando múltiples escenarios de la residencia imaginada a lo largo de la novela, proyectándose además hacia la película.

Tras sucesivas jornadas de convivencia, el narrador de Buen Retiro y el ex soldado cuarentón de Guayabillas (tronado a los 27 años en Campo Santa Cruz, según parte del ex suboficial Atanasio Ponce Aramayo (Mendieta, 1993, p. 178) –recordado sea entre paréntesis) van haciendo buenas migas.

En una de esas, Froilán Tejerina inicia un diálogo con el narrador –quien se hallaba ese instante pensando en su tío Ramón. La charla gira en torno a la resurrección.

— Me parece que si un hombre se muere es porque está seguro de resucitar –y miró los libros de los estantes sin mayor curiosidad. [...] — Como todo incrédulo, mi padre se ponía furioso cuando alguien le contradecía. Un día de esos se murió sin pensarlo dos veces. Seguro que lo estaban llorando más de la cuenta, porque de pronto levantó la tapa del ataúd, se incorporó de mal humor, desparramó puteando las flores y afirmó sin pestañear: *Habrá llegado la hora, pero no llegó el muerto*. Luego se fue a ver las chivas recién paridas.

— Ese fenómeno se llama catalepsia –agregué como si Froilán fuese un ignorante.

— Puede llamarse lo que quiera — me replicó con la solvencia de un hombre instruido en cosas de fondo. — Pero las gentes de mi tiempo se asustaban cuando los difuntos resucitaban. Por eso se dice que la ignorancia acaba con cualquier milagro. Al incrédulo que se salió del cajón, poco después los mismos parientes lo acabaron de joder a garrotazos.

Lancé una risotada que me hizo sentir mal, porque Froilán frunció el ceño y prosiguió:

— De morir hay que morir bien; sólo así se resucita como Dios manda. Yo troné en mi ley en Campo Santa Cruz. Desde entonces, lleno de mí mismo camino por montes y ciudades. Al primero que me pida el certificado de defunción le meto seis tiros –se incorporó y se fue a tomar agua de la pila (Urzagasti, 2010, pp. 140-41).

Antes de ahondar en la resurrección y “la llegada de la hora, pero no del muerto”, cabe notar que esta aparición de Froilán Tejerina tras el recuerdo del tío Ramón responde a una cualidad compartida: se conoce de la valentía de ambos en la Guerra del Chaco, pero se duda de su existencia. Ambos están envueltos en esa neblina donde imaginación y memoria destejen sus contornos y se hacen indistintos, ahí donde anida la sospecha de verdades hechas a la ligera, a vistas de un campo regado de huesos.

Por otro lado, el tío Ramón y el sargento Tejerina son personajes transmitidos por el padre del narrador de *Los tejedores de la noche*. Él decía que Froilán Tejerina “tenía la talla de héroe, aunque en el colegio me convencieron de que el susodicho sólo existía en la imaginación de mi progenitor” (p. 85). En cuanto al tío Ramón,

Mi padre aseguraba que su primo Ramón había muerto en la defensa de ese heroico fortín [Boquerón], afirmación que me parecía descocada, habida cuenta de que en memorables páginas doradas vi desfilar a Bernardino Bilbao Rioja, Germán Busch, Francisco Villanueva, Tomás Manchego, Jesús León, Víctor Ustárez (...), pero ni por equivocación a mi tío Ramón (pp. 46-47).

Si morir es “estar seguro de resucitar”, a qué responde la duda de la existencia de estos muertos. Y en qué encrucijada se halla su imagen.

3. La ruina como alegoría

El escombrosuelto o la espacialidad de una ruina, como expresión alegórica de la Guerra del Chaco y sus aledaños, guarda en sus distintas formas de aparecer cada cual una encrucijada. Desde *El pozo* de Augusto Céspedes (la fosa común cavada en busca de una gota de vida), hasta la columna trunca en el mausoleo de Germán Busch Becerra (el macizo brote de la tierra súbitamente descabezado), la imagen de aquella guerra y sus aledaños se alegoriza con cierta naturalidad en algún tipo de ruina. Esta ruina –materialización física de un proyecto inútil, trunco, inacabado, al mismo tiempo que ineludible, germinal y totalmente acabado– es además aquello que dejan los muertos como marca de su trascendencia: recuerdo no de la ruina, sino del sueño detrás de la ruina, de aquello que alguna vez suscitó la vida en aquellos restos. El pozo y la columna trunca, por su polaridad –hacia el fondo una, hacia lo alto la otra–, trazan un eje vertical en el que las múltiples expresiones de la ruina ocuparían cierto lugar, algunas más cerca de la tierra, otras del cielo.

A propósito del cuento *El pozo* (1936), la escritora Blanca Wiethüchter remarca que su trascendencia es excepcional dentro de la literatura escrita por la generación del Chaco, pues el hecho bélico la mayoría de las veces se volcó “en un lenguaje que no trascendía (...) una intención testimonial... Podría afirmarse, sin malicia, que lo logra por la fuerza misma de la guerra, porque ningún otro relato ni novela de Céspedes alcanza el vuelo delirante de esta narración” (2002, p. 144). Este guiño lleva a imaginar, “sin malicia”, que la expresión de la Guerra del Chaco, su “fuerza misma”, tiende a alegorizarse en algún tipo de ruina, más allá de quien sea su *médium*.

El acápite que Wiethüchter dedica a *El pozo* en *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia* lleva por título La alegoría fantástica: la matría (pp.142-48). A pie de página, la autora precisa que entiende el concepto de alegoría “a la manera de Maurice Blanchot” (nota 24).

Pero antes de entrar en ello, cabe recordar que la noción general de alegoría es la de una imagen donde se ha materializado una idea. Una mujer de larga cabellera, con los ojos vendados, sosteniendo una espada en la diestra y una balanza en la siniestra es –por ejemplo– la alegoría de la Justicia¹. En su minucioso estudio sobre el *Trauerspiel* alemán, el escritor Walter Benjamin indaga sobre las transformaciones de la expresión alegórica; desde la ciencia jeroglífica (donde los pictogramas e ideogramas forman palabras y conceptos), pasando por la emblemática medieval (donde la iconografía es escritura sagrada y secreta), hasta el drama barroco alemán (donde las imágenes proliferan hasta ser pedazos cifrados del código muerto de un mundo pasado a la historia).

En todo caso, y a lo largo de sus transformaciones, la alegoría siempre ha operado desde las relaciones profundas que entretienen imagen y escritura.

Con su teoría de que toda imagen es tan solo grafía (J. W. Ritter) da en el centro de la concepción alegórica. En el contexto de la alegoría, la imagen es únicamente rúbrica, tan solo monograma de la esencia, y no la esencia en su envoltorio (Benjamin, 2012, p. 260).

Respecto al concepto de alegoría planteado por Blanca Wiethüchter, la nota al pie refiere concretamente al ensayo “El secreto del Golem”, incluido en *El libro por venir* (Blanchot, 2005 [1959], pp. 114-21). Allí, el indagador órfico de Devrouze señala una diferencia crucial entre la experiencia simbólica y la mirada alegórica.

Lo extraño en el empleo de este término (símbolo) es que el escritor a cuya obra se aplica se siente muy alejado, mientras está inmerso en esta obra, de lo que designa un término semejante. Después, puede que se reconozca en él, que se deje adular por este bonito término. Sí, es un símbolo. Pero dentro de él hay algo que resiste, protesta y secretamente afirma: no es una forma simbólica de decir; era solamente real (Blanchot, 2005, p. 114).

La extraña realidad que se revela en esta forma de ver la obra como algo en donde la propia vida ha estado inmersa, ese “solamente real” que se opone al “bonito término” de símbolo, es producto de la mirada alegórica. Mientras la experiencia del símbolo supondría comprender la vivencia real más allá de lo

1 Esta forma de escribir Justicia con letra capital para alegorizarla, esta necesidad gráfica de la alegoría, es un ejemplo otorgado por el Barroco, cuya fuerza habría legado ni más ni menos que la mayúscula a los sustantivos del idioma alemán –dicho sea a pie de página.

perceptible –es decir, fuera de la obra–, con la alegoría “el más allá de la obra no es real sino en la obra; no es sino la realidad propia de la obra” (p. 118). Por ello, la alegoría aquí supone la materialización de una imagen tras la realización de cierta fuerza creadora. Y la obra sería aquello que queda tras el paso de esa “fuerza misma”. No por nada, “el Golem se animaba y vivía con una vida prodigiosa, superior a todo lo que podemos concebir, pero sólo durante el éxtasis de su creador” (p. 121).

El secreto del Golem es la mirada alegórica –que es la mirada de Orfeo en *El espacio literario* de Blanchot–, y también la conocida mirada del ángel de la historia de la novena tesis *Sobre el concepto de la historia*:

En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que acumula sin cesar ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero una tormenta desciende del Paraíso y se arremolina en sus alas y es tan fuerte que el ángel no puede plegarlas. Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas sube ante él hacia el cielo. Tal tempestad es lo que llamamos progreso (Benjamin, 2007, pp. 69-70).

He aquí la “catástrofe única” –fuerza de “lo que llamamos progreso”– que hace pedazos las construcciones, siempre insostenibles, en cuanto la mirada alegórica descubre que la proliferación de sus verdades estaba encubriendo su repentina vacuidad. Y es ahí donde Wiethüchter ve cómo *El pozo* “utiliza lo fantástico alegórico como otra forma de realismo” (2002, p. 148); es decir, allí donde la realidad se revela como ficción. Tal la encrucijada que asomaba su cabeza, por ejemplo, en ese espacio donde imaginación y memoria destejen sus contornos y el tío Ramón o Froilán Tejerina parecen invenciones abstrusas.

Pero tal vez cavar y cavar el pozo “en dirección a la *matria*”, con la “voluntad enloquecida”, con el “sentido ilusorio para ingresar en el ámbito de lo irreal”, en el “absurdo (...) que fuerza la realidad hasta el desquiciamiento”, toda esa vida obrando “bajo la luz del simulacro” (pp. 146-77), tal vez todo ello “era solamente real” (Blanchot: *supra*).

4. El cambia Busch

Lo fantástico alegórico de *El pozo* centellea también en su formato. Compuesto de fragmentos del diario de campaña del suboficial boliviano Miguel Navajas, desde el 15 de enero al 7 de diciembre de 1933, el propio texto se presenta

como un resto de la guerra, y el relato se forma con páginas sueltas enhebradas en calzoncillos desde el hospital de Tarairí (Céspedes, 1936, p. 21).

Sin embargo, la fuerza alegórica del diario de campaña, en cuanto resto de guerra, alcanza su plenitud cuando se desliga de una intención simbólica y aparece como algo que sencillamente sucedió, como aquello que, entre otros sucesos, fue “solamente real”. Por ejemplo, el diario de campaña de Germán Busch Becerra.

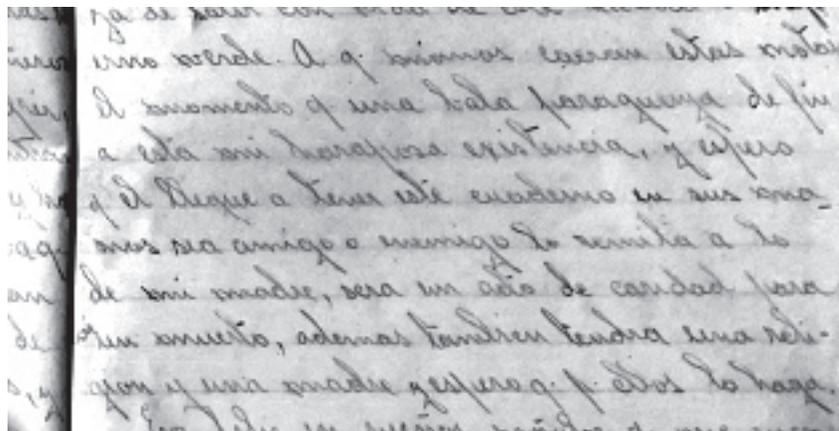


Fig. 2. Fragmento del diario de campaña (1932) de Germán Busch. Fotografía de la edición facsímil (2016).

A q' manos caerán estas notas el momento q' una bala paraguaya de fin a esta mi haraposa existencia, y espero que él llegue a tener este cuaderno en sus manos sea amigo o enemigo lo remita a lo de mi madre, será un acto de caridad para con un muerto, además también tendrá una religión y una madre y espero q' p' ellos lo haga (Busch, p. 23: día 2. Transcripción semidiplomática).

Más allá de la propia caligrafía de Busch –trazos oblicuos donde mecánica y carácter engarzan una lluvia de palabras melancólicas–, este diario de campaña se define a sí mismo como el único objeto destinado a trascender la muerte. Según el fragmento, del destino del cuaderno depende la memoria del destino de su autor. Es el objeto guardado siempre en el bolsillo de un cuerpo que –pronto ya como un autómatas– esquiva otras lluvias, “lluvia de balas” (día 22), de esas que rozan a cada rato y todos los días la cabeza del joven de 28 años.

A propósito de Germán Busch, el chaqueño Jesús Urzagasti contaba que el militar cambia aconsejaba con estas palabras a sus compañeros: “No disparen hacia las ramas, los que nos siguen no son monos”. A diferencia de la lluvia de palabras –que parecen caer de lo alto sobre las páginas de su cuaderno–, la

“lleva de balas” se vive en el plano material y mortal del horizonte chaqueño –ni hacia arriba ni hacia abajo, sino aquí mismo.

En el diario se juega en cambio la trascendencia de lo mortal; tal vez porque para morir hay que estar “seguro de resucitar” –como aconsejaría, “con la solvencia de un hombre instruido en cosas de fondo”, Froilán Tejerina (Urzagasti: *supra*).

En ese sentido, la mínima enmienda que hace Busch a la frase “para con un muerto” (fig. 3) –cosa rara en el flujo límpido de su escritura–, este pequeño rastro material de una aclaración necesaria, es la cifra de una decisión sobre la visión de la muerte siempre cercana. “Para un muerto”, habría escrito en principio Germán Busch. Pero se detiene, repasa su formulación, y añade: “con”. Es una manera de colocar algo de luz en su propia muerte, en la imagen de sí mismo muerto. “Para con un muerto”, dice ahora, acuñando desde ya –desde esta mínima formalidad– una juntura a la vida que continúa su curso, pero estampada desde entonces con algo que desliza entre sus páginas –entre los días– la vida del muerto en este mundo.

La terrorífica candidez devenida melancolía en la marcha militar *Sargento Tejerina*, de Adrián Patiño, pinta la atmósfera cabal para leer el inicio del diario de campaña de Germán Busch². La progresión de los días y los detalles de las jornadas dejan explorar la aparición de una nueva luz al fondo de los ojos del joven Busch –ahí donde se asoma el hombre y se espeluzna el niño.

Con el mismo entusiasmo de todo el viaje salimos de Palomo con dirección a Muñoz, hacemos un alto a las 3 leguas del Fortín y nos dan la noticia de que fuerzas paraguayas han atacado Boquerón siendo rechazadas (Día 9)³.

He dormido bien, corren voces de que vamos a Boquerón y pienso que por fin voy a conocer lo que pedíamos tanto guerra! [...] durante el camino encontramos varios camiones que traen heridos, esta es la primera impresión que tengo, pues recién comprendo que la guerra no es chanza, ya ha cambiado la fisonomía de algunos soldados (Día 10).

Amanece este día aciago con los preparativos de marcha hacia Boquerón, todos vamos silenciosos, pensando sabe Dios en que, a los 2km ya vemos varias manchas de sangre, seguimos algo más y se nos presentan a nuestra vista varios cadáveres, en uno de ellos reconozco al de un amigo [...] y recién pienso en lo horrible que es la guerra, por acá y por allá se ven cadáveres de varios lugares parten quejidos pidiendo auxilio y agua, luego a charlar con algunos compañeros, todos ya detestan

2 Instamos al lector a entrar en la red y hacer sonar esta pieza de acceso seguro.

3 El diario de campaña inicia el Día 9 de la defensa de Boquerón, cuando un escuadrón del regimiento RC-6 conducido por el teniente Germán Busch va a dejar sus caballos a Muñoz. Pronto se encaminarían a reforzar el fortín.

la guerra y protestamos contra todos aquellos q' en las ciudades piden guerra, desearíamos verlos acá (Día 11).

En tres días, el joven Busch y sus compañeros se percatan de algo; por fin tenían “la primera impresión”, recién comprendían “que la guerra no es chanza”. Tal la adquisición de una mirada que pronto los lleva a protestar “contra todos aquellos q' en las ciudades piden guerra”. Es un protestar y es un renegar y es un re-negar; pues condena el reflejo de la visión perdida, de aquélla que había sido la de sus propios ojos durante el furor inicial, antes de que por fin conocieran lo que tanto pedían: “¡guerra!”.

Pero el temple de Busch sigue entero en su caligrafía, aunque “parece que todo lo hacemos sin pensar, somos autómatas” (segunda parte, Día 2). Sus cimientos se siguen revelando en mínimos gestos y en expresiones que cifran los rastros del enigma mayor que lo acecha —a él y a todos.

Por ejemplo, el Día 11, Busch escribe: “se nos presentan a nuestra vista varios cadáveres”. Entre aquellos que encuentra a su paso, reconoce uno: “en uno de ellos reconozco al de un amigo”. Esta referencialidad de retruécano —“al de un amigo”— implica no el reconocimiento del cadáver de un amigo sino de aquel resto perteneciente a un amigo, “al de un amigo” que está y no está en el resto que ha dejado.

5. El desayuno real

Confeccioné mi café con leche, desdoblé El Diario, constaté si estaba también La República y principié, como siempre, tomándole el pulso al mundo. Leía dos veces todo lo que se refería al Brasil. A fuerza de pensar en mi proyectado viaje a Río me había carioquizado ferozmente y por nada del mundo hubiera deseado oír hablar mal de tan simpática nación. Volví la página; decididamente, pensé al no comprobar novedades brasileñas, estos periódicos están malucos. Me serví un sorbo de café con leche y casi me atoro al leer la cosa. No era para menos, decía el título a dos columnas:

SON LLAMADOS A LAS ARMAS LOS RESERVISTAS DE LOS AÑOS,
etc.

Deberán presentarse en el Cuartel de Miraflores en el término de 48 horas.
etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc.

Solté El Diario, consulté La República y, convencido totalmente de la veracidad de la noticia me pregunté: —¿Es pues un hecho que debo ir al Chaco? ¿Será posible? ¡Qué barbaridad! Pensé: —No, no voy, me emboscaré como tanto otro “vivo”. ¿Me emboscaré? No. Maldita suerte la mía (Villazón, 2016, p. 120).

Este fragmento es el corazón de la novela *Rodolfo el descreído* (1939), del escritor cochabambino David Villazón. Diríamos que la divide en un antes y un

después. A diferencia del escuadrón de la caballería militar boliviana que recibía el llamado como lo que tanto pedían: “¡guerra!”, aquí el ciudadano burgués casi se atora con su café con leche al ver tronada su suerte, su proyecto de viajar a Río –por ejemplo–, el cual incluso ya lo “había carioquizado ferozmente”.

Dentro de esta “calamidad nacida en forma de novela” –como dice de sí misma en la nota inicial *Rodolfo el descreído* (2016, p. 31)–, el fragmento anterior es el único que escenifica un *desayuno real* (permítaseme semejante expresión). Pues si bien se hace mención a otros dos desayunos en la novela, ninguno de ellos se muestra a nuestros ojos. Por otro lado, este desayuno está en medio de los otros dos, justo ahí donde termina la primera parte del libro e inicia la segunda. Es además un desayuno doble, en cuanto el personaje *se desayuna* también una noticia, despierta a algo crucial e inminente que desbarata cualquier otro horizonte. Es en ese *desayunarse* donde se instala la nueva mirada, una que pronto se retrae (“¿Será posible? ¡Qué barbaridad!”), se ensimisma (“Pensé: —No, no voy”), divaga con la ilusión de escapar de aquello que ya opera desde sus ojos (“Maldita suerte la mía”).

Cabe recordar que la novela inicia precisamente con la alusión a un desayuno; de hecho, la palabra *desayuno* es la sexta de la novela. Y tal el primer desayuno –que no veremos realizarse. “¿Pido el desayuno?”, pregunta la rubia Minerette a Rodolfo, que no tiene la menor gana de levantarse de cama. “Tengo sueño...”, responde aquél. Entonces, Minerette se calza las chinelas, envuelve su “cuerpo en un salto de cama estilo japonés, y taconeando” va hacia el cuarto de baño (p. 33).

—Parece que el señor festejó el onomástico de la señora [dice el mayordomo Federico].

—¡Ah!

—¿Tomará desayuno?

—No.

—¿El baño?

—¡Ooooooooooh...! Sí.

Rodolfo pasó una mirada circular por su dormitorio, y arrastrando los zapatos se perdió en el cuarto de baño (p. 33).

Y no se sabe más del primer desayuno. Sencillamente, es olvidado.

Pero iniciar la novela con una resaca es el gesto decisivo. Despertar a un nuevo día de chaqui es una de las formas de *desayunarse* la jornada que ya ha comenzado sin uno (la novela, para el lector; la continuación de la vida, para el personaje). Es un despertar cargado del retumbe confuso del pasado inmediato,

donde cabe pasar “una mirada circular por [el] dormitorio” para reconstruir la imagen de un rompecabezas trabucado.

El personaje, por supuesto, no está dispuesto a despertar; atrasa el desayuno y acepta más bien que le preparen un baño donde sumergirse y cerrar nuevamente los ojos. Y así, la novela inicia con la postergación indefinida del desayuno.

El tercer desayuno, en cambio, sí ha sucedido, aunque no lo vemos. Sabemos de él justo cuando acaba de pasar. Sucede en la segunda parte de la novela, ya en los campos del Chaco. Su mención es tan trivial como la primera, aunque en un escenario hostil, opuesto al “saloncete” del señorito. Este último desayuno de la novela es percibido, además, como una de las innumerables torpezas de los soldados recién llegados, otra de las naderías que hace flaquear los operativos de la guerra. Y esta vez el desayuno, en vez de ser postergado, se convierte en la razón de una postergación.

—Buen día mi teniente

—¿Qué tal Rivera?

—He despachado la patrulla mi teniente.

—¿Qué hora es? Las cinco y media, muy tarde. Las patrullas deben salir a las cuatro o cuatro y media cuando más.

—Nos hemos retrasado por el desayuno mi teniente (p. 143).

“Nos hemos retrasado por el desayuno”, dice aquí Rivera después de haber desayunado. “¿Pido el desayuno?”, preguntaba antes la rubia Minerette a Rodolfo, quien elude responder. Estas diferencias van cifrando la encrucijada que aquí se juega.

El tercer desayuno es aquí el pasado inmediato, como lo era durante el chaqui “el onomástico de la señora”. Y el teniente, con sus palabras, inculca en el desayuno una culpa que hace admitir al soldado: “Nos hemos retrasado por el desayuno mi teniente”. Se trata de un desayuno ligado desde entonces a la reprensión, allí donde el teniente es quien *des-ayuna* —y casi *se lo desayuna*— a Rivera, pues el desayuno no es prioridad en el horizonte de los operativos y de las balas. Y aquí, el haber ido “por el desayuno” adquiere un tono similar al de “haber festejado el onomástico de la señora”, pues con la culpa cargada, el nuevo presente exige la alerta del cuerpo y la presencia abierta de sus ojos, a pesar del propio cuerpo —que deja de serlo cuando se comprende de pronto como criatura de servicio.

Por otro lado, el tercer desayuno tiene la cualidad esencial de un verdadero *desayunarse*, en cuanto la nueva mirada se revela siempre *después* del desayuno. Aquí sólo vemos ese *después*, depositario ya de una culpa y por ello cercano a

la situación de una perseguidora (otra forma de resaca). Y tal la mirada que se impondrá con “la fuerza misma de la guerra” (Wiethüchter: *supra*) hasta destruir la propia novela o “calamidad en forma de novela”.

Blanca Wiethüchter es enfática al señalar la diferencia entre la primera y la segunda parte de *Rodolfo el descreído* –partidas una de otra, recordemos, por el *desayuno real*. Tanto así que considera a esta novela el ejemplo cabal de cómo habría sido ahogada la vanguardia artística en Bolivia, de cómo la “ideología del nacionalismo enterró toda literatura experimental no comprometida directamente (...) con aquel proyecto engendrado en los sótanos de la Guerra del Chaco” (2002, p. 144).

Este entierro de toda literatura experimental se puede observar de manera ejemplar en la irregular y extravagante novela de David Villazón, *Rodolfo el descreído*. En su primera parte ironiza con entusiasmo y humor el *modus vivendi* de una modernidad frívola, tecnicista y vacía, extremando las rupturas de una escritura experimental. Su segunda parte, no obstante, desplaza el lúdico narrador primero y se ve envuelta en un lenguaje que no admite el humor, inscrita como está en el horror de la guerra que conduce a la novela, sin chistar, hacia las formas tradicionales de narración (pp. 148-49).

Wiethüchter apunta lúcidamente que la diferencia entre la primera y la segunda parte de la novela no sólo está en los dos escenarios (la ciudad burguesa y los campos del Chaco) y en los dos humores, sino en la propia escritura. El paso de la primera a la segunda parte de la novela supone el desplazamiento de una “escritura experimental” que extrema “las rupturas” hacia otra que vuelve a “las formas tradicionales de la narración”.

Matizando en algo, habrá que decir que el lenguaje de la segunda parte juega con los mismos artefactos de la primera, y algún chispazo –dentro de la pesadez de la guerra– agarra vuelo. Sin embargo, la mayoría de las veces, la “escritura experimental” que venía explayándose antes del *desayuno real*, no se articula a la segunda parte. Las ironías y la levedad que quiere darse a la escritura son *desayunadas* –digámoslo así– por cierta convencionalidad tradicional de entender la guerra. Si bien, tras el *desayuno real*, se intenta reconstruir el mundo con los restos del anterior, estos restos no se prestan a otra cosa más que a ser las evidencias de la ruina de la que forman parte.

Por otro lado, el *desayuno real* es el menos real de la novela, pues se trata de un fragmento del cuarto capítulo de otra novela que está al interior de *Rodolfo el descreído*: “Una tragedia más.../ Novela de/ Jorge Santa Cruz/ Premio Gordo de Lotería” (Villazón, 2016, p. 95). El Autor de *Rodolfo el descreído* (alegorizado

así en capital por tratarse de un personaje –a lo barroco) es otro; como son otros los que desayunan en cada uno de los desayunos.

Sin embargo, el escenario del *desayuno real* es muy similar al del primer desayuno, aunque el protagonista no sea Rodolfo, sino un amigo suyo. Como también es otro el mayordomo, aquí llamado Metileno –quien trae el café con leche y los periódicos. Pero el *desayuno real*, al ser la aparición de una mirada, implica una frontera, el espejo de dos imágenes del mundo: una que se desmorona y otra que se reconoce desconocida. Y siempre es a ojos abiertos, pues tiñe el espacio de nuevos tonos mientras arma el rompecabezas. Es así que la mirada del personaje de una novela escrita por el personaje de una novela llamada *Rodolfo el descreído*, se torna gris y quiebra la propia escritura. Esta referencialidad en retruécano –tan propia de la alegoría barroca– es el de la mirada alejándose de los antiguos restos de sí misma, tal vez la mirada que intuye el editor de *Una tragedia más...*

¿Qué escritor no habla en alguna de sus obras de un despertar horrendo, en el que, algunos o alguno de sus héroes en peligro de ser asesinado, mordido, picado, envenenado, incendiado, súbitamente despierta y lanza, dos, cuatro, seis, nueve gritos de horror, según sea más o menos nervioso el autor de la obra?

El autor de la presente obra tiene también para con uno de sus personajes, uno de esos despertares, terrible, real, pavoroso (p. 119).

6. Un helado cualquiera

Haciendo visible lo intrascendental de lo trascendente y viceversa, las partes que componen *Rodolfo el descreído* son también la ruina arqueológica de una escritura que había empezado “con entusiasmo y humor” (Wiethüchter: *supra*). Por ello, algo también habrá que decir sobre la tercera y última parte de la novela. Por ejemplo, conocer el fin de Rodolfo Azurduy de la Serna, quien “había muerto; había dejado este mundo con pavorosa sencillez. Se había suicidado. Había puesto final a su existencia, con la misma serenidad con que hubiese hecho una apuesta de 5.000 francos, o hubiese sorbido un *ice-cream*” (Villazón, 2016, p. 246).

Al igual que en “El pozo” –“aunque de una manera mucho menos ‘perfecta’”, añadiría Wiethüchter (2002, p. 143)–, aquí la obra es la evidencia de la ruina de la obra –pues “el más allá de la obra no es real sino en la obra”, acotaría Blanchot (2005, p. 118). Sin embargo, en la tercera parte, el “horror de la guerra” (que produce el suicidio de Rodolfo Azurduy de la Serna) y el “modus vivendi de una modernidad frívola” (ya sea en forma de apuesta de miles de francos o en sorbete de *ice-cream*) engranan en una sola mirada. Cualquiera

sea, toda acción es realizada con la misma “pavorosa sencillez”. No otra cosa se trastorna y complejiza en el magnífico párrafo que abre las *Impresiones de la Guerra del Chaco* de Hilda Mundy:

Las retinas que asomen a estas líneas no esperen encontrar bellezas de estilo, rigideces de historia o frases de filosofía honda o meditativa. Difícil. Tan sólo es la cosecha de un espíritu sensible que se bebió los pasajes de una guerra como un helado cualquiera (2017, p. 135).

Esta nota inicial –dirigida más a la membrana del ojo del lector que transduce los fenómenos ópticos en imágenes (retina), que a la persona del lector– instala de entrada un centro operativo desde donde la mirada abierta se dirige a los ojos que la guardan y despliega en ellos su horizonte.

En primer lugar, para abrirse paso, la mirada deja caer los telones –“bellezas de estilo, rigideces de historia o frases de filosofía honda”. Y segundo, acomoda los ojos en la situación de beberse “los pasajes de una guerra como un helado cualquiera”. Es ahí donde la escritura ubica su estancia y arma su fortín.

El martes 18 de diciembre de 1934, en su columna *Brandy Cocktail* del periódico orureño *La Mañana*, Hilda Mundy escribe:

Para saborear un helado me encanta la “panoramización” de unas mesas sencillas, unas caras humildes, y un murmullo de gente que no encuentra dónde colocarse. Y precisamente donde la repugnancia contorsiona los rostros de las gentes decentes, la tomo yo para encorchar un poco de ingenio que al ser condensado revienta en risas escépticas.

¡A mi criollismo no le sientan los parquets brillantes, ni los mostradores “enlunados”! (2017, pp. 177-78).

Esta “panoramización” –cabal “para saborear un helado”– supone cuidar cierto horizonte de lo visible; es decir, saber contemplar lo *solamente real* en su inquieto transcurso, a contrapelo de la incomodidad que cause a los “decentes”, entre el “murmullo de gente que no encuentra dónde colocarse” y con la libertad de no tener un puesto ajeno a la proliferación de la vida.

Hilda Mundy da con el concepto de “panoramización” al comentar sobre un “Altoparlante” de donde salen “renglones de campaña contra lo anti-higiénico, lo sucio, lo anti-salúbrico de algunos locales”. Ante la pretensión de higienizar los rincones donde se abre el horizonte cabal para tomarse un helado cualquiera, ante la intención de borrar de la faz terrestre los ámbitos que no guarden las apariencias, Mundy afina la puntería. Si seguimos leyendo hacia atrás, llegamos al inicio de esta columna de martes, que arranca con una alusión a la consabida relación entre palabras y armas –un motivo dilecto para la anfitriona

de la cooperativa de risas *Dum-dum*: “terminología de combate” brotada seguramente durante “las erupciones de nuestra viruela guerrerófila” (p. 258).

“Mi admiración es conceptuosa –comienza así la columna Hilda Mundy–. ¡Cómo se convierten las inofensivas palabras en pertrechos bélicos! ¡Y qué incapacidad agresiva la mía que no puedo hacer del lenguaje ni una granada de mano!” (p. 177).

La *admiración conceptuosa*:⁴ tal la mirada que ya ha sentado sus reales en los ojos contemplativos de una tal Laura Villanueva Rocabado, quien firma textiles fulminantes con el nombre de Hilda Mundy –entre otros.

Los pertrechos dispuestos por la Mundy son, en este caso, de trinchera en las zonas asediadas por el Altoparlante (con capital alegórica), cuya campaña de “higienización” implicaría la desaparición de esos rincones agradables, “laberinto de la incomodidad” (p. 177), donde experimentar la “panoramización” cabal para beberse “un helado cualquiera” o “los pasajes de una guerra”.

“También en la farsa vienesa, está presente la veleidad [como] complemento de la sangrienta tiranía”, interrumpiría Benjamin ante una copa vienesa (2012, p. 107). Y cabe abrir un paréntesis para recordar que los estudios sobre la expresión alegórica llevarían al pensador alemán hacia la poesía de Baudelaire y, finalmente, a adivinar en los restos arquitectónicos de los pasajes parisinos del XIX, no sólo la cifra de todo un siglo, sino la imagen articuladora de un proyecto escritural más vital que su propio cuerpo de criatura –tronado por sí mismo en Girona tras un asedio sin salida en la Segunda Guerra Mundial.

En su finísimo estudio sobre el concepto de alegoría en Benjamin, el profesor francfortés Burkhardt Lindner hace una diferencia crucial entre lo alegórico del *Trauerspiel* barroco y el de la poesía moderna de Baudelaire.

mientras que el *Trauerspiel* asume y agudiza la experiencia del carácter criatural muerto como situación político-religiosa de la época, esta posición contrarresta en la poesía de Baudelaire las ideologías de su época, el “capitalismo avanzado”. Porque ellas están inspiradas por las fantasmagorías del lujo capitalista, por los triunfos del progreso técnico y las promesas de revolución social. Baudelaire se comportó diversamente al respecto, pero su ingenio melancólico-alegórico brilla no cuando vislumbra, sino cuando destruye (2014, p. 48).

4 A la usanza de la época, aquí entendemos la admiración como aquello situado entre el asombro y el desconcierto; no “un admirar hacia arriba” –digamos, idealizante–, que resultaría extraño en los predios de la artillería mundyana. Por otro lado, entendemos lo conceptuoso como la fijeza serena de una mirada que inquiere y escruta; una contemplación activa, capaz de engarzar pequeños artefactos explosivos en el tejido de las apariencias convencionales.

Tal la mirada –la que “brilla cuando destruye”– no sólo potenciada por la “panoramización”, sino que dotada ahora de artillería de múltiple calibre. Y operada además por Hilda Mundy, quien siempre atina a reventar como a pompas de jabón los cruentos ataques a la sencillez de lo *solamente real*. Ante la posible desaparición de la “panoramización” y la consiguiente tiranización de toda imagen por obra y gracia de la “pureza” de la apariencia, la mirada abre el fortín a nuevos arsenales. Las palabras se despliegan desde allí como artilugios que manchan los símbolos ideales para alumbrar en ellos “el lujo del desorden” (p. 177), palabras que “encorchan un poco de ingenio” ahí “donde la repugnancia contorsiona los rostros de las gentes decentes” (p. 178), balazos de pirotecnia que tiñen el mundo con sus detonaciones.

“Desearíamos verlos acá”, irrumpiría Germán Busch al recordar las lluvias de *bala real* y a “todos aquellos q' en las ciudades piden guerra” (Día 11). Y en otra de sus *Impresiones de la Guerra del Chaco*, Hilda Mundy respondería con precisión que “todos aquellos q' en las ciudades piden guerra” tienen un funcionamiento muy parecido al del Altoparlante, cuyo aparataje de ruido está hecho para imponer la vista ciega a miles de ojos que tal vez nunca *se desayunen*.

¡Guerra!, gritaban las muchedumbres lobescas por las calles.
 ¡Guerra!, repercutían los muros, las montañas, las planicies de Altipampa.
 ¡Queremos Guerra!, resumían con ansias carnívoras las bestias humanas. [...] La energía bruta alzábase cual una marejada inmensa que quería abarcarlo todo, exclusivamente todo (2017, p. 137).



Fig. 3. Imagen generada por IA de Microsoft Bing a partir del “esbozo alegórico” de Hilda Mundy.

Tanto el Altoparlante como las “muchedumbres lobescas” están ahí para diluir en su estrépito cualquier horizonte ajeno al repetido en su sonsonete. Y no sólo hay Altoparlante para llevar soldados enceguecidos a la guerra. Hay para “exclusivamente todo”. Por ejemplo, para recibirlos.

En uno de los teledirigidos a los militares tras el final de la Guerra del Chaco, el viernes 14 de junio de 1935, en Brandy Cocktail, Hilda Mundy propone que, en vez de una “[a]legría que brinca por las calles cuando un ejército de mutilados, de tullidos, de ciegos” vuelve a la ciudad (p. 206), podría cifrarse ese regreso del soldado en un “Esbozo alegórico que habría pintado un segundo Durero. Un esqueleto equilibrando sus muñones en unas muletas y pisando con ademán trágico la fórmula de paz” (p. 205).

7. Últimas fronteras

El viaje de Froilán Tejerina Alcoba a la ciudad de Oruro, desde esa última frontera que era Fortín Sorpresa, culmina en un recibimiento de altísimo Altoparlante. Después de pasar por las estaciones de Villazón, Tupiza, Uyuni, Challapata –lugares todos donde es recibido con flores y “bulliciosa concurrencia” (Mendieta, 1993, p. 125)–, el héroe de Fortín Sorpresa llega a Oruro,

ciudad que ya ostentaba la denominación de capital ferroviaria de la nación. Hombres y mujeres. Niños y colegiales portando banderas tricolores de la enseña nacional. Veteranos de las Guerras del Pacífico y del Acre, autoridades y corporaciones en el andén de la estación férrea homenajearon a Tejerina con patriótico frenesí. “La patria” de Oruro, destacó en sus páginas el paso del héroe (Mendieta, 1993, p. 129).

Este es apenas el inicio de una gira nacional que hará pasear a Froilán Tejerina por múltiples rincones de la bolivianidad. Tras visitar otras ciudades y los poblados más poblados del Altiplano, llega el 5 de febrero de 1928 a la ciudad sede gobierno; entra y sale del palacio, visita el cuartel general de Miraflores, los predios de *El Diario*, el Club Social y muchos lugares más, entre innumerables discursos, homenajes, representaciones artísticas y fanfarria irrefrenable. Ya antes había ido a Tarija, y tras su paso por pequeños pueblos en el camino (con discursos, homenajes y etcéteras de rigor), sería recibido en la capital chapaca, por un “número mayor de diez mil almas” (p. 106). Y así, hasta su llegada triunfal a Guayabillas, lugar de origen, donde por fin “Froilán olvida momentáneamente el bullicio de los homenajes y se confunde en la sencillez de hombre de campo” (p. 122). “Momentáneamente”, pues luego emprenderá el viaje hacia las ovaciones de altísimo Altoparlante del “público” paceño mencionadas en principio.

Callado como era, aceptaba la fanfarria como otra misión que cumplir, y sus respuestas en lo tocante a su heroísmo surgían casi invariables: “El prisionero quiso escapar y me atacó. Yo le disparé: no había más, pues, no había más. (...)”

Quando volví en mí, después del ataque, le hice el disparo (...) No había más, pues, no había más” (p. 134).

No había más. Tal la última frontera.

Según la biografía escrita por Mendieta Pacheco, Froilán Tejerina Alcoba nació el 27 de marzo de 1907 en la comunidad de Guayabillas. Perdió a sus padres cuando tenía diez años y quedó al cuidado de su tía Liberata Farfán. Alrededor de 1922, con algo más de trece años, habría viajado a pie hasta la zafra argentina. La primera vez, regresaría a su pago con un caballo; la segunda, con dos. Los primeros días de enero de 1926, Froilán se habría presentado al servicio militar en Padcaya, capital de su provincia.

Un año antes, tras avances paraguayos, el gobierno boliviano había levantado los fortines Esteros y Sorpresa en las proximidades del río Pilcomayo. Sería en este fortín de última frontera, un 24 de febrero de 1927, donde ocurriría la acción por la cual Froilán Tejerina será luego declarado héroe nacional. Del informe escrito según el testimonio del propio sargento Tejerina, incluido en la biografía de Mendieta, tomamos estos fragmentos:

Los paraguayos aparentaban estar tranquilos, pero el 26 de febrero aproximadamente a las cuatro de la tarde, el Tte. Rojas Silva de súbito dijo: me voy... (p. 69).

Al poco rato, alrededor de las cinco de la tarde, aparecieron Rojas Silva con su soldado Araya, corriendo hasta un extremo del campo donde se sentaron a descansar, creyendo estar libres de toda persecución [...]

Rojas Silva se detuvo al verme, mirándome fijamente y con revólver en mano me gritó: “Atrás, obedezca o lo mato”. Y soltó un tiro, sin que de mi parte le hubiese contestado, porque teníamos orden de tomarlo vivo, sin lastimarlo (p. 72).

Me trencé, con los dos paraguayos, yo a golpes y ellos a culata y hacha hasta que estaría de Dios [sic] lo tumbé a Araya con una patada en los “compañones”. De inmediato en un instante, logré también dominar al Tte. Rojas Silva, tomándole de la cabeza y “mancornándolo”, pero aun así llegó a sacar su puñal, “chiquito nomás”, con el que me equivocó una puñalada en el hombro derecho para luego emprender una carrera de fuga (p. 73).

Al parecer, en ese preciso momento, Araya por dolor o susto dio un grito, porque la sangre nada me dejaba ver, pero sabía que retenía mi carabina, la que le arranqué como “hombre”, pero al grito que profirió, Rojas Silva que entendía que yo estaba desarmado, vino a socorrer a su soldado y grande sería su asombro al verme en posesión de mi arma. [...]

Tire, si es hombre, me dijo, veremos quién muere. Y sin más, le solté un tiro hiriéndole el lacrimal izquierdo, cayendo al suelo sin movimiento alguno (p. 74).

De la última frontera expresada en la voz de Froilán Tejerina (“no había más, pues, no había más”) a este “testimonio” escrito hay una mano de trucaje. Por algo, el sargento Tejerina, a su llegada a La Paz, lo único que pide es aprender a leer y escribir. Por otro lado, el joven teniente Adolfo Marcial Rojas Silva, de 21 años, era hijo del expresidente paraguayo Liberato Marcial Rojas. Por lo cual, antes de condecorarlo por sus acciones –más de cinco años antes de la Guerra del Chaco– en Fortín Sorpresa, sus superiores le insinuaron que su torpeza podría desatar la guerra. Pero en vez de crucificarlo, lo convirtieron en la estrella del Altoparlante de reclutamiento, ramas afines y hasta la imagen de campaña de un libro de alfabetización publicado en 1929 con el largo título de *El alfabetizador del indio: en este libro el sargento Froilán Tejerina aprendió a leer y escribir en un mes*, firmado por Felipe Pizarro G.

Pero, más allá y más aquí de su actuación en las últimas fronteras, qué imagen de Froilán Tejerina guardaban quienes lo conocieron y lo trataron. Y qué de las imágenes que Froilán guardaba él mismo tras el brillo de sus ojos. Tomando en cuenta que *Sargento Tejerina* de Adrián Patiño es la primera marcha militar que habría aprendido el narrador de *Los tejedores de la noche* (2010, p. 85), y que comparte la residencia de Buen Retiro ni más ni menos que con el propio Froilán Tejerina, resucitado y cuarentón, cabe tomarle la palabra cuando dice que “[a]ntes que por su heroísmo en Fortín Sorpresa, Froilán quedó en la memoria popular por haber narrado con felicidad [una] perversa anécdota” (p. 21).

Frente a la neblina donde imaginación y memoria destejen sus contornos, donde anida la sospecha de verdades hechas a la ligera, a vistas de un campo regado de huesos, aún es posible abrir los ojos a la mirada.

De modo que nada me costó recordar a doña Clemencia y sus dos nietos, uno mimado y otro entonado; previo sorteo, el primero se fue a estudiar a la Argentina y en eso se murió la anciana y el segundo no sabía cómo darle la noticia sin asestarle una puñalada en el corazón, hasta que atinó a mandarle el siguiente telegrama: “Los campos verdequeando, los animales que se pelan culeando y de la abuela no te digo nada porque si no te cagas llorando” (p. 21).

Desde las últimas fronteras, Froilán Tejerina, en su pedido de escritura, tendría en mente la fineza con la que este telegrama sacude el brillo de los ojos de la criatura ante las ruinas tras la catástrofe.

Referencias

1. Benjamin, Walter (2012). *Origen del Trauerspiel alemán*. Buenos Aires: Gorla.
2. -----, 2007. *Conceptos de filosofía de la historia*. La Plata: Terramar.
3. Blanchot, Maurice (2005). *El libro por venir*. Madrid: Trotta.
4. Busch, Germán (2016). *Diario de campaña*. Facsímil. La Paz: Ministerio de la Presidencia.
5. Céspedes, Augusto (1936). *Sangre de mestizos*. Santiago: Nascimento.
6. Lindner, Burkhardt (2014). “Alegoría”. En M. Opitz y E. Wizisla (eds.), *Conceptos de Walter Benjamin*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
7. Mendieta Pacheco, Wilson (1993). *Froilán Tejerina, héroe chapaco*. Potosí: s/e.
8. Mundy, Hilda (2017). *Bambolla bambolla*. La Paz: La Mariposa Mundial.
9. Urzagasti, Jesús (2010). *Los tejedores de la noche*. La Paz: Lomalta.
10. Villazón, David (2016). *Rodolfo el descreído*. La Paz: La Mariposa Mundial.
11. Wiethüchter, Blanca (2002). “El arco de la modernidad”. En B. Wiethüchter et al., *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*, tomo I. La Paz: PIEB.

Confesiones de un soldado en el Chaco: un análisis de las notas (críticas) de guerra del Tcnl. Carlos Soria Galvarro

Confessions of a Soldier in the Chaco: an Analysis of the War Notes (Criticisms) of the Tcnl. Carlos Soria Galvarro

*Ignacio Rodrigo Vera de Rada**

Resumen

Este breve ensayo tiene un fin modesto: comentar, matizar y glosar las *Notas de mi agenda: la Guerra del Chaco*, del teniente coronel Carlos Soria Galvarro. Lo hago porque analizar la folletería y escribir sobre ella, como saben los especialistas en temas históricos e historiográficos, puede aportar algunos datos pequeños pero valiosos a la reconstrucción del relato de la historia, la cual es siempre plural, enmarañada y opaca. A lo largo de este ensayo, glosaré las notas *críticas* que considere más interesantes de Soria Galvarro, y no así las quejas o asertos que puedan resultar repetitivos o ya muy conocidos a través de otros autores post guerra del Chaco.

Palabras clave: *Guerra, Chaco*: folleto; campaña; raza; corrupción.

* Licenciado en Ciencias Políticas y en Comunicación Social por la Universidad Católica Boliviana "San Pablo" (Sede La Paz); master en Teoría Crítica por el CIDES-UMSA. Estudió lenguas clásicas en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca y publicó libros de poesía, narrativa, biografía e historia. Actualmente es profesor del Departamento de Cultura y Arte de la UCB y columnista regular de prensa.
Contacto: ivera@ucb.edu.bo.
ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-2535-0916>

Abstract

This brief essay has a modest purpose: to comment, qualify and gloss the *Notes on my agenda: The Chaco War*, by Lieutenant Colonel Carlos Soria Galvarro. I do it because analyzing the brochures and writing about them, as specialists in historical and historiographical topics know, can contribute some small but valuable data to the reconstruction of the story of history, which is always plural, tangled and opaque. Throughout this essay, I will gloss the *critical* notes that I consider most interesting by Soria Galvarro, and not the complaints or assertions that may be repetitive or already well known through other post-Chaco War authors.

Keywords: Chaco War; brochure; campaign; race; corruption.

1. Introducción

A comienzos de 2024, en un lote de libros que me regaló mi tío Carlos Enrique Riveros Dimberg, encontré un folleto titulado *Notas de mi agenda: la Guerra del Chaco*, escrito por el teniente coronel Carlos Soria Galvarro y publicado en 1936, en la ciudad de La Paz, por la imprenta de la Intendencia General de Guerra. Aquel librito de tapa anaranjada, escrito en la ciudad de Potosí hacia fines de 1935 y de solo 42 páginas, me pareció un documento peculiar y valioso por las anécdotas y revelaciones (“aspectos y observaciones rápidamente tomadas del suceso bélico del Chaco y de los acontecimientos producidos en todo el país” como dice el mismo autor en la advertencia preliminar de la página 5), que vierte el soldado del Chaco en torno al conflicto bélico suscitado entre 1932 y 1935 entre Bolivia y Paraguay. Entonces me propuse leerlo atentamente y tomar algunas notas, para después confrontarlo con otras fuentes o relatos historiográficos o con lo que popularmente se conoce sobre aquel evento bélico que, para el momento en que escribo esto, terminó hace algo más de 89 años. De esta forma, el objetivo de este corto ensayo es muy modesto: comentar, matizar, glosar y caracterizar las *Notas* de Soria Galvarro, poniendo como telón de fondo el contexto sociopolítico boliviano, continental y mundial de los años 30 del siglo XX. Lo hago porque leer y analizar la folletería y escribir sobre ella, como saben los especialistas en temas históricos e historiográficos, puede aportar algunos datos pequeños pero valiosos -que no se hallan en los documentos canónicos que son más consultados por los historiadores- a la reconstrucción del relato de la historia, la cual es siempre plural, enmarañada y opaca.

Sobre la Guerra del Chaco se ha escrito en Bolivia una cantidad apreciable de textos (entre artículos y libros), unos de mayor calidad que otros, y de tiempo en tiempo salen a la luz nuevos documentos (folletos, cartas,¹ fotografías, periódicos, diarios personales, documentos varios o raros) a partir de los cuales pueden hacerse nuevas interpretaciones y nuevos descubrimientos sobre lo ocurrido en tal evento. En los lustros inmediatamente posteriores al suceso, y como dice Jorge Siles Salinas en su libro *La literatura boliviana de la Guerra del Chaco* (1969), los escritores se encargaron de formar una bibliografía tan copiosa como digna de atención:

Así como la Guerra Civil de España o la Revolución Francesa o la Guerra de Secesión en los Estados Unidos han originado una variada producción novelesca inspirada en esos grandes sucesos, que han configurado el rumbo de la historia, así también, en nuestra particular circunstancia, reducidas las proporciones al módico rango en que nuestras biografías nacionales se desenvuelven, la contienda que libraron Bolivia y Paraguay, desde 1932 a 1935, no ha dejado de suscitar un movimiento interpretativo, en uno y otro país, tanto en la literatura puramente histórica como en la de ficción, que ha venido a iluminar uno de los momentos más dramáticos y memorables de su existencia (p.11).

Entre los grandes clásicos bolivianos puede mencionarse a *Masamaclay* (1965), de Roberto Querejazu Calvo o, en un plano más literario-periodístico, a *Sangre de mestizos* (1936) y *Crónicas heroicas de una guerra estúpida* (1975), de Augusto Céspedes, a *Aluvión de fuego* (1935) de Oscar Cerruto o a *Laguna H3* (1967), de Adolfo Costa du Rels. Pero luego de aquellos autores, que además estuvieron involucrados en el conflicto, aparecieron en las siguientes décadas varios otros que elaboraron investigaciones de gran calidad académica y que abordaron la guerra desde perspectivas más distanciadas (frías) y con instrumentos analíticos tal vez más sofisticados y metodológicamente más sistemáticos. Omitiré hacer una lista sobre los trabajos más recientes sobre la guerra, pues la abundancia de los mismos limitaría considerablemente el espacio que disponemos para el presente ensayo sobre el trabajo del teniente coronel Carlos Soria Galvarro.

Cabe adelantar que las *Notas* de este militar son, según él mismo advierte al lector en las primeras líneas, “desarticuladas, en las que no se trata de sentar ninguna doctrina, pero sí donde se apuntan vicios y errores notorios que es preciso señalarlos con insistencia para encontrar los correctivos que sea menester” (Soria Galvarro, 1936, p.5). Y es muy posible que esté en ese carácter

1 Poseo en mis papeles un compilado relativamente numeroso de cartas manuscritas que pertenecieron a mi bisabuela, en las que ésta recibe noticias de uno de los frentes de batalla (Gondra). Espero en algún momento poder transcribirlas y trabajarlas.

fragmentario, disperso y, podría decirse, inmediatesta de las notas, su riqueza y valor. También hay que advertir el tono con el que escribe Soria Galvarro, un tono de queja, inconformidad e insatisfacción, por lo demás nada extraño en los textos de aquellos escritores-soldados que representaban a toda esa generación que había visto una guerra sin ningún sentido, conducida por una élite de políticos y militares corruptos o ineptos y en la cual se habían perdido tantas vidas jóvenes. El autor, además, advierte que no se debe esperar de sus notas ninguna riqueza literaria o estética, pues él es un “rudo soldado que dice las cosas con claridad, rotundamente, sin retóricas... [...] por un riguroso culto a la verdad” (Soria Galvarro, 1936, p.6).

A lo largo de este corto ensayo glosaré las notas críticas que considere más interesantes u originales, y no así las quejas o asertos que puedan resultar repetitivos o ya muy conocidos a través de otros autores post guerra del Chaco. Hay que tener en cuenta, pues, que varios fragmentos de las *Notas* de Soria Galvarro poseen el mismo tono grandilocuente (irracionalista) de un texto de las características que tienen aquellas: exhortación al civismo, amor a la patria, tenor discursivo, etcétera. En algunos casos, me detendré en comentarios contextuales o cotejaré lo que dice el texto con lo que se cree en el saber popular acerca de la guerra, y en ningún momento me desapegaré a lo que sugiere o quiere decir el autor analizado, sin verter comentarios caprichosos que puedan distorsionar las ideas o el espíritu del texto en cuestión.

2. Un soldado desencantado

Como es habitual en la literatura post guerra del Chaco, y en general en la literatura posterior a toda guerra, el tono en que escriben los excombatientes o los intelectuales es de crítica y cuestionamiento. El de Soria Galvarro es también de desencanto y frustración. La frustración que mostraban los excombatientes era, por razones obvias, diferente de la de los intelectuales que juzgaban los eventos bélicos estando a miles de kilómetros, como Hilda Mundy o Alcides Arguedas, entre otros. Cabe recordar que durante la Guerra del Chaco se había establecido una censura de prensa muy severa; solamente eran bien vistos, o al menos tolerados por el gobierno, los medios que publicaban artículos que alentaban a los soldados que derramaban su sangre en el frente de batalla o inflamaban el patriotismo de la ciudadanía, pero los que se atrevían a hacer críticas o asumían posiciones escépticas eran amonestados, suspendidos o clausurados; medios como *La República* de La Paz, *La Acción* de Sucre o *Crónica* de Cochabamba, entre otros, corrieron esta suerte.

En su *Notas*, Soria Galvarro comienza lamentando el espejismo en el que ha vivido el boliviano, quien ha recibido en la escuela solamente “engaño o la piadosa ilusión” y no así “la verdad desnuda de lo que es nuestra patria” (Soria Galvarro, 1936, p. 9). Pero lo más interesante en torno a esta primera crítica está algunas líneas más abajo, cuando deplora que el boliviano medio se dedique siempre a lo mismo en cuanto a su formación profesional o sus actividades laborales: medicina y abogacía. Para el autor, esas dos profesiones viven siempre a costa del siempre “paupérrimo” erario público y siempre en trajes burocráticos:

cada uno ve en sí mismo un posible ministeriable [sic], cuando no apunta en forma desmesurada hasta el solio presidencial, sin hacer de su parte, mayor esfuerzo por contribuir a que se lleve a esa situación de privilegio, merced a cualidades sobresalientes (Soria Galvarro, 1936, p. 10).

Esta crítica está relacionada con la *empleomanía* que Alcides Arguedas (1909) había denunciado en su *Pueblo enfermo* de hacía más de 35 años y que era un rasgo sintomático de la cultura política boliviana, secularmente nepotista y clientelar:

Generalmente se cree allí, con ingenuidad perfecta por cierta clase de gentes, que la misión del Estado es procurar a todos, sin excepción, medios de trabajo y subsistencia. Un individuo, cualesquiera que sean sus conocimientos, aptitudes y modo de ser, necesita estar empleado en una oficina gubernamental. El funcionarismo es un peligro social en ciertos países, con la agravante de que todo funcionario piensa que ser inescrupuloso en el manejo de los fondos del Estado es acto revelador de admirables cualidades especulativas (p. 90).

Además, Soria Galvarro critica el oportunismo de la crítica, que solamente ocultaba un ansia inmoderada de acceder al poder (o de asaltarlo) apenas se dieran las circunstancias para hacerlo, y “los sentimientos del provincialismo estrecho” de cada provincia o departamento, que eran perjudiciales para la generación de un sentimiento nacional: “La victoria, el puesto prominente y el respeto general serán para aquella provincia o aquel departamento que, además de haber conseguido su bienestar particular, contribuya mayormente al bienestar general del país” (p. 12). Después, el teniente coronel pasa a analizar el asunto del federalismo, lamentando que las aspiraciones federales hallaran eco en el país, pero admitiendo que aquella forma de gobierno constituye de las “más perfectas” para la organización de las naciones. Sin embargo, admite que el momento no había cuajado todavía para las aspiraciones federales: el tejido social y el sistema administrativo no habrían estado listos para una organización así, pues todavía no se había consolidado “el sentido de nacionalidad que defiende la aparente desarticulación distrital que entraña una federación”

(Soria Galvarro, 1936, p.12). En este sentido, hay que tener en cuenta que el asunto del federalismo había sido un tema recurrente en las preocupaciones políticas ya desde fines del siglo XIX², y no solo en Bolivia, sino en varios Estados latinoamericanos; pero también hay que tomar en cuenta que la bandera federalista en muchos casos había sido solamente un pretexto para un cambio de élites políticas y económicas en el poder, como ocurrió en Bolivia al cabo de la Guerra Federal, en la que ganó el Partido Liberal, ya que el país siguió siendo draconianamente centralista.

3. Análisis de la situación del ejército boliviano

Habiendo hecho un análisis general de lo que era el país en su conjunto en varios de sus aspectos, Soria Galvarro pasa a analizar las condiciones en las que se hallaba el Ejército boliviano a la hora de iniciarse la contienda bélica. En primer lugar, lamenta la mezquindad en la dotación de recursos materiales a la masa combatiente y el ánimo cándido del pueblo y los gobernantes, quienes, en primer lugar, no se imaginaban que una conflagración tan sangrienta podía estar tan cerca y, en segundo lugar, pensaban que la guerra sería de muy corta duración. Este “cándido aletargamiento” habría ocasionado que el Ejército paraguayo ocasionara muchas bajas en los puestos de centinelas, minando la moral de los soldados; en muchos casos, ocurría que los ciudadanos que se llamaba bajo banderas se ocultaran para no enlistarse en el Ejército, pues el derrotismo se había apoderado de ellos. Los acontecimientos se habrían precipitado sin que los gobernantes hubieran atendido a los consejos de los técnicos o peritos en asuntos militares; un patriotismo irracional e inflamado por el momento de desconcierto habría ganado a un análisis racional, el cual hubiera significado un mejor comienzo de la guerra para Bolivia.

La crítica más dura recae sobre la figura del presidente del país, Daniel Salamanca Urey, “engreído impostor” que no habría parado mientes en hacer su voluntad y salirse con su gusto, incluso cuando la técnica militar le recomendaba hacer lo contrario a lo que quería, o sencillamente no hacerlo: “...él creíase un hombre infalible que no podía estar a las iniciativas ni indicaciones de la ‘semi-ciencia’ de los militares, como dijo en cierta ocasión oficial y solemne...” (Soria Galvarro, 1936, p. 24). Salamanca habría despreciado reiteradas veces los consejos técnicos de los militares que le sugerían hacer algo de una u otra manera. Hubo, pues, un quiebre constante entre el Gobierno y el Alto Mando y, cuando sí había comunicación, malentendidos o desavenencias que

2 Las aspiraciones e ideas de Andrés Ibáñez, Lucas Mendoza de la Tapia o Casimiro Corral, para no hablar de las de los primeros liberales, son ejemplares en este sentido.

hacían que la condición de la campaña fuera mala: “La dirección de la guerra fue desarticulada y muchas veces contradictoria, por las opiniones irreconciliables del Gobierno y el Comando” (Soria Galvarro, 1936, p. 22).

Pero para el soldado de las *Notas*, la culpa de la debacle no la tenía solamente el Gobierno, sino toda la nación en su conjunto, por no haber actuado ésta como un todo unido, ya que el éxito o el fracaso de un pueblo se mide por la acción conjunta y cooperativa. Soria Galvarro lanza sus críticas al maestro de escuela, por enseñar al joven un “desviado patriotismo”; al capitalista, por no cooperar en obras que sirvieran para colonizar el Chaco; al ciudadano de a pie, que “buscó los medios lícitos e ilícitos de negociar con la guerra y de escabullirse hasta donde podía de los llamamientos y de las pruebas de sacrificio” (p. 26). “Desde el orador que en el momento preciso ha de encender de pasión las muchedumbres, hasta el artista, que con sus obras hechas pacientemente en las épocas de paz puede hacer propaganda de su patria en el extranjero ganándole simpatía y admiración de los vecinos hacia el arte, hacia la cultura de la nación; desde el laboratorista, el constructor y el mecánico hasta el salubrista y el sastre, deben echar la simiente de una patria fuerte...” (p. 22).

La población que vivía en las ciudades, ajena al desangramiento que se vivía en el Chaco, vivía tranquila, sin percatarse de la catástrofe; en vez de “llevar todas nuestras energías hacia el campo de batalla, de provocar la atención general hacia el horrible suceso, loábamos la tranquilidad impermeable del interior del país...” (p. 26). Augusto Céspedes (1973), en *Salamanca o el metafísico del fracaso*, lamenta lo mismo con palabras similares: “El chauvinismo chaqueño exuberaba [sic] en Asunción, entre tanto que en La Paz la cuestión no despertaba emociones y solo servía de material a internacionalistas que deseaban demostrar su patriotismo ‘en aquellas alejadas regiones’” (p.12). Con estas declaraciones los autores aluden a la desintegración social de la nación, una masa social que convivía dentro de unas fronteras que parecían un absurdo o un sinsentido; clases y “razas” vivían en mundos diferentes y a ello se sumaba en andinocentrismo secular, que había hecho que los gobiernos nunca se interesaran por explorar el Oriente o asentarse en él.

Según Soria Galvarro, las tropas necesitaban y pedían más pertrechos, víveres y efectivos, pero los estratos dirigentes se mantenían impertérritos e indiferentes ante el clamor. Ahora bien, esta indiferencia denunciada por Soria Galvarro o Céspedes puede ser relativizada, ya que hay muchos testimonios escritos sobre la amargura o angustia que, con mucha razón, vivían los familiares de quienes habían partido a la línea de fuego y una cantidad apreciable de textos de inte-

lectuales (como Hilda Mundy o Alcides Arguedas) que, aun estando a miles de kilómetros del teatro de operaciones, se sentían preocupados por el conflicto armado y su conducción, y actuaban en consecuencia.

4. Abastecimiento de víveres, combustibles y sanidad

La campaña del Chaco se inició con un reducido personal de sanidad y precarios servicios; los medicamentos y drogas necesarios en cualquier evento sangriento escaseaban y, según Soria Galvarro, el reclutamiento de médicos y cirujanos se hacía entre los que egresaban recientemente de las facultades, que naturalmente estaban sin trabajo³; por tanto, eran, médicos sin experiencia y sin especialización en cirugía militar. Eran

cirujanos y médicos con poquísimos años de práctica profesional y sin el ascendiente necesario, dirigir hospitales militares o mandar desde puestos de alta dirección, con mengua de otros profesionales de larga práctica, de espíritu organizador, que tenían que aceptar situaciones de segunda y tercera categoría, nada más que por disciplina y patriotismo (p. 27).

De la misma manera, las enfermeras eran improvisadas y estaban desprovistas de lo indispensable, y el de los camilleros era un “servicio pobrísimo”.

Luego el autor hace referencia a Juan Manuel Balcázar (Potosí, 1894-La Paz, 1956), que fue un médico, político y polímata que se desempeñó como diputado nacional, prefecto de Potosí y varias veces ministro de Estado. Además, tuvo una larga y notable carrera como médico, siendo, entre otras cosas, director del Hospital Militar de La Paz, profesor de varias materias de medicina en la Universidad Mayor de San Andrés, médico en diversos hospitales de campaña en la guerra del Chaco y cirujano jefe de la Séptima División del Ejército. Con solo 23 años, fundó la Cruz Roja Boliviana. Pero cierto día ocurrió algo muy malo; según Soria Galvarro,

la Dirección General de Sanidad Militar, en virtud de las disposiciones del Gobierno, echó por tierra todo el laborioso trabajo de iniciación de la Cruz Roja, haciendo pasar este organismo a dependencia de la Dirección General de Sanidad, la que como primera medida dispuso que la Asistencia Pública se convierta en una simple botica, quitándole toda la importancia que tenía como escuela de preparación de personal de la Cruz Roja para la guerra... (p. 28).

Pero la improvisación no solo se dejó ver en el área de la sanidad y la provisión de materiales médicos y drogas, sino también en el abastecimiento de víveres.

3 Cabe mencionar que la literatura paraguaya sobre la sanidad en la guerra del Chaco es probablemente más abundante que la boliviana sobre la misma temática.

“Felizmente teníamos desde tiempos atrás, buenos proveedores en la Argentina, para los sectores del Sudeste, y en el Brasil para la región del Oriente”. Pero, según el autor, lo “interesante” fue lo que ocurrió “con los proveedores del otro lado del Pilcomayo” (p.29). Resulta que la Cuarta División firmó un contrato con un tal N. Alemán, representante de una firma comercial que solía facilitar grandes créditos; cuando comenzó la guerra, los pedidos aumentaron mucho, tanto que en un momento se tuvo que acudir a otras firmas, como la del “señor Pérez Trigo”. En algún momento llegó a escasear el combustible, peligrando el movimiento de los camiones, que por lo demás no eran muchos. Entonces se hicieron radiogramas a los comerciantes Alemán y Pérez Trigo para que estos enviaran la gasolina necesitada. Por algún motivo (Soria Galvarro dice que podía haber sido por “exceso de escrupulosidad”, para que al pagar no hubiera descontento, o sencillamente porque era la ocasión propicia para encarecerla), el precio de la gasolina ya no era el mismo de antes. El autor insinúa hechos de corrupción, pues luego de la subida del precio del carburante, sucedió que

el Comando de Cuerpo requirió la gasolina en el puerto acostumbrado sin consideración del aumento de precio, y envió un comisionado que debía, en lo posible, conducir él mismo la primera partida. Pasó el tiempo y llegaron por aquella zona, cierto día, el Ministro de Hacienda y el Contralor General, quienes se trasladaron luego a Linares, para ver de iniciar el aprovisionamiento del ejército directamente por el Supremo Gobierno. Estos caballeros hicieron protestas muy airadas porque no se había llamado a propuestas, conforme a ley, para la compra de gasolina. Se anulan los contratos para abastecimiento de víveres que estaban para recibirse en ese puerto, y cosa rara, sucede después que se le concede la propuesta a otro comerciante que realizó un viajecito especial a La Paz (p. 30).

Todo ello supuso dilación y, por tanto, que el Ejército sufriera la falta de víveres. A inicios de 1933, la tropa estaba “a media ración”; no había posibilidades de almacenar o acumular comida para el día después; prácticamente todo lo que llegaba era consumido en el instante por soldados hambrientos que, además, no podían manejar sus camiones, pues no había gasolina. Un informe de abril de ese 1933, elevado al Comando Superior, se quejaba sobre la mezquindad con que el gobierno central actuaba en la provisión de fondos con la oportunidad debida, y sobre la unilateralidad de contratos que

favorecen a determinados contratistas, y que por tanto suprimen la competencia que antes existía entre diversas y fuertes casas comerciales, como ser las firmas: Pérez Trigo y Ca., Tovar, Alemán y Ramos, Nicols y Coto, etc., que antes luchaban en abierta competencia para proveer en los mejores precios... (Informe elevado al Comando Superior, 1933, en Soria Galvarro, 1936, p. 31).

Asimismo, el autor del folleto lamenta la negligencia y aun la ineptitud con que actuó el Gobierno al no sostener debidamente la existencia del Ejército movilizado; al mismo tiempo, reniega del “espíritu leguleyesco” de la mentalidad gubernamental, que, pese a los pedidos reiterados del Comando, se fijaba mucho más en fórmulas y procedimientos burocráticos fútiles antes que en lo práctico y que fuera en pro de las vidas de los soldados bolivianos en el frente de batalla. A juicio de Soria Galvarro, lo que faltaba eran visión y determinación, para, por ejemplo, sustituir a los campesinos que habían asistido al combate con maquinaria para las labores agrícolas y la producción de alimentos, con el fin de que los precios se mantuvieran relativamente bajos tanto para el Ejército como para la población civil. El Gobierno habría actuado con total improvisación, a la cual se fueron sumando la corrupción y las trabas burocráticas, que entorpecían la provisión de comida y medicamentos.

5. Apuntes sociológicos sobre el ejército en campaña

Ya casi al final de sus *Notas*, Carlos Soria Galvarro vierte algunas consideraciones sociológicas del Ejército en campaña, según las categorías raciales de la pirámide social por entonces aceptada por casi todos: el *indio*, el *mestizo*, los *criollos*. Pero hace también consideraciones sobre los oficiales de carrera y los oficiales de reserva, con apreciaciones basadas no en su condición o estatus social, sino en su cargo militar y destreza técnica.

Cuando se iniciaron las hostilidades en el sudeste boliviano, el indio de montaña alta se hallaba en una situación de abandono, labrando tierras altiplánicas en grandes latifundios o en sus comunidades. Su situación era infrahumana; sometido secularmente por las élites políticas y sociales, vivía en situación no solo de servidumbre, sino además de miseria. Y esta miseria no era solo material, sino también intelectual; debido a ella, desconocía la historia y la geografía del país en el que vivía. No conocía lo que era el Chaco ni lo que ese enorme y lejano territorio significaba para Bolivia, pero incluso así fue a inmolarsse por él. Mas no lo hizo por voluntad propia ni por patriotismo, sino porque fue reclutado para esa tarea; no tuvo otra opción. Soria Galvarro indica que “gente de cuartel derramada sobre el extenso altiplano, reclutaba anchos grupos indígenas...” (p. 31). Explotado por el patrón de hacienda, el cura rural o el corregidor, ¿qué podía haber sabido sobre lo que constituía una guerra moderna o sobre los intereses que sobre ese desconocido territorio tenían los dos Estados enfrentados? Soberanía nacional, sentimiento cívico o patriótico, disciplina militar o sistema democrático (del cual era solamente una pieza insignificante) eran conceptos totalmente desconocidos para él. A ello hay que sumar el su-

frimiento que experimentó al marchar a un lugar climáticamente tan diferente al suyo. Acostumbrarse al uniforme de soldado y aprender a operar armas de fuego tampoco debió ser fácil.

Luego [...] venció distancias en montón dentro de los carros de ferrocarril, y cruzó el altiplano y hubo de caminar hacia el llano chaqueño a pie, fusil al hombro, con los ojos azorados descubriendo un nuevo paisaje que pasmaba su pobre fantasía (p. 33).

Augusto Céspedes (1973), en *Salamanca o el metafísico del fracaso*, afirma que, a diferencia de Paraguay, “cuya vecindad al Chaco estimuló una conciencia chaqueña, un integracionismo intensamente cultivado por sus políticos y ‘doctores en límites’” (p. 11), en Bolivia no existía apego al Chaco “ni apetito por aquella alejada región”. En esas condiciones, y como ya lo dijeron varios autores que escribieron sobre la guerra del Chaco, el indio fue disciplinado mucho más que por convencimiento y un sentido de defensa de la patria, por sometimiento, y peleó por un país que desconocía y por el cual era despreciado, contra un enemigo al que también desconocía y al cual no le enemistaba nada.

Según también otros autores, como Roberto Querejazu Calvo, el indio andino peleó con bravura y determinación, tal vez porque veía o sentía en aquella camaradería que se había hecho entre todos los soldados una razón, un sentido que hasta entonces no había sentido ni visto. La masa combatiente estaba integrada casi en su totalidad por indígenas de tierras altas, a diferencia del Ejército paraguayo, que estaba en gran medida constituido por indígenas de tierras bajas que, por lo mismo, tenían un conocimiento mucho mejor del terreno y estaban totalmente adaptados al clima del teatro de operaciones. “Carne de cañón, eso fue el indio convertido de golpe en soldado para la guerra” (p. 35). “Señores de la tierra”, así describe Soria Galvarro a los indios de los Andes, “domadores de la montaña, y sin embargo, en el valle profundo pobres pingajos de carne humana, con el espíritu a rastras por el temor estupendo a la selva enmarañada e inviolada” (p. 35). De alguna manera, ocurrió lo mismo que cuando José Manuel Pando, jefe del liberalismo a fines del siglo XIX, hizo alianza con Pablo Zárate Willka para que las masas indígenas fueran a combatir contra los conservadores y, en realidad, durante toda la historia. Ya en el siglo XIX, en las guerras crucistas por ejemplo, la masa combatiente que iba a la vanguardia estaba integrada en su mayoría por Mamanis, Quispes y Condoris anónimos.

Pero ¿qué pasó con los efectivos pertenecientes a las clases medias, a los mestizos o a la “criollidad”? El autor afirma que al comienzo marcharon a la

vanguardia, pero que al poco tiempo buscaron subterfugios y pretextos para marcharse a la retaguardia o establecerse en labores burocráticas, o que sencillamente optaron por desertar; muchos de ellos, según el folletista, buscaron reconocimiento y consideraciones cuando llegó la paz:

Todos aquellos estudiantes y todos aquellos obreros alfabetizados, que en los primeros días de la guerra habrían de llegar en su frenesí patriótico a entonar himnos marciales en cada manifestación multitudinaria, ante la crueldad de la guerra buscaron el subterfugio y rehuyeron el sacrificio perseverante... (p. 34).

“Numerosos obreros semileidos”, afectos al gobierno de turno, habrían sido destinados por Salamanca a labores de carabineros en la Policía, y la “juventud letrada” habría sido utilizada en labores burocráticas que no suponían ningún peligro de muerte. Soria Galvarro cuenta que cuando los estudiantes, una vez terminada la contienda bélica, pidieron preferencia para su desmovilización y aquel fue a la primera División de Infantería a escoger personas, la tarea fue muy fácil porque muy pocos estudiantes se encontraban en las filas de los excombatientes.

Los mestizos también marcharon al frente de batalla, pero en menor proporción. Por esa época, el estamento mestizo por lo general estaba ocupado en labores fabriles, mineras y comerciales, aunque también había muchos mestizos en la política. Según el autor del folleto, el mestizo, “de contextura física resistente, profundamente sentimental y pasional”, se desempeñó bien en la guerra, “mientras tenía a su lado al inmediato superior que le agujoneaba a vencer obstáculos y doblegar al enemigo. Mas, lejos de todo control de autoridad, mostróse flojo y muchas veces engañador” (p. 35). Esta apreciación sobre el mestizo es muy similar a la que tenían autores de la misma época, como Alcides Arguedas, imbuidos de las corrientes positivistas y darwinistas finiseculares. Arguedas (1909), en su *Pueblo enfermo*, trazó un perfil psicológico y aun físico muy similar al de Soria Galvarro respecto al mismo estamento social; en el capítulo “Psicología de la raza mestiza” de aquel libro, dice:

Del abrazo fecundante de la raza blanca, dominadora, y de los indios, raza dominada, nace la mestiza, trayendo por herencia los rasgos característicos de ambas, pero mezclados en una amalgama estupenda en veces, porque determina contradicciones en ese carácter que de pronto se hace difícil explicar, pues trae del ibero su belicosidad, su ensimismamiento, su orgullo y vanidad, su acentuado individualismo, su rimbombancia oratoria, su invencible nepotismo, su fulanismo furioso, y del indio, su sumisión a los poderosos y fuertes, su falta de iniciativa, su pasividad ante los males, su inclinación indomitable a la mentira, el engaño y la hipocresía, su vanidad exasperada, por motivos de pura apariencia y sin base

de ningún gran ideal, su gregarismo, por último, y, como remate de todo, su tremenda deslealtad (p. 57).

Hubo muchos que, por méritos de guerra, fueron ascendidos a suboficiales y también muchos que trabajaron en el servicio de choferes en el servicio de transportes. Soria Galvarro lamenta que el Gobierno haya preferido destinar mestizos a sus cuerpos de carabineros en vez de enviarlos “como médula del ejército combatiente”.

Finalmente, el autor de las *Notas* se refiere al “señorío dominante en Bolivia”, los criollos, que eran los menos en las primeras líneas de combate.

A la vez, con marcada insistencia se ha venido diciendo que el Gobierno o que el Comando, por hacer prosélitos de afanes caudillistas, retuvo en puestos de retaguardia, desde Villa Montes a La Paz, o en puestos de comandos, desde Muñoz a Villa Montes, a todos los jóvenes universitarios, empleados burócratas, elementos del comercio y de la industria y gente moza de las profesiones liberales (p. 36).

Y continúa lamentando que se hubiera enviado a la juventud a las trincheras del sacrificio y no se hubiera obrado con ella como Alemania en 1914 obró, para cuidar a grupos juveniles que serían élites “en las grandes lides universales del arte y de la ciencia”; Soria Galvarro afirma que fue un grave error sacrificar a todos los militares jóvenes de carrera: “No se quiso recordar el lamento de von Der Goltz en *La nación en armas* por la pérdida de los oficiales alemanes en la gran guerra” (p. 37) y que no se economizaron las vidas ni la sangre. Con todo, Bolivia se podía preciar de contar con un “brillante cuerpo de oficiales”, que demostró coraje y brío en duros combates, como Boquerón. De los oficiales de reserva, por ejemplo, afirma que, improvisadamente, adquirieron en el fragor de la guerra pericia y una “lúcida preeminencia”, que subsanaron la carencia de oficiales de línea, y que rellenaron los vacíos que dejaban con sus muertes los militares de profesión.

Salta a la vista que el autor de las *Notas* tiene a Alemania como paradigma de organización militar, sobre todo cuando dice que este país “nos da normas” para organizar escuelas militares, tanto para jefes como para oficiales de línea y de reserva, a cargo del Comando Superior. Cree además que, en las escuelas de instrucción civil, o sea en las escuelas comunes y corrientes, también debería impartirse instrucción militar, mas no como se hacía antes, con “fachadismo pedagógico”, “patrioterismo con banderolas y cohetes” o discursos pomposos que, además, son mentirosos. Según Soria Galvarro, era necesario enseñar un “sentimiento de deber cívico”, para mostrar al estudiante que la

patria será “lo que sus hijos quieran que sea” (p. 38). Pero también, y poniendo a Norteamérica como ejemplo, cree que la instrucción militar debería ser abordada en los estudios facultativos, con el objeto de que los estudios civiles puedan ser aprovechados en la guerra, cuando ésta sobrevenga.

Para varios militares y políticos, como el mismo presidente Salamanca, la guerra fue una especie de catarsis o evento purificador de todos los males en los que había incurrido y sufrido la nación boliviana. De manera similar también piensa el autor de las *Notas de mi agenda*, pues ya hacia el final del folleto afirma que la guerra debía ser “acicate de perfeccionamiento o de enmienda”, para obrar sinceramente y reorganizar el Ejército. Lo interesante en este punto es que la culpa no la echa sobre el estamento político únicamente, sino también en el militar, indicando que en este hubo malos elementos que habría que depurar para tener un Ejército sólido, institución que debería ser la preferida y en la que debería descansar la tranquilidad de todo el pueblo y la seguridad interior y de las fronteras: “Los hombres, al igual de las máquinas, tienen su tiempo de duración como artefacto útil, pasado ese tiempo, por desgaste o por no corresponder ya a éste, se hace necesario repararlo o reemplazarlo por otro más moderno...”. (p. 39). Soria Galvarro sugiere que se produjo una suerte de descrédito por parte de la población hacia el Ejército Nacional, habiendo incluso “mentalidades respetables” que renegaron de la importancia de los militares y hasta se presentaron contrarios a éstos. Muchas personas, contrariamente a lo que había sucedido al inicio de las hostilidades, cuando se miraban las facetas estimulantes y hasta románticas de la sangría que se avecinaba (“Emocionaban los argentinos bronces de las bandas militares y pedían las madres la aureola roja del combate para sus tiernos hijos” (p. 39), ahora veían solamente los lados trágicos y grises de aquella guerra (como la inutilidad del sacrificio de decenas de miles de vidas jóvenes o la ineptitud de los políticos) que, al menos en términos territoriales y pese a las últimas victorias de Villamontes, Bolivia había perdido (aunque esto último luego se volvió muy controvertido y debatible). Por tanto, había que rehacer el escalafón militar, eliminar a los elementos perjudiciales dejando solo “elementos selectos” y arrancar a los militares de la vida cuartelera, que era como una “escuela correccional” estéril y corruptora, para ingresarlos en el estudio y el aprendizaje. En las críticas de Soria Galvarro también se denuncia que el Ejército habría servido a lo largo de la historia nacional para organizar cuartelazos y no para brindar seguridad interna. Todas estas son ideas interesantes e irreverentes, teniendo en cuenta quién es su autor y el tiempo en que fueron dichas.

6. “Nuestro deber patriótico”

Así titula el último apartado del folleto. Son dos breves páginas en las que Soria Galvarro hace un recuento de aspectos como la aparición de artículos de encendido patriotismo aparecidos en los periódicos bolivianos, luego de la guerra. Empero, critica el tono inflamado y ardiente de esos escritos, ya que no es con ese “patriotismo enfermizo” con que se hace patria, patriotismo lleno de “quijotescas utopías” e inflado de teorías inalcanzables y retóricas que no tienen incidencia ni influencia en la vida práctica ni en la praxis política, y que terminan durando tanto como la vigencia diaria del diario en que se publicaron.

En un notable ejercicio de racionalismo y, sobre todo, de valiente crítica, el autor deplora que se profiera tanta mentira bajo el disfraz de una retórica patriota, que no se hable ni escriba con sinceridad profunda, sino con frases rimbombantes que están vacías de contenido; que, en fin, no se le diga a Bolivia que

es pequeña porque no tiene el suficiente número de escuelas, de caminos, de ferrocarriles, de líneas telegráficas, de obras de arte, de monumentos, museos, ciudades, etc., etc.; a la Patria hay que decirle clara y concretamente: “eres pobre, trabaja para ser rica; eres ignorante, estudia para ser docta; eres débil, ármate para ser fuerte” (p. 41).

Como él mismo lo dice, su propósito no es hacer un análisis sobre las doctrinas políticas; se limita a decir que, sin importar las líneas ideológicas que pudieran regir en el país, y solo teniendo gobernantes racionales y lógicos que se dirijan por donde el mundo quiere marchar, se viviría en un país mejor. Para para ello se necesita una unidad post-guerra en torno a un gobernante determinado y racional. Lamentando la brevedad e inestabilidad de muchos gobiernos bolivianos, que por eso mismo no dejaron obra duradera, deplora que todo fuera “efímero, ilusiones, sueños de un pueblo heroico” (p.42) y advierte que no será el patriotismo circunstancial, sino el patriotismo laborador y constante el que sacará al país de la postración, para convertirlo en una patria libre. He ahí las palabras de un soldado (de uno más) desencantado y que tiene el valor de hacer crítica.

Referencias

1. Arguedas, A. ([1909]1996). *Pueblo enfermo*. La Paz: Juventud
2. Céspedes, A. (1973). *Salamanca o el metafísico del fracaso*. La Paz: Juventud.
3. Siles Salinas, J. ([1969] 2013). *La literatura de la Guerra del Chaco*. La Paz: Plural.
4. Soria Galvarro, C. (1936). *Notas de mi agenda: la Guerra del Chaco*. La Paz: Intendencia General de Guerra.

La isla en pozo: una lectura de arena y agua

The Island in a Well: a Reading of Sand and Water

*Rafael Bertón Salinas**

Resumen

El texto trabaja con los paralelismos entre el poema “La isla en peso” de Virgilio Piñera y el cuento “El pozo” de Augusto Céspedes; estos, a pesar de estar en contextos geográficos opuestos, comparten una desesperación similar debido al aislamiento y las condiciones opresivas de su entorno. Mientras que en la isla de Piñera el agua rodea como una condena; en el pozo de Céspedes, los soldados buscan desesperadamente agua en un ambiente desértico. Ambos escenarios representan espacios cerrados que oprimen a sus habitantes, generando angustia y un sentido de pérdida.

Abstract

The text works with the parallels between the poem “La isla en peso” by Virgilio Piñera and the story “El pozo” by Augusto Céspedes; These, despite being in opposite geographical contexts, share a similar desperation due to the isolation and oppressive conditions of their environment. While on the island of Piñera the water surrounds like a sentence; At the Céspedes well, soldiers desperately search for water in a desert environment. Both scenarios represent closed spaces that oppress their inhabitants, generating anguish and a sense of loss.

* Licenciado en Literatura, especialista en Educación Superior. Universidad Católica Boliviana “San Pablo”.
Contacto: rberton@ucb.edu.bo
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9528-5007>

Siempre más abajo, hasta saber el peso de su isla
Virgilio Piñera

Para algunos, “la maldita circunstancia del agua por todas partes”¹ es vivida como una condenación; para otros, ocurre al contrario, pues “no hay una gota de agua, lo que no impide que vivan aquí los hombres en guerra”. (Céspedes 1936, p. 22). Los primeros están representados en la voz del poema “La isla en peso”, de Virgilio Piñera; mientras que los segundos lo hacen a través de Miguel Navajas, narrador del cuento “El pozo” de Augusto Céspedes. Ambos personajes se encuentran atrapados en alguna forma de aislamiento, ya que las condiciones territoriales que habitan los colocan en esas circunstancias. El espacio que los rodea está delimitado por el entorno: la isla de Piñera está rodeada por agua, mientras que los soldados del cuento de Céspedes están atrapados por la guerra, encerrados en un pozo de tierra y arena. Escapar de estas formas de cárcel parece imposible. El encierro, la desesperación, la ausencia y la frustración son sentimientos compartidos entre la voz caribeña y el soldado altiplánico. A partir de estas experiencias, podemos afirmar que hay más rasgos comunes entre una isla caribeña y un pozo cavado en medio del Chaco boliviano de los que se podrían pensar. Sin embargo, más allá de esta constatación, frente al encierro en el que se encuentran, a los personajes no les queda más que seguir descendiendo, hundiéndose bajo el peso de su desesperación y el entorno con el que cargan.

La primera desesperación es el sentirse rodeado. Esta angustia no solo está provocada por el elemento omnipresente que acorrala, sino por lo que ese cinturón asfixiante simboliza. En el caso de la isla, “el agua me rodea como un cáncer” (LIP); la desesperación ya está instalada y no sabemos cuándo apareció. “En otro momento yo vivía adánicamente” (LIP), nos dice la voz del poema, para luego preguntarse: “¿qué trajo la metamorfosis?” (LIP), interrogante que permanecerá flotando a lo largo del poema. De haber vivido en armonía, quizá disfrutando el paisaje, todo ha cambiado sin que nadie se diera cuenta. La pregunta por la metamorfosis no se responde directamente, pero a lo largo del poema se va ofreciendo la visión de la isla transformada y el efecto que provoca en la voz poética. Además del mar, es el calor isleño el que también fatiga y desespera. El mismo calor que sofoca en las arenas del Chaco y desespera en medio de la guerra. Los soldados mueren en combate, pero también de sed y agotamiento. Afuera del pozo, “vivimos raquíuticos, miserables, prematuramen-

1 Virgilio Piñera, *La isla en peso*, en adelante LIP.
https://disciplinas.usp.br/pluginfile.php/8370756/mod_resource/content/1/Virgilio%20Pi%C3%B1era%20-%20La%20isla%20en%20peso.pdf

te envejecidos... los hombres, con más sed que odio” (p. 22). La desesperación se manifiesta incluso en los detalles: “mariposas blancas acuden sedientas a esa humedad” (p. 24) del agua derramada en el suelo, o las abejas que se enredan en los cabellos del suboficial que se moja la nuca. En esas circunstancias, no queda más que luchar por sobrevivir: primero al entorno y luego al enemigo. Es en esta doble estrategia que un grupo de zapadores decide meterse al hueco que encuentran, con la esperanza de encontrar agua y, quizá, de esconderse de la dureza del clima y el peligro de la batalla. En su interior, los soldados descenden, primero a cinco, luego a diez, a veinte, a cuarenta y cinco e incluso a llegan a estar a cincuenta metros de profundidad, en un diámetro de cinco metros. Rodeados de agua y de sol, los caribeños desean más tierra para pisar; mientras los soldados están buscando aquello que allá sobra: el agua, escapando de lo que en la isla falta: tierra seca. Desesperados de esta realidad que los aprisiona, la imaginación trabaja mecanismos para engañar al cuerpo, y la objetividad es obligada a ceder el paso.

Un pozo es una isla, y una isla es un pozo. Ambos no son más que grandes agujeros vacíos, que se ha intentado rellenar por todos los medios. Son huecos donde caben todo tipo de elementos: cosas, personas, fotografías, música, cadáveres, comida, personajes, recuerdos y demás chucherías. Un buen pozo nunca se termina de cavar, así como nunca se termina de repletar. La guerra del Chaco fue, en cierto sentido, un pozo; la batalla, la empresa de cavarlo. El proceso de conquista fue otro; la colonización, su empresa. Un gran pozo cuya empresa fue perforarlo buscando algo imposible, ya sea agua en el desierto o la subyugación de la libertad humana. Fue un gran agujero sin sentido, que sólo sirvió para enterrar los cadáveres de los soldados que lo excavaron; un espacio que sólo sirve para guardar los cadáveres, aún vivos, que lo recorren y habitan. Muertos y vivos cuya memoria continúa exigiendo respuestas por su sacrificio. Ambos escenarios no son más que una isla, donde se puede ver el fruto de una profunda violencia y la tristeza por el dolor. En la isla se albergan cuerpos mulatos, manos ásperas, piel húmeda, esclavos, prejuicios y dictadura. Es un lugar que, bajo aparente calma, oculta, la más abominable de las barbaries, el enfrentamiento entre hermanos de la misma especie, la búsqueda del sometimiento de unos por otros. Es la memoria de la aberrante esclavitud. Todos los hombres, metidos ahí, están condenados a sufrir: los caballos de los conquistadores cubriendo a las yeguas (LIP) o una misma mujer que invariablemente masturba, noche a noche, al soldado de guardia en medio del sueño de los peces (LIP). Isla o pozo, pozo o isla, al final de cuentas, “¿quién puede reír sobre esta roca de los sacrificios de gallos?” (LIP).

Frente a una realidad tan dura, que podríamos catalogar como insufrible, todo se transforma. La alucinación comienza a alejar a los personajes de la realidad, para construir una posibilidad alternativa donde puedan existir. La presión del encierro, el deseo de escapar y la desesperación ante la condena conducen a la creación de una ilusión que permite huir de lo que se tiene delante y constantemente agrade. Dentro del pozo, la “obsesión del agua está creando un mundo particular y fantástico” (p. 37): el agua parece manar hasta cubrir a un hombre, la tierra convertida en bloques de hielo o el vergel en el que se transformaron las arenas chaqueñas. La guerra se pierde en el olvido, y sólo el pozo adquiere importancia: “¿Tanto dolor, tanta búsqueda, tanto deseo, tanta alma sedienta acumulados en el profundo hueco originan esta floración de manantiales?” (p. 41). En la isla ocurre algo parecido bajo “el sol que agota, que quita el aliento y la arena caliente que martiriza reflejando al sol” (LIP), mientras que “la sal que entra en los ojos, y la noche fresca, y el sexo de los negros, y la sangre, y el baile” (Sequeda, citada por Abellan, 2011). Todo en exceso. Todo se carga agobiante sobre la voz poética, llevando esto hacia una explosión de imágenes que invade el poema. En él, los cuerpos bailan, los cuerpos se aman, los cuerpos copulan, arrancando algunos segundos de placer extremo a las duras horas de realidad. Al final, a pesar de las prohibiciones o los sufrimientos que se cargue, “el hombre y la mujer se encontrarán sin falta en el platanal” (LIP).

Sin embargo, más tarde, el silbido de las balas, el nacimiento de un nuevo día, la sed y el calor, pondrán fin a la fantasía, obligando a los cuerpos a volver a la realidad, a pisar la tierra que los asfixia, ya sea por su escasez o por su abundancia. En la isla, los personajes imploran “que la Tierra nos ampare, que nos ampare el deseo, felizmente no llevamos el cielo en la masa de la sangre, sólo sentimos su realidad física por la comunicación de la lluvia al golpear nuestras cabezas” (LIP). Después del momento de placer, de la breve fuga de la prisión, “el Paraíso y el Infierno estallan y sólo queda la Tierra” (LIP). Al retornar de la alucinación y salir del pozo, nuevamente “el calor se ha adueñado de nuestros cuerpos (...) haciéndolos blandos, calenturientos, conscientes para nosotros sólo por el tormento que nos causan al transmitir desde la piel la presencia sudosa de su beso de horno” (p. 27).

El retorno a la realidad nos trae la segunda desesperación. Ésta se encuentra marcada por la imposibilidad de escapar, de dejar atrás el cerco: “¿Acabará esto algún día?... Ya no se cava para encontrar agua, sino por cumplir un designio fatal, un propósito inescrutable” (p. 41). Los motivos que impulsaron la aventura se han difuminado, solo queda la rutina de un trabajo sin sentido, como el intento vano de rellenar el hueco abierto. Incluso cuando toca defender el pozo

seco, se lo hace como si realmente tuviera agua. “Pero nosotros no cedíamos un metro, defendiéndolo ¡cómo si realmente tuviese agua!” (p. 43) Y, a la par de la batalla, está la otra lucha: “nuestra gente se muere de sed. No muere, pero agoniza diariamente” (p. 34). Y también muere, no de sed, sino por la guerra, y ahí están los cuerpos de los soldados muertos, con sus bocas abiertas, con sus dientes llenos de tierra. Los negros vuelven a ser conscientes de su esclavitud genética y “la noche se cierra sobre la poesía y las formas se esfuman” (LIP).

Ya solo queda el hombre, despojado de todo. Desnudo de todo. El suboficial escritor concluye que “vivimos una escasa vida de palabras sin pensamientos, horas y horas, mirando en el cielo incoloro mecerse el vuelo de los buitres” (p. 26). Ya solo queda esperar la muerte. En la isla quedan los cuerpos agotados: “dos cuerpos en el platanal, dos cuerpos que valen tanto como la primera pareja, la odiosa pareja que sirvió para marcar la separación” (LIP). Aquella pareja que rompió el pacto con Dios y fue expulsada del Paraíso, con ella comenzó la metamorfosis que dejó atrás la existencia edénica y nos arrojó al vacío de la isla, esperando quizá, también, la muerte.

Exhaustos, con las fuerzas disminuidas, enfermos, pero habiendo sobrevivido a la visita de la muerte, solo queda testimoniar la existencia: “Bajo la lluvia, bajo el olor, bajo todo lo que es una realidad, un pueblo se hace y se deshace dejando los testimonios: un velorio, un guateque, una mano, un crimen, revueltos, confundidos, fundidos en la resaca perpetua” (LIP). ¿Qué queda de toda esta aventura sino los restos? La fiesta como memoria de la vida paradisíaca, junto al dolor por la metamorfosis que trajo consigo el luto de la conquista. Fiesta y dolor que no son más que la resaca de un cuerpo que alguna vez fue feliz, y que ahora intenta, inútilmente, repetir esa sensación. ¿Qué queda de la guerra sino el gran hueco abierto, y dentro de él, los cadáveres de quienes trabajaron cavándolo? Cuerpos muertos por el enemigo, que al no saber qué hacer con ellos, decidieron arrojarlos al pozo, y “vencidos por la gravedad daban un lento volteo y desaparecían, engullidos por la sombra” (p. 44).

El pozo es un vacío cavado y rodeado de tierra; la isla es una porción de tierra rodeada de agua. El exceso de agua desespera a unos, mientras que su carencia atormenta a otros, del mismo modo que ocurre con la tierra. El fuego, elemento compartido en ambos casos, agrava la desesperación. Tan solo en la noche, en la oscuridad, en el fondo, se puede escapar momentáneamente de tanto peso. De vuelta a la realidad, la angustia persiste. Ante el vacío del pozo, “echamos tierra, mucha tierra adentro. Pero, aun así, ese pozo seco es siempre el más hondo del todo el Chaco” (p. 44). Nunca se llenará el vacío abierto por la

guerra, de la cual nos queda el testimonio escrito por el suboficial sobreviviente. Y en la isla, el pueblo sufriente, cargado con el peso de su dolor, se hunde ininterrumpidamente, no tan rápido como los cadáveres de los soldados, pero “siempre más abajo, hasta saber el peso de su isla, el peso de una isla en el amor de un pueblo” (LIP). El amor que le faltó al soldado boliviano para darle sentido a su guerra, a su búsqueda y a su muerte, para evitar acabar en el vacío. Vacío que el isleño relleno en exceso, con una carga que terminó hundiéndolo a él y a su mundo-isla.

Referencias

1. Abellán, I. (2011). “Las metamorfosis en isla: Ovidio y Virgilio Piñera, lucha constante entre el odio y el amor”. *Tonos digital: revista de estudios filológicos (Número 21)*. <https://www.um.es/tonosdigital/znum21/secciones/estudios-1-ovidio.htm>
2. Céspedes, A. (1936). *Sangre de mestizos*. Santiago: Nascimento.
3. Piñera, V. (1943), *La isla en peso*. https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/8370756/mod_resource/content/1/Virgilio%20Pi%C3%B1era%20%20La%20isla%20en%20peso.pdf
4. Sequeda, Y. (2008): *Virgilio Piñera: ¿un “poeta ocasional?": Acercamiento a su poética mediante el análisis estilístico*. Cuba: UCLV, Facultad de Ciencias Sociales.

De Boquerón a la Revolución Nacional: el legado militar y político de Clemente Inofuentes

From Boquerón to the National Revolution: the Military and Political Legacy of Clemente Inofuentes

*Carlos Ricardo Crespo Torrico**

Resumen

Esta investigación analiza la Batalla de Boquerón en la Guerra del Chaco (1932-1935), destacando el liderazgo del subteniente Clemente Inofuentes en la defensa boliviana. A través de diarios de guerra y estudios especializados, se reconstruyen los eventos de la resistencia en el fortín Boquerón, un símbolo de honor y sacrificio nacional. El estudio explora el impacto de Inofuentes en la defensa de Punta Brava y cómo su experiencia militar influyó en su posterior rol en la Revolución Nacional boliviana, ofreciendo una reflexión sobre la memoria histórica y la identidad nacional en Bolivia.

Palabras clave: Boquerón; Clemente Inofuentes; Punta Brava; resistencia; dignidad.

Abstract

This research analyzes the Battle of Boquerón during the Chaco War (1932-1935), highlighting the leadership of Second Lieutenant Clemente Inofuentes in the Bolivian defense. Through war diaries and specialized studies, the events

* Licenciado en Derecho por la Universidad Católica Boliviana "San Pablo", LLM Maestría en Propiedad Intelectual por la Universidad de Turín, Italia.
Contacto: ccrespo@ucb.edu.bo
ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-1047-8008>

of the resistance at Fort Boquerón are reconstructed, a symbol of national honor and sacrifice. The study explores Inofuentes' impact on the defense of Punta Brava and how his military experience influenced his later role in the Bolivian National Revolution, offering a reflection on historical memory and national identity in Bolivia.

Keywords: Boquerón; Clemente Inofuentes; Punta Brava; Resistance; Dignity.

1. Introducción

En los desolados paisajes del Chaco, donde el calor abrasador y la sed parecían tan letales como las balas, se escribió una de las páginas más heroicas de la historia de Bolivia: la Batalla de Boquerón. Aquel septiembre de 1932, un puñado de soldados bolivianos, cercados por las fuerzas paraguayas, resistieron con una determinación inquebrantable, enfrentando no solo a un enemigo numeroso, sino también al hambre, la sed y el agotamiento. Como bien lo describía un periódico de Buenos Aires: "En Boquerón están escribiendo unos pocos soldados bolivianos la más bella página de heroísmo... Antes de rendirse quieren la muerte" (Paz Soldán, 1989, p. 174). Boquerón, más que una batalla, fue un símbolo de resistencia ante lo inevitable.

La Guerra del Chaco, que enfrentó a Bolivia y Paraguay por el control de un territorio inhóspito, es recordada como un conflicto que traspasó los límites de lo militar para convertirse en una tragedia humana. Guillermo Céspedes capturó la esencia del Chaco en una frase devastadora: "El Chaco es un desierto de agonía. Es tan grande como el mismo mar... no hubo otra música que los latigazos de las ametralladoras ni más coro que el lamento de los heridos y agonizantes" (Azurduy, 1939). En este entorno hostil, el sacrificio de los soldados bolivianos en Boquerón se destacó no solo por su valentía, sino por la lección de perseverancia que dejaron a las generaciones futuras.

Dentro de este contexto, es imperativo rescatar del olvido a los héroes de Boquerón, figuras como el subteniente Clemente Inofuentes, quien, junto a sus hombres, se convirtió en el alma de la defensa boliviana. Mientras las ametralladoras paraguayas y el implacable sol del Chaco golpeaban sin piedad, Inofuentes y sus soldados resistían en las fortificaciones que construyeron bajo su dirección, en un sector tan infranqueable que los paraguayos lo denominaron "Punta Brava". Este sistema defensivo no solo fue un ejemplo de ingeniería militar, sino también un testimonio de la capacidad de resistencia de los bolivianos (Marzana, 1991, p. 88).

Boquerón es un capítulo esencial en la memoria histórica de Bolivia, y la recuperación de esa memoria no solo es un deber hacia quienes dieron su vida, sino una reflexión necesaria para entender los valores que sostienen a una nación. La historia de Boquerón, lejos de ser un episodio bélico más, representa la lucha de un país por su identidad en medio de la adversidad. Como señalaba Vergara Vicuña, “Boquerón, episodio bélico de escasa importancia en sí mismo, pudo haber pasado desapercibido... sino hubiese mediado la ofuscación pertinaz de erigirlo en símbolo de la resistencia victoriosa” (Vergara Vicuña, 1941, p. 345).

En medio de aquel desorden, donde todo parecía estar al borde del colapso, figuras como Quintanilla, Toro y Busch, desde fuera del cerco, y desde dentro del fortín Boquerón, personajes como Marzana, Manchego, Ustárez e Inofuentes, se revelaron como líderes sin necesidad de proclamarlo. Guiaron a sus hombres con una combinación imprevista de ingenio y coraje, donde cada decisión parecía improvisada, pero estaba cargada de una lógica propia. Busch, según lo definió Luis Azurduy, “el mártir de sus ideales”, representaba el sacrificio total por la patria, mientras que Inofuentes, con su experiencia y empuje, no solo era un estratega eficaz, sino un referente moral que los demás seguían, a veces sin darse cuenta (Azurduy, 1939).

La importancia de recuperar la memoria histórica de Boquerón no radica solo en recordar una batalla más entre tantas, sino en entender cómo ese episodio logró quebrar la barrera del tiempo y convertirse en un símbolo que sigue resonando. Boquerón no fue solo un fortín defendido por soldados agotados y mal armados; fue el escenario donde se puso a prueba el límite de la resistencia humana y la idea misma de nación. Los hombres que resistieron allí no defendían únicamente un punto geográfico en el mapa, sino algo mucho más abstracto y profundo: la dignidad de su país, el derecho a existir con orgullo y soberanía. Como lo relata Marzana en sus memorias, la resistencia en Boquerón fue de tal magnitud que, a pesar de las circunstancias terriblemente desfavorables, el enemigo se vio obligado a pagar un precio desmesurado. La resistencia de Boquerón fue tal que, a pesar de las circunstancias adversas, el enemigo pagó con centenares de muertos y heridos, una clara muestra del costo que significó para Paraguay tomar el fortín (Marzana, 1991, p. 178). Recuperar esa memoria no es solo un acto de justicia histórica, sino un reconocimiento de lo que significa la voluntad de un pueblo por sobreponerse a su destino, incluso cuando todo parece perdido.

Esta introducción al estudio de uno de los héroes de Boquerón no pretende solo recordar el pasado, sino también conectar ese pasado con las lecciones que puede ofrecer a las futuras generaciones. La historia de Boquerón, con su mezcla de tragedia y heroísmo, es una invitación a reflexionar sobre los sacrificios que han cimentado la identidad nacional boliviana y sobre la importancia de honrar a aquellos que, en las peores condiciones, dieron todo por su país.

2. Metodología

La presente investigación adopta un enfoque cualitativo de carácter histórico, con el objetivo de analizar la Batalla de Boquerón en el contexto de la Guerra del Chaco, centrándose en las figuras clave de la resistencia boliviana, particularmente el subteniente Clemente Inofuentes. A través de la reconstrucción de los hechos, se busca recuperar la memoria histórica de este acontecimiento y su impacto en la configuración de la identidad nacional boliviana.

2.1. Fuentes primarias

El análisis se sustenta en fuentes primarias que ofrecen una visión directa y contemporánea de los eventos de la Guerra del Chaco. Se han utilizado principalmente diarios de guerra escritos por los propios soldados y oficiales bolivianos que participaron en la contienda. Estos documentos aportan un relato detallado de las tácticas empleadas, las condiciones de vida de los soldados y la resistencia en Fortín Boquerón, lo que permite capturar la dimensión humana y estratégica de los hechos. Los diarios fueron consultados para obtener una cronología precisa de los eventos y para acceder a testimonios que reflejan el estado emocional y físico de los combatientes durante la defensa de Boquerón.

2.2. Fuentes secundarias

Asimismo, la investigación se ha nutrido de libros especializados sobre la Guerra del Chaco, escritos por historiadores y expertos en el tema. Estas fuentes secundarias proporcionan un marco de análisis que permite contextualizar el conflicto dentro de la historia boliviana y sudamericana. Los estudios consultados aportan interpretaciones críticas y perspectivas comparativas sobre la importancia de la Batalla de Boquerón, sus implicaciones estratégicas y las figuras clave que emergieron de este enfrentamiento.

2.3. Procedimiento

La metodología seguida en este estudio se basó en la recopilación y análisis documental. En primer lugar, se realizó una exhaustiva búsqueda de los diarios de guerra relevantes para la defensa de Boquerón, con especial atención a aquéllos que incluían menciones directas al subteniente Clemente Inofuentes. Posteriormente, estos documentos fueron contrastados con la bibliografía especializada para corroborar los hechos y obtener una comprensión más profunda del contexto estratégico y político. El análisis documental incluyó la clasificación de las fuentes en categorías temáticas, como las estrategias militares, las condiciones del conflicto, el liderazgo de Inofuentes y las consecuencias del combate. Esto permitió una organización coherente de los datos y facilitó la interpretación de los eventos en términos tanto militares como humanos.

2.4. Análisis de fuentes

El enfoque histórico-crítico fue utilizado para evaluar tanto las fuentes primarias como secundarias. En el caso de los diarios de guerra, se consideró el contexto en el que fueron escritos, así como las posibles limitaciones subjetivas inherentes a los relatos personales de los soldados. Los libros especializados, por su parte, se seleccionaron en función de su rigor académico, incluyendo trabajos que proporcionan una visión contrastada y balanceada de la Guerra del Chaco.

Para garantizar la precisión y objetividad en la interpretación de los hechos, se adoptó un enfoque comparativo entre los relatos de los diarios y las interpretaciones de los historiadores. Esta triangulación permitió validar los eventos descritos en los diarios con las reconstrucciones históricas más recientes, asegurando que las conclusiones extraídas estén bien fundamentadas.

2.5. Limitaciones

Si bien el uso de diarios de guerra ofrece una visión única y valiosa de la experiencia de los soldados, este tipo de fuente también presenta limitaciones. Los relatos personales pueden estar influenciados por el estado emocional de los autores, el paso del tiempo o la necesidad de justificar ciertas decisiones militares. Del mismo modo, algunas fuentes secundarias pueden reflejar interpretaciones historiográficas que no coinciden entre sí, lo cual requiere un análisis crítico por parte del investigador.

3. La defensa de Boquerón: heroísmo y sacrificio en el corazón de la Guerra del Chaco

La defensa del Fortín Boquerón, inmortalizada en la historia como un acto de heroísmo inigualable, fue más que una estrategia militar; fue una cuestión de dignidad nacional. El presidente Salamanca, decidido a no permitir una retirada deshonrosa, ordenó que el fortín no fuera abandonado bajo ninguna circunstancia, incluso a costa de la vida de sus defensores (Paz Soldán, 1989, p. 155). Este mandato convirtió la defensa de Boquerón en un símbolo de resistencia que costó a Bolivia la vida de más de un millar de sus mejores soldados y decenas de oficiales de carrera (Vergara Vicuña, 1941, p. 337).

En el centro de esta épica resistencia se encontraba el comandante Marzana, quien, con una planificación precisa y previsoramente estructurada, organizó la defensa de Boquerón. Bajo su mando, la seguridad del fortín se extendió mediante una red de puestos adelantados, destacando el camino Ramírez-Boquerón, supervisado por el subteniente Clemente Inofuentes, un oficial respetado por su experiencia y capacidad táctica (Antezana Villagrán, 1979, p. 155). La defensa de Boquerón no solo fue un acto de resistencia, sino una operación militar meticulosamente planeada.

David Zook Jr., en su obra *La conducción de la guerra del Chaco*, describe que el 9 de septiembre de 1932, a las 5:30 de la mañana, comenzó la ofensiva paraguaya con un intenso fuego de artillería. Tres baterías y doce morteros abrieron el ataque, marcando el inicio de una operación cuidadosamente coordinada. Los regimientos paraguayos Itororó y Curupayty, avanzando frontalmente en sus respectivos frentes, llevaron el peso de la ofensiva, buscando romper las defensas bolivianas en Boquerón (Zook, 1962).

El sector bajo el mando de Inofuentes, conocido como Punta Brava, desempeñó un papel fundamental en la defensa de Boquerón. Las fortificaciones en esta área, diseñadas con meticulosa precisión, formaban un intrincado laberinto de trincheras y nidos de ametralladoras dispuestos de manera tal que el fuego convergía de forma devastadora sobre cualquier punto que el enemigo intentara atacar. Esta disposición táctica convirtió a Punta Brava en una verdadera muralla, impenetrable a los avances paraguayos. Fue precisamente esa inexpugnabilidad la que llevó a los propios soldados paraguayos a bautizarla como "Punta Brava", un nombre que refleja el respeto ganado a pulso por sus defensores. A pesar de repetidos intentos de captura, las fuerzas bolivianas bajo el mando de Inofuentes repelieron con éxito cada ofensiva, convirtiendo

esa zona en un bastión decisivo para la resistencia del fortín (Marzana, 1991, p. 88).

El 11 de septiembre de 1932, a las 21:00 horas, unas señales luminosas comenzaron a parpadear en la distancia, como un presagio que cortaba la oscuridad. Se había ordenado disparar únicamente a distancias cortas, una instrucción que, en medio de la tensión, se seguía con una precisión casi ritual. Las tropas, como si esa calma calculada fuera lo único que los mantenía en pie, mostraban una disciplina férrea, esa que no solo consuela, sino que también da fuerza para seguir adelante, incluso cuando todo parece pender de un hilo. En el centro de esa batalla silenciosa, el Batallón Cuenca y la indomable Punta Brava, comandada por el subteniente Inofuentes, se enfrentaban a una de las pruebas más arduas: rechazar los ataques más furiosos del enemigo, que insistía una y otra vez en quebrar la línea en ese sector. Sin embargo, a pesar de la ferocidad del asedio, Punta Brava resistía como una roca, impidiendo el avance paraguayo. En esas horas interminables, la defensa no era solo una cuestión militar, sino un acto de voluntad pura, como si resistir significara mucho más que sostener una posición; era el eco de una nación aferrada a su dignidad (Antezana Villagrán, 1979, p. 194).

El ingenio y la valentía de Inofuentes no se manifestaban solo en la precisión con la que organizaba las fortificaciones, convertidas en auténticas fortalezas en medio del desierto, sino también en el efecto que tenía sobre la moral de sus hombres. Bajo su liderazgo, los soldados bolivianos resistían con una determinación férrea, conscientes de que cada centímetro de terreno que defendían era fruto de la cuidadosa planificación y del coraje implacable de sus oficiales. Punta Brava, ese sector en el que los ataques enemigos se estrellaban una y otra vez, no tardó en convertirse en un símbolo de ingeniosidad y sacrificio. Era más que un simple bastión militar; se transformó en el emblema de la resistencia boliviana, una representación palpable del espíritu que, a pesar de las adversidades, mantenía viva la esperanza y la lucha (Marzana, 1991, p. 89).

A pesar de los incesantes ataques paraguayos, que en varios momentos lograron llegar hasta las líneas bajo el mando de Inofuentes, la defensa se mantuvo firme, imperturbable ante la presión. A las 13:00 horas de un día decisivo, los soldados paraguayos, tras una ofensiva que los llevó a avanzar hasta unos escasos 50 metros de las posiciones bolivianas, fueron brutalmente repelidos. El fuego pesado y la feroz resistencia boliviana convirtieron el campo de batalla en un cementerio improvisado, dejando el terreno cubierto de cadáveres, un testimonio sombrío de la magnitud de la lucha (Marzana, 1991, p. 127). Sin

embargo, éste fue solo uno de los innumerables embates que los defensores de Boquerón enfrentaron sin vacilar, demostrando una vez más que su resistencia no se medía solo en número de bajas, sino en la inquebrantable voluntad de no ceder ni un palmo de terreno.

El 17 de septiembre, en el punto álgido de la batalla, figuras como Inofuentes, Dávila Infante, Juan de Dios Guzmán y Renato Sáenz lucharon hombro a hombro con sus soldados, cumpliendo con el solemne juramento de defender la patria hasta las últimas consecuencias (Taborga, 1970, p. 180). Estos hombres no solo comandaban desde las trincheras, sino que también compartían las mismas penurias y riesgos que sus tropas, infundiendo valor en cada combate. La fortaleza que demostraron, incluso cuando las condiciones se tornaban desesperadas, personificaba el espíritu inquebrantable de los defensores de Boquerón, cuya resistencia era mucho más que una táctica militar: era una prueba de su lealtad absoluta a la causa boliviana.

Desde las 6:15 horas comenzó un intenso bombardeo de artillería que superó en magnitud a cualquier otro día del asedio. Durante dos horas continuas, 22 cañones y 12 morteros desataron un fuego incontrolado sobre las posiciones bolivianas, causando estragos y alterando la configuración del terreno. A las 8:15, el fuego de la infantería paraguaya se sumó a la ofensiva, prolongándose hasta las 13:00 horas. Este ataque coordinado buscaba debilitar las defensas de Boquerón mediante una combinación sostenida de artillería e infantería (Antezana Villagrán, 1979, p. 195).

El sector bajo la dirección de Inofuentes fue uno de los puntos más atacados por los paraguayos, quienes concentraron allí gran parte de sus fuerzas. Sin embargo, la serenidad y el coraje de la primera compañía del Regimiento Campos, a su mando, demostraron que la defensa de Boquerón era más que una simple batalla; era una lucha por el honor, la patria y la supervivencia de un pueblo. Punta Brava, con su red de trincheras y su resistencia incansable, se erige como un testimonio perenne del sacrificio de estos héroes, cuyo valor dejó una huella indeleble en la memoria de la Guerra del Chaco (Marzana, 1991, p. 130).

El amanecer del 18 de septiembre de 1932 fue testigo de un rugido de artillería que rompió el silencio abrasador del Chaco. A las 4 de la mañana, mientras el sol apenas acariciaba el horizonte, las posiciones bolivianas en Boquerón comenzaron a sufrir el embate más feroz que el enemigo había lanzado hasta ese momento. En el corazón de esa tormenta de acero y fuego, el subteniente Clemente Inofuentes mantenía su mirada firme, como si el estruendo de las

balas no fuera más que el eco de una vieja melodía conocida. Su sector, Punta Brava, era ahora el epicentro del ataque paraguayo. “Las fuerzas paraguayas se han acercado demasiado. Están a lo sumo a veinte pasos”, diría más tarde Arzabe Reque (1961, p. 84), describiendo aquel instante en que el destino parecía inclinarse peligrosamente hacia el lado del invasor. Y, sin embargo, no hubo pánico. Bajo las órdenes de Inofuentes, cada soldado ajustó su arma, con la instrucción precisa de que cada disparo debía ser certero, de hombre a hombre, como si con cada bala se estuviera apostando el honor de una nación.

Los hombres de Inofuentes no se apresuraron. Sabían que en sus manos no solo estaba la defensa de una posición estratégica, sino también la memoria de los que ya habían caído. Las fuerzas paraguayas, como una ola incansable, se estrellaban una y otra vez contra las fortificaciones bolivianas, convencidos de que su número les daría la victoria. Pero Boquerón, en ese rincón llamado Punta Brava, era una fortaleza de voluntades inquebrantables. “La fuerza arrolladora del grueso del ejército paraguayo está frente a nuestras posiciones; pero la defensa es invulnerable” (Arzabe Reque, 1961, p. 84). No era el armamento, ni siquiera la destreza táctica lo que sostenía a esos hombres; era algo más antiguo y más profundo, un juramento no pronunciado pero inquebrantable: defender cada palmo de tierra como si en ello les fuera la vida misma. Y de hecho, así era.

Entonces, como si el tiempo se hubiera detenido en ese instante de furia, se desató la más terrible de las batallas. Los paraguayos estaban a solo veinte pasos, y sin embargo, no lograron avanzar un solo centímetro más. “Todo es inútil; ni la fuerza de los titanes hará que los defensores cedan un palmo de terreno. La furia guerrera está en todo su vigor” (Arzabe Reque, 1961, p. 84). Era como si el destino mismo se hubiera atrincherado junto a los hombres de Inofuentes, impidiendo que el enemigo quebrara sus líneas. Punta Brava, más que un pedazo de territorio, se convirtió en un símbolo de resistencia eterna, de ese tipo de heroísmo que no busca la gloria, sino la dignidad silenciosa de resistir hasta el último aliento. En ese rincón del Chaco, donde el calor y la muerte parecían ser las únicas certezas, la historia de Bolivia se seguía escribiendo con balas, sudor y sangre.

4. Punta Brava: el bastión infranqueable de la resistencia boliviana

La defensa de Punta Brava, liderada por el subteniente Clemente Inofuentes, se consolidó como uno de los episodios más destacados y admirables de la

Guerra del Chaco, tanto por su brillantez táctica como por la resistencia implacable que ofreció frente a los repetidos embates del enemigo. Inofuentes, demostrando una extraordinaria capacidad estratégica, organizó un complejo sistema de fortificaciones que los paraguayos compararon con un “laberinto”. Estas defensas, meticulosamente coordinadas, permitían que el fuego convergiera sobre cualquier punto de ataque enemigo, convirtiendo el terreno en una trampa mortal para los invasores (Marzana, 1991, p. 88). Este ingenioso diseño se convirtió en una fortaleza casi impenetrable, resistiendo ataques intensos apoyados por ametralladoras, morteros y artillería pesada.

En comparación con otros sectores del frente, Punta Brava se destacó como un modelo de fortificación semipermanente, cumpliendo con todos los requisitos para repeler al enemigo. Su efectividad fue tal que, a pesar de los furiosos asaltos paraguayos, las tropas defensoras, lideradas por Inofuentes, impidieron cualquier avance significativo (Marzana, 1991, p. 88). Cada intento de las fuerzas paraguayas por tomar la posición fue rápidamente frustrado, dejando un rastro de bajas entre los atacantes.

El mérito de esta defensa recayó en gran medida sobre los hombros de Inofuentes, quien no solo diseñó las fortificaciones, sino que también las supervisó con una entrega incansable. Su trabajo fue ampliamente elogiado por sus superiores y compañeros, ganándose el respeto y admiración de sus tropas. Bajo su liderazgo, los soldados bolivianos defendieron Punta Brava con un sentido renovado de moral y compromiso, conscientes de que estaban dirigidos por un líder brillante y comprometido (Marzana, 1991, p. 89). El sistema de trincheras y nidos de ametralladoras no solo protegía a las tropas, sino que permitía desatar un castigo devastador sobre el enemigo, asegurando el éxito defensivo de la posición.

Como la describía un historiador uruguayo: al llegar a la Punta Brava, sentí la emoción más obvia, esa que atraviesa el cuerpo como un relámpago seco: eran más fuertes. De repente, todo el drama de la batalla cobró sentido, como si el aire pesado de la tarde llevara consigo el eco de cada disparo, cada grito ahogado. Allí, la alevosía se encarnaba en los nidos de ametralladoras, inclinados como serpientes al acecho, esperando el momento de morder. Cada rincón del terreno se había convertido en un flanco del peligro, donde la muerte acechaba sin tregua, una presencia palpable que dominaba la escena” (Brezza y Reali, 1998).

Uno de los momentos más críticos en la defensa de Punta Brava ocurrió cuando los paraguayos lograron avanzar hasta 50 metros de las posiciones boli-

vianas, causando numerosas bajas en el proceso. A pesar de la proximidad del enemigo, las fuerzas bolivianas, con sus bayonetas caladas, repelieron el asalto con una ferocidad implacable. Las ametralladoras bolivianas segaron filas enteras de atacantes, obligándolos a retroceder hacia los montes, perseguidos por el fuego continuo de los defensores (Marzana, 1991, p. 127). Esta primera maniobra enemiga fue completamente desarticulada, lo que llenó de satisfacción a las agotadas tropas bolivianas.

El enemigo, reconociendo la importancia estratégica de Punta Brava, concentró gran parte de sus esfuerzos en romper las defensas dirigidas por Inofuentes. Sin embargo, los soldados del Regimiento Campos, bajo su mando, se destacaron por su serenidad y coraje, cualidades que fueron especialmente reconocidas por Marzana, quien resaltó el papel crucial que desempeñaron tanto los oficiales como las tropas en mantener la línea defensiva frente a los incesantes ataques paraguayos (Marzana, 1991, p. 130).

La defensa de Punta Brava, más allá de su impecable valor táctico, es un testimonio perdurable del heroísmo de los hombres que, bajo la dirección de Inofuentes, convirtieron ese terreno en un símbolo de resistencia frente a las adversidades de la guerra. A través de su valentía, lograron que Punta Brava quedara inscrita para siempre en la memoria histórica de Bolivia.

Después del fiasco de los ataques paraguayos por reconquistar Boquerón, del 12 al 29 de septiembre, el comando paraguayo ordenó reorganizar las unidades para un “sitio reglamentario” (Antezana Villagrán, 1979, p. 197):

El sitio ofensivo es una de las voces militares más curiosas, porque parecería que solo los atacantes son protagonistas del sitio o los que tienen intervención principal por la iniciativa en la operación. Además, parecería que sólo los sitiadores podrían vencer en esta lucha: con la conquista, pues, si desisten de ella o si son alejados por una salida, las cosas quedaban como estaban antes (Cabanellas de Torres, 1961, p. 471).

La batalla de Boquerón tuvo dos etapas: los cuatro primeros días el ataque paraguayo se concentró en el fortín. Los 19 restantes se diseminó, abriéndose en abanico: el grueso de las tropas persistió sobre Boquerón, pero ya desde el día 10 de septiembre, tras su fracaso del día anterior, los paraguayos comenzaron a organizar una fuerte línea de resistencia que fue robusteciéndose más y más en los días subsiguientes” (Peñaranda, 1943).

5. La caída de Boquerón: honor en medio de la tragedia

La caída del Fortín Boquerón marcó uno de los episodios más conmovedores y dramáticos de la Guerra del Chaco, un momento de sacrificio y agotamiento extremo en el que los defensores bolivianos, pese a su heroica resistencia, se vieron forzados a rendirse. Desde el comienzo, Punta Brava, bajo el mando del subteniente Clemente Inofuentes, fue el epicentro de los ataques paraguayos. En un asalto final, los paraguayos, armados con bayonetas, se lanzaron brutalmente sobre las posiciones bolivianas, pero la feroz resistencia de los defensores infligió centenares de bajas al enemigo (Marzana, 1991, p. 173).

A pesar de las bajas sufridas, el 13 de septiembre Inofuentes seguía defendiendo su sector con determinación. Marzana (1991) relata cómo llevó una pieza Semack para reforzar las defensas, despejando temporalmente el área de enemigos y permitiendo un breve respiro a los agotados soldados (p. 178). Sin embargo, la presión del enemigo era imparable. Con armas automáticas y morteros Stokes castigando continuamente a Punta Brava, las líneas bolivianas comenzaron a ceder, obligando a los defensores a retroceder 50 metros y a dejar un nido de ametralladora como último bastión (p. 213).

El impacto emocional de la caída también fue devastador. Inofuentes, al acudir rápidamente a sus posiciones tras escuchar los gritos de auxilio, no pudo contener las lágrimas al ver la magnitud del desastre y la pérdida de sus compañeros de armas, con quienes había compartido años de lucha desde su llegada al Chaco en 1931 (Marzana, 1991, p. 226). Esta tragedia no solo reflejaba una derrota militar, sino también la pérdida irreparable de camaradas, lo que subrayaba el costo humano de la guerra.

El 28 de septiembre, los ataques paraguayos alcanzaron su punto más alto. De los 600 hombres que habían comenzado la defensa, las fuerzas bolivianas se habían reducido drásticamente. Con 160 heridos y 30 muertos, la situación se tornó insostenible (Vergara Vicuña, 1941, p. 339). Al día siguiente, el capitán boliviano informó a sus hombres que ya no había municiones suficientes para resistir ni media hora más de combate, y que muchos soldados estaban tan debilitados que no podían luchar cuerpo a cuerpo (Vergara Vicuña, 1941, p. 339). La rendición era inevitable.

A pesar de la desesperación, la rendición fue un acto de dignidad. “Estamos sin víveres ni municiones; de lo contrario, esta rendición no podría justificarse”, afirmó el comandante, consciente de la responsabilidad histórica de salvar a sus valientes soldados de una masacre innecesaria (Vergara Vicuña, 1941, p.

344). Horas antes de la capitulación, Inofuentes, completamente agotado, se desvaneció mientras recorría las trincheras de Punta Brava repartiendo cigarrillos, un último gesto de camaradería para elevar la moral de sus hombres (Querejazu Calvo, 1975, p. 83). Este gesto simboliza el dramatismo y la dureza de las horas finales en Boquerón.

El amanecer del 28 de septiembre de 1932 no llegó con la promesa de la luz, sino con el eco ensordecedor de la artillería. Eran las cinco de la madrugada cuando Boquerón se transformó en un infierno de pólvora y metal. “Estruendo de artillería y morteros asemejan al cataclismo de la tierra. Ráfagas de ametralladoras y disparos de fusil hacen del reducto de Boquerón un verdadero pandemónium. Explosiones y más explosiones retumban en el espacio. Granizadas de plomo fundido caen sobre las huestes que al mando del coronel Marzana se baten como verdaderos leones contra un enemigo veinte veces superior” (Arzabe Reque, 1961, p. 142). En medio de ese caos apocalíptico, los soldados bolivianos luchaban no solo contra el enemigo, sino contra la propia naturaleza, que parecía conspirar para extinguirlos. Era una lucha entre espectros, entre sombras que se negaban a morir bajo el peso de la muerte que ya los acechaba desde todos los ángulos.

Boquerón, más que una batalla, era una danza macabra, donde cada explosión era un latido más del corazón agónico de Bolivia. El coronel Marzana, consciente de que el final estaba cerca, pidió a sus oficiales que informaran sobre las municiones restantes. La respuesta llegó con la frialdad de un epitafio: “Mi coronel, en mi sector tengo como promedio tres cartuchos. En las dos piezas de ametralladoras, medio cargador; disponibles para una lucha de tres minutos con blancos asegurados” (Arzabe Reque, 1961, p. 144). La realidad era implacable, el enemigo avanzaba con una fuerza veinte veces superior, y los defensores de Boquerón tenían lo justo para un último suspiro, un último rugido antes de ser silenciados para siempre.

Otro oficial, con la voz quebrada por el cansancio, añadió: “Si bien tengo en mi sector unos doscientos cartuchos de guerra distribuidos entre treinta y dos soldados, éstos ya no pueden sostenerse por la deshidratación de sus cuerpos y por la falta de algo que les sirva para llevarse a la boca” (Arzabe Reque, 1961, p. 144). Así, los últimos guerreros de Boquerón, esos espectros que luchaban contra el destino, sabían que su resistencia estaba marcada por minutos y balas contadas. Y, aun así, en medio de ese pandemónium de explosiones y desolación, se aferraron a cada centímetro de tierra como si fuera el último rincón de dignidad que les quedaba. Boquerón no era una derrota, era un monumento

a la resistencia humana, una afirmación de que el valor, incluso en la derrota, puede ser más poderoso que la victoria.

La capitulación, descrita como “honrosa sin bayonetas”, fue un símbolo del valor boliviano, un acto que permitió evitar una masacre y que resaltó el espíritu inquebrantable de los defensores. Inofuentes, a pesar de su agotamiento físico y emocional, siguió siendo un pilar de fortaleza para sus compañeros, demostrando una valentía que fue más allá de lo militar.

El 29 de septiembre, tras una reflexión profunda entre los oficiales, entre ellos Inofuentes, se acordó la rendición. Se trataba de una decisión unánime y honorable, basada en principios militares y humanitarios, que buscaba salvar a los heridos y preservar lo poco que quedaba del armamento (Marzana, 1991, p. 248). Esta rendición fue un acto de honor, enmarcado en la práctica militar y las normas internacionales.

El cifrado del coronel Peña informaba sobre la situación en Boquerón con una precisión inquietante: “P.C.D.I.4. Sector Boquerón: a las 5:50 horas se escuchó un intenso tiroteo en dicho fortín, que cesó tras 50 minutos. Luego se oyó una inmensa algarabía, síntoma evidente de que se había producido un asalto. Poco después, se reanudó el fuego. El destacamento Peñaranda permanece en sus posiciones sin ninguna variación... (Fdo) PEÑA” (Antezana Villagrán, 1979, p. 220). Este mensaje refleja el drama que se vivía en el campo de batalla, con constantes fluctuaciones entre el asalto y la defensa, manteniendo en vilo la resistencia en Boquerón.

Peñaranda revive ese momento crucial en sus “Memorias sobre la campaña del Chaco” con un tono que captura la tensión y el desenlace inevitable: “Sentimos de pronto un intenso fuego de ametralladoras y de artillería que se prolongó durante una hora. Al cabo de ella, escuchamos la algarazara, los gritos de victoria de los paraguayos. El fortín había capitulado” (Peñaranda, 1943). Estas palabras reflejan el dramatismo del momento en que la resistencia de Boquerón, después de semanas de férrea defensa, llegó a su fin, marcando un punto decisivo en la guerra que dejó una profunda huella en todos los involucrados.

El cifrado N° 245 del 30 de septiembre de 1932 confirma de manera oficial la caída del fortín Boquerón:

Escuadrilla que voló hoy por la mañana constató movimiento de camiones que salían de Boquerón hacia Isla Poí, lo que confirma la caída de ese fortín en poder de los paraguayos. Se organiza la defensa en el sector Yujra – Lara – Ramírez

– Castillo, hasta recibir importantes refuerzos – (Fdo.) Quintanilla” (Antezana Villagrán, 1979, p. 220).

Este mensaje refleja el momento crítico en que las fuerzas bolivianas asumieron la pérdida de uno de los puntos más emblemáticos de la resistencia, preparando nuevas líneas de defensa mientras trataban de reorganizarse ante la creciente presión enemiga.

El día después de la rendición, la guerra demostró una vez más su implacable crudeza. El coronel paraguayo Fernández, incrédulo ante la resistencia de Marzana con solo 240 hombres en los últimos días, ordenó un recuento de cadáveres, convencido de que debía haber más soldados ocultos en el bosque. Al preguntar por las ametralladoras, le respondieron que estaban destruidas. La bandera del fortín, símbolo de resistencia, permanecía desaparecida (Taborga, 1970, p. 107). Aunque la batalla de Boquerón había terminado, el impacto de esta resistencia épica y sacrificada seguiría viviendo en la memoria de los que lucharon por su patria, hombro con hombro, hasta el último aliento.

La bandera fue rescatada por el subteniente Clemente Inofuentes, quien, negándose a permitir que fuera enterrada, se apoderó de ella en un acto de profundo simbolismo. La enrolló cuidadosamente alrededor de su cuerpo y, con esa misma bandera abrazada a su piel, marchó prisionero al Paraguay. Durante su cautiverio, Inofuentes la guardó con esmero, protegiéndola como un tesoro inestimable, una pieza que representaba no solo el orgullo de su unidad, sino también el honor de la patria. A pesar de las adversidades y el tiempo pasado en prisión, la bandera regresó a Bolivia junto con su defensor, quien había cumplido su promesa de preservarla a toda costa (Castro Arze, 2008).

Inofuentes relató con detalle cómo logró salvar la bandera en medio de la caída de Boquerón: “Cuando cayó Boquerón, la oculté en mis botas, envolviéndola alrededor de mis piernas. Durante el cautiverio, algunos oficiales me ayudaron a mantenerla escondida, protegiéndola del descubrimiento. En el momento de la repatriación, la cosí como entretela de mi blusa y así, sin que nadie lo supiera, la bandera retornó conmigo a la patria”. (Castro Arze, 2008). Este acto de astucia y lealtad no solo salvó un símbolo de la resistencia, sino que se convirtió en un emblema del espíritu de lucha y la dignidad que Inofuentes y sus compañeros llevaron consigo a lo largo de la guerra.

6. Cautiverio y resistencia: la lucha por la libertad en tierras enemigas

El cautiverio de los soldados bolivianos durante la Guerra del Chaco fue una experiencia profundamente desgarradora, marcada por el sufrimiento y la resistencia, por la cual la juventud de toda una generación quedó signada por el martirio y las injusticias. Durante tres largos años, aquéllos que habían combatido con valor se vieron atrapados en tierras enemigas, enfrentando tribulaciones que no solo truncaron su futuro, sino también quebraron el espíritu de quienes habían luchado por la defensa de su patria. El subteniente Clemente Inofuentes, junto a otros compañeros prisioneros, vivió este calvario, en el cual la esperanza de libertad parecía inalcanzable, pero nunca se extinguió (Taborga, 1970, p. 112).

El teniente coronel Marzana, llevado como prisionero a Asunción, no pudo contener la carga de frustración que lo atormentaba desde la caída de Boquerón. Fue allí, en tierra enemiga y con la mirada vigilante de sus captores, donde formuló una acusación grave y directa contra el general Quintanilla. Aseguraba que las medidas tomadas por él no correspondían a la enorme responsabilidad que llevaba sobre sus hombros. Parecía imposible que un hombre de la estatura moral y el temple de Marzana pudiera cometer semejante indiscreción en ese escenario, donde cada palabra se volvía un riesgo y cada pensamiento un peligro latente. Conocía bien la escasez de recursos, los pocos hombres y las magras provisiones con las que se había iniciado aquella campaña defensiva, una lucha que, desde el principio, parecía destinada al infortunio. Sin embargo, el peso de la derrota lo llevó a decir lo que quizás nunca debió haber dicho, revelando, bajo la presión del cautiverio, una grieta en el honor de los que resistieron hasta el último aliento (Guerrero, 1934).

En medio de este sombrío cautiverio, surgió uno de los actos más audaces: la evasión del campamento de Paraguari. En una noche cubierta por una tormenta tropical que les brindó la protección necesaria, Inofuentes, junto a los subtenientes Armando Escobar Uría y el soldado Touchard, emprendieron una peligrosa huida, desafiando las alambradas del campamento paraguayo. Su objetivo era claro: alcanzar la frontera argentina, convencidos de que la neutralidad de esa nación les garantizaría la tan ansiada libertad (Taborga, 1970, p. 114).

El escape fue agotador. Durante doce días caminaron incansablemente, enfrentándose al hambre, la fatiga y los desafíos del terreno. Sin embargo, al lle-

gar a la frontera correntina, la aparente promesa de libertad se convirtió en una amarga traición. La gendarmería argentina, en lugar de brindarles el asilo que esperaban, los capturó bajo la falsa acusación de ser cuatreros, entregándolos posteriormente como un trofeo a las autoridades paraguayas de Villa Florida (Taborga, 1970, p. 115). Este episodio evidenció no solo el desprecio por la neutralidad, sino también la fragilidad de la esperanza en medio de la guerra.

Humillados y maniatados, los soldados bolivianos fueron exhibidos públicamente como un ejemplo de lo que sucedería a quienes intentaran escapar. Su objetivo era claro: sembrar miedo y desesperanza entre los prisioneros. Tras ser expuestos, fueron recluidos en el presidio destinado a delincuentes comunes en la capital colonial de Asunción, un lugar donde su condición de prisioneros de guerra fue negada, intentando reducir su dignidad al nivel de criminales ante los ojos del pueblo (Taborga, 1970, p. 115).

Este capítulo en la vida de Inofuentes y sus compañeros no solo demuestra su valentía, sino que también expone la brutalidad y las injusticias a las que fueron sometidos. Su intento de fuga, aunque frustrado, se convirtió en un símbolo de la lucha incesante por la libertad y la dignidad, incluso en las horas más oscuras de la guerra. Estos hombres, que se negaron a aceptar la opresión pasivamente, encarnaron la resistencia incansable de toda una generación que no solo se enfrentó al enemigo en el campo de batalla, sino también a la crueldad de la guerra en su forma más despiadada y deshumanizante.

La historia del cautiverio de Inofuentes es un testimonio de la fortaleza moral que prevaleció frente a la adversidad. A pesar de las condiciones inhumanas a las que fueron sometidos, su espíritu de lucha no fue quebrantado. La resistencia de estos hombres representa un recordatorio duradero de la perseverancia y el sacrificio de aquellos que se enfrentaron a las peores formas de injusticia, manteniendo viva la llama de la esperanza y la libertad.

7. Regreso a Bolivia y legado: el soldado que se convirtió en símbolo de transformación

El 14 de junio de 1935, los ecos de la Guerra del Chaco finalmente se silenciaron, poniendo fin a la brutal contienda que había teñido de sangre los áridos campos del “infierno verde”. Desde los confines de Alberdi, Formosa y Tartagal, los prisioneros bolivianos, escoltados por la Comisión Militar de los Neutrales, emprendieron el camino de regreso a su patria. Al llegar a suelo boliviano en San Antonio de Villa Montes, los oficiales que habían defendido

Boquerón, entre ellos el subteniente Clemente Inofuentes, fueron llamados a presentarse ante la Jefatura del Estado Mayor en Campaña (Taborga, 1970, p. 119).

Sin embargo, en lugar de recibir el reconocimiento que merecían, estos oficiales fueron acusados de traición. Un mando militar en la retaguardia, lejos de los campos de batalla, los increpó con dureza, afirmando que habían conspirado contra la seguridad nacional y entregado cobardemente sus posiciones al enemigo. Este incidente expuso la amarga fractura dentro del ejército boliviano: la confrontación entre los verdaderos combatientes del frente, como Inofuentes, y aquellos “héroes” de la retaguardia que jamás pisaron el campo de batalla. La respuesta de Inofuentes fue categórica y desafiante: “La revolución ha de venir inexorable por obra de la generación desangrada en el matadero del Chaco” (Taborga, 1970, p. 119).

Y esa revolución no tardó en llegar. La frustración acumulada por los veteranos del Chaco se transformó en un impulso colectivo de cambio, alimentado por la decepción con el liderazgo militar y político que había fallado a sus soldados. Este descontento encontró eco en los movimientos políticos emergentes, como el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que buscaba figuras fuertes y carismáticas para encabezar una transformación profunda del país. Fue en este clima de agitación que Clemente Inofuentes, forjado en el crisol de la guerra, comenzó a ganar protagonismo dentro de los círculos revolucionarios (Barrero, 1976, p. 134).

En la Revolución Nacional, el mayor Clemente Inofuentes desempeñó un papel clave al asumir el control del Regimiento de Infantería Colorados de Bolivia, cuya sede se encontraba en la calle Sucre (Rocha Monroy, 2008, p. 190). Este movimiento fue parte de las acciones estratégicas que marcaron el curso de la revolución, en las que Inofuentes jugó un rol determinante en la toma de posiciones clave para asegurar el éxito de la insurgencia.

Triunfante en la revolución, el MNR, en un movimiento calculado para capitalizar el creciente descontento de los veteranos y sectores del ejército, sorprendió al proclamar a Clemente Inofuentes como vicepresidente en una sesión parlamentaria el 18 de noviembre, sin consulta previa con el gobierno ni con las autoridades militares (Barrero, 1976, p. 134). Este inesperado nombramiento no solo reflejaba el ascenso del poder militar en la política boliviana, sino también el reconocimiento a figuras como Inofuentes, cuya valentía en el campo de batalla y firme liderazgo le habían otorgado un estatus incuestionable como líder natural en una época de grandes transformaciones. Su elección

representaba el peso de los veteranos y militares en la configuración del nuevo panorama político del país.

Posteriormente, Inofuentes fue nombrado ministro de economía e industria en el nuevo gabinete militar, consolidando así su rol en la reconstrucción de Bolivia tras los estragos de la guerra (Barrero, 1976, p. 240). Acompañado por otros líderes militares, asumió la responsabilidad de liderar un gobierno que buscaba no solo reconstruir el país, sino también modernizarlo e impulsar una mayor inclusión social. Su participación en este proceso subrayó su importancia en la transición del militarismo al desarrollo político y económico de la nación.

El legado de Clemente Inofuentes, desde su firme resistencia en Boquerón hasta su participación en la Revolución Nacional, es el de un hombre cuya vida estuvo profundamente marcada por la defensa de Bolivia en todos los frentes: el militar, el político y el moral. Su experiencia como prisionero de guerra, sumada a la traición que sufrió por parte de los mandos de la retaguardia, lo convirtió en un símbolo del coraje y la frustración de toda una generación que vio en él un reflejo de su propio sacrificio.

Inofuentes no solo simbolizaba el tránsito de los militares del campo de batalla a las intrincadas arenas de la política, sino también la rara capacidad de convertir el sufrimiento en una fuerza imparable de cambio social. Su legado es el de un hombre que, habiendo enfrentado las adversidades más extremas, no cesó en su empeño de luchar por la justicia y la dignidad de Bolivia. Su vida, marcada por el sacrificio y las injusticias que soportó con la frente en alto, nos recuerda que las verdaderas revoluciones no nacen del poder ni de las traiciones que a menudo lo acompañan, sino del compromiso profundo con el honor, la patria y la promesa de una sociedad mejor.

Inofuentes es un símbolo de esperanza incandescente para una nación que, como él, buscaba redimirse tras las cicatrices imborrables de la guerra. Su legado sigue vivo, no solo como un símbolo de perseverancia y dedicación, sino también como un ejemplo inmortal para todos aquellos que, en cualquier rincón del mundo, se levantan en defensa de la justicia y el cambio, incluso en los momentos más oscuros de la adversidad.

Recibido: septiembre de 2024

Aceptado: octubre de 2024

Referencias

1. Antezana Villagrán, J. (1979). *La guerra del Chaco: análisis y crítica sobre la conducción militar*. La Paz: Imprentas Unidas S.A.
2. Arzabe Reque, A. (1961). *Boquerón; diario de campaña: mes del sitio del glorioso reducto chaqueño*. Oruro: Editorial Militar.
3. Azurduy, L. (1939). *Busch: el mártir de sus ideales*. La Paz: Artística.
4. Barrero, F. (1976). *Radepa y la Revolución Nacional*. La Paz: Urquizo.
5. Brezzo, L.M. y M.L. Reali (1998). *Combatir con la pluma en la mano: dos intelectuales en la Guerra del Chaco: Juan E. O'Leary y Luis Alberto de Herrera*. Asunción: Servilibro.
6. Cabanellas de Torres, G. (1961). *Diccionario militar, aeronáutico, naval y terrestre*. Buenos Aires: Bibliográfica Omeba.
7. Castro Arze, M. (2008). *Si aún queda llanto en tus ojos*. Barcelona: Anthropos.
8. Guerrero, J. C. (1934). *La guerra del Chaco: el proceso político, el proceso bélico, impresiones del frente*. Lima: Imp. y Lit. T. Scheuch.
9. Marzana, M. (1991). *La gran batalla: memorias del General Marzana. Boquerón, Guerra del Chaco*. La Paz: CIMA.
10. Paz-Soldán Pol, E. (1989). *Guerra del Chaco: planes y conducción de operaciones militares*. Cochabamba: Poligraf.
11. Peñaranda, E. (1943). *Memorias sobre la campaña del Chaco*. La Paz.
12. Querejazu Calvo, R. (1975). *Masamaclay: historia política, diplomática y militar de la Guerra del Chaco*. La Paz: Los Amigos del Libro.
13. Rocha Monroy, E. (2008). *Villarroel: el rostro de la furia, 21 de julio de 1946*. Tercera edición. Instituto de Investigación, Capacitación y Formación "Carlos Montenegro".
14. Taborga T., A. (1970). *Boquerón: diario de campaña. Guerra del Chaco*. La Paz: Juventud.
15. Vergara Vicuña, A. (1941). *Historia de la Guerra del Chaco, tomo I*. La Paz: Litografías e Impresiones Unidas.
16. Zook, D.H., Jr. (1962). *La conducción de la Guerra del Chaco*. Buenos Aires: Círculo Militar.

Ensayos visuales

La mirada de las mil yardas: los retratos del Prof. Raúl Bravo Portocarrero

*Tatiana Suarez Patiño**

*Juan Gabriel Morales Medrano***

En el lienzo del tiempo, la fotografía se presenta como un testigo confiable capaz de documentar las transformaciones del cuerpo, del alma y de la mirada humana. Precisamente este análisis visual busca señalar aquellos cambios, desde los evidentes hasta aquellos sutiles difíciles de percibir. El material de análisis son cinco retratos que nos muestran momentos decisivos en la vida Raúl Bravo Portocarrero, héroe de la Guerra del Chaco y distinguido maestro boliviano. Mediante la observación de estas imágenes —que logran capturar la metamorfosis de su ser antes, durante y después del conflicto bélico— nos enfocamos en describir un fenómeno particular: “la mirada de las mil yardas”, una manifestación visual del estrés postraumático que ha dejado su huella en incontables veteranos de guerra.

La mirada de las mil yardas (del inglés *thousand-yard stare*) es una frase que se popularizó después de que en 1945 la revista *Life* publicara una fotografía del corresponsal de prensa Tom Lea. En ella se veía un soldado de la Segunda Guerra Mundial con la mirada perdida e inerte, la imagen titulaba “Marines Call It That 2,000 Yard Stare”. Desde entonces, esta frase permite ayudar a

287

* Conservadora de Patrimonio de la Escuela Taller La Paz. Egresada de la carrera de Filosofía de la Universidad Mayor de San Andrés. Consultora de la Unidad Educativa Miguel de Cervantes Saavedra para la preservación del Archivo de Raúl Bravo.
Contacto: tatianasuarezpatino@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-4934-1142>

** Economista y egresado de la carrera de Arqueología de la Universidad Mayor de San Andrés. Director General de la Unidad Educativa Miguel de Cervantes Saavedra. Docente de la Universidad Tecnológica Boliviana (UTB). Miembro del laboratorio de tecnologías aditivas de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA).
Contacto: jgabrielmoralesm@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-0542-5742>

diagnosticar a las personas que sufren estrés postraumático después de haber experimentado episodios de violencia y miedo. Este temor se refleja como síntoma de un dolor, ocasionando que la mirada de las personas se pierda dentro del vacío, como si hubiera mil yardas de distancia entre la persona y uno.

Con el ejercicio de mostrar la transformación de Raúl Bravo queremos señalar que el escenario bélico es un microcosmos de una realidad mucho más amplia y desgarradora. Al concluir la Guerra del Chaco, Bolivia se encontraba con una generación de hombres marcados indeleblemente por el conflicto. Una gran parte de la población masculina quedó tullida, herida o profundamente traumatizada y, por ende, sus familias también. Estos hombres, que habían pagado con sus cuerpos y mentes las decisiones y acciones de otros, se enfrentaron a la tarea titánica de reconstruir una patria desde las ruinas de sus propias vidas. ¿Cómo podían estos hombres heridos, con la mirada perdida en las mil yardas de sus recuerdos traumáticos, construir el futuro de una nación? La pregunta resuena con una ironía trágica que trasciende el caso individual de Bravo Portocarrero y se extiende a toda una generación.

Como señala Susan Sontag en su obra *Sobre la fotografía*: “Fotografiar es apropiarse de lo fotografiado. Significa establecer con el mundo una relación determinada que parece conocimiento y, por lo tanto, poder” (Sontag, 2006). En este análisis, nos apropiamos de los momentos capturados en la vida de Bravo Portocarrero para comprender el poder transformador de la guerra en el espíritu humano.

Breve perfil biográfico y condecoraciones

Raúl Bravo Portocarrero, nacido el 13 de junio de 1906 en la ciudad de La Paz, personifica la compleja trayectoria de una generación marcada por la guerra y el servicio a la patria. Bravo participó de la primera ofensiva paraguaya en 1928 y posteriormente partió al conflicto en 1932, sirviendo en las primeras líneas de fuego durante los tres años que duró la contienda. Esta experiencia bélica le valió el reconocimiento como Héroe Nacional y Benemérito de la Patria, títulos que, si bien honrosos, llevaban consigo el peso invisible de los traumas vividos en el frente¹.

Su vida post-guerra fue un testimonio de resiliencia y amor a la patria. Bravo fue elegido como el representante de los beneméritos, al concluir la guerra a él le tocó la difícil tarea de organizar el dolor mediante un sistema de pensiones,

1 Currículum del benemérito de la patria Raúl Bravo 1932-1935. BO. ARBP / LP.FA. CV. 001

por lo cual luchó sin descanso para que los ex combatientes, sus viudas e hijos reciban una pensión digna².

Análisis visual

1. 1925: El vigor de la juventud

En esta primera imagen, observamos a un Raúl Bravo de 19 años durante su servicio militar. Su postura erguida y su complexión reflejan la fuerza y vitalidad de la juventud. Sus ojos, brillantes y llenos de determinación, miran directamente a la cámara, desafiantes ante un futuro que se presenta prometedor.



Fuente: Archivo Raúl Bravo Portocarrero.

2. 1928: El llamado del deber

Dos años después, Bravo se alista ante la primera ofensiva del Chaco. La imagen de cuerpo completo es la de un joven uniformado orgulloso de defender a su patria. Hay un atisbo de seriedad, como si la sombra de los eventos por venir ya proyectara su influencia sobre él. Nótese que marchó al Chaco con abarcas.

² Idem



Fuente: Archivo Raúl Bravo Portocarrero.

3. 1930: Jefe de la Brigada Universitaria de la Revolución

La fotografía de las revueltas por la autonomía universitaria nos presenta a un Bravo comprometido con el destino de la educación. Su expresión es intensa, reflejando la pasión de la lucha ideológica. Los ojos, aunque firmes, comienzan a mostrar las primeras señales de una mirada que ha visto más allá de lo cotidiano.



Fuente: Archivo Raúl Bravo Portocarrero.

4.1932: El umbral del conflicto

La imagen de su libreta de movilización marca el inicio oficial de su participación en la Guerra del Chaco. Aquí, la mirada de Bravo ha adquirido una profundidad inquietante. Ya no es el joven despreocupado de 1926; sus ojos reflejan la anticipación de lo que está por venir.



Fuente: Archivo Raúl Bravo Portocarrero.

5. 1935: El retorno, pero sin volver del todo

La última fotografía, tomada de su libreta de desmovilización, nos presenta la transformación completa. El cuerpo de Bravo aparece disminuido, su rostro demacrado por las experiencias vividas. Pero es en sus ojos donde encontramos

la evidencia más clara del cambio. La “mirada de las mil yardas” se manifiesta: sus ojos, aunque abiertos, parecen mirar más allá del presente, fijos en un punto distante e invisible para los demás.



Fuente: Archivo Raúl Bravo Portocarrero.

Conclusión

A través de estas cinco fotografías, somos testigos de la metamorfosis del Prof. Raúl Bravo Portocarrero. Lo vimos perder la vitalidad de su juventud hasta que obtuvo la mirada distante de un joven que se hizo hombre entre las balas, la sangre y la arena del Chaco. Estas imágenes nos muestran cómo la fotografía

trasciende su función de mero registro para convertirse en un medio de exploración psicológica y social.

Roland Barthes, en *La cámara lúcida*, nos habla del “punctum” en la fotografía, ese detalle punzante que captura nuestra atención y nos conmueve (Barthes, 1980). En la serie, el punctum evoluciona, moviéndose desde la postura corporal hasta finalmente residir en esa mirada que ha visto mil yardas más allá de lo visible.

Por lo tanto, podemos decir que la “mirada de las mil yardas” de Raúl Bravo Portocarrero no es solo un testimonio de su experiencia personal, sino un espejo en el que se refleja la experiencia colectiva de una generación marcada por la guerra. Estas fotos son un recordatorio visual de los costos invisibles del conflicto, que persisten mucho después de que las armas han sido silenciadas. En este análisis no solo nos cuenta la historia de un hombre, sino que nos ofrece una ventana a la historia de Bolivia y, por extensión, a la historia de la humanidad en su constante lucha entre el deber, el sacrificio y la búsqueda de una sociedad de bienestar.

Referencias

1. Barthes, R. (1980). *La cámara lúcida: Nota sobre la fotografía*. Barcelona: Paidós.
2. *Curriculum del benemérito de la patria Raúl Bravo 1932-1935*. BO. ARBP / LP. FA. CV. 001
3. Sontag, S. (1973). *Sobre la fotografía*. Barcelona: Paidós.

Recursos gráficos en un libro de la Guerra del Chaco

*Santusa Marca Morales**

La Guerra del Chaco (1932-1935) fue un conflicto entre Bolivia y Paraguay por el territorio del Chaco Boreal. Desde su inicio, la Guerra del Chaco ha sido motivo de una extensa bibliografía, de la que destacan libros testimoniales, memorias y homenajes. Los primeros autores en dar a conocer cómo se desarrollaba y vivía este hecho bélico fueron sus principales actores: generales, capitanes, subtenientes, tenientes, sargentos; además de sus esposas, madres, hijas e hijos. En este texto trataremos de dar una pincelada sobre las imágenes que acompañan a los libros que testimonian este conflicto histórico.

El libro, según José Antonio Arze (2016, p. 230), es un objeto cultural que transmite una variedad de conocimientos. Es decir, los libros son objetos portadores de información que recurren a la narración y análisis en diversos géneros -novela, cuento, poesía, ensayo, historia o memorias- incluyendo ilustraciones como grabados, dibujos, fotografías, mapas y planos.

Aquí voy a referirme a un libro que es parte de la Colección Bibliográfica de la Familia Arauco (CFA) de la biblioteca Marcela Inch del Archivo de La Paz. Se trata de la obra *Homenaje a la sección de hierro. Campaña del Chaco*, que fue publicada el año 1935 con 116 páginas e impresa por la Escuela Salesiana de Artes Gráficas de la ciudad de La Paz.

El libro es un homenaje de varios autores al Regimiento Campos 6° de Infantería. Al mando de Félix Méndez Arcos (Cochabamba, 28 de mayo de 1905 – Villa Montes, 20 de febrero de 1935), los 24 hombres de este escuadrón (conocido como *La Columna de Hierro* o *La sección de Hierro*) ofrendaron sus vidas en defensa de la patria en Villa Montes ese trágico 20 de febrero de 1935.

* Licenciada en Historiadora por la Universidad Mayor de San Andrés. Docente archivista en el Archivo de La Paz, UMSA.
Contacto: santusagmm@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1061-9168>

Homenaje a la sección de hierro. Campaña del Chaco es una compilación de 27 escritos, entre poemas, ensayos, odas y palabras de agradecimiento. Entre los autores que se sumaron al tributo figuran, por ejemplo, el entonces ministro de Guerra, Enrique Baldivieso; el rector de la Universidad Mayor de San Andrés, Francisco Bedregal; el escritor e historiador Manuel Frontaura Argandoña; el poeta Gregorio Reynolds; el historiador, geógrafo y maestro Alfredo Jáuregui Rosquellas y la escritora María Pardo de Vargas, entre otros.

De este libro me interesa analizar los recursos gráficos utilizados, como un ejemplo del uso de las imágenes en los libros publicados entre 1932 a 1935, periodo que duró el conflicto. La Guerra del Chaco “fue motivo de varias creaciones literarias y estudios históricos y sociopolíticos” (Arze, 2016, p. 239) y el aporte de pintores, dibujantes, fotógrafos activos en la época permite ver la magnitud de la guerra en la sociedad boliviana.

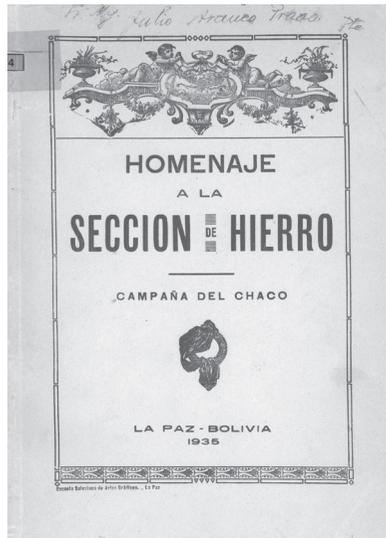
Las imágenes en el libro

El libro cuenta con siete figuras, de las cuales cuatro son fotografías del cortejo fúnebre de los miembros del Regimiento Campos. La Figura 1 es la cubierta; lleva un texto manuscrito en la parte superior que dice: “*Sr. My. Julio Arauco Prado Pte¹*”.

La parte superior presenta un recuadro levemente adornado que tiene en su interior un diseño en el que sobresalen dos querubines, que son ángeles con caritas de niños, considerados seres intermediarios entre Dios y los seres humanos, además “simbolizan el conocimiento y sabiduría de Dios”. En la imagen, los querubines preparan las puertas del cielo, para recibir a los héroes muertos en la Guerra del Chaco con la dedicatoria: “... Al teniente Méndez Arcos, a la cabeza de sus 24 camaradas, ingresa a paso de vencedor al templo de la inmortalidad...” (Baldivieso, 1935, p.8). En la parte central está el título con tipografía sencilla; y en la parte inferior van los datos referenciales de año y lugar de publicación, además de una figura con forma de aldaba, “símbolo del destino o de la muerte” (Bruce-Mitford, 1997, p. 94).

1 Julio Arauco Prado (Cochabamba, 7 de enero de 1884 - ¿?) fue parte del Centro de Defensa y Propaganda Nacional, del Club Social de Cochabamba y del Club de La Paz. En 1940 incursionó como empresario hotelero al fundar el Hotel Cochabamba, en la ciudad del mismo nombre.

Figura 1
Cubierta del libro *Homenaje a la sección de hierro*



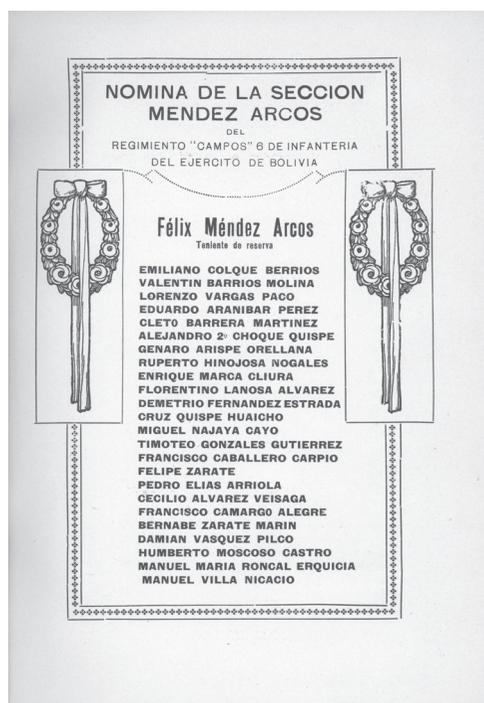
La Figura 2 es la portada o la primera página. Es la réplica del contenido de la cubierta, salvo que incluye la imagen de un carruaje tirado por caballos, que hace alusión al carruaje fúnebre que transporta los féretros.

Figura 2
Portada del libro *Homenaje a la sección del hierro*



Tras el sumario o índice está la Figura 3, que es la página donde se detallan los nombres de los 25 hombres que murieron en campaña. El título y la lista de los 25 héroes a la cabeza de Félix Méndez Arcos se encuentran al interior de un recuadro adornado; en cada extremo, en un encuadro individual, se incluye un par de coronas florales con rozones que simbolizan “honor y respeto” a quienes han alcanzado la grandeza o la gloria durante la guerra (Salazar, 2007, p.1).

Figura 3
“Nómina de la sección Méndez Arcos”



En las últimas páginas del libro están dispuestas cuatro fotografías que figuran en el índice como “grabados”. En estas fotos se ve de forma secuencial el recorrido fúnebre y honores que se hicieron en la ciudad de La Paz al escuadrón *Sección de Hierro* el 4 de abril de 1935. Cada una de las fotos tiene su leyenda.

La Figura 4 es la primera fotografía de la secuencia. En la descripción destaca la palabra “catafalco” en alusión al espacio que se dispuso, en el interior de la Catedral de la ciudad de La Paz, para erigir un altar con adornos fúnebres como coronas y cruces florales. La decoración de la capilla ardiente estuvo a cargo de “los pintores Cecilio Guzmán de Rojas, Ricardo Bohorquez y Fausto Aoz” (VV.AA., 1935, p. 1015). Alberga los 25 féretros de los héroes, que están

cubiertos con la tricolor nacional en homenaje al heroísmo de Méndez Arcos y sus compañeros.

Figura 4
“El catafalco en la Catedral de La Paz”



El catafalco en la Catedral de La Paz

En la Figura 5 se visualiza el cortejo fúnebre, que se inicia con los restos del teniente Félix Méndez Arcos. Su féretro es transportado en una cureña, un “carro o montaje en el que se coloca la pieza de artillería para elevarla sobre el terreno y moverla con facilidad. Las hay de varias clases...” (Tamarit, [1853] 2022, p. 90). Además, va acompañado de los escoltas montados en caballos, los familiares, “el presidente de la nación José Luis Tejada Sorzano, el cuerpo diplomático, altas personalidades administrativas, generales, jefes y oficiales” representantes del comercio y la banca, delegaciones de las embajadas, etc. En las gradas de la Catedral están dispuestos en filas los militares de distintos regimientos, estudiantes de colegios y escuelas particulares y fiscales junto a sus maestras que procuran el orden. Mientras que en las últimas filas se divisan a varias damas, posiblemente “las señoritas socias de la Cruz Roja Boliviana”.

En la plaza Murillo se ve otra multitud de personas esperando para rendir su homenaje a los héroes caídos en combate. “Ante sus despojos, Bolivia entera se inclina reverente. Lágrimas humedecen los ojos; fuego quema los corazones, y la patria derrama sobre las cajas mortuorias las hojas de laurel, que las futuras generaciones bolivianas se encargarán de conservar eternamente frescos y verdecidos” (Jáuregui, 1935, p. 16).

Figura 5
“La cureña de artillería, en la que fueron conducidos los restos del teniente Méndez Arcos”



La cureña de artillería, en la que fueron conducidos los restos del Teniente Méndez Arcos

En la Figura 6 se visualiza el cortejo fúnebre que llega al barrio de San Sebastián por la calle Evaristo Valle rumbo al Cementerio General. En primer plano se ven en una línea los 24 féretros donde están los compañeros de Méndez Arcos que son los soldados: Emiliano Colque Berrios, Valentín Barrios Molina, Lorenzo Vargas Paco, Eduardo Aranibar Pérez, Cleto Barrera Martínez, Alejandro 2° Choque Quispe, Genaro Arispe Orellana, Roberto Hinojosa Nogales, Enrique Marca Cliura, Florentino Lanoza Álvarez, Demetrio Fernández Estrada, Cruz Quispe Huaicho, Miguel Najaya Cayo, Timoteo Gonzales Gutiérrez, Francisco Caballero Carpio, Felipe Zarate, Pedro Elías Arriola, Cecilio Álvarez Veisaga, Francisco Camargo Alegre, Bernabé Zarate Marín, Damián Vásquez Pilco, Humberto Moscoso Castro, Manuel Maria Roncal Erquicia y Manuel Villa Nicacio. Son llevados en hombros por sus camaradas de otros regimientos. Al respecto, en la prensa de la época se describió: “...los soldados del legendario CAMPOS compañeros de armas de los caídos inmortales, formaron para rendirles el último homenaje compartiendo este honor con el bizarro regimiento SANTA CRUZ...” (*El Diario*, 5 de abril de 1935).

Figura 6
“El pueblo lleva en hombros las urnas funerarias
de los compañeros de Méndez Arcos”



El pueblo lleva en hombros las urnas funerarias de los compañeros de Méndez Arcos

Finalmente, en la Figura 7, la última foto del libro, se ve en un primer plano al cortejo fúnebre en la plaza Alonso de Mendoza, donde se rinden los respectivos homenajes con un momento de solemnidad. En el pie de foto destaca la palabra “apoteosis”, que significa, según la RAE, “ensalzamiento de una persona con grandes honores o alabanzas”. Ello está relacionado con la figura del héroe que genera sentimientos “[de] admiración”; mientras “el héroe asciende, es asimilado al panteón y considerado una divinidad” (Sánchez et. al, 2024, p. 9).

En segundo plano se ve el cortejo compuesto por “...el General en jefe del Ejército, altos jefes y oficiales, además de delegaciones de las unidades que quisieron rendir homenaje...” (*El Diario*, 5 de abril de 1935). El pueblo está dispuesto en filas en los extremos de la calle, y otros ciudadanos rinden su homenaje desde los balcones. En tercer plano se visualiza el Illimani, nevado representativo de la ciudad de La Paz; la casa tambo Quirquincho; las torres de la Catedral y la Iglesia de San Francisco.

Figura 7
“Un aspecto de la apoteosis tributada en La Paz a la ‘Sección de Hierro’”



Un aspecto de la apoteosis tributada en La Paz a la “Sección de Hierro”

Referencias

1. Arze, J. R. (2016). Desde la visión del bibliógrafo. Imagen del libro y el libro como imagen. En *Bolivia Lenguajes gráficos*. Tomo 2, pp. 230-309. Fundación Simón I. Patiño.
2. Baldivieso, E. (1935). La epopeya de Méndez Arcos y sus 24 gloriosos legionarios. En VV.AA., *Homenaje a la Sección de Hierro. Campaña del Chaco*. La Paz: Escuela Salesiana de Artes Gráficas.
3. Bruce-Mitford, M. (1997). *El libro ilustrado de signos y símbolos*. México: Editorial Diana.
4. Jáuregui Rosquellas, A. (1935). ¡Arriba los corazones! En VV.AA. *Homenaje a la Sección de Hierro. Campaña del Chaco*. La Paz: Escuela Salesiana de Artes Gráficas.
5. Salazar Rincón, J. (2007). *Ramos, coronas, guirnaldas: símbolos de amor y muerte en la obra de Federico García Lorca*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/ramos-coronas-guirnaldas--smbolos-de-amor-y-muerte-en-la-obra-de-federico-garca-lorca-0/>
6. Sánchez Domínguez, V., A. Ferrer Albelda, y A. Guija Rodríguez (2024). *Apoteosis. De lo humano a lo divino. La figura del héroe*. Editorial Universidad de Sevilla.
7. Tamarit, E. de (1853). *Vocabulario técnico del material de artillería e ingenieros*. Madrid: Imprenta de la Biblioteca del Notariado. <https://play.google.com/books/reader?id=4EE-AAAAIAAJ&pg=GBS.PR8&hl=es>
8. VV.AA. (1935). *Homenaje a la Sección de Hierro. Campaña del Chaco*. La Paz: Escuela Salesiana de Artes Gráficas.

Testimonios

Memorias de guerra: Víctor Saravia y María Ledo

*Franz Ballesteros Saravia**

En el presente artículo se expone un testimonio de la Guerra del Chaco a partir de los recuerdos de mi madre, quien a su vez se basa en los relatos de su abuela. La memoria actúa como ondas de un eco que reverberan en la conciencia colectiva y que poco a poco, con el paso de los años (89 desde el cese de hostilidades), se diluyen. Cuando el recuerdo se diluye también se difumina nuestra memoria moral. Aunque no viví la guerra en carne propia, mi familia, al igual que muchas otras, fue condicionada, fracturada y destinada a sobrellevarla, permitiéndose decisiones que, en el contexto de su generación, definieron el devenir de Bolivia. Hoy, estas decisiones nos permiten comprender los conflictos contemporáneos de la trama social de aquella época y los años consiguientes.

1

La mesa está preparada, provista de utensilios dispuestos ordenadamente para disfrutar de un almuerzo en familia. Desfilan los platos, se entremezclan conversaciones, risas y, de vez en cuando, el sonido de cubiertos metálicos que al chocar entre sí producen un sonido que logra crispas a mamá, mostrándola irascible y nerviosa. La plática transita entre los quehaceres y el trabajo de la semana. Hablamos de fútbol, de algún familiar que hace tiempo no vemos, de la situación del país o sobre aquel ser amado que ya no está entre nosotros. Todos aportan, alimentando recuerdos. En el trajín de remembranzas y temas actuales se asoma a la plática un periodo sombrío en el que nuestro país padeció la Guerra del Chaco (1932-1935), conflicto bélico que se constituyó en un hito estremecedor en la historia de Bolivia y Paraguay, por lo confuso de sus

* Arquitecto, músico, fotógrafo y diseñador gráfico. Ilustrador y dibujante. Gestor de Cultura y Arte de la Universidad Católica Boliviana "San Pablo".

motivos, por su duración, por las bajas registradas y por todo lo invertido por ambas naciones, dejando, tras su culminación, economías anémicas y mayor pobreza de la que ya poseían unos y otros. Escarbamos la memoria en busca de nombres, fechas y circunstancias afrontadas por la familia como evidencia de que todas las guerras siembran muerte, dolor y sacrifican todo lo que de humano poseemos. La guerra es una bestia que huele a cadáver y se alimenta de angustia. Devora, oprime, machaca vidas y trunca anhelos imponiendo un crespón. Para la sobremesa solo quedamos mamá y yo. Ella continúa narrando historias que le contó su abuela y que ahora me las confía a mí. Su principal fuente de información es la memoria, el recuerdo de un recuerdo, práctica en la que, la mayoría de las veces, se disuelven certezas y se extravían precisiones. Lo siguiente fue sumergirme en un montón de escritos y escuchar a los protagonistas y testigos a través de la voz de los libros.

2

El pleito del Chaco¹ es tan antiguo como la existencia misma de Bolivia y Paraguay. España nos heredó este conflicto, ya que surgió desde el momento en que ambas colonias españolas trataron de fijar sus límites de acuerdo con el principio americano de *uti possidetis juris* de 1810. Ambas reclamaban como suya la totalidad del Chaco Boreal. Años antes del conflicto, se sucedieron varios encuentros entre las tropas de Bolivia y Paraguay, pero desde 1928, el conflicto adquirió relevancia en la política internacional. Ese mismo año, oficiales bolivianos que recorrían las orillas del río Otuquis fueron capturados por una patrulla paraguaya bajo el pretexto de que se encontraban en territorio del vecino país. Pasaron muchos días para que sean liberados luego de un tenso conflicto diplomático. Luego, en diciembre de 1928, ocurrió el asalto al fortín Vanguardia. Quinientos soldados paraguayos atacaron un reducido fortín con no más de 39 soldados bolivianos, apresando a algunos y matando a otros, para luego incendiar el fortín y evitar un contraataque. La noticia desató en el país una ola de indignación y un deseo de venganza para reparar la ofensa a la dignidad nacional. Gestiones bolivianas lograron la creación de una comisión de neutrales con sede en Washington, encargada del estudio de un pacto de no agresión, que estaba integrada por: Estados Unidos de Norteamérica, México, Colombia, Uruguay y Cuba. El 12 de septiembre de 1929, la comisión de conciliación e investigación dispuso: “Bolivia fue el país agredido y Paraguay, el agresor”. Sin embargo, lo que hizo estallar el conflicto y recurrir a la acción

1 Solamente 30 años después de que los primeros conquistadores conocieran esta región se la comenzó a llamar con el nombre de Chaco, voz que tiene origen en la lengua quechua *chacu* que significa: territorio de caza.

bélica fue la ocupación de la laguna o Gran Lago denominado Pitiantuta por Paraguay y Chuquisaca, por Bolivia. El mayor Oscar Moscoso, sin medir consecuencias, asaltó la laguna y posteriormente Paraguay retomó esta posición encendiendo la mecha, alcanzando la animosidad de ambas naciones que desencadenaron una travesía trágica de armas que duraría tres largos años.

Hoy, queda en tela de juicio la influencia y participación de las grandes compañías petrolíferas para consumir la guerra, como Royal Dutch-Shell, de capitales anglo-holandeses instalada en Paraguay, y Standard Oil of New Jersey, de capital norteamericano radicada en Bolivia. Lo cierto es que Bolivia veía en el Chaco una posible vía de comunicación hacia el Atlántico a través de los ríos Paraguay y Pilcomayo, que atraviesan esta región.

3



Antes de partir al Chaco. Víctor Saravia Rivera, primero de la derecha en la primera fila.

Víctor Saravia Rivera, mi bisabuelo, oriundo de Sucre, labró una vida familiar en Oruro, luego de que el corazón así lo decidiera, bajo el encanto de María Ledo Mollinedo, escribiendo juntos una hermosa como trágica historia de amor. Víctor trabajaba en la fábrica de calzados “Zamora”, que había iniciado sus operaciones en 1910, convirtiéndose en una de las manufacturas más importantes de la ciudad. Desde muy niña María adoraba la costura, soñaba con lograr reunir el dinero suficiente para adquirir una máquina de coser *Singer*,

anhelo que fue cumplido, y su oficio contribuyó a la economía familiar gracias a la elaboración de vestimentas para el ejército y hospitales. Además, dominaba la técnica del tejido a mano, utilizando un ganchillo para construir cadenas con hilo o lana (crochet) y confeccionar terminaciones de manteles, enaguas, encajes y cuellos. Echaron raíces, el hogar prosperó y el amor dio frutos con el nacimiento de tres hijos: Germán, Jorge y Miguel.

Cuando la guerra se declaró en septiembre de 1932 y se hizo el llamado para el deber sagrado, la estación de trenes se llenó de gente que compartía despedidas entre bailes, lágrimas, música y desazón. Los vagones se colmaron de rostros que esbozaban sonrisas intentando encubrir el dolor de un adiós sin la claridad del reencuentro y con la incertidumbre como única evidencia del miedo por lo que vendría. El tumulto llevaba abarca y zapato de charol, aguayo y *casimir*, *lluch'u* y sombrero, pero mostraba el mismo rostro de congoja. Se enarbolaban pañuelos. Media humanidad se asomaba por la ventana intentando asirse al sitio en donde quedaba la familia mientras se agitaban los brazos en señal de despedida; la otra mitad ya miraba al sudeste.

Víctor, dirigiéndose a Germán, su hijo mayor que apenas tenía siete años, prometió: “A mi regreso, traeré conmigo una bandera paraguaya y unos *pilas*² para que juegues”.

Para llegar hasta el frente de operaciones debían recorrer aproximadamente 2.000 kilómetros. El término de las rieles los situaría en Villazón o Nazareno, luego seguirían el viaje en camiones o, para aquellos menos afortunados, a pie con todo el equipo de campaña al hombro (García Gallegos, 1964): dos frazadas gruesas de lana, dos juegos de ropa interior, una toalla, colchonetas, mosquiteros, zapatos, polainas o abarcas, una gorra con carrillera y visera negra que resultaba incómoda (hubiera sido preferible utilizar calatravas o sombreros livianos de tela impermeable); además de cartucheras de cuero innecesarias para el monte y una caramañola de hoja de lata que mantenía el agua tibia (casi imbebible) que se oxidaba fácilmente ocasionando enfermedades. Portaban también un plato, un jarro y una cuchara en morrales con tirantes angostos que zanjaban los hombros. Nuestra tropa, antes de iniciar la batalla, llegaba agotada tras un peregrinaje lastimero. Bolivia llevó al campo de batalla el fusil de cerrojo ZB vs.24, tipo Mauser 7,65 mm. (diseñado y fabricado por Checoslovaquia), ametralladora Vickers 7,70 mm. con cuchillo bayoneta y baqueta (originalmente fabricada para el ejército británico), mortero stokers Brandt de 47, 81 y 105 mm. (de origen británico), ametralladora antiaérea

2 En Bolivia se llamaba a los paraguayos “pilas” porque que iban descalzos, “pata pelada”.

Oerlikón 20 mm. (de fabricación suiza) y cañones 6.5, 7.5 y 10.5 vickers, entre otras armas.

Aproximadamente 50.000³ bolivianos murieron en un escenario marchito, color polvo, con un calor inflexible que hizo que ambos ejércitos en contienda tuvieran un enemigo en común: la sed, con el trasfondo de una naturaleza de contrastes sinuosos con llanuras salpicadas de palmeras y algarrobos, arenales agrietados por el ardor del sol, pajonales y bosques bien llamados “infierno verde”, habitados por serpientes y voraces insectos, sin pájaros. No era selva ni desierto, era una confluencia perversa de ambas tipologías, una paradoja, una especie de limbo.

María afirmaba que Víctor murió en la batalla de Nanawa⁴, sector en el que se desarrollaron dos combates: en enero y en julio de 1933⁵. Ambas operaciones fueron dirigidas personalmente por el general alemán Hans Kundt⁶ (a pesar de la oposición del Comando General del Ejército), a quien la historia retrata como arrogante, poseedor de una autoestima excesiva y tácticas obsoletas que, sumadas a su actitud dictatorial, eliminaron en oficiales y subalternos todo vestigio de iniciativa.

[...] el Paraguay tuvo en el general Kundt su mejor aliado. [...] Lo dicen Campo Vía y todo el año 33 (Ayala Moreira, 1959, p. 277).

Kundt prefirió un ataque frontal en lugar de optar por el desbordamiento o envolvimiento, lo que resultó en mayor desgaste para el soldado convirtiéndolo en blanco fácil para las armas enemigas. La prensa paraguaya señalaba:

El general Kundt había sido flojo en geometría estratégica, pues sus conocimientos en la materia no iban más allá de la línea recta. Los cálculos, los ángulos, quebradas y triángulos le resultaron siempre fatales (Díaz Arguedas, 1937, p. 453).

La segunda batalla de Nanawa (el más grande y sangriento ataque frontal en masa de la Guerra del Chaco) es considerada una de las más épicas acciones

3 Según los datos del historiador Roberto Querejazu Calvo; sin embargo, en los años 80, casi medio siglo después de la guerra, recién se terminó de ordenar la totalidad del archivo del Departamento del Estado Mayor, donde se encuentran documentos de la Guerra del Chaco que dan fe de la totalidad de las bajas. Entonces, el general Tomás Peña y Lillo, exdirector de la Academia Boliviana de Historia Militar, dio a conocer que un total de 170.000 hombres fueron movilizadas para la guerra, de los cuales aproximadamente 30.000 murieron.

4 Según el general ruso Ivan Belaieff, quien sirvió en el ejército paraguayo, Nanawa en lengua macá significa “quebracho blanco”, y está en proximidades de Masamaclay, que en la misma lengua quiere decir “lugar donde pelearon dos hermanos”.

5 El primer ataque a Nanawa se produjo del 20 al 26 de enero de 1933. El segundo ataque, del 4 al 8 de julio de 1933.

6 Hans Kundt (Alemania, 1869-1939) participó en la Primera Guerra Mundial. Fue jefe del Estado Mayor General y Ministro de Guerra de Bolivia en ocasiones anteriores.

bélicas, no solo en el Chaco, sino en todo el continente. En ella intervinieron casi todas las armas de la técnica moderna: morteros, cañones, ametralladoras, tanques, bombas de mano, bombas de hélice lanzadas desde aviones y lanzallamas. Alemania fue uno de los países que más apreció las lecciones de esta guerra. Un artículo de la *Militar Wochenblatt*, influyente revista de Berlín, menciona:

Las enseñanzas que se pueden recoger de la guerra del Chaco son algunas solo una confirmación de principios ya conocidos, [...] La guerra del Chaco es la primera guerra de la historia universal en la que se emplea en forma exclusiva la tracción mecánica y en la que, también por primera vez, se manifiesta la importancia insospechada de la pistola ametralladora... (que) ha influido de forma extraordinaria en el modo de combatir de las armas a pie (Zook. 1962, p. 23).

En Nanawa, el ejército paraguayo había sembrado minas colocadas a intervalos de 30 a 40 metros y construido trincheras rodeadas por varias filas de alambre de púas, formando un círculo cerrado defendido por cañones y armas automáticas. Los dos sistemas de trincheras de ambos ejércitos estaban separados por menos de 100 metros.

El mayor boliviano Paulino Meneses comandante del Batallón RI-17 "Azurduy" sugirió la construcción de un túnel de 600 a 800 metros desde las trincheras bolivianas a las paraguayas acumulando en su extremo una considerable carga de dinamita para hacer volar por los aires la posición enemiga. El general Kundt aceptó con amplio agrado la sugerencia, pero el ejército paraguayo obtuvo información sobre el empleo de galerías subterráneas y colocación de minas:

En el frente, las unidades establecieron servicios de escuchas, los que tendidos en el fondo de las trincheras y apoyando el oído al suelo, se afanaron en procura de captar ruidos de estas excavaciones (Espínola, 1960, p. 29).

A la hora señalada, comenzó el denso bullicio de balas resonando a lo largo de los cinco kilómetros de posiciones fortificadas. Un grupo de seres harapientos protagonizaba la escena: un fantasmal bosquejo de hombres con rostros amarillentos y agrietados, cabellos sucios y toscos como brochas secas y ojos hundidos cargados de tristeza y furia. La mina que el ejército boliviano había preparado durante tres meses, y que dio la señal para iniciar el asalto, estalló a las 9:05, produciendo un estruendo ensordecedor que llamaba a la muerte. La explosión creó un cráter de 30 metros delante del objetivo, no debajo. La mina explotó donde se había proyectado; no fue un error de cálculo, el enemigo se encontraba en una nueva posición. El azar y las circunstancias habían contribuido para que, en días previos, Paraguay rectificara la ubicación de sus

trincheras. La enorme pared de tierra levantada tras el estallido generó miedo y confusión en el ejército paraguayo, logrando que un sector de la trinchera fuera abandonado. Un lanzallamas, arrojando una bocanada de fuego de 25 metros, logró desarticular un nido de ametralladoras chamuscando a sus ocupantes, sin embargo, su presencia no tuvo mayor relevancia por una errada planificación. La tierra retumbaba con cada cañonazo y el cielo atestiguaba el vuelo de 12 aviones lanzando bombas sobre el fortín. Detrás de cada explosión avanzaban agazapados; se escuchaban gritos grotescos cuando alguien caía herido. Un tanque llegó a 60 metros de las trincheras y fue alcanzado por un tiro de cañón, hiriendo al ametrallador y al mayor alemán von Kries, al mando del blindado, para luego convertirse en blanco de nuestra artillería con el fin de impedir que cayera en manos enemigas. El otro tanque dejó de funcionar por desperfectos técnicos. El campo se pintaba de rojo, en un contexto cruento y horrendo. Se confundían voces en castellano y aymara y a lo lejos, en quechua y guaraní. La tremenda inversión de energía y municiones, junto con las largas horas de férrea batalla, mermaron nuestro ejército; no hubo refuerzos ni reposición de municiones. Al amanecer del 5 de julio, el enemigo lanzó un furioso contraataque reconquistando las posiciones perdidas y obligando a los nuestros a replegarse. Todavía se sucedieron enfrentamientos e intercambio de fuego hasta el 7 de julio, pero de menor magnitud. Un elevado número de cadáveres regados por todo el campo demostraron la inutilidad de tan abnegado esfuerzo.

Fui testigo en aquella ocasión del espectáculo más macabro que recuerdo en mi vida. En el sector que los bolivianos habían roto nuestra línea y realizado la más profunda penetración en nuestro sistema defensivo, pedazos de piernas y brazos arrancados por la artillería seguían colgados de los árboles. En un lugar habían caído abrazados un soldado paraguayo y otro boliviano. Podía observarse que, después de furiosa lucha cuerpo a cuerpo, estallaron las granadas de mano que llevaba el paraguayo en uno de sus bolsillos, matando a los dos, según se deducía del hecho de que el paraguayo tenía un costado del muslo destrozado por una explosión, en el lado donde debió estar el bolsillo cargado de explosivos. Pero lo que presencié después fue todavía peor. Como el campo estaba lleno de cadáveres, se había dispuesto su incineración. En vez de poner leña entre los cadáveres; para conservar el fuego hasta la consunción de todos, se los había simplemente apilado y rociado con kerosén, prendiendo fuego al conjunto. El fuego se mantuvo por algún tiempo, pero apenas se apagó el combustible, quedó el horrendo montón de carne humana chamuscada, que llenaba de insoportable olor todo el campo. Durante meses me persiguió aquella impresión atroz (Estigarribia, 1972, pp. 151-152).

Víctor cayó abrazando su arma, como un árbol talado, enterrando el rostro en la sequedad de un páramo candente e inhóspito junto a una decena de oficiales y 2.000 hombres de tropa. De niño, recuerdo escuchar: “Ese es tu bisabuelo”,

mientras señalaban un monumento de bronce forjado que imitaba la postura de su muerte. Así lo creí por muchos años, hasta que descubrí que esta obra perteneciente al escultor Emiliano Luján (quien también fue combatiente en la Guerra del Chaco) lleva por nombre “Soldado desconocido”. Fue instalada en la plaza del Obelisco paceño en la década de los 70, reubicada temporalmente en el Cementerio General para luego retornar a su sitio original a inicios del presente siglo, honrando y preservando la memoria de los caídos en la guerra.

María tenía tres hermanos: Teófilo, Max y Eduardo. Todos fueron a la guerra y retornaron para morir a edad avanzada. Teófilo afirmó, tras su regreso, reconocer los zapatos de Víctor en los pies de un soldado. Esta prenda tan personal tenía alguna singularidad por tratarse de un trabajador de la fábrica de calzados, además, era una indumentaria menos común que las abarcas o polainas. Este descubrimiento corroboraba su muerte, porque cuando alguien moría en batalla, sus prendas, su arma, su caramañola y todo lo que llevaba consigo quedaba para sus camaradas o para quien pueda darle uso. María jamás conoció la fecha de muerte de su esposo, como suele ocurrir en la guerra. Los detalles de su deceso eran intrascendentes; el sufrimiento era el mismo y no reducía el vacío de su ausencia. Nunca tuvo acceso a ese conjunto de números que señalan una ubicación en el calendario. Sin embargo, por largos años y hasta su muerte, María mantuvo la devota costumbre de ofrecer una misa a la memoria de su amado cada 28 de agosto, fecha de su natalicio.

Germán Saravia, durante el tiempo que duró la guerra, solía escabullirse a la estación cada vez que anunciaban la llegada de un tren. Se aferraba a la promesa recibida tras una despedida que años después seguía latente como una herida que no cicatriza y un dolor que no encuentra alivio. El niño se convirtió en hombre, pero nunca dejó de ser hijo cada vez que lamentaba entre lágrimas aquella cruel separación, injusta y antinatural, porque todo ser humano necesita un padre o una figura paterna que ofrezca amor y cariño, alguien que tenga fe en ti, te sostenga cuando pierdas la esperanza y esté a tu lado para celebrar alegrías y logros.

El segundo hijo de la familia Saravia Ledo tenía cuatro años cuando vio partir a su padre. Jorge era especialmente cercano a él. Poco o casi nada se puede escribir sobre su corta existencia. Luego de aquel quiebre familiar debido a la guerra, enfermó y murió. Dicen que por amartelo ¿Es posible morir de tristeza? Tal vez una opinión profesional médica daría un rotundo no, aunque está comprobado que una profunda tristeza y desesperación pueden afectar la salud física y corroer el sistema inmunológico. La psicología explica que nadie muere

directamente de tristeza, pero sí de sus consecuencias. Hay personas cuya vida depende de la relación con otra persona, y si esta falta, falta el sostén de su vida. Me pregunto si toda esta complejidad psicológica pudo desarrollarse y consumir la mente y el interior de un pequeño niño. No lo sé. Solo puedo asegurar que no concibo mi vida sin la presencia de mi padre.

4

Al mediodía del 14 de junio de 1935 cesaron los disparos. El bosque y los pajonales guardaron silencio. La orden era utilizar hasta el último cartucho en un cruce de fuego que duraría los 30 minutos previos a la calma. Exhaustos y encendidos por un tenso nerviosismo, “bolis” y “pilas” salieron de sus trincheras para dejarse vencer en un abrazo de felicidad por el fin de tanto sufrimiento. Hubo lágrimas y el intercambio de objetos de uso personal: calatrasas, sombreros y caramañolas. Los altos jefes hicieron lo mismo, el general Peñaranda, comandante del Ejército Boliviano entregó su reloj al general Estigarribia, comandante del Ejército Paraguayo, quien retribuyó con su pistola. Terminó la guerra y se inició el proceso de reconstruir y reedificar. Las tropas fueron desmovilizadas y concentradas en Tarija antes de dirigirse a sus respectivos lugares de origen, recibiendo una libreta como constancia del servicio prestado, un traje (pantalón, saco y chaleco), un par de zapatos y unos cuantos pesos bolivianos. Se abrió así un nuevo capítulo en la historia que narra el retorno del conscripto convertido en excombatiente obligado a reparar su vida, a reintegrarse a la sociedad que abandonó para proteger y continuar su existencia esperando que la muerte, que no lo halló en el campo de batalla, en algún momento lo encuentre. Sobre los hombres que volvieron del Chaco, Wilmer Urrelo en su novela *Hablar con los perros* escribe:

es que la guerra lo arruina a uno. esa es la explicación. nadie vuelve sano. todos volvemos enfermos. no solo del cuerpo sino también de aquí dentro [...] yo me enteraba de cosas terribles. de historias tristes. compañeros me contaban con lágrimas en los ojos. me decían no puedo dormir en las noches. oigo las balas en mi habitación. las granadas vuelan sobre mi cabeza. escucho a todas horas los ayes de dolor de los heridos [...] (p. 348).

El único hospital psiquiátrico de la época, el Manicomio Nacional Pacheco de la ciudad de Sucre, guarda el registro de 24 combatientes que fueron trasladados a sus instalaciones con el diagnóstico de enajenación mental por psicosis de guerra. Entre estos hospitalizados figuran tres músicos, un médico y, en su mayoría, labradores. El promedio de edad era de 25 años. La mayor parte de ellos fueron dados de alta después de permanecer aproximadamente cinco meses en dicho establecimiento; se desconocen los tratamientos usados. Se re-

portó que uno de los pacientes falleció por un cuadro de disentería (Garitano-Zavala, 2008).

Al concluir la guerra, los hombres retornaban con la escasa esperanza que les había dejado el conflicto, dejando a un lado las armas y lo épico para retomar su oficio o conseguir uno nuevo. Tras el regreso, eran recurrentes los duelos a pistola, como un acto para limpiar el honor, defender la dignidad y la valía de un hombre cuando encontraba a su esposa con nuevas familias e hijos. Tal vez ellas se convencieron de que la campaña les había arrebatado a sus maridos y jamás volverían, descubriéndose viudas prematuramente; o tal vez, con las circunstancias y la distancia, se fue apagando el brío del amor.

El acuerdo de paz debía gestarse en unos cuantos meses, pero tardó tres años debido a los golpes de Estado que se generaron en Bolivia y Paraguay, por lo que para algunos el retorno fue tardío. Prisioneros bolivianos empedraron las calles de Asunción, mientras que sus similares paraguayos trabajaron construyendo “el camino de la muerte” hacia los Yungas, entre otras tareas. La repatriación se inició en abril de 1936. Unos pocos decidieron quedarse en la tierra contra la cual habían combatido. Entre tantas historias de cautivos bolivianos y paraguayos, se conoce el caso de la secretaria de una dependencia de la prefectura de Cochabamba, quien tenía la labor de elaborar planillas de pago para prisioneros paraguayos. Inició una amistad con un oficial paraguayo capturado en la batalla de Cañada Strongest. Pronto, esta amistad se transformó en un idilio que, en sus inicios, debió ser prudente y furtivo. Lidia y Mareirian se casaron en marzo de 1936 y emigraron a Asunción, donde nació María Teresa. El matrimonio no perduró y Lidia retornó a Bolivia a inicios de la década de 1940. Cuatro décadas después, Lidia Gueiler fue la primera presidenta de Bolivia, gobernó menos de un año debido a un golpe de estado en su contra (Crespo, 1999).



María Ledo Mollinedo, en medio del grupo de personas que participaron de la huelga de hambre.

Miguel Saravia Ledo, mi abuelo, era el hijo más pequeño, tenía escasos once meses y diez días de nacido cuando se inició el conflicto. Le tocó crecer en la estela de la guerra sufriendo sus consecuencias. Miguel era quien más ayudaba en el hogar. Aun siendo niño y sin poseer un reloj, siguiendo las instrucciones de su madre, planificaba el día y sus tareas cumpliendo con las marcas en el piso que la sombra señalaba cada vez que el sol bañaba el patio.

Para la familia fue difícil enfrentar el desconsuelo de la ausencia y afrontar la muerte de Víctor, y más aún explicársela a un niño. Se forjó una mentira inventando que Eduardo, hermano de María, era el padre de Miguel. El niño encontró en su tío la figura de padre que se requiere para formarse, pero la ficción duró poco. Cuando Eduardo decidió contraer matrimonio, la extraña situación debía ser explicada. Miguel no pudo entenderlo, saberse huérfano de padre detonó en su interior dolor y amargura, sumando además una decepción hacia su tío que jamás pudo perdonar. El mejor refugio que encontró fue debajo de su cama y lloró amargamente sin hallar consuelo, jamás lo encontró.

La “Congregación de las Hermanas Pontificias”, ahora conocidas como las “Misioneras Cruzadas de la Iglesia”, realizó una encomiable labor durante y después de la guerra, bajo la guía de Nazaria Ignacia March, la primera santa de Bolivia. En 1932, fundó la Sociedad Católica de Obreras y a partir de 1934 promovió la creación de hogares para niños huérfanos, víctimas de la guerra. Fue en uno de estos hogares donde Miguel hizo su primera comunión, recibiendo una camisa como regalo de las manos de las hermanas de la congregación.

5

El resultado de la Guerra del Chaco fue producto de la obstinada decisión de arrastrar al pueblo boliviano a una contienda sin ninguna preparación, bajo la afirmación: “Pisar fuerte en el Chaco”. Bolivia tuvo superioridad numérica en hombres y elementos sobre el Paraguay, sin embargo, durante el desarrollo del conflicto, se originó una profunda divergencia sobre la conducción de la campaña entre el mando militar y el gobierno ocasionando el desastre. El Ejército Boliviano fue dirigido durante la guerra por cuatro generales: Filiberto Osorio (de septiembre a octubre de 1932), José Leonardo Lanza (de octubre a diciembre de 1932), Hans Kundt (de diciembre de 1932 a diciembre de 1933) y Enrique Peñaranda (de diciembre de 1933 hasta el fin de la guerra). En contraste, Paraguay fue dirigido por José Félix Estigarribia. Años antes, Bolivia cometió la grave omisión de dejar sus fronteras sin presencia humana.

La inexistencia de vías de comunicación fue uno de los mayores tormentos para el país durante la campaña.

El Tratado de Paz, Amistad y Límites, firmado el 21 de julio de 1938 en el Palacio de Gobierno argentino, otorgó a Paraguay la soberanía sobre aproximadamente el 75% de la zona en disputa, mientras que Bolivia recibió el resto, incluyendo acceso al río Paraguay, región con grandes reservas de petróleo. El Tratado también estableció la creación de la Comisión Mixta Demarcadora de Límites, integrada por delegados de Bolivia y Paraguay, y de los países garantes del Tratado: Argentina, Brasil, Chile, Estados Unidos, Perú y Uruguay. Argentina ejerció la presidencia de la Comisión. En cumplimiento de lo dispuesto en el Tratado y del Laudo Arbitral del 10 de octubre de 1938, la comisión llevó a cabo los trabajos de delimitación, concluyendo su labor el 2007. El 27 de abril de 2009, 74 años después del alto al fuego, los mandatarios de Bolivia, Evo Morales, y de Paraguay, Fernando Lugo, acordaron en Argentina la demarcación definitiva del límite entre ambos países.

A lo largo de los tres años que duró la guerra, el Chaco fue el escenario de una batalla del corazón humano, donde surgieron decisiones de valor y resistencia, así como de cobardía y rendición. La guerra transforma y desintegra, interrumpiendo la narrativa de la historia; se concibe como una crisis, una enfermedad, un estado patológico que afecta tanto a la persona como al sujeto social, repercutiendo en sus acciones. Desató en el país un proceso de transformación social que culminó en la Reforma Agraria de 1952, ya que colocó en el frente de batalla a miles de campesinos con escasa o nula instrucción militar, quienes ni siquiera tenían derecho al voto.

La Guerra del Chaco fue un desastre sanitario para los ejércitos en campaña. Afectó en mayor grado al Ejército Boliviano, cuyas tropas estaban mayoritariamente constituidas por poblaciones originarias de las regiones andinas y mal preparadas para combatir en las tierras bajas. Su deficiencia en inmunoglobulinas las volvía particularmente vulnerables a las agresiones de los gérmenes infecciosos de las tierras cálidas, mientras los paraguayos, originarios de regiones vecinas, resistían mejor (Richard, 2008, p. 29).

Al llamado de la guerra confluyeron personas de todas las latitudes del territorio nacional, sin importar clase social, edad, cultura ni idioma. Hoy, ya no quedan excombatientes vivos. El tiempo, tras su paso deja un rastro de olvido; sin embargo, los sucesos y nombres deben ser recordados. Urrelo afirma:

A lo mejor, [...] me atrevo a decir que la verdadera historia de la Guerra del Chaco está en nuestras familias, muy adentro, en nuestras casas, en las habita-

ciones de nuestros abuelos. En los libros de historia todo sale sobrando. De ahí ya lo sabemos todo (Urrelo, 2013).

Existen dos formas de comprender el pasado: la historia y la memoria. Mientras que la historia se construye, la memoria se hereda. La memoria emerge como una alternativa que, en ocasiones, se contrapone a la historia cuando esta falla. La historia narra las hazañas de héroes, pero no siempre menciona a las víctimas. La memoria, por su parte, ilumina aquellos caminos que la “historia oficial” omite. Ambas son necesarias mutuamente para evitar precipitarse en caída libre hacia el olvido.

La literatura es una forma privilegiada de memoria, no es un simple acto de registro sino de reconstrucción para su transmisión. Como menciona Maurice Halbwachs, recordar es reconstruir el pasado en función del presente (Halbwachs, 1950).



Víctor Saravia Rivera
Dibujo: Franz Ballesteros S.



María Ledo Mollinedo
Dibujo: Franz Ballesteros S.

Referencias

1. Arze Quiroga, Eduardo (ed.) (1951). *Documentos para una historia de la Guerra del Chaco, seleccionados del archivo de Daniel Salamanca*. La Paz: Editorial Don Bosco
2. Ayala Moreira, R. (1959). *Por qué no ganamos la guerra del Chaco*. La Paz: Talleres gráficos bolivianos.
3. Baptista Gumucio, M. (2002). *La guerra del Chaco. Historia (gráfica) y literatura*. La Paz: Comunicaciones El País, La Razón.
4. Barreto, S. (1985). *Nanawa: sector de los milagros*. Asunción: Editora Litocolor.
5. Bejarano, R. C. (1959). *Antecedentes de la guerra con Bolivia*". Serie Guerra del Chaco No. 1. Asunción: Casa editorial Toledo.
6. ---- (1967). *Boquerón. La batalla decisiva*. Serie guerra del Chaco N° 4. Asunción: Casa editorial Toledo.
7. Boullón Barreto, G. (1936). *Hoguera de América*. La Paz: Imp. Intendencia General de Guerra.
8. Cárdenas, R. E. (2011). *Oruro en la guerra del Chaco*. Cochabamba: Casa de la Cultura.
9. Chambi Ocaña, A. L. (2015). *La Guerra del Chaco: los héroes olvidados*. *Revistas bolivianas*. http://www.revistasbolivianas.ciencia.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1997-44852015000300004&lng=es&nrm=iso.
10. Crespo, Alfonso (1999). *Lydia, una mujer en la historia*. La Paz: Plural.
11. Dalla-Corte, G. (2010). *La guerra del Chaco. Ciudadanía, estado y nación en el siglo XX. La crónica fotográfica de Carlos de Sanctis*. Rosario: Prohistoria ediciones.
12. Deheza, J. A. (1936). *La tragedia de Boquerón*. Sucre: Imp. y litografía Salesiana.
13. Díaz Arguedas, J. (1942). *La guerra con el Paraguay. Resumen histórico-biográfico, 1932-1935*. La Paz: s.e.

14. Espínola, J. (1960). *Nanawa. 4, 5 y 6 de julio de 1933*. Asunción: La Colmena S.A.
15. Estigarribia, F. (1972). *Memorias de la guerra del Chaco*. Asunción: Imprenta Nacional.
16. Florentín, H. (1957). *Lo que he visto en Boquerón*. Buenos Aires: Editorial Asunción.
17. ---- (1964). *Mas allá de Boquerón. Contribución para la historia de la guerra del Chaco*. Rio de Janeiro: Imprenta Do Exército.
18. García Gallegos, J. S. (1964). *El campo de los muertos. Relatos de la guerra del Chaco*. s.e.
19. Garitano-Zavala, Fernando (2008). *Psicosis de guerra en el frente boliviano durante la contienda del Chaco*. Academia Boliviana de Historia de la Medicina.
20. Murillo, J. S. J. (1945). *Monografía del Chaco*. La Paz: Imp. Eléctrica, segunda edición.
21. Halbwachs, Maurice (1950). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
22. Opinión, diario digital. (2015, 12 de junio). *¿Quién ganó realmente la guerra? Seis mitos de la Guerra del Chaco*. <https://www.opinion.com.bo/articulo/cultura/iquest-qui-eacute-n-gan-oacute-realmente-guerra-mitos-guerra-chaco/20150612130900523557.html>
23. Pacheco Bellot, G. (1974). *Cuentos chaqueños*. La Paz: Librería editorial Popular.
24. Querejazu Calvo, R. (1982). *Guerras del Pacífico y del Chaco similitudes y diferencias*. La Paz: Los amigos del libro.
25. ----- (1990). *Historia de la Guerra del Chaco*. La Paz: Juventud.
26. ----- (1992). *Masamaclay*. 5ta. edición. La Paz: Los amigos del libro.
27. Richard, N. (compilador). (2008). *Mala guerra. Los indígenas en la guerra del Chaco*. Asunción: Servilibro.
28. Rodríguez, Á. (1940). *Autopsia de una guerra*. Santiago: Ediciones Ercilla.

29. Tabera, F. (1960). *Apuntes para la historia de la Guerra del Chaco*. La Paz: Don Bosco.
30. Taborga, T. A. (1956). *Boquerón (Diario de campaña)*. Cochabamba: Canata.
31. Toro Ramallo, L. (1936). *Chaco*. Santiago: Editorial Nascimento.
32. Urrelo, W. (2013, 20 de diciembre). *¿Aló, hay algún sobreviviente al otro lado?* Ecdotica. Librería digital. https://ecdótica.com/aló-hay-algun-sobreviviente-al-otro-lado/?srsltid=AfmBOorUpAF7mKM77_424sdrJCH9zyvvr5FfeUdL2NRixxAcfJYxTyTY
33. ----, (2018). *Hablar con los perros*. La Paz: El Cuervo.
34. Urioste, O. (1942). *La encrucijada: Estudio histórico, político, sociológico y militar de la Guerra del Chaco*. Cochabamba: Editorial Canelas.
35. Vera, H. (2020). *Narrativa boliviana del Chaco. Doce cuentos de la Guerra del Chaco*. La Paz: LOM Ediciones.
36. Vergara Vicuña, A. (1935). *Del caldero del Chaco*. Santiago: Nascimento.
37. ---- (1940). *La Guerra del Chaco*. Tomo I. La Paz: Librería e imprenta Unidas.
38. Ynsfrán, P. M. (1972). *Memorias del Mariscal Estigarribia. La epopeya del Chaco*. Asunción: Imprenta Nacional.
39. Zook, D. H., Jr. (1962). *La conducción de la Guerra del Chaco*. Traducción castellana del profesor Pablo Max Ynsfrán, Universidad de Texas. Buenos Aires: Biblioteca oficial del círculo militar de la República de Argentina.

Doctora Elía Chopitea, Mayor de Sanidad en campaña



Doctora Elía Chopitea, componente de la delegación "Liga Filial de Oruro" que visitó la zona de operaciones en el Chaco. La Dra. Chopitea fue Mayor de Sanidad en Campaña y se hizo acreedora de la admiración general por su noble y sacrificada labor en los hospitales y puestos de vanguardia.

Fotógrafo: s/n. Fecha: aproximadamente 1933. Fuente: Oscar Manuel Córdova Sánchez.

Dos hermanos en el frente

Pablo Montenegro Ernst

Como muchas familias bolivianas, la familia Montenegro Soria de Cochabamba aportó con sus dos hijos varones al gigantesco esfuerzo de guerra que hizo el país. Aída, la hermana menor, se quedó en la casa paterna.



Walter, el mayor de los tres hermanos, siendo ya un novel periodista antes del inicio del conflicto, fue al Chaco como corresponsal de guerra del periódico La Patria de Oruro. Sin embargo, poco después, Walter se incorporaría al ejército en campaña en calidad de soldado, para evitar esos desesperantes espacios de inactividad que sufría como corresponsal. Hacia el final del conflicto, Walter llegó al grado de subteniente.

Como muchos hijos de clases medias empobrecidas, el hermano del medio, René, había ingresado al Colegio Militar en La Paz poco antes del inicio de la contienda, por lo que le tocó ser parte de la promoción de los Tres Pasos al Frente, en 1933.

A pesar de ese debut heroico en la vida militar, el destino le tendría reservado a René un camino marcado por el infortunio. Primero, cayó prisionero durante el conflicto, lo que obligó a su hermano Walter a ir a buscarlo al Paraguay al finalizar la contienda, debido a las angustiantes demoras en la repatriación de los prisioneros de guerra.

Una vez que retornó a Bolivia, René se reincorporó al Ejército, pero al tiempo pidió su baja por un problema con un superior en una alejada guarnición amazónica. Intentó buscar suerte en el mundo civil, la cual tampoco encontró, muriendo de forma repentina y por causas desconocidas, el 5 de febrero de 1952, a los 35 años, sin haber logrado conformar una familia (su hermano Walter atribuyó el súbito fallecimiento de René a alguna fiebre tropical adquirida durante los duros años de cautiverio en Paraguay).

Por pocos meses, René no llegó a vivir la Revolución Nacional de abril de 1952, donde su suerte pudo haber cambiado. Walter, por su parte, hizo carrera como periodista y escritor, y falleció en 1991, a la edad de 79 años.

Soldado Pablo Huanca



Fotografía del soldado Pablo Huanca con una dedicatoria escrita por él tras su servicio en la Guerra del Chaco.

Fotógrafo: s/n. Fecha: 1935. Fuente: Omar Huanca Hermoso, nieto de Pablo Huanca.

PARTE POSTALE

TARJETA POSTAL

Recuerdo a su
hermano. despues
de compler su
deber en el Cam
po de Batalla.
Oruro: 25/8/35-

Medallas, heroísmo y la complejidad del nacionalismo boliviano en la Guerra del Chaco

Luciana Nazareth López

La Guerra del Chaco, uno de los conflictos más devastadores en la historia de América del Sur, enfrentó a Bolivia y Paraguay por el dominio de la vasta región semiárida del Chaco Boreal. Aunque Paraguay resultó victorioso en términos territoriales, el conflicto dejó una profunda huella en la identidad y la memoria colectiva de ambos países, sobre todo en Bolivia.

Tras la guerra, el gobierno boliviano optó por honrar a los soldados que combatieron mediante la entrega de medallas, como un símbolo tangible de su sacrificio y valentía. Estas condecoraciones no solo reconocieron el coraje individual de los combatientes, sino que también se convirtieron en una manifestación del patriotismo boliviano y la defensa de la soberanía nacional.

Sin embargo, la narrativa que rodea a estas distinciones, merece un análisis crítico, ya que glorifica el conflicto vivido. Esto nos lleva a cuestionarnos: ¿Cómo se refleja el heroísmo nacionalista en las medallas entregadas a los combatientes bolivianos de la Guerra del Chaco?

El heroísmo nacionalista en las medallas entregadas a los combatientes bolivianos de la Guerra del Chaco se refleja en la glorificación del sacrificio y la valentía como deber patriótico, promoviendo una visión idealizada de la guerra que legitima la violencia en nombre de la defensa nacional.

Podemos entender que el otorgamiento de medallas a los combatientes bolivianos es, ante todo, un intento de perpetuar el sacrificio realizado por estos hombres en la Guerra del Chaco. Este conflicto bélico dejó miles de muertos, heridos y desaparecidos representando un inmenso costo para Bolivia. En este contexto, las medallas se transformaron en un reconocimiento estatal a quienes dieron su vida por el país, buscando convertir ese sacrificio en un acto heroico y noble. No obstante, esta exaltación puede ser problemática, ya que corre el riesgo de idealizar el conflicto. Al presentar el sacrificio de los combatientes

como un deber patriótico incuestionable, se podría estar minimizando las graves consecuencias físicas, emocionales y sociales de la contienda. La glorificación de la guerra y de sus mártires mediante estas medallas puede justificar la violencia como un mal necesario, ignorando el dolor y trauma que causó en las familias y en la sociedad boliviana.

Otro aspecto que valoran estas medallas es la valentía de los soldados, quienes enfrentaron condiciones sumamente adversas. La Guerra del Chaco fue un conflicto brutal, no solo por los combates militares, sino también por las dificultades que imponían el terreno inhóspito y el clima extremo del Chaco Boreal. Al reconocer la valentía de los combatientes, las medallas construyen una narrativa de resistencia y coraje ante la adversidad, retratando a los soldados como héroes que, pese a los obstáculos, defendieron con honor el territorio nacional. Sin embargo, este tipo de reconocimiento tiende a simplificar la complejidad de la experiencia vivida, reduciéndola a una exaltación del heroísmo. Las medallas promueven una imagen idealizada del soldado como un ser invencible, sin miedo ni dudas, cuando en realidad muchos de estos combatientes sufrieron profundas heridas psicológicas, temores y traumas.

Esta versión simplificada del heroísmo fomenta una visión donde el deber patriótico se convierte en una obligación incondicional, sin espacio para cuestionar las causas o consecuencias del conflicto. De esta manera, las medallas pueden contribuir a la creación de un imaginario en el que la obediencia incuestionable al Estado y a la nación se presenta como la única opción aceptable.

Finalmente, las medallas también representan una visión particular y frecuentemente excluyente del nacionalismo boliviano. En el contexto posterior a la Guerra del Chaco, el nacionalismo se convirtió en una herramienta poderosa utilizada por el Estado para cohesionar a la sociedad en torno a la idea de la defensa de la patria. En este sentido, las medallas actúan como símbolos de un proyecto nacionalista, promoviendo una identidad colectiva en la que el valor y la lealtad se miden según la disposición a sacrificarse por el país.

Este tipo de nacionalismo, que glorifica la guerra como el último recurso para proteger la soberanía, puede resultar peligroso, ya que legitima la violencia como un medio aceptable para resolver disputas y salvaguardar los intereses del Estado. Al presentar la guerra como un acto heroico, estas condecoraciones pueden fomentar una visión reducida y limitada del patriotismo, donde la lealtad a la patria se mide por la disposición a participar en el conflicto bélico. Esta perspectiva excluye otras formas de servicio a la nación, como el diálogo, la diplomacia y el trabajo en favor de la paz. Al glorificar la violencia y el sacrificio,

se corre el riesgo de perpetuar un ciclo donde la guerra se percibe como una solución viable, sin una reflexión crítica sobre los costos humanos que conlleva.

En conclusión, aunque las medallas entregadas a los combatientes bolivianos de la Guerra del Chaco constituyen un importante reconocimiento a su sacrificio y valentía, también requieren una reflexión crítica. Estas condecoraciones, al presentar la guerra como un acto heroico y noble contribuyen a sostener una narrativa nacionalista que glorifica la violencia y el sacrificio en nombre del Estado. Aunque es válido honrar a quienes defendieron la patria, es importante no perder de vista las complejidades éticas y humanas inherentes a la guerra. Al enfocarse exclusivamente en el heroísmo militar, se corre el riesgo de simplificar el conflicto, ignorando totalmente sus devastadoras consecuencias y promoviendo una visión reducida del patriotismo que justifica la violencia en nombre de la nación.

Los jóvenes soldados Callizaya



330

Los hermanos Tiburcio Callizaya Aguilar, de 16 años (izquierda), y Carmelo Callizaya Aguilar, de 15 años (derecha), nacidos en el pueblo lacustre de Guaqui, se presentaron con ferviente patriotismo al llamado para defender la patria durante la Guerra del Chaco. Estuvieron en combate tres años con la promesa de que, en caso de muerte de alguno, el otro debía volver al hogar llevando la mala nueva. El hermano menor, Carmelo, murió en pleno combate y le tocó al mayor, Tiburcio, dar la dolorosa noticia a sus padres. Fotógrafo: s/n. Fecha: aproximadamente 1933. Fuente: Eusebia Callizaya Torrez, nieta de Tiburcio Callizaya.

Tres pasos al frente: el peso de la gloria y el silencio

Sara Fernanda Torrez Maidana

La Guerra del Chaco dejó profundas heridas físicas y psicológicas en los soldados sobrevivientes. Las consecuencias de esta guerra no solo impactaron el desempeño físico de miles de excombatientes, sino también su bienestar emocional y, por ende, la estructura social y familiar de Bolivia. De esta forma, se perpetuó un trauma que pasó de generación en generación.

Aunque la historia oficial recuerda da estos soldados como héroes y los aclama como “la generación tres pasos al frente” por la valentía que demostraron en el campo de batalla, estos hombres enfrentaron a su regreso, graves trastornos mentales, que los alejaron de la imagen heroica que les atribuyó la sociedad. El machismo dominante de la época no permitió que se hablara abiertamente de la salud mental de estos soldados, ya que cualquier signo de vulnerabilidad se consideraba una debilidad incompatible con los estereotipos de masculinidad que debían representar. Es así que muchos de estos veteranos de guerra sufrieron en silencio al regresar a una vida civil que, por supuesto, les resultaba ajena y extraña debido a la diferencia abismal con la realidad que habían vivido en el Chaco.

El impacto psicológico de la Guerra del Chaco en estos soldados alteró en muchos casos profundamente la dinámica familiar, generando entornos de violencia y trauma que marcaron a las siguientes generaciones. Un claro ejemplo de esto, es el testimonio de la hija de un soldado que retornó de la guerra, Elizabeth, quien relata que su padre sufría de constantes ataques de ira. En repetidas ocasiones, cuando estaba borracho, perseguía a sus hijos con una escopeta, y tanto ellos como su esposa eran víctimas de agresiones físicas. Este comportamiento violento fue producto de trastornos emocionales que nunca fueron tratados y afectaron gravemente a su familia.

Elizabeth explicó que cuando su padre estaba ebrio, se convertía en alguien irreconocible. Sin embargo, como la violencia en ese momento estaba normalizada, nadie nunca intentó ayudarlos. Además, el soldado se negó toda su vida a hablar sobre lo que había vivido durante el conflicto. Solo en su vejez mencionó brevemente cómo había presenciado la muerte de su propio hermano durante

la guerra y expresó que lo extrañaba mucho, revelando así el profundo trauma emocional que cargó consigo por décadas. Este testimonio evidencia cómo el trauma de los veteranos de guerra no solo los destruyó internamente, sino que también afectó a sus familias al perpetuar ciclos de violencia y sufrimiento.

El estigma asociado a las enfermedades mentales en la sociedad boliviana de la época, además de los estereotipos machistas, impidió que muchos soldados recibieran el apoyo emocional y psicológico necesario para lidiar con sus traumas. En una sociedad que exaltaba la valentía y el heroísmo masculino, hablar de los efectos emocionales que la guerra había causado en los hombres era muy difícil; resultaba más fácil ignorar este hecho y continuar en silencio con el orden ya establecido en la sociedad.

Volviendo al testimonio de Elizabeth, en la vejez de su padre ella presenció cómo él despertaba en medio de pesadillas, gritando y completamente desorientado, hasta que finalmente se daba cuenta dónde estaba y lograba tranquilizarse. Muchos años después, ella sospechó que su padre sufría de estrés postraumático, una condición que nunca fue diagnosticada ni tratada.

En conclusión, la Guerra del Chaco dejó un legado duradero de trauma psicológico en muchos de los soldados sobrevivientes, afectando también a sus familias y perpetuando un ciclo de sufrimiento intergeneracional. Al cesar las hostilidades, estos hombres volvieron a un país que necesitaba un cambio y muchos de ellos participaron activamente en la transformación de Bolivia, demostrando una fortaleza y valentía que hasta el día de hoy son muy reconocidas.

Sin embargo, esta fortaleza fue también un arma de doble filo, porque detrás de ella se ocultaba una carga emocional que estos hombres se vieron forzados a llevar en silencio. El estigma asociado a mostrar vulnerabilidad, reforzado por un sistema machista y patriarcal, invisibilizó su sufrimiento. Así, perpetuó ciclos de violencia y aislamiento que no solo marcaron a sus familias, sino que en muchos casos se extendieron a sus descendientes y mantuvieron patrones de conducta que aún influyen en la sociedad boliviana.

Batallón en el campo de guerra



El soldado Pablo Huanca (segundo en la segunda fila), junto con sus camaradas bolivianos en el campo de batalla de la Guerra del Chaco.

Fotógrafo: s/n. Fecha: aproximadamente 1933. Fuente: Omar Huanca Hermoso, nieto de Pablo Huanca.

El infierno verde: breve análisis de las consecuencias de la Guerra del Chaco en la familia boliviana

María de los Ángeles Barrón Campos

Mi abuelo René Barrón se enlistó (de forma obligada) a la Guerra del Chaco cuando esta apenas comenzaba, en 1932. Como no llegué a conocerlo, la única forma de saber sobre su participación para mí fue escuchar los testimonios de mi padre y mis tíos que habían conocido la historia que el abuelo les había contado, entre lágrimas, al recordar el “infierno verde”. Sin embargo, yo jamás había tenido contacto con algún elemento que relacionara a mi abuelo con el Chaco, o al menos no hasta hace dos semanas, cuando, gracias a una ardua cooperación familiar, un primo consiguió su certificado de desmovilización.

A partir de este objeto testimonial, surgió en mí un sentimiento amargo, dado que, si bien el certificado rubricó el fin de la participación de mi abuelo en el Chaco, evidenció también que la guerra marcó duramente su vida y muerte, a tal punto que ahora me cuestiono si la batalla terminó realmente para él. Sé que como él hubo miles y miles de personas afectadas por la contienda, así que la cuestionante se extiende a la sociedad boliviana de la época, porque después del Chaco hubo de todo menos paz.

El cese del fuego se firmó en junio de 1935 y al país le tocó sufrir las consecuencias de la guerra, primero en el plano económico (no es un secreto la crisis que atravesaba Bolivia, que arrastraba una creciente deuda externa desde el inicio de las hostilidades). El conflicto con Paraguay dejó un saldo de 50.000 fallecidos, alrededor de 21000 prisioneros e innumerables minusválidos. Miles de hombres, cabezas del hogar en una sociedad patriarcal, no volvieron, dejando a sus familias en una situación devastadora. Los que sí lograron regresar encontraron sorpresivamente a sus hogares en situaciones poco favorables, contrario a lo que creían, pues en 1934 se había promulgado un decreto que ordenaba la entrega del 50% del salario de los combatientes a sus familias; no obstante, en la mayoría de los casos, dicho decreto no se cumplió.

Donde mejor se puede entender el horror del Chaco es, en el ámbito social, en la realidad de la familia boliviana. Si es posible antropomorfizar a Bolivia, se la puede describir como un rostro adolorido, con lágrimas secas y una confusión infinita. La cantidad de viudas y huérfanos que dejó la guerra es alarmante. Sin embargo, la fórmula de hogares destruidos tuvo más de una variante. La obra *Hablar con los perros*, de Wilmer Urrelo Zárate, a través de la ficción relata un hecho real y doloroso de la post guerra:

Es que la guerra lo arruina a uno. nadie vuelve sano. [...] yo me enteraba de cosas terribles [...] compañeros me contaban con lágrimas en los ojos. me decían no puedo dormir por las noches. oigo las balas en mi habitación. [...] escucho a todas horas los ayes de dolor de los heridos. [...] entonces se desquitaban con sus esposas. palizas. violaciones. [...] [La guerra] contagia como una enfermedad. [...] ahora el que mata es el propio excombatiente y lo hace en su propio hogar. Su fuerza es el odio”

Después de volver del campo de batalla, la vida de mi abuelo se vio condicionada por la guerra, calando en lo emocional y personal, afectando negativamente en su desempeño laboral, ya que había sido mutilada parte de su mano izquierda, hecho que le impidió ejercer su trabajo. Al fallecer fue enterrado en el pabellón de beneméritos de la patria en la ciudad de Sucre, donde se encuentra hasta el día de hoy. La guerra marcó su vida, y su muerte. En el ámbito geopolítico y social, la guerra marcó nuestro pasado, y también nuestro presente como bolivianos. “La guerra nunca termina cuando se firma la paz”.

Rómulo Claire Patiño, combatiente del Chaco



336

Libreta de Censo Militar, de 1940, de Rómulo Claire Patiño, quien fue ascendido a sargento por su valor en la campaña del Chaco.

Fecha: 1940. Fuente: Ignacio Vera de Rada, bisnieto de Rómulo Claire.

Niños voluntarios

Carla Jiménez Casablanca

A través de Héctor Jiménez Pando recordamos a niños-hombres que voluntariamente decidieron alistarse a muy temprana edad, declarando incluso fechas de nacimiento distintas a las reales. Todo por acudir a defender a Bolivia y su territorio, reflejando un profundo amor por la patria.

A fuerza de resistencia y fortaleza, la guerra rápidamente transformó en hombres y en héroes con hazañas propias a quienes en los inicios de su vida no comprendían totalmente la dimensión de los peligros a los que se enfrentaban. Héctor Jiménez nació realmente en 1918. Sirvió a Bolivia con 16 años en el frente de batalla como lo refleja su libreta de desmovilización.



La historia de la Virgen de Charagua, “prisionera y deportada”

Jaime Vargas Herrera

Antes de ser reconocida como “Generala del Chaco Boliviano”, imagen de la Virgen de Charagua fue mutilada y secuestrada durante la guerra. Permaneció durante 55 años en Paraguay antes de retornar al pueblo cruceño que la venera.

Los datos que tenemos de la imagen de María en el templo parroquial antiguo de Charagua, antes de su “deportación” a Asunción del Paraguay, son estos: estaba en el altar mayor, al pie del Cristo crucificado. Según la esposa del mayor paraguayo que tenía la imagen en Asunción y la devolvió a Charagua, se la conocía como Virgen de la Piedad. Según Helen Hayes Villagomez¹, se trata de la Virgen de los Ángeles que fue traída por los jesuitas el siglo pasado; algunos la llamaban Virgen de las Piedades y ocupó el altar mayor del templo de Charagua.

Al parecer, la imagen llegó de Obaí, lugar cercano de donde procedía mucha gente que pobló Charagua, y se guardó en el templo antiguo de la nueva plaza principal, con la advocación de “Virgen de los Ángeles”.

En 1935, en las postrimerías de la Guerra del Chaco, los paraguayos avanzaron hasta Charagua y en la retirada, el 21 de abril, robaron la imagen de la Madre de Dios. Como no podían avanzar por el peso de la efigie, la abandonaron en el monte. El oficial paraguayo mayor Osvaldo Ortiz, viéndola abandonada y sintiendo gran devoción por esa imagen, la recogió y, con un grupo de soldados, la mutiló para poderla llevar dentro de una “petaca”. Fue así como esta imagen, “prisionera y mutilada”, fue llevada al Paraguay para ser venerada en el país vecino. Siguió 55 años de exilio.

1 Hayes, H (1990): “Virgen de Charagua”. Revista Parapeti, septiembre 1990, N° 4 – año 1. Camiri.

En Asunción fue guardada respetuosamente en el domicilio de los esposos Ortiz. La esposa del oficial paraguayo, Ninneth de Ortiz, confesó que sentía remordimiento de tener en su casa la imagen de la Virgen María, privándola de la veneración de tantos fieles de su pueblo de origen.

Ninneth, enferma y ya desahuciada por todos los médicos, se sometió a una casi imposible operación del corazón. Ella hizo la promesa a la Madre de Dios de devolver la imagen a Bolivia si salía bien de la intervención. La Virgencita le concedió la gracia deseada.

Hacia julio de 1990, unos misioneros laicos de Santa Cruz fueron a Paraguay para dar testimonio de su fe. El hermano paraguayo Bernardo Peralta informó a los misioneros de la existencia de una imagen de la Virgen traída desde Charagua en la casa de la señora Ninneth Vda. de Ortiz. Con este dato comenzaron el trámite de repatriación de la imagen de María.

Al entregar la imagen en manos bolivianas, la señora decía entre lágrimas y sollozos que se llevaban a su madre, a su protectora. El licenciado Blas Rodríguez le dejó una foto para que la siguiera acompañando. Las gestiones de los misioneros y de los residentes charagüeños en Santa Cruz lograron que retorne a Bolivia la venerada imagen de la Virgen el día 6 de agosto de 1990, a las 15:00. Fue venerada en Santa Cruz en el domicilio de los esposos Bernal, en la calle Cochabamba N.º 632.

El día 23 de septiembre de ese mismo año la imagen fue trasladada a la catedral de Santa Cruz, donde recibió la veneración filial de todo el pueblo cruceño, en espera de su traslado a su pueblo de la provincia Cordillera, en vísperas de su fiesta patronal de “San Miguel Arcángel”.

El 27 de septiembre de 1990, sábado, a las 14:30, llegó por fin la imagen de María a la Estación Ferroviaria de Charagua. Arribó a bordo de un tren especial, acompañada por un millar de devotos y peregrinos, en momentos en que una devastadora sequía afligía a los pobladores de la zona. Fue recibida con todo honor y amor filiar por la población y por efectivos militares.

Visitó primero el templo de la Estación Charagua, para luego ser llevada en romería -a pie y con todo entusiasmo, por miles de personas de Charagua y su gran municipio- hasta el centro de la ciudad, distante unos siete kilómetros de la estación, donde se halla el templo parroquial de “San Miguel Arcángel”. En el trayecto recibieron una señal del cariño de María. Habían avanzado apenas por la carretera cuando ocurrió el primer milagro: una torrencial lluvia rompió con los varios meses de sequía y llegaron todos bien mojados a la parroquia de

destino. La imagen fue colocada con toda solemnidad en el templo parroquial de “San Miguel Arcángel”, donde hoy sigue siendo venerada por la comunidad local y peregrinos venidos de muchos lugares de Bolivia y del exterior.

Cómo surge el nombre de la Virgen

Hasta después de su llegada a Charagua, la Virgen no tenía un nombre definido. Unos la llamaban “la Virgen Cautiva”, otros “Virgen de la Reconciliación” y algunos “la prisionera y mutilada”. Pero en una reunión, el pueblo acordó que se llame “la Virgen de Charagua”, tomando como ejemplo a la de Cotoca. Se determinó la fecha inamovible de su fiesta, que se celebra desde entonces todos los años el último sábado del mes de abril.

Testimonios de los milagros

La empresa de FF.CC. Red Oriental proporcionó un tren especial para todos los peregrinos que querían viajar acompañando a la mamita de Charagua desde Santa Cruz hasta su pueblo. Cuando llegó el momento del viaje, la Virgen fue sacada de la catedral seguida de una multitud de gente que acompañó hasta la estación ferroviaria. Durante el trayecto ocurrió algo raro: cerca al monumento de la avenida Melchor Pinto Parada, de pronto el sol empezó a mostrar destellos a las 8:00 de la mañana. La gente se asustó y se escucharon algunos gritos “¡Por Dios! ¿qué pasa?”. En el recorrido hacia la estación ferroviaria, mucha gente que esperaba también vio ese fenómeno. ¿Milagro?

Otro milagro de la Mamita se vio cuando la Virgen pisó tierra charagüeña. Entonces, la población pasaba por una fuerte sequía que azotaba a todo el municipio. El día del retorno de la imagen, los peregrinos que caminaban en la carretera que lleva al pueblo fueron testigos de que una torrencial lluvia se desprendió del cielo para bendición de todos los que participaban en la romería.

Título de la Virgen de Charagua

Por disposición del Comando General de las Fuerzas Armadas de Bolivia, mediante Resolución N° 10/90 del 26 de septiembre/90, se resuelve otorgar el grado de “Generala del Ejército del Chaco” a la Virgen de Charagua, como un justo homenaje al estoicismo y abnegación en su cautiverio y por haber protegido a combatientes de ambos bandos, tanto en el fragor de la batalla como en tiempos de paz. Asimismo, por estar involuntariamente involucrada en esa sangrienta guerra que desgarró a dos pueblos hermanos, recibió el título

de "Patrona de los excombatientes, beneméritos, ex prisioneros y viudas de la Guerra del Chaco".

La imagen de María de Charagua fue solemnemente proclamada "Madre de la Reconciliación" el 20 de marzo de 1994, por el Obispo de Cuevo Monseñor Leonardo Bernacchi, ofm.

Hoy y por siempre, esta localidad pujante llamada "Charagua la bella" ostenta orgullosa a su divina "Patrona", celosamente guardada al lado derecho del altar mayor del templo "San Miguel Arcángel". Este monumento fue recientemente declarado, por Ley Departamental N° 826 del 21 de septiembre de 2023, "Patrimonio Cultural, Arquitectónico e Histórico Departamental de Santa Cruz".

Nuestra mamita, oficialmente bautizada "Virgen de Charagua", intercede ante su hijo por todos los que moran en este jirón patrio. Particularmente para los hombres de armas que tenemos el privilegio de conocerla, la "Generala del Chaco boliviano" es fuente de paz espiritual.



UNIVERSIDAD
CATÓLICA
BOLIVIANA

DEPARTAMENTO DE
CULTURA &
EDICIÓN Y ESCRITURA



Hacia el bicentenario

CONVOCATORIA REVISTA CIENCIA Y CULTURA N° 54 y 55

Miradas y reflexiones:

Bolivia en su Bicentenario

Política editorial

Ciencia y Cultura es una revista de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo” (La Paz-Bolivia) que fue publicada por primera vez en 1997. Se imprime semestralmente, en junio y en diciembre. Su misión es difundir, en números monográficos, los trabajos de investigación en ciencia, cultura y arte, que son de interés de la U.C.B. En ocasiones, la revista divulga los resultados de seminarios o jornadas que organiza la Universidad para el debate de temas específicos de actualidad, con la colaboración de especialistas invitados. El Centro de Edición y Escritura del Departamento de Cultura y Arte de la UCB, responsable de la edición y elaboración de la revista, invita, para cada número, a especialistas académicos a formar parte del Consejo Editorial, de acuerdo al tema monográfico. La revista cuenta con su propio registro ISSN y desde el número 25 ha sido aceptada dentro de Scientific Electronic Library On Line (SCIELO), colección de revistas científicas que forman parte de una red de bibliotecas electrónicas, bajo el patrocinio de la Fundación para el Apoyo a la Investigación del Estado de São Paulo, Brasil (Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo-FAPESP) y del Centro Latinoamericano y del Caribe de Información en Ciencias de la Salud (BIREME).

Concepto de Ciencia y Cultura N° 54 y 55

En esta oportunidad, se convoca a presentar trabajos para los números 54 y 55 de la revista *Ciencia y Cultura* de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, cuyo tema es “*Miradas y reflexiones: Bolivia en su Bicentenario*” a publicarse en junio y en diciembre de 2025, respectivamente. Ambas ediciones de *Ciencia y Cultura* estarán coordinadas por la Dra. Alejandra Echazú Conitzer

Con motivo de la conmemoración del Bicentenario de la fundación de la República de Bolivia, hoy Estado Plurinacional de Bolivia, la revista presenta un panorama crítico y académico del periodo comprendido entre 1825 y 2025.

Se invita a la presentación de artículos, reflexiones y exploraciones desde diversas disciplinas del conocimiento, incluyendo las ciencias sociales, humanas y artísticas, para abordar los 200 años de historia de este país independiente. También se recibirán reseñas de publicaciones recientes relacionadas con el tema.

Se sugieren las siguientes líneas de acercamiento, aunque otras posibles serán bien recibidas:

Historia y evolución política:

- Análisis de los principales hitos históricos en los 200 años de Bolivia.
- Evolución de las instituciones políticas bolivianas.
- Impacto de las revoluciones y movimientos sociales en la configuración del Estado.

Economía y desarrollo:

- Cambios en la estructura económica de Bolivia desde la independencia.
- Desafíos y logros en el desarrollo económico.
- Impacto de la minería y los recursos naturales en la economía boliviana.

Cultura y sociedad:

- Evolución de la identidad cultural boliviana.
- Papel de las culturas indígenas en la conformación de la nación.

- Transformaciones en la sociedad boliviana a lo largo de dos siglos.

Educación y ciencia:

- Desarrollo del sistema educativo en Bolivia.
- Logros y desafíos en el ámbito científico y tecnológico.
- Papel de la educación en el desarrollo social y económico.

Política exterior y relaciones internacionales:

- Evolución de la política exterior boliviana.
- Relaciones diplomáticas y conflictos internacionales.
- Participación de Bolivia en organizaciones internacionales.

Medio ambiente y sostenibilidad:

- Impacto del cambio climático en Bolivia.
- Políticas de conservación y gestión de recursos naturales.
- Desafíos ambientales actuales y futuros.
- Fortalezas y desafíos del turismo

Derechos humanos y justicia:

- Evolución de los derechos humanos en Bolivia.
- Análisis de los sistemas de justicia y su impacto en la sociedad.
- Desafíos en la protección de los derechos humanos en el contexto actual.

Arquitectura y patrimonio:

- Evolución de la arquitectura y el urbanismo en Bolivia.
- Preservación del patrimonio cultural y arquitectónico.
- Influencia de diferentes estilos arquitectónicos a lo largo de los 200 años.

Salud y bienestar:

- Historia del sistema de salud en Bolivia.
- Logros y retos en la salud pública.
- Impacto de las políticas de salud en la calidad de vida de los bolivianos.

Arte y literatura:

- Historia de la expresión artística y de la literatura en Bolivia.
- Principales movimientos artísticos y literarios.
- Influencia de los artistas y escritores bolivianos en la cultura nacional e internacional.

Tecnología e innovación:

- Historia de la tecnología en Bolivia.
- Innovaciones tecnológicas y su impacto en la sociedad.
- Futuro de la tecnología y la innovación en Bolivia.

Migración y diáspora:

- Historia de la migración en Bolivia.
- Impacto de la diáspora boliviana en el extranjero.
- Desafíos y oportunidades de la migración en el contexto actual.

CONSIDERACIONES ÉTICAS

Compromisos de los autores

- **Envío exclusivo:** Las y los autores deben esperar el dictamen de aceptación o rechazo del trabajo enviado, y no hacer envíos simultáneos para que no se publique el mismo trabajo en diversos espacios académicos y/o científicos.
- **Sobre el plagio.** Los textos deben ser originales y se debe citar todo tipo de fuentes de forma apropiada. La revista considera la práctica de plagio

como inaceptable, esta generará el rechazo inmediato del trabajo recibido. El auto plagio también debe omitirse; es decir el autor o autora debe citar, si los hubiera, los fragmentos extraídos de un trabajo de su autoría previamente publicado.

- **Propiedad intelectual.** Las y los autores deben considerar los derechos de propiedad intelectual de texto, imagen, datos, etc. integrados en su trabajo. Son conductas no éticas la invención o fabricación de datos o resultados de su trabajo.
- **Autoría.** Se debe registrar las co-autorías y reconocer los aportes de otros actores en el proceso investigativo. Los nombres de las y los autores van jerarquizados conforme a su nivel de responsabilidad y participación en el proceso de investigación y/o realización del texto enviado.

Compromisos de los revisores y evaluadores pares

- **Respeto de los tiempos.** Los revisores deben cumplir los plazos estipulados por la revista para poder cumplir con la periodicidad de las publicaciones.
- **Confidencialidad.** La revista trabaja con el principio de anonimato de la o el autor del texto enviado y de los revisores; de acuerdo al criterio de doble ciego.

Género de publicación aceptados en la revista

Artículos y Estudios: se publican investigaciones originales que sean resultado de trabajos de investigación concluidos e inéditos. Su extensión será de entre 6.000 a 9.000 palabras y se aplicará el estilo APA 7, con ciertas modificaciones normadas por la revista. Es preciso incluir un resumen (en castellano y en inglés) de un máximo de 100 palabras y sugerir hasta seis palabras claves (en inglés y en castellano). Los artículos que postulen no deben encontrarse en proceso de evaluación en otro medio de difusión.

Ensayos: se publican ensayos o avances de investigación desde la teoría o la metodología, entre otros. Su extensión será de 6.000 a 10.000 palabras y se aplicará el estilo APA 7, con ciertas modificaciones normadas por la revista. Es preciso incluir un resumen (en castellano y en inglés) de un máximo de 100 palabras y sugerir hasta 6 palabras claves (en inglés y en castellano).

Entrevistas Académicas: se publican entrevistas de tipo epistémico-teórico o metodológico a investigadoras e investigadores que tengan una trayectoria reconocida y aporte en un campo disciplinar o interdisciplinario por sus obras, publicaciones y/o estudios. Su extensión será de 5.000 a 10.000 palabras y se aplicará el estilo APA 7, en caso de integrar notas al pie complementarias al contenido.

Reseñas: se publican síntesis descriptivas y comentarios críticos de publicaciones recientes que se consideren valiosas para un campo del conocimiento, cuya extensión sea de 750 a mil palabras. Se aplicará el estilo APA 7 en caso de integrar citas textuales o parafrasear partes de la publicación.

Estudios visuales: La revista recibe trabajos cuyo eje central sea la imagen. Para esta sección las y los autores deben trabajar una introducción y conclusión de la propuesta; además de seleccionar un conjunto de cinco a ocho imágenes que incluyan una descripción y/o análisis. El texto no debe superar las mil palabras.

Imágenes y gráficos

Todas las figuras deben enviarse en archivos individuales (en 300 dpi/ppp) y debe señalarse su entrada en el texto (podrían ser incorporadas en el artículo también como referencia). Se solicita proporcionar, además, dos o tres imágenes de buena calidad (300 dpi) a fin de que se seleccione entre ellas una que anteceda al artículo, en caso de ser publicado, independientemente de las figuras que puedan formar parte del artículo. Los gráficos o tablas deben ser enviados en formatos editables (Excel). El escritor del artículo debe responsabilizarse de los derechos de autor de las imágenes enviadas y, si corresponde, debe enviar a Ciencia y Cultura una copia de la autorización de la publicación de las imágenes. Para aclarar cualquier duda, puede dirigirse a: cienciayculturaucb@gmail.com

Referencia del autor

El autor debe colocar, a pie de página, su formación (nivel de especialización y universidad) y la adscripción institucional desde donde escribe, el correo electrónico, la ciudad y el registro ORCID de autor.

Fecha de recepción de artículos

La fecha límite para recepción de los artículos es el viernes 28 de marzo 2025 para el primer volumen del año. Deberán remitirse por correo electrónico a la dirección: cienciayculturaucb@gmail.com

Formato de entrega de los artículos

Los artículos serán remitidos en formato Word tamaño carta. El tipo de letra será Times New Roman 12 puntos, con interlineado de 1,5. Los márgenes de la página deben ser de 2,5 cada uno.

Formato de citas y referencias

Específicamente las citas dentro de los textos y las referencias bibliográficas se trabajarán con la versión de APA 7 en español. Las y los autores pueden remitirse a la siguiente guía y sus ejemplos: <https://normas-apa.org/wp-content/uploads/Guia-Normas-APA-7ma-edicion.pdf>

Ruta de evaluación

Los artículos discurren por dos etapas de evaluación. La primera a cargo del Comité editorial, que verifica la pertinencia temática del artículo que postula a la revista y, posteriormente, de dos lectores anónimos designados por el equipo editorial de la revista o de un tercer lector, en el caso de que el dictamen de los lectores anónimos difiera.

Consultas

La revista recibe consultas en la siguiente dirección: cienciayculturaucb@gmail.com

La Paz, mayo de 2024 para las publicaciones de 2025

UNIVERSIDAD
CATÓLICA
BOLIVIANA

DEPARTAMENTO DE
CULTURA
EDICIÓN Y ESCRITURA



Hacia el bicentenario

Avenida 14 de septiembre N° 4807, calle 2 de Obrajes
Telf.: 278 2222 • Fax: 278 6707
www.ucb.edu.bo • cultura@ucb.edu.bo
La Paz, Bolivia

ISSN: 2077 - 3323